



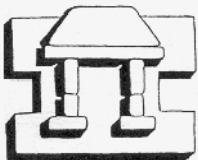
**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA**

**EL AMOR: SU CONSTRUCCIÓN COTIDIANA
TESIS EMPÍRICA**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A :
KARINA GONZÁLEZ CARRILLO

COMISIÓN DICTAMINADORA:
Dr. Sergio López Ramos
Lic. Irma Herrera Obregón
Lic. Gerardo Abel Chaparro Aguilera





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Al Poder que se muestra resplandeciente a través de una montaña, unas nubes, un arco iris, una flor, un cielo hermoso... Gracias por enseñarme el camino de estar viva y lo que es el verdadero amor.

A mis padres. Al recordar su entrega, su cariño, su apoyo incondicional y sus enseñanzas sólo puedo sentir una profunda gratitud. Gracias por compartir la alegría en los momentos prósperos y la fortaleza en los episodios difíciles. Sé que los volvería a elegir.

A Erick, gracias por tu amistad y compañía desde pequeños, por los juegos, las bromas y la unión que siempre hemos tenido. Gracias por tu música, y por haber sido mi hermano en toda la extensión de la palabra. Te quiero mucho.

A Alan, por los inesperados encuentros, por las eternas pláticas, por tu cariño incondicional, por las tiernas palabras, pero sobre todo, por caminar conmigo y compartir el amor, el trabajo y la vida. Te amo.

A mis maestros y asesores de tesis: el doctor Sergio, Irma y Gerardo. Gracias por ser un ejemplo a seguir, por trabajar día con día por lograr un mejor planeta y por ser mejores personas. Mi gratitud por todas sus enseñanzas, no sólo sobre psicología, sino también sobre el arte de vivir.

A todos y cada uno de los integrantes del Grupo Victoria, gracias por ser el medio para conocer otra oportunidad de vida, por sus experiencias y por enseñarme a vivir y disfrutar la fe, la libertad, el amor y el servicio por el día de hoy.

A Sandy, Maritza y todos los amigos que han estado ahí, en las dificultades y en las alegrías. Mi cariño y agradecimiento por su amistad, su apoyo incondicional y su compañía en la búsqueda del crecimiento personal.

A Marcos y Gabriela, mi más sincero agradecimiento por su colaboración en éste estudio, por su disposición a abrir sus historias. Mis mejores deseos para ellos y sus familias.

ÍNDICE

Resumen.....	4
Introducción	5
Capítulo I. El amor: una expresión holística de la vida.....	10
1.1. El sentimiento del amor	17
1.2. La experiencia corporal del amor.....	23
1.3. Monografía ambiental del amor.....	40
1.4. Nuestros primeros años.....	47
Capítulo II. La experiencia del amor como proceso social.....	56
2.1. Las Venus prehistóricas: una exaltación a la intimidad.....	71
2.2. El amor en Grecia: entre el cuerpo y la tragedia.....	77
2.3. El amor medieval: un constante anhelo.....	88
2.4. Un himno a la pasión: amor, dolor y violencia.....	97
Capítulo III. La construcción cotidiana del amor.....	105
3.1. Metodología de investigación: antecedentes y desarrollo.....	110
3.2. Entre el amor y ser un hombre de verdad.....	122
3.3. Del amor del baile al amor del torbellino.....	131
3.4. Del desamor, la soledad, y otros fantasmas: historias cotidianas en pareja.	144
3.5. Hacia nuevas formas de amar: algunas alternativas.....	150
Conclusiones.....	174
Bibliografía.....	191
Anexo1. Guión de Entrevista.....	202
Anexo 2. Entrevista a Marcos.....	208
Anexo 3. Entrevista a Gabriela.....	229

RESUMEN

El amor es un tema recurrente en nuestro mundo cotidiano y en los espacios psicoterapéuticos. De aquí surge la necesidad de realizar éste estudio, cuyo objetivo fue analizar la construcción cotidiana del amor en las experiencias de un hombre y una mujer cuya relación de pareja fuera de más de 10 años.

El trabajo consta de tres capítulos. En el Capítulo I, **El amor: una expresión holística de la vida**, se examinó el tema con base a un marco teórico integral, en el que se consideró al sentimiento amoroso como una expresión holística en la que se conjugan aspectos biológicos, corporales, genéticos, ambientales y familiares del ser humano. Posteriormente, en el Capítulo II **La experiencia del amor como proceso social**, se hallaron claves importantes de nuestra historia corporal y cultural sobre el amor en la vida prehistórica, griega, medieval y actual. Finalmente, en el Capítulo III **La construcción cotidiana del amor**, se investigan las experiencias cotidianas de los amantes de hoy en día, a través de las historias de vida de Marcos y Gabriela, y se proponen una serie de alternativas para el desarrollo de amoríos más provechosos.

La conclusión del Capítulo I es que el amor forma parte fundamental de la condición humana, al ser un antecedente y determinante de nuestra evolución, nuestros procesos corporales, nuestras experiencias ambientales y nuestros orígenes familiares. Del capítulo II se concluye que las formas de construir el amor han mediado los procesos sociales de diferentes civilizaciones y en diversas épocas. El amor vivido en una fragmentación corporal, sentir más amor entre mayores son los obstáculos y el amor como pasión son aspectos históricos que hoy experimentamos. Del capítulo III, a través de los relatos de nuestros entrevistados, podemos concluir que el amor como pasión o como deseo se alejan de una buena calidad de vida. Por el contrario, implican parejas sin amor, entre el sufrimiento de tener una vida que no se quiere, vivir entre barreras y fantasmas limitantes para dar o recibir amor, y una herencia de desamor que a través de los hijos se convierte en una herencia social. Romper con ésta herencia precisa construir un sujeto con la capacidad de amar y ser amado, a través del amor a sí mismo, la curación y el crecimiento personal.

INTRODUCCIÓN

En nuestra labor como psicólogos y dentro de las diversas áreas donde podemos desempeñarnos, ir hacia la gente y su vida diaria resulta fundamental. En el trabajo terapéutico, en el apoyo a diversos padecimientos corporales y emocionales y en la convivencia con los niños a través de la resolución de algún obstáculo para el aprendizaje o en el tratamiento de algún problema de conducta, el acercamiento a las preocupaciones, rutinas y estilos cotidianos de las personas no sólo ha sido importante, sino necesario. Fue precisamente al escuchar sus historias que el amor y el desamor aparecieron como elementos decisivos dentro de la conformación de una personalidad, un cuerpo y de cierta manera de vivir: en la madre que estaba dispuesta a cambiar su vida por el amor a su familia, en aquella que no podía dar ese amor a un hijo con parálisis cerebral, en las personas que habían encontrado el amor al ver con otros ojos un amanecer, en la mujer cuyo matrimonio infortunado había iniciado al intentar huir de un hogar sin amor, en un muchacho que detrás de una coraza de criminal guardaba el desamor de su padre, en un chico que conservaba el miedo y los recuerdos de su padre golpeando a mamá, en un niño abandonado por muchos años que pedía a los Reyes Magos un papá con quien jugar, en la joven que tenía problemas en casa por amar a hombres mucho mayores que ella, en la adolescente que agobiada por el miedo del abuso y el abandono finalmente padecía diabetes juvenil. En éste contexto parecía cierto que el amor hace girar al mundo. Por amor podíamos movernos y su pérdida podía paralizarnos.

El acercamiento a los testimonios de los demás irremediablemente nos lleva a ir hacia nosotros mismos. Al darme la oportunidad de escuchar mi propia historia fue evidente que la plenitud o la pérdida del amor en las diferentes relaciones con los demás desde pequeña, estaba articulada con todas las experiencias que para mí habían sido relevantes: habían promovido mis miedos más arraigados, mis debilidades o mis fortalezas, mis tendencias emocionales, mis enfermedades y mis decisiones más importantes. Si bien la sensación de pérdida fue muchas veces motivo de depresión, dolor e incertidumbre sobre qué camino poder seguir; experimentar el amor en sus diversas formas había sido finalmente un impulso vital que me motivaba a continuar el camino, el origen de una sensación agradable

de pertenencia, salud, confianza y seguridad; inclusive de una sensación de curación e integración que prometía construir en mi vida un brillo en los ojos, un cuerpo con posibilidades de mayor salud, un mayor sentido a mi existencia, elecciones más provechosas, el verdadero aprecio por un amanecer, por los demás y por mi misma.

En la experiencia del trabajo con los demás y el trabajo personal era evidente que al hablar de amor, en realidad nos referimos a un proceso inherente y necesario para el desarrollo del ser humano, y no sólo como una pasión momentánea que a lo mucho podía generar recuerdos esporádicos de la persona que se había amado. Si en nuestras historias el amor era el tema por excelencia, aquél al que siempre se llegaba, el que al hablar podía producir un radiante brillo en la mirada o las lágrimas más amargas, aquél que podía acarrear los momentos más felices, los callejones sin salida o las decisiones más acertadas, entonces era claro que no se trataba de un tema superfluo. Fue así como me pareció esencial realizar un análisis de lo que ocurría en el mundo cotidiano respecto al amor, descubrir cómo era que en la construcción de las relaciones amorosas se conjugaban nuestros procesos corporales, las experiencias sociales, la elección humana, en fin, toda una forma de vivir.

A lo largo de los estudios en psicología, el amor tomó diferentes facetas de acuerdo a los lentes que usáramos, esto es, de acuerdo a las perspectivas teóricas que como estudiante se tenían al alcance. En principio, cuando se hablaba del amor en clase, formaba parte de un paréntesis a temas considerados mucho más substanciales. No obstante, la constante referencia al tema en las conversaciones cotidianas y lo que la búsqueda o el encuentro del amor podía provocar en la vida de las personas no estaba tan alejado de nuestras preguntas como estudiantes y me llevaban a sospechar que la relación amorosa iba más allá de los cristales con los que comúnmente lo mirábamos en psicología, y que muchas veces lo opacaban como un hecho algo trivial. En el mundo cotidiano, el amor parecía ser más que un reforzamiento mutuo que podía aumentar el apego del amado a través de un programa intermitente, que una disposición a seguir un contrato conductual, que una mera expresión narcisista o que una invención social. Lo que sentían a los que les faltaba amor o los que si habían sido amados parecían exigirnos otro tipo de explicaciones y nuevas opciones. De inicio era posible vislumbrar que el amor era fundamental en la evolución humana y en nuestro desarrollo por formar parte de nuestros orígenes: el amor o desamor seguramente se

depositaría en nosotros desde el inicio de nuestra existencia, a partir de la relación amorosa de aquellos que nos darían la vida, tanto al concebirnos como al guiarnos en el camino, y en los vínculos de intimidad, confianza o abandono y hostilidad que se construirían en el contacto diario con ellos. Ya desde nuestros primeros años en la convivencia con nuestro padres, nuestras raíces, se estaban abriendo las posibilidades de formar a una persona sin amor o con amor.

La condición de una persona sin amor me pareció algo sumamente preocupante a la luz de la experiencia en el área clínica y educativa, y a través los relatos de vida a los que tuvimos acceso en éste trabajo. La falta de amor es una circunstancia que promete minar la vida de las personas con mayor frecuencia de la que nuestros mundos privados permiten ver. No sólo se vive en el sufrimiento, en la constante búsqueda de amor, en un constante reclamo hacia una vida que no era lo que se había deseado, en una sensación constante de falta, en la decepción, el resentimiento, la frustración, el miedo o a la desesperanza; además, todas éstas sensaciones se traducen en hechos que inciden directamente en la vida cotidiana: en particular, relaciones de abuso, dominación o maltrato, elecciones intempestivas, tendencia a las adicciones, traiciones, promiscuidad, dependencia emocional, violencia intrafamiliar, estrés, enfermedades psicosomáticas, ansiedad, problemas escolares, disfunciones sexuales, cansancio crónico y en general, una pérdida del sentido de la vida. La situación resulta más alarmante si nos detenemos en la incapacidad para dar el amor del que ha carecido y sus consecuencias histórico culturales, pues propicia una prolongada cadena en la que pueden seguirse conformando personas sin amor con condiciones similares a través de varias generaciones y en amplios estratos sociales.

Los estragos que el vacío amoroso puede provocar en una vida y la persistente presencia de una necesidad de amar y ser amado en éstas historias de vida son aspectos que nos permiten asegurar que el amor; como la experiencia que incluye la cooperación, afecto, intimidad, y paz; es una necesidad básica en las personas y forma parte fundamental de un desarrollo pleno. Es a través del amor que hombres y mujeres tienen la oportunidad de construirse como humanos, esto es, como seres que mantienen en su vida actitudes tan esenciales como

la bondad, la compasión, la sabiduría, el aprecio por la naturaleza, la tolerancia o la fe; guardando con ello una posibilidad mayor de felicidad y una mejor calidad de vida.

La condición de una persona que pueda sentirse amada y con posibilidades de dar amor promueve procesos personales y sociales muy diferentes. Propiciar la satisfacción cotidiana de la necesidad de amor resulta una alternativa tan alentadora porque ofrece favorecer la integración de las personas. Cuando alguien ha sido iniciado y se ha abierto al amor, entonces tiene la plena capacidad de mantenerse en contacto con los demás, pero sobre todo, consigo mismo, en términos corporales, racionales y espiritual. No es casual que el amor se considere un bálsamo, pues sus efectos son capaces de curar al cuerpo más adolorido, al espíritu más quebrantado, precisamente a través de esa integración.

El ser humano como un sujeto siempre dividido, como un ente destinado a la fragmentación y a la insatisfacción aparece como algo natural en el trasfondo de diversos marcos teóricos en psicología. En contraste, una perspectiva holística propone a un sujeto que tiende a la integración respecto a sí mismo y al cosmos en un estado armónico, y cuyos quebrantamientos son resultado de un desequilibrio en la naturaleza de su forma de vivir, de su cuerpo o de sus relaciones. Desde este lugar teórico las experiencias de los amantes son relevantes porque en el vínculo amoroso subyace la posibilidad de construir, restaurar o devastar el equilibrio y la unificación. Probablemente el estudio del amor, indagando en sus procesos y en sus historias, también pueda resultar curativo en nuestros márgenes teóricos y de acción, impulsándonos a revisar y reconstruir profundamente nuestras aproximaciones a ésta experiencia, tanto en términos cotidianos como especulativos, para finalmente ofrecer nuevas opciones hacia la conformación de mejores personas y de un presente y un futuro más favorable para la especie humana.

El recorrido a través del tema del amor en términos más integradores fue una tarea fascinante y a la vez compleja. La sospecha de que se trataba de un aspecto fundamental de la vida resultó bastante acertada: historiar al amor en realidad significó referirnos a una serie de temas esenciales en nuestra existencia, desde la historia de la vida y la evolución humana hasta los cambios ambientales en nuestro planeta y las condiciones socioculturales.

En el primer capítulo hemos presentado una serie de evidencias que muestran que el amor es parte inherente de la naturaleza humana que finalmente representa una expresión holística de la vida, una experiencia totalizadora en la que se manifiestan elementos evolutivos, genéticos, corporales, ambientales e interpersonales.

En el segundo capítulo el amor fue analizado como representación social, a través de una reseña de las motivaciones y experiencias cotidianas que instituyeron determinados significados y formas de vivir el amor dentro de algunas sociedades. Fueron de particular interés la exaltación del mundo cotidiano en la prehistoria, la tragedia del amor entre los griegos, el constante anhelo del amor en el medioevo, y la pasión amorosa en el mundo occidental actual.

Finalmente, en el tercer capítulo profundizamos sobre el amor desde la experiencia de los amantes en el aquí y el ahora, a través de la historia de vida de dos informantes. Posteriormente propusimos una serie de alternativas para alcanzar amores más afortunados y una verdadera intimidad en pareja por medio del trabajo personal y corporal que permita el desarrollo individual.

El crecimiento personal y una mejor calidad de vida es precisamente el punto álgido al cual podemos aspirar a través de dar un nuevo sentido a las relaciones amorosas cotidianas y es la razón principal por la que fue necesario realizar un análisis de éste sentimiento. En efecto, el amor puede ser una oportunidad de crecimiento invaluable para construir mejores personas y dejar un mundo más favorable a futuras generaciones. Para ello, lo primero es tener conciencia de cómo es que lo construimos en una trayectoria de vida. Saber como es que llegamos hasta aquí al amar es el primer paso para dirigirnos hacia vidas y amoríos más satisfactorios. También es un paso obligado para los psicólogos en su aproximación a las problemáticas y opciones de solución cotidianas.

CAPÍTULO I

El amor: una expresión holística de la vida.

"I was just guessing at numbers and figures,
Pulling the puzzles apart.
Questions of science, science and progress
Do not speak as loud as my heart.
Tell me you love me, come back and haunt me
Oh and I rush to the start."

(Sólo estaba especulando con figuras y números
Desgarrando los acertijos
Las cuestiones de ciencia, la ciencia y el progreso,
No hablan tan fuerte como mi corazón
Dime que me amas, regresa y encántame
Y me precipitaré al principio.)

"The scientist" por Cold Play.

En nuestra vida cotidiana, el amor es un evento extraordinario. Elixir continuamente buscado y anhelado, que al ser encontrado es portador de vida, energía, inspiración, alegría, unión, esperanza y paz. Basta verlo ir para apreciarlo como el acontecimiento más importante de nuestras vidas en medio del pesar, la tristeza, el dolor, y la desesperación. De hecho, para las personas, perder el amor significa vivir la pruebas más graves y dolorosas de la vida, que según una encuesta son: "la muerte de un allegado (100), un divorcio (79), una separación matrimonial (65), la muerte de un pariente (63)." (Vincent, 1988, p. 282). En medio del abandono nos queda la sensación de que "el amor no es una opción para el ser humano, sino una necesidad, el objetivo más alto: es lo único que nos llevaremos con nosotros cuando nos vayamos de esta vida." (Kingma, 1997, p. 21)

Es precisamente en las inmediaciones de la muerte, cuando el amor cobra un sentido elevado dentro de nuestra existencia. A punto de dar el hálito final para abandonar este mundo, más allá del poder, el dinero o los éxitos públicos, los moribundos recuerdan su sublime andar por el mundo y

suelen decir que las relaciones han sido los más importante de su vida. Las hazañas y logros que conseguimos momentáneamente de vez en cuando parecen perder todo su atractivo en la proximidad de la muerte. Por el contrario, la capacidad de dar y recibir amor y de contribuir al bienestar de los demás aparece, entonces, como lo valioso. Las épocas en las que uno da y recibe amor incondicional siguen recordándose todavía cuando los éxitos y los fracasos hace tiempo que ya se han olvidado. (Vaughan, 1991, p. 282)

Nuestra tendencia al amor y la unión no es recordada por nosotros solamente durante una pérdida, sino en la vida diaria. Las grandes obras musicales y literarias clásicas o la programación de cualquier estación de radio nos mostrarán esta tendencia. En las canciones populares:

compartimos mitos e ideales sobre el amor. De un modo rudo, a veces casi en términos económicos, nos previenen de lo mucho que puede costarnos el amor. Pero también nos anuncian la maravilla que puede ser. Ofrecen consejos sobre a quién amar, cómo saber si es un amor verdadero o no, qué hacer si uno es traicionado, como superar el desamor. Estamos constantemente enamorados, buscando amor, perdiendo un amor o heridos de amor. En definitiva, estamos “hechizados, preocupados, desorientados”. Nuestras canciones lo dicen todo. (Ackerman, 2000, p. 325)

Una persistente inclinación amorosa se manifiesta en cualquier aspecto de nuestra existencia. Desde el comercial de shampoo o desodorante que nos promete el tan anhelado fin a través de la seducción de los sentidos de los otros, hasta el más exquisito poema que busca conmover nuestro corazón, evocan ese sentimiento, que para el compositor Kuhn, personaje principal de *Gertrude*, era un impulso que lo llevaba por una senda dorada hacia *ella*:

Me concentré en mi música, pero mi aliento vital, mis pensamientos y mi corazón eran para ella; me rendía a sus pies como el viejo madrugador se entrega con alegría al cielo azul y al brillante rocío de las praderas, involuntariamente, sin hacer esfuerzo alguno. Simultáneamente con esta sensación de bienestar y el sonido creciente de los acordes, me sobrecogió un hálito de sorprendente felicidad, porque repentinamente supe lo que era el amor. No era un sentimiento nuevo, sino el esclarecimiento, la confirmación de una antigua sospecha, un regreso a la tierra natal. (Hesse, 2001, p. 96)

Un sentimiento como este, que integra a la persona mental y corporalmente, que no es cuantificable, ni asequible al control o predicción y carente de una definición precisa, ocupa un lugar muy diferente en el saber intelectual. Con estas características parece escaparse entre los dedos de cualquier científico y estar destinado al ámbito de la vida privada, de la literatura y otras artes, sin tener relación alguna con el curso del universo y de la vida pública del ser humano.

Paulatinamente, las opciones para el estudio del amor desde una perspectiva científica se volvieron escasas: van desde un oscurantismo científico por considerarlo un tema poco significativo, hasta los intentos por cuantificarlo y predecir su proceso mediante fórmulas

aplicables a todos los amantes. La situación intelectual del amor no se debe a que sea realmente un tema trivial o a la poca curiosidad de nuestros teóricos, sino a otra motivación más substancial y de sumo interés para los fines de este trabajo. La condición del amor va en profundo contraste con la esencia del pensamiento científico: *el amor es una expresión holística de la vida y del ser humano que desafía la concepción fragmentada de la conciencia científica moderna*. Esta afirmación y los motivos del destierro intelectual inherente al amor, pueden comprenderse dentro del contexto del proceso de la revolución científica y de la propuesta holística.

En sus inicios, los efectos del pensamiento científico moderno que desembocaron en constantes descubrimientos sobre los secretos de la naturaleza y del ser humano, así como en avances tecnológicos que ofrecieron comodidad, poder y riqueza entre los hombres, entusiasmaron tanto a los intelectuales que fue considerado como la verdad absoluta. Sin embargo, un horizonte diferente llevó a varios pensadores, a partir de los años sesentas, a retomarla como una ideología inventada por el ser humano. Este cuestionamiento dio pie a diferentes investigaciones que nos muestran el proceso histórico, social, corporal y emocional que llevo a esas maneras de hacer ciencia, y los modos precedentes de ver el mundo. Antes de la Revolución Científica Occidental, dentro de las formas en que los seres humanos se aproximaban a la realidad:

Las rocas, los árboles, los ríos y las nubes eran contemplados como algo maravilloso y con vida, y los seres humanos se sentían a sus anchas en este ambiente. En breve, el cosmos era un lugar de pertenencia, de correspondencia. Un miembro de este cosmos participaba directamente en su drama, no era un observador alienado. Su destino personal estaba ligado al del cosmos y es esta relación la que daba significado a su vida.” (Berman, 1987, p. 16)

Esta visión de la naturaleza se expresaba en un marco epistemológico en el que todo se relacionaba con todo y en el concepto alquimista del micro y macrocosmos: “las rocas de la tierra son sus huesos, los ríos sus venas, los bosques su pelo y los cicádicos su caspa.” (Berman, 1987, p. 74). Cualquier actividad de un ser humano, entre ellas el amor, eran esenciales y compartían un sentido mágico y divino en participación con un cosmos vivo. Además, las explicaciones y participación del hombre con respecto al cosmos, incluyendo los mitos respecto a los orígenes de la tierra o del ser humano y las artes y oficios, implicaban de

una u otra forma el amor. Para muestra, veamos como el amor a una naturaleza maternal de los tiempos “cuando la gente adoraba la fecundidad de la tierra salvaje, el sofocante calor del sol veraniego, el omnipresente espíritu de la tierra.” (Ackerman, 2000, p. 207), parecía cruzar el oficio de los mineros en la época feudal, cuando se consideraba que:

Los minerales crecían en el útero de la tierra como un embrión. El papel del minero o del trabajador de metales era ayudar a que la naturaleza acelerara su tiempo infinitamente lento cambiando la modalidad de la materia. Pero hacer eso era interferir, entrar en un territorio sagrado, y por lo tanto, hasta el siglo XV, la apertura de una nueva mina, era acompañada de ceremonias religiosas, durante las cuales los mineros ayunaban, rezaban, y observaban una serie particular de ritos.” (Berman, 1987, p. 87)

Sin embargo, hace cuatrocientos años aproximadamente, esta percepción se convierte sólo en una trampa primitiva, romántica y animista, cuando Descartes, icono e iniciador del pensamiento científico moderno, propone un método para acercarse a la realidad y afirma que cuerpo y alma son distintos. Entonces, el cuerpo se convierte en una máquina equivalente al “movimiento de un reloj que se sigue de la fuerza, de la situación y de la figura de sus contrapesos y de sus ruedas.” (Descartes, 1998, p. 49), y que funciona sin que contribuya en nada el alma, “cuya naturaleza sólo es pensar” (Descartes, 1998, p. 46). Su clásica frase “Pienso, luego existo”, indica la supremacía del alma sobre el cuerpo, del pensamiento sobre la sensación e intuición, de lo racional sobre lo emocional.

La concepción y método cartesianos proporcionaron la posibilidad de dominar una naturaleza que apareció inevitablemente como una serie de objetos útiles sin vida y sin otro sentido que el que le pudiera ofrecer el razonamiento humano en su beneficio. En el proceso, el hombre dejó de pertenecer a un cosmos y se vio a sí mismo fragmentado y alienado, ubicado esencialmente en sus pensamientos mientras su cuerpo, otro objeto, funcionaba independientemente de ellos. En el transcurso del desarrollo científico y “Encerrados en nuestra mente, hemos olvidado como pensar con nuestro cuerpo, cómo servirnos de él para llegar al conocimiento; asimismo, nos hemos alejado de nuestro entorno natural y nos hemos olvidado de coexistir y cooperar con una rica variedad de organismos vivientes.” (Capra, 1982, p. 42-43)

Si en sus inicios, la *conciencia científica moderna*, como la llama Berman (1987), pareció ser la panacea a todos los problemas humanos y la respuesta a todas nuestras preguntas, los

tiempos actuales nos ofrecen un panorama muy diferente. El dominio tecnológico de la naturaleza y del hombre mismo, herederos del pensamiento cartesiano, nos ha llevado en particular, a la destrucción creciente del planeta, al agotamiento de la energía, a la construcción de millones de habitantes humanos con un sentimiento de vacío y ansiedad, víctimas de enfermedades que van desde los ataques cardíacos hasta enfermedades crónico-degenerativas, el cáncer y la esquizofrenia; y en general, al cuestionamiento de nuestra propia supervivencia.

En estas circunstancias ¿por qué el ser humano no ha retomado otras opciones para salvar su propia conservación y la del planeta donde habita? Una respuesta viable equiparar este proceso al de una adicción. Adictos a una conciencia científica moderna que en un principio fue la medida perfecta a diferentes problemáticas humanas; nos ha generado la constante necesidad de energía, prestigio, poder, riqueza, petróleo, construcción de bombas, y de dominio sobre todas las cosas.

Frente a este panorama, varios intelectuales han planteado opciones. Algunas de ellas se derivan en la propuesta holística. Langer (1957, citada en Berman, 1987) afirma que las filosofías no se diferencian en las respuestas que ofrecen, sino en las preguntas que se formulan. Mientras el pensamiento científico moderno se pregunta ¿qué es el universo?, la perspectiva holística busca respuestas a preguntas como ¿Cuál es la *experiencia humana* del universo? La respuesta a esta interrogación encierra las propuestas básicas de una visión holística del mundo: en primer lugar, no existe una separación radical entre sujeto y objeto de estudio, sino que el ser humano se experimenta como parte de lo estudiado en congruencia con una visión en la que todo se relaciona con todo. En segundo lugar, no existe una verdad absoluta en cuanto a la definición del universo, sino que esta definición tiene sentido sólo en los términos humanos del observador. En tercer lugar, se habla de la experiencia y no del pensamiento humano del universo, porque lo que vivimos va más allá de “lo que ocurre de la cabeza hacia arriba.” (Berman, 1987, p. 184), esto es, incluye lo corporal y lo intuitivo en conjunto con lo racional.

La visión holística del mundo aún se encuentra en proceso, debido a que la generalidad de la ciencia y de nuestra vida cotidiana contienen fuerte bases cartesianas: la visión científica

moderna no sólo se ubica en un laboratorio o en un escritorio, la vivimos constantemente en nuestro hacer cotidiano. La forma de vernos a nosotros mismos, a nuestras enfermedades, al planeta e incluso a la experiencia del amor están impregnados de ella, porque la ciencia y

Todo lo que hacemos es una expresión de nuestro ser y de nuestras creencias sobre nosotros mismos. Para bien o para mal, las teorías e ideas (científicas y) psicológicas sobre el self suelen convertirse en creencias comúnmente aceptadas sobre la naturaleza humana...las creencias sobre el self pueden mutilar el desarrollo humano o expandir la conciencia fomentando, de ese modo, la curación y la totalidad. (Vaughan, 1991, p. 43)

Las maneras de hacer ciencia y sus respuestas sobre la vida no permanecen impasibles en los libros y las revistas científicas, sino que se vuelven creencias que guían a la humanidad a ciertas formas de vivir. Por ello, cualquier estudio de la experiencia del amor nos compromete a considerar el hecho de que “Todas nuestra relaciones se asientan en las creencias que tenemos sobre nosotros mismos. Estas creencias determinan *con quién y como* nos relacionamos.” (Vaughan, 1991, p. 256)

Si nuestras creencias sobre nosotros mismos y el amor tienen el poder de expresarse en nuestra experiencia, si “cómo amamos finalmente determina quiénes somos.” (Solomon, 1989, p. 24), reflexionar sobre los vínculos amorosos significa preguntarnos qué es lo que nos aportan los conocimientos y certezas sobre el amor, si nos encaminan a la satisfacción o al sufrimiento y si el amor que sentimos es fuente de placer o de dolor, de aprendizaje o de manipulación, de creatividad y construcción o de amargura y destrucción. Nuestro compromiso y responsabilidad, como psicólogos, es asumir que cualquier enfoque sobre el ser humano, la vida, y en particular sobre el amor, ofrece posibilidades y limitaciones de existencia al planeta, a otras formas de vida con las que co-existimos y a la propia humanidad de la que somos parte.

Evaluar estas posibilidades, en tanto benéficas o perjudiciales, parecerá complicado, habituados a la resistencia científica de involucrarnos en cualquier juicio de valor. Sin embargo, un buen indicio reside en considerar si nuestro enfoque propicia una calidad de vida alta o baja:

Las personas con alta calidad de vida tienen un sentido a largo plazo de alegría de vivir, una sensación de bienestar físico, una creencia de que han sido o pueden ser seres humanos exitosos, y un deseo apasionado de participar en el desarrollo del drama de la vida. Las personas con baja calidad de vida tienen un sentimiento de desesperanza y angustia, una creencia de que su vida ha sido un fracaso, una sensación de pobre bienestar físico y un sentimiento general de infelicidad. (Tyler-Miller, 1985, p. 768)

Conceptos como largo plazo, bienestar físico y emocional y una participación en la totalidad del mundo, significan opciones existenciales que los psicólogos estamos obligados a ofrecer en nuestro trabajo con las personas y nuestro hacer teórico, y son nociones clave dentro del enfoque holístico. A pesar de que la objetividad científica dentro de la psicología puede llevarnos a evadir cualquier postura moral, debemos aceptar que uno de los fines principales de la psicoterapia es precisamente “llevar a la vida armonía y equilibrio. Amar y ser amado, realizarse en el trabajo, jugar y disfrutar: todo forma parte del equilibrio necesario. En vez de sentirnos desgarrados por emociones conflictivas y relaciones turbadoras, todos queremos estar en armonía con nosotros mismos y con el resto del mundo.” (Madanés, 1990, p. 30). En este trabajo, la perspectiva holística representa una posibilidad para explicar la experiencia humana del amor que permite construir personas más sanas y relaciones con los otros y con el planeta más armónicas, que aseguren la vida de la Tierra, la de todos los seres vivos y la de nuestra propia especie.

Además, este punto de vista nos permite colocar al sentimiento amoroso más allá del lugar al que comúnmente se le ha confinado por la orientación científica moderna. Cuando decimos que el amor es una expresión holística de la vida, sugerimos que al amar estamos viviendo un aspecto esencial de la vida en términos ecológicos, biológicos, psicológicos, sociales, corporales y espirituales. Este sentimiento es parte fundamental de la relación del ser humano con sí mismo, con los otros seres, con el planeta y con el cosmos.

En términos holísticos, nuestra relación amorosa con el otro está lejos de ser una experiencia afectiva aislada. Representa la posibilidad de expresión y construcción de nuestra herencia genética, familiar y cultural; de nuestro estado corporal y espiritual y de nuestro amor por la vida, nuestro respeto por la naturaleza o por las otras formas de existencia con las que compartimos este planeta.

Como veremos a lo largo de este trabajo, el amor es una oportunidad de integrarnos y conocernos como seres humanos totales y para generar cambios esenciales en nuestra calidad de vida y en el mundo en general, donde, al final de cuentas, “lo que se necesita es una doble transformación, tanto de las mujeres como de los hombres en su relación entre sí y con la naturaleza.” (Radford, 1993, p. 271).

Para nosotros, como psicólogos, el estudio de la experiencia amorosa se vuelve la oportunidad de acercarnos a nuestra realidad como seres humanos con otros ojos y de ofrecer alternativas a millones de personas que, se podría decir, sufren literalmente *un mal de amores* que se revela en una enfermedad psicosomática, en una baja autoestima, en frecuentes problemas escolares, en disfunciones familiares y en conflictos sociales.

En congruencia con una perspectiva holística preguntémosnos *¿cuál es la experiencia humana del amor?*. Más que buscar una definición precisa, exploremos que le ha significado este sentimiento a millones de hombres y mujeres.

1.1. El sentimiento del amor.

“Dentro de la condición humana, el amor es la experiencia que nos permite sentir de forma inequívoca, hermosa y profunda, que nuestra verdadera condición no es el aislamiento, sino la unión.”
Diane Kingma.

Varios autores reconocen que hay una diferencia entre el *sentimiento del amor* y la *representación del amor*¹. Según Heller (1980), el sentimiento contiene aspectos característicos del amor en toda la humanidad como la necesidad de vinculación con el otro y la sexualidad; mientras que la representación del amor puede variar de acuerdo a la época o a la persona y es aprendido, teniendo como base los afectos y la situación histórico-social del ser humano. Hay una diferencia

¹ A lo largo de este trabajo hemos preferido el concepto de *representación del amor* al de ideas del amor para referirnos a los modos en que las personas vivieron este sentimiento de acuerdo a su contexto social e histórico. Una representación del amor implica la encarnación o personificación de este sentimiento, abarcando la experiencia de los seres humanos de diferentes épocas y lugares más allá de sus pensamientos o de su cabeza. Por el contrario, el concepto de idea del amor sugiere invariablemente una noción del amor en términos eminentemente racionales.

entre el sentimiento amoroso y la idea del amor adoptada por una sociedad y una época. El primero pertenece a todos los tiempos y lugares; en su forma más simple e inmediata no es sino la atracción pasional que sentimos hacia una persona entre muchas. La existencia de una inmensa literatura cuyo tema central es el amor es una prueba concluyente de la universalidad del sentimiento amoroso. Subrayo: el sentimiento, no la idea...Pero a veces la reflexión sobre el amor se convierte en la ideología de una sociedad; entonces estamos frente a un modo de vida, un arte de vivir y morir. (Paz, 1993, p. 34-35)

En este apartado nos referiremos solo al sentimiento del amor, con aquellos aspectos clave presentes en la mayoría de las culturas y que, al enamorarnos, continuamente nos muestran que es posible “la exaltación, la devoción completa, el entusiasmo y confianza mutuos, la maravilla de compartir, realmente compartir con alguien.” (Solomon,1989, p. 17).

El amor como sentimiento es un tema presente en las obras literarias de todo el mundo desde tiempos muy antiguos. Guitart (2001) nos muestra como en varios cuentos de amor, la necesidad de conexión y cercanía, las virtudes como la bondad, el dar sin esperar recibir, la sensación de bienestar y los sentimientos de pérdida o tristeza suelen estremecer el corazón de los amantes de todos los continentes y en diferentes épocas. Para varias generaciones de enamorados, la experiencia del amor

exhibe rasgos conocidos: pensar casi siempre en la persona, deseo constante de contacto y de estar juntos, excitación en la presencia del otro, pérdida del sueño, expresar nuestros sentimientos mediante poemas, obsequios u otros modos de deleitar a la persona amada, mirar profundamente a los ojos del otro, cenas a la luz de las velas, sentir que las separaciones breves son prolongadas, sonreír tontamente cuando se recuerdan actos y frases del otro, sentir que los defectos menores del otro son deliciosos, experimentar alegría por haber encontrado al otro y haber sido encontrado por el otro...la infatuación, si tiene oportunidad se transforma en amor romántico duradero, o bien se esfuma. Con este amor romántico duradero, las dos personas entienden que se han unido para formar y constituir una nueva entidad en el mundo, lo que podríamos denominar un *nosotros*. (Nozick,1992, p. 55-56)

Las sensaciones corporales y la necesidad de vinculación que este sublime éxtasis evoca en nosotros parecen trascender el espacio y el tiempo de la condición humana, provocando que cualquier hombre o mujer sea capaz de reconocer fácilmente cuando se esta enamorado de alguien, o cuando dos personas se aman. Por ejemplo,

Si tomamos una mujer del antiguo Egipto y la metemos en una fábrica de automóviles de Detroit, se sentirá comprensiblemente desorientada. Todo es nuevo, especialmente la posibilidad de tocar un interruptor en la pared y encender la luz de toda la nave, o pulsar otro y llenar la estancia de cálidas brisas veraniegas o de ráfagas invernales. Miraría perpleja los teléfonos, ordenadores, la moda, el lenguaje y las costumbres. Pero si viera a un hombre y a una mujer dándose un beso a hurtadillas en un rincón silencioso sonreiría. Gente de todos los lugares del mundo y de todos los tiempos entiende el fenómeno del amor...” (Ackerman, 2000, p. 18)

La universalidad del sentimiento amoroso nos ha orientado a ubicarlo como elemento esencial de la vida, tanto humana como no humana. La experiencia amorosa es uno de los elementos que nos da la cualidad de seres humanos, determinando tendencias básicas de nuestra especie: la emoción y la unión. De hecho, nos es tan inherente que cualquiera de nosotros “...podría sobrevivir sin el arte del teatro o de la pintura o de la literatura o de la música, pero el hombre no sería hombre sin el arte del amor mutuo.” (Singer, 1992, p. 38). En el caso de las demás formas de vida, su naturaleza orientada a la conexión y la cooperación resulta indispensable, porque esta necesidad de fusión, “este amor es lo que promueve el proceso continuo de la vida humana, animal y vegetal.” (Lowen, 1990, p. 247)

La tendencia a la vinculación o fusión, en especial la de dos seres humanos, además de promover la vida, ha cautivado durante generaciones el sentir de los amantes. Una representación de esta promesa de cercanía extrema es el mito de Aristófanes que explicaba la atracción amorosa: en sus orígenes, los seres humanos eran seres dobles que, por su condición de andróginos, llegaron a ser tan poderosos, fuertes e inteligentes que los dioses griegos se sintieron amenazados y determinaron dividirlos. Desde entonces las mitades complementarias, hombres y mujeres, se buscan unos a otros.

La fusión de dos seres diferentes resulta lógicamente imposible, sin embargo, los enamorados han buscado esta sensación durante siglos y muchos hablan de haberla encontrado. ¿Cómo interpretar esta sensación de unión?

Es tentador sugerir una analogía poco romántica: la fusión de dos átomos independientes en una molécula. Los átomos retienen su identidad como átomos de cierto elemento, pero al mismo tiempo, forman juntos una nueva sustancia con diferentes propiedades...Pero la analogía esconde y al mismo tiempo ilumina la paradoja del amor: ¿cómo pueden dos personas diferentes e independientes formar

una unión? Los enlaces que mantienen unida a una molécula exhiben un complejo explosivo de fuerzas de atracción y repulsión. No debemos esperar menos del amor.” (Solomon, 1989, p. 65).

El anhelo constante que representa el mito andrógino no sólo corresponde a una ideología heredada por nosotros de la visión platónica del mundo, sino a su condición de expresión holística: “somos seres incompletos y el deseo amoroso es perpetua sed de completud” (Paz,1993, p. 41)

La necesidad de unión propia del sentimiento amoroso le ha proporcionado otro sentido esencial al amor: la entrega. Entregarse ha significado dar al ser amado sin esperar gratificación alguna. Cuando, en una relación, se da algo con la espera de apropiarse de alguna satisfacción, se dice que la persona no mantiene una relación auténtica o que no siente amor, sino deseo, y

“...amar no es lo mismo que desear. Deseamos cosas o personas por lo que nos puedan dar, por las satisfacciones que esperamos que nos puedan proporcionar. No obstante, cuando amamos a alguien, nos interesamos en esa persona en sí misma, como persona y no meramente como vehículo para algo más. A menos que la persona amada satisfaga necesidades y deseos , puede que nunca hubiéramos llegado a amarla. Aún así el amor no duplica esos intereses sino que agrega otro nuevo, un interés por el objeto como ser independiente cuya importancia aparte entonces afirmamos.” (Singer, 1992, p. 51).

Dar sin esperar recibir algo a cambio ha proporcionado al amor la cualidad de acontecimiento maravilloso y extraordinario, en contraste con lo que ocurre cotidianamente, donde “vale el principio del intercambio calculable: si te doy una cosa quiero algo a cambio y debe ser del mismo valor. En el estado naciente...cada uno da según sus posibilidades y recibe según sus necesidades. No hay ninguna contabilidad entre lo que doy y lo que recibo. Cada uno hace dádivas al otro...Al hacer un don la cuenta se iguala de inmediato: basta que el otro lo aprecie, que este contento. La alegría del otro vale más que cualquier objeto.” (Alberoni, 1994, p. 61)

De algunos siglos a la fecha ha sido una regla general que los seres humanos se conviertan fácilmente en vehículos para ciertos fines y sean altamente canjeables, resultando más trascendente el hecho de sentirse amado por lo que se es y amar así a alguien más. “Queremos ser amados en cuanto seres únicos, extraordinarios, insustituibles, absolutamente nosotros

mismos. Esto no puede ser alcanzado en las organizaciones, donde todos somos sustituibles.” (Alberoni, 1994, p. 40).

Para hombres y mujeres de muchos periodos y lugares, sentirse amados y entregarse a alguien ha tenido profundas repercusiones en sus vidas y en sus cuerpos, tantas que han considerado al amor un bálsamo que “cura el dolor, el deseo, el rencor, el sentido de revancha que han quedado aprisionados dentro de nosotros después de una gran decepción.” (Alberoni, 1997, p. 161). Los sorprendentes poderes curativos del amor residen en su capacidad de crear una revolución total en nuestra vida al impulsarnos a reestructurar el pasado y el presente, lo que para muchos resulta una liberación para llegar a buscar la propia autenticidad. Esta transformación ocurre porque el amor

...es uno de los pocos momentos en que el adulto está obligado a la sinceridad. Porque la verdad de sus sentimientos se le impone. Normalmente nos engañamos a nosotros mismos y engañamos a los demás. Fingimos, ponemos en escena emociones que no sentimos, como ocurre en los tratos de negocios, en la política. Sólo en el gran amor no podemos fingir y debemos decir, llorando, ‘me rindo, te amo’. Sólo en el gran amor nos olvidamos de nuestro orgullo, de nuestro poder, de nuestra presunción, porque sabemos que nada podemos hacer para ganarnos el amor de nuestro amado.” (Alberoni, 1997, p. 86).

La orientación a la transformación ha llevado a los seres humanos, entre ellos a Gibran (2002), a asegurar que el amor es un Maestro que puede conducirnos al Despertar. El amor nos invita a una renovación que significa “identificar nuestros puntos ciegos, darnos cuenta de nuestra interdependencia y trascender toda ilusión de aislamiento. En este sentido, las relaciones basadas en el amor y el respeto mutuo son especialmente interesantes para la curación y la totalidad.” (Vaughan, 1991, p. 256-257)

La impresión de alivio en la que nos sentimos envueltos al amar y ser amados seguramente también proviene de la sensación de bienestar corporal, generada por una auténtica “curación (que) apunta a unificar la división existente entre mente y cuerpo armonizando los pensamientos, los sentimientos y los impulsos físicos, y promoviendo el funcionamiento adecuado y coherente de esa totalidad.” (Lowen, 1990, p. 35). Sus propiedades balsámicas también son apreciadas cuando se le ve perdido: millones de enfermos de amor son testimonio de cómo la sensación de tristeza y frustración puede expresarse en cada órgano del cuerpo.

En resumen, en este apartado hemos propuesto una posibilidad de resolver una frecuente controversia en torno al tema del amor, sintetizada en la pregunta: ¿la experiencia del amor es inherente al ser humano o ha sido una construcción del hombre?

La alternativa es hacer una distinción entre las representaciones del amor y el sentimiento del amor: el amor, como representación, ha sido una construcción en torno a esta experiencia por seres humanos ubicados en un contexto histórico-social; y el amor, como sentimiento, es parte inherente de la condición humana.

El amor, como sentimiento, se ha caracterizado, en general, por ser una tendencia productora de vida; y en particular, por un anhelo de unión con el otro, motivado por la necesidad de vernos a nosotros mismos en una situación extraordinaria que trasciende la mayoría de nuestras relaciones cotidianas; y por la necesidad de integrarnos como seres completos a través de una transformación de nuestras vidas y nuestros cuerpos comúnmente interpretada como una curación.

Para seguir explicando el amor, necesitamos asumir que lo que sentimos cuando amamos y el concepto del amor que vivimos día a día en nuestras relaciones, reúnen y construyen la historia socio cultural y la historia natural de nuestro cuerpo y nuestra especie, expresadas en nuestras experiencias de vida y en nuestra memoria corporal.

Una lectura en ese documento vivo que es el cuerpo humano puede mostrarnos el lugar de este sentimiento en nuestra vida y las tendencias y motivaciones que nos permiten sentir que amamos a alguien. Un primer recorrido a través de la posición del amor en los orígenes del ser humano hasta la constante inundación de hormonas en el cuerpo de los amantes, junto a un panorama sobre la herencia amorosa que nos apropiamos a partir del momento en que nacemos y somos acogidos por una familia y una cultura en particular, nos confirmará que “Cómo amamos es una cuestión biológica. Cómo amamos es cuestión de experiencia”. (Ackerman, 2000, p. 196)

1.2. La experiencia corporal del amor.

“Cuando se ha talado un árbol, en la clara circunferencia de su cepa y monumento puede leerse toda su historia: en los cercos y deformaciones están descritos con fidelidad todo el sufrimiento, toda la lucha, todas las enfermedades, toda la dicha y prosperidad, los años flacos y los años frondosos, los ataques superados y las tormentas sobrevividas.”
Hermann Hesse

Nuestro cuerpo, igual que la cepa de un árbol, es un documento vivo. En sus procesos, expresiones, estado y enfermedades podemos hacer una lectura de nuestro presente, de nuestro pasado inmediato, del pasado arcaico del ser humano y de cualquier tema relacionado con la existencia humana.

Al igual que un leñador puede leer la historia vital de un árbol en la sección de su tronco, también es posible leer la historia de la vida de una persona en su cuerpo. Sin embargo, el crecimiento del organismo humano procede por etapas, no por años. A diferencia de los anillos del tronco de un árbol, estas fases no están claramente delimitadas, pero no obstante, las reconocemos porque cada una tiene una cualidad especial... Estas etapas son como capas, todas ellas siguen vivas y funcionando en la persona adulta, añadiendo su cualidad particular al conjunto. (Lowen, 1990, p. 70)

Las formas de vivir y morir de las generaciones que nos precedieron, desde nuestros padres hasta nuestros orígenes arcaicos, están inscritas en el contenido genético de cada una de nuestras células. Nuestro código genético significa procesos, tendencias y potencialidades corporales y biológicas que marcarán la vida de un ser que inicia su vida en el confortable mundo del feto humano. Aquí, el cuerpo humano en desarrollo es ya un documento vivo en el que pueden leerse hechos fundamentales de la historia planetaria y humana. Aún en el contexto cartesiano, Darwin afirmaba que los inicios de la vida en un ambiente acuoso, la cooperación y atracción entre los organismos unicelulares como fundamento para otras formas de vida, los primeros seres acuáticos, los anfibios y las diversas modificaciones de los seres terrestres y humanos parecían caracterizar de alguna manera las transformaciones de nuestro cuerpo en el útero materno, como si a cada paso de nuestra creación corporal diéramos un constante testimonio de la historia de la vida.

Cualquier aspecto relacionado con nuestro cuerpo resulta un testimonio de la existencia porque “Lo corporal puede ser fruto de una construcción que se puede leer en los discursos y en las formas de vivir y morir...” (López, 2000, p. 20). Si vivimos con el cuerpo, entonces nos

hablará de como hemos vivido. En el caso del amor, se dice que amamos con todo el corazón, y es cierto. En realidad amamos con todo el cuerpo, es por medio de este que podemos sentirnos amados o amar a alguien y es en él donde se imprimen la memoria corporal de la caricia o de la pérdida. En el tono de nuestra piel, en el brillo de nuestros ojos, en el estado de nuestras vísceras, en la irrigación de sangre o en las tensiones musculares suele expresarse si hemos sido lo suficientemente amados o si hemos sufrido el desamor o la decepción.

Las primeras claves acerca del amor en una lectura corporal se relacionan con las diferentes interpretaciones sobre nuestros orígenes y las posibilidades que sugieren para nuestra vida actual. A juzgar por Eisler (1996), en las investigaciones sociobiológicas sobre los inicios del ser humano hay problemas de prejuicios metodológicos que han desplazado procesos corporales fundamentales como la unión y el placer, “por ejemplo, ha existido una tendencia a centrarse en la competencia y la agresión más que en la cooperación y la asociación, aún cuando ambos patrones son evidentes en la mayoría de las especies...De modo que un problema básico es el tipo de comportamientos que se estudian y enfatizan.” (Eisler, 1996,p. 34)

Para muestra de los temas que se destacan en las explicaciones biológicas sobre el amor, veamos una de las conclusiones comunes a propósito de la relación entre el amor, el sexo, el dominio y la violencia:

A nuestro juicio, la agresividad es una pulsión, un instinto profundamente inscrito en nuestro patrimonio genético y que se expresa a través de muchas actividades cuyo objetivo esencial sigue siendo la supervivencia del individuo y la preservación de la especie. Es decir, que aparece como un componente indispensable de la sexualidad y de la vida, lo cual habla de su legitimidad...

La crueldad y la violencia son excitantes del comportamiento sexual, tanto en el hombre como en el animal. Se trata de una constante registrada a través de los siglos.

...esta mezcla de violencia y de sexo tiene otra causa cuya observación, por elemental que fuera, basta para convencernos de su realidad: el placer sexual se expresa por medio de órganos cuya función inicial consiste en asegurar la supervivencia del individuo y de permitirle entrar en relación con el prójimo. Es decir, que el servicio de éstos órganos es indisociables de un componente de agresión. La agresividad de la mirada no necesita demostración, hurga, fascina, hipnotiza para intentar reducir a otro a su antojo.” (Tordjman, 1981, p. 13, 18, 25)

Este tipo de afirmaciones científicas contienen una clara tendencia a correlacionar amor, sexo, dominio y violencia desde el origen del ser humano. Su desenlace en la vida de las personas toma otro sentido a la luz de los datos revelados por Relaciones Destructivas A. C., que aseguran que el 75 por ciento de la población mexicana ha mantenido relaciones

en donde uno de los dos integrantes *humilla y maltrata física y emocionalmente* a su pareja, en donde no se satisfacen las necesidades emocionales y afectivas y en donde uno de los dos integrantes solo quiere *dominar* y/o controlar al otro. Es un tipo de relación en donde no hay respeto por el otro, porque no hay un respeto de uno mismo, es decir, quien maltrata, controla o humilla no se quiere ni se respeta, y lo mismo ocurre con la víctima, pues son formas en las que aprendieron a relacionarse y a vivir el amor. (Velásquez, 2001, p. 1, las cursivas son mías)

No es casualidad que las maneras en que vivimos el amor tengan alguna correspondencia con aquellas interpretaciones sobre nuestros orígenes que asocian las raíces de la existencia humana con el dominio y la agresión. Esta cuestión representaba un misterio hasta la segunda mitad del siglo XIX, época en la que Charles Darwin propone una serie de explicaciones que revolucionan el mundo científico. Su concepto de selección natural y de la ley de la supervivencia del más apto manifestaban los resultados de sus investigaciones y de las creencias sobre el ser humano de aquella época, que aún están presentes en la conciencia científica moderna. Las investigaciones posteriores en chimpancés y mandriles basadas en la tesis darwiniana parecían legitimizar la tendencia al dominio y a la competencia como parte de la naturaleza humana y, de hecho, como su único camino.

Asociar el amor con procesos más constructivos para nuestra calidad de vida implica hacernos nuevas preguntas y llegar a una nueva interpretación acerca de nuestro origen biológico. Asumir de inicio que “la organización social humana, y antes homínida, no siguió un solo sendero lineal, sino más bien varios –algunos orientados al modelo dominador y otros al solidario.” (Eisler, 1996, p. 39) puede significar trascender el clásico modelo explicativo del “hombre cazador” cuya sociedad estaba orientada al dominio y abrir la posibilidad de construir una nueva memoria corporal sobre el amor en términos de aquellos principios que también son fundamentales en condición humana: el placer, la cooperación y la satisfacción.

Esta nueva interpretación puede derivarse incluso desde el propio Darwin. Una de sus declaraciones, aparentemente ignorada, gira en torno al placer subyacente a la disposición natural de formar vínculos con nuestros semejantes, que en términos de supervivencia, es fundamental para cualquier especie. Para explicar este

impulso que mueve a ciertos animales a asociarse entre sí, y a auxiliarse de diversos modos, podemos inferir que es debido, en la mayoría de los casos, a los mismos sentimientos de satisfacción o de placer que experimentan cuando realizan otras acciones instintivas. ¿Cual no debe ser la energía de satisfacción necesaria para que el pájaro, tan lleno de actividad, pase días enteros sin moverse del nido, empollando huevos!... Entre los animales para quienes la vida social era ventajosa, los individuos que encontraban mayor placer en estar juntos podían escapar mejor de diversos peligros; mientras que aquellos que descuidaban más a sus camaradas y vivían solitarios, deberían perecer en mayor número. (Darwin, 2002, p. 55)

Las manifestaciones de una tendencia a la unión en la especie humana, como los afectos filiales, paternos y sociales, posibles antecedentes del sentimiento amoroso, fueron fortalecidos por medio de la selección natural, de manera que sobrevivir como el más apto significó ser capaz de mantener vínculos sociales profundos y duraderos con sus congéneres. Darwin asegura que es factible que la selección natural basada en las aptitudes sociales sirviera como compensación de la escasa fuerza y velocidad del hombre en comparación con las capacidades de otros depredadores, y se convirtiera en tierra fértil para el desarrollo de nuestras capacidades intelectuales y emocionales:

Respecto a la fuerza y a la talla del cuerpo, no sabemos si el hombre descende de alguna especie comparativamente pequeña, como el chimpancé, o de una tan vigorosa como el gorila; por lo tanto, no podemos decir si el hombre ha pasado a ser más grande y más fuerte, o más pequeño y más débil que lo eran sus antecesores. Sin embargo, debemos calcular que un animal de gran talla, y dotado de fuerza o ferocidad, y pudiendo, como el gorila, defenderlo de todos los enemigos, probable, aunque no necesariamente, no llegaría a ser sociable; en tal caso, esto hubiera constituido un obstáculo inmenso para que el hombre adquiriese sus cualidades mentales de elevado orden, tales como la simpatía y el afecto para con sus semejantes. Considerándolo de esta manera, habría sido ventajoso al hombre deber su origen a un ser comparativamente más débil. (Darwin, 2002, p. 119-120)

Un ser pequeño y débil es precisamente el tipo de antecesor que para algunos, representa el pasado homínido del hombre, en congruencia con el desarrollo de nuestras aptitudes sociales. Quizá descendemos de seres más similares físicamente a especies como los bonobos, cuya

fragilidad queda expuesta ante especies como los chimpancés o los mandriles. Los bonobos parecen tener ciertas características en común con nosotros como el sexo no reproductivo y un repertorio sexual variado. Al analizar sus vidas se ha encontrado “que mientras para muchas especies un importante mecanismo para evitar el derramamiento de sangre es la manutención de jerarquías dominadoras por medio del temor y la fuerza (es decir, con amenazas de dolor físico), los bonobos usan el placer físico, y no el dolor, para evitar la tensión y la violencia.” (Eisler, 1996, p. 45).

Éstos datos han proporcionado las bases para una interpretación sociobiológica y psicológica de la evolución humana cuyo punto de vista es que el placer y la capacidad para establecer vínculos, fundamentales en el sentimiento amoroso, proporcionaron ventajas de supervivencia para el ser humano desde las primeras generaciones.

En contraste, la ciencia ha situado generalmente al amor y al placer en un segundo plano con relación a nuestras necesidades básicas. Sin embargo, su lugar en nuestra vida corporal es elemental, de hecho, “creemos que el placer es una necesidad fundamental del animal evolucionado y que la demanda se incrementa con el grado de evolución de las especies...El placer acerca, el dolor aleja. Si el placer es inseparable de los actos de un individuo, no puede estar ausente en la evolución de las especies que han culminado en ese individuo.” (Vincent, 1988, p. 164-165).

En nuestro proceso evolutivo el placer acercaba, es decir, era el indicador de lo que era seguro para preservar la vida, por lo que eventualmente las acciones placenteras se mantenían, en contraste con las que causaban dolor. El placer significó una regla sencilla y confiable para aproximarse al mundo y así mismo representó posibilidades más altas de vida, integrándose a la memoria corporal de los descendientes de estas generaciones. Su creciente continuidad provocó que esta memoria corporal se convirtiera en un legado genético acerca del placer que literalmente disfrutamos. Por lo tanto, la función del placer es impulsarnos a efectuar ciertos actos en pro de nuestra supervivencia. Esto es cierto en el caso del amor, y específicamente, del amor sexual.

Sin embargo, conjugada con una negación del cuerpo y del placer, también ha existido una tendencia a evadir o negar la sexualidad como uno de los componentes esenciales de la vida.

De acuerdo con Flowers, Horsman y Schwartz (1982), en una encuesta realizada a cientos de padres se les preguntó ¿cuáles eran las 10 características más importantes en un adulto sano? El 90% de ellos omitió la satisfacción sexual en su definición. Las altas tasas de disfunción y escasa satisfacción sexual, como mujeres que no pueden tener orgasmos y hombres con problemas similares, son parte de los resultados a nivel personal y social de la fragmentación de nuestro cuerpo y de la negación de lo que podría y debería ser una experiencia maravillosa de intimidad.

La negación de la sexualidad y el placer como parte esencial de la vida humana en el ámbito científico parece formar parte no sólo de la fragmentación del cuerpo, sino también de la negación del aspecto espiritual de las personas. Para Kingma (1997), el encuentro sexual y el orgasmo nos recuerda que somos cuerpos y nos conecta con nuestra esencia espiritual. La vida erótica puede llevarnos a una integración de todo lo que somos: “cuando somos tocados exactamente de la forma precisa, cuando hacer el amor es grácil y extático, somos llevados sin palabras a un nivel de integración de cuerpo, mente y espíritu que puede sanarnos instantáneamente.” (Kingma, 1997, p. 84)

Sin embargo, esta integración se complica cuando el abandono corporal y espiritual caracterizan la experiencia humana en el mundo actual. Las decepciones sexuales provocadas por un clímax sexual nulo o bien limitado a la eyaculación o el clítoris, son corolarios, de acuerdo con Lowen (1990), de una fragmentación corporal, específicamente entre cabeza, corazón y genitales. Esto significa que el orgasmo pierde amplitud hacia todo el cuerpo, incluyendo al corazón, cuando las personas están habituadas a una división e incongruencia constantes entre sus pensamientos, emociones y sensaciones corporales. Los alcances de la fragmentación corporal en la experiencia cotidiana del amor es principalmente la separación entre el sexo y el amor. Así, puede ocurrir que el sexo se use con fines totalmente ajenos al amor: la expresión de desprecio, dominio, afirmación o luchas de poder y competencia son algunos ejemplos de cómo el sexo puede convertirse, más que en una expresión de amor y placer, en una mera descarga de tensión. A pesar de que la liberación de tensión puede provocar cierto alivio, en este tipo de experiencias la sexualidad humana pierde su tendencia y finalidad natural hacia el placer.

Para comprender la finalidad del placer en el encuentro sexual, podemos compararlo con el acto de comer. Disfrutar del sabor y el olor de los alimentos nos induce a alimentarnos, y por lo tanto, a seguir viviendo, a pesar de sus inconvenientes: la sensación de pesadez y calor en el estómago que la digestión exige quedan suprimidas por medio del placer. En el acto sexual, como lo sugieren algunos estudios, ocurre algo similar, porque

los estímulos sensoriales procedentes del macho tienen un carácter francamente aversivo y no dejan de provocar la hostilidad de la hembra. La acción conjunta del estradiol y la progesterona tendría como resultado la abolición del carácter doloroso y aversivo de los mensajes sensoriales. Una vez más, es difícil extrapolar de la rata al hombre, pero una mujer violada no negará el carácter francamente desagradable, doloroso, por no decir intolerable, de los estímulos sexuales percibidos sin el acompañamiento del deseo.” (Vincent, 1988, p.368)

Las sensaciones aversivas a las cuales cualquier mujer se puede enfrentar no sólo en una violación, sino en cualquier estudio ginecológico de rutina, pueden ser la clave para explicar los orígenes del orgasmo femenino múltiple. La necesidad mayor de placer para suprimir estos elementos desagradables pudo ser resuelta naturalmente integrando los orgasmos múltiples a la memoria corporal femenina, y posteriormente a la memoria genética. El resultado fue una mayor posibilidad de supervivencia porque estimuló a las mujeres a buscar vínculos sexuales con los hombres.

Es en la búsqueda de la supervivencia de la especie que nuestra explicación acerca del lugar del placer y el amor en nuestros orígenes puede encontrarse con un inconveniente: cotidianamente la sexualidad no está necesariamente ligada a la reproducción, y de hecho en muchos casos los partícipes parecen olvidarse de la necesidad de la conservación de la especie. A la luz del concepto de actividad en el vacío o actos gratuitos, la separación entre la reproducción y el placer sexual sólo es un obstáculo aparente, en realidad nos muestra el significado del placer para los seres humanos y otras especies. La teoría de los actos gratuitos sugiere que en un principio, diferentes conductas, en este caso los comportamientos placenteros, eran medios para ciertos fines necesarios para la supervivencia. Sin embargo, al estar completamente integrados en la memoria corporal y en la memoria genética, se desarrolló una necesidad de esas pautas, como si los medios se convirtieran en el fin. Por ejemplo,

La oca cenicienta normalmente se alimenta filtrando con su propio pico el barro del que extrae sus alimentos; una oca alimentada hasta la saciedad continúa en la orilla filtrando barro en el vacío: come entonces para filtrar y ya no filtra para comer. Un recién nacido alimentado con un biberón muy fácil de chupar, a continuación libera una serie de movimientos de succión en el vacío o sobre objetos sustitutorios. El comportamiento sexual del animal o el hombre ofrece numerosos ejemplos de actividad en el vacío...Así pues, todo ocurre como si, junto a comportamientos nacidos de una necesidad o finalidad conocidas, existiera una auténtica necesidad de comportamiento, una presión interna que empuja a que determinadas secuencias motrices se exterioricen al margen de todo contexto significativo.” (Vincent, 1988, p. 147).

Cuando el placer significó la diferencia entre la vida y la muerte para los primeros seres humanos, promovió su lugar en nuestra memoria corporal y genética como hecho primordialmente biológico. Al ser el principio que nos acerca, es el antecedente que correlaciona el amor con la naturaleza humana y es el fundamento corporal y biológico de varios procesos que ocurren en la búsqueda y el contacto con otro ser humano: las pautas biológicas del cortejo humano, las transformaciones de animales y humanos en el sendero de la selección sexual y la danza de hormonas.

La búsqueda de otro ser con quien construir un vínculo más profundo no es algo que pueda tomarse a la ligera. Exigió desde el principio experimentar las maneras de atraer a alguien y probar si ese alguien era suficientemente confiable. El cortejo resultó la situación ideal para probar y probarse ante el ser amado, en tal medida que terminó siendo parte de nuestra herencia biológica. Existen ciertas pautas de cortejo entre distintas especies, que fácilmente nos hacen imaginar a una pareja de enamorados. Así, mientras los chimpancés de Tanzania se toman de la mano y se regalan hojas, hombres y mujeres caminan por la calle tomados de las manos y se dan obsequios; cuando los babuinos y mandriles se miran profundamente a los ojos al cortejar, el contacto visual alcanza su máxima expresión en una pareja de enamorados; a la par que los machos de mosca rastrera, pájaros, golondrinas y chimpancés regalan alimentos a la hembra que pretenden, para conquistar a una mujer, los hombres suelen invitarla a cenar; a la vez que los sapos, grillos, gatos, cocodrilos, puerco espines, ranas grises e insectos machos emiten diferentes sonidos como llamadas a las hembras, las melodías y serenatas son esenciales en el cortejo humano; cuando las hembras escarabajo quedan impresionadas en el momento en que el macho les muestra una gran hendidura, “es como si (el

hombre) le enseñara una cartera llena y le dijera: Hay más en el banco de donde salió esto.” (Eisner, citado en Ackerman, 2000, p. 323) y mientras la hembra del ave del Paraíso de Nueva Guinea se interesa en aquel macho que sea más hábil para construir y adornar un nido, muchas mujeres admiran las habilidades técnicas de sus amantes.

Los estudios acerca del lenguaje corporal de los enamorados originarios de África y Europa, como el realizado por el etólogo alemán Eibl-Eibesfeldt (citado en Fisher, 1994), encontraron patrones en común en el cortejo humano: la sincronía y contacto corporal, ciertas formas de mirar, los tonos de voz agudos y suaves al conversar, los regalos, el proporcionar alimentos y las canciones románticas. Estos datos, en congruencia con lo analizado en otras especies, corroboran que los seres humanos estamos destinados a cortejar y también sugieren que muchas de las pruebas de amor dejan de lado cualquiera de los elevados objetivos provenientes del intelecto humano para basarse, de una u otra forma, en condiciones biológicas usuales en otras especies; a pesar de que a muchos les gustaría pensar

que el cortejarse empieza cuando ‘él’ o ‘ella’ hace una broma maravillosa sobre un político al que nadie quiere, una crítica ingeniosa sobre la economía mundial o un comentario profundo acerca de un espectáculo teatral o de un encuentro deportivo: algo divertido, inteligente. Pero el enamoramiento puede comenzar a partir de un leve movimiento de cabeza, de una chuleta de carne asada en un restaurante sofisticado o de una melodía susurrada durante el baile.” (Fisher, 1994, p. 34)

En el cortejo, sólo los seres que han demostrado tener las mejores características, en términos de la conservación biológica, han superado a los otros en estas exploraciones y, como testimonio, les han legado a generaciones de descendientes esta memoria en forma de transformaciones corporales. En el argot científico, esta preparación genética para las futuras pruebas del amor se conoce como la selección sexual.

En un principio, el concepto de selección sexual, esto es, del proceso en el que las parejas sexuales más aptas tenían mayores probabilidades de supervivencia mientras las menos aptas perecían; se relacionó con la continuidad de rasgos físicos que si bien no explicaban la evolución de las facultades superiores (mentales) del ser humano, revelaban el por qué de algunas particularidades en las diferencias fisiológicas entre diferentes razas y entre hombres y mujeres. Por ello, las características corporales adquiridas vía la selección sexual se

consideraron secundarias y sin relación alguna con nuestro desarrollo intelectual, en el contexto de una visión al final de cuentas cartesiana. Así, con la noción de la selección sexual se afirmaba que, por ejemplo, el desarrollo de los senos grandes en las mujeres, provenían de la supervivencia de aquellas que, por estos rasgos, tenían más posibilidades de reproducción: los senos grandes atraían más por ser signos de predisposición sexual y fertilidad. Lo mismo ocurría con otros símbolos sexuales corporeizados, como la voz femenina más suave, la voz masculina más grave, la carencia de vello en las zonas más sensibles, el tamaño del pene o la barba masculina. Sin embargo, algunos estudios con una visión más integradora, encontraron que la evolución de las características corporales producto de la selección sexual no son secundarias, sino que están correlacionadas profundamente con la evolución de todas nuestras funciones corporales, entre ellas las intelectuales.

Un ejemplo de que todas las características corporales forman un todo es el análisis Wehrhahn (1979, citado en Vincent, 1988) acerca de las capacidades diferentes de la mosca doméstica macho y hembra en el contexto del estudio de las diferencias conductuales y biológicas entre los sexos. En el transcurso de su investigación, descubrió que la mosca macho poseía capacidades visuales y anatómicas muy particulares. Estas cualidades en un principio parecían corresponder con una necesidad de precisión al volar, cuyas ventajas garantizaban la supervivencia de la mosca. Sin embargo, había un detalle: estas potencialidades físicas no habían sido desarrolladas por la mosca hembra. Para comprender esta diferencia física sexual, éste investigador observó a una pareja de moscas en pleno cortejo. El juego aéreo en que participaban contenía una enorme precisión, sus vuelos, a pesar de ser totalmente irregulares, eran tan paralelos como si estuvieran unidos por un hilo invisible. Se dio cuenta de que el cortejo era prácticamente una persecución de la hembra por el macho, y que para asegurar su continuidad genética, la mosca macho necesitaba usar todas esas capacidades que le eran particulares. Finalmente, parecían tener sentido, en la vida del macho, sus “particularidades anatómicas, como la existencia de ramas colaterales que abandonan el axón 7 antes de que penetre en el cartucho (que) aseguran una mejora del contraste por inhibición lateral. Todo ello, incluida la pérdida de visión coloreada, parece destinado a convertir la zona dorsofrontal de la retina del macho en el obstinado detector de una mancha negra minúscula y móvil: ¡la hembra!” (Vincent, 1988, p. 100)

Aunque el ser humano ciertamente es mucho más complejo que insectos como la mosca doméstica, este tipo de estudios sugieren la posibilidad de que la construcción corporal de nuestras capacidades sensoriales, emocionales e intelectuales hayan sido, en conjunto, una adaptación ocurrida en el contexto de una de las decisiones que tomaron millones de generaciones de humanos desde nuestros orígenes arcaicos, con el objetivo primordial de prolongar su vida: establecer vínculos sociales y sexuales. Lo que siguió fueron cambios y adaptaciones corporales, que a su vez modificaron la vida de los seres humanos y crearon nuevas necesidades.

En los inicios de la vida humana, caminar con la espalda erguida, significó la génesis del instrumento más perfecto y preciso: la mano humana. También implicó que la única función de nuestros pies fuera la de sostenernos. Aunque las posibilidades humanas al menos se duplicaron, también hubieron ciertas limitaciones:

En los primates superiores no humanos, la cría se agarra con las patas anteriores y posteriores al pelaje de la madre, con lo que la deja libre para moverse de un lugar a otro con los demás miembros del grupo, al tiempo que ofrece alimento y protección. En ausencia de un dedo prensil del pie, el infante homínido depende absolutamente de que su madre lo sostenga durante el amamantamiento, y para ser llevado de un lado a otro, de modo que podemos asegurar que la naturaleza del cuidado de la prole había cambiado de forma radical. No sólo la cría dependía más de su madre, sino que por tal causa era menos móvil y necesitaba más, para el alimento y la protección, del resto de los adultos. Bien pudo ser este el contexto en que un macho asumiera la responsabilidad del cuidado de una hembra (o hembras) y sus crías, y las ventajas selectivas de una disposición tal resulta evidente para la crianza de los jóvenes. (Campbell, 1985, p. 75)

La fragilidad del ser humano durante al menos sus primeros cuatro años se elevó aún más, cuando su vida fue amenazada por la consecuencia corporal de la extensión de sus habilidades: el crecimiento cerebral. De acuerdo con los antropólogos, en los tiempos del *Homo erectus*, cuando el cráneo de un adulto alcanzaba los 700 cm cúbicos,

el cerebro se volvió tan grande en proporción con el canal pelviano de la madre, que las mujeres comenzaron a tener dificultades con los partos de criaturas con grandes cerebros. En síntesis, sus cabezas no podían salir. Esta conflictiva estrechez es conocida como el dilema obstétrico. La solución de la naturaleza fue que los partos se produjeran antes, en una etapa anterior del crecimiento fetal (feto más pequeño), para que el desarrollo cerebral se completará en la vida postnatal. Como lo resume

Ashley Montagu: "Si no hubieran nacido en el momento en que los hacían, no habrían nacido nunca."
En realidad, nacemos antes de tiempo: el bebé humano recién nacido es apenas un embrión. Todos los primates dan a luz criaturas inmaduras, y el grado de inmadurez va en aumento de monos a simios, y de simios a humanos." (Fisher, 1992, p. 223-224).

Para los antropólogos, esta fragilidad y dependencia del bebé humano puede ser la clave de los orígenes del vínculo amoroso. Las elecciones humanas que se orientaron a buscar vínculos de pareja probablemente representaron mayores oportunidades de vida: hombres y mujeres aseguraron de esta forma su descendencia y se protegieron unos a otros; mientras el recién nacido se mantenía abrigado en un entorno de cuidado y protección que le permitiría alcanzar una edad en la que podría valerse por sí mismo. Es posible que fuera esta la manera en que la tendencia a enamorarnos y a formar parejas se abriera paso en nuestra memoria genética.

Debido a que el ser humano ha requerido constantemente de unirse con sus semejantes para prolongar su vida, no fue sorprendente que se descubriera que las sensaciones de los amigos, los enamorados y los padres al ver a sus pequeños compartieran un trasfondo químico-biológico. Los que sí parecía un misterio eran las vías del placer y del dolor con las que se vinculaban estas sensaciones, en el contexto de la persecución de un bálsamo natural y endógeno contra los malestares humanos.

En los inicios de los años 70s sólo existían dos medicamentos para curar el dolor: la aspirina y la morfina. Ambos presentaban inconvenientes, por un lado, la aspirina era inofensiva pero con poca eficacia en el tratamiento de dolores fuertes; y la morfina junto con otros opiáceos, era eficaz contra cualquier dolor, pero adictiva. La alternativa era encontrar una sustancia, que los científicos suponían era generada por nuestro propio organismo en ciertas situaciones y tenía un efecto bloqueador en las vías del dolor. La llamada Sustancia X parecía ser la solución a los misteriosos códigos de dolor y placer en nuestro cuerpo, y la clave del éxito financiero de la asociación farmacéutica que tuviera la exclusiva de su hallazgo. Así se inició una auténtica cacería del compuesto², y en el camino, los científicos hicieron sorprendentes descubrimientos sobre el ser humano.

² Ver Goldberg, J. (1999) "Las endorfinas: Anatomía de un descubrimiento científico."

Los conquistadores de las ahora llamadas endorfinas³, John Hughes y Kosterlitz, desde el principio pensaban que la Sustancia X podía formar parte del grupo de los opiáceos, a la luz de los resultados previos de Cuatrecasas en 1969: existían receptores naturales de opiáceos en el cuerpo humano. Por ello, se creía que las endorfinas, como opiáceos endógenos, podían activar un sistema natural de anestesia y también podían provocar sensaciones de alegría y euforia. Estos fueron los indicios que hicieron suponer a los científicos que una danza de hormonas, involuntaria pero afortunadamente, nos sumergía en la conmoción del enamoramiento y el amor. Las analogías de las emociones al estar enamorados con una locura, una enfermedad o una curación no eran accidentales, y mucho menos lo era el anhelo de los seres humanos de prolongar las sensaciones provocadas por el amor:

(Cuando nos enamoramos)...fluye más sangre a la superficie del cuerpo, los ojos brillan, el tono de la piel mejora, los movimientos son más espontáneos, las manos están más calientes, el cerebro se activa y el corazón late más rápido... Por ello, la emoción del amor produce el efecto más saludable en el cuerpo. Una persona enamorada parece irradiar alegría. La luz de sus ojos y el brillo de su piel son debidos no sólo al intenso flujo de sangre que llega a la superficie del cuerpo, sino también a una oleada de excitación que fluye a la superficie y da energía a los tejidos.” (Lowen, 1990, p. 22)

Las endorfinas, llamadas en un inicio encefalinas, se descubrieron prácticamente como “un verdadero sistema de protección contra la maldad del mundo” (Vincent, 1988, p. 288) no sólo por calmar nuestros dolores, también por actuar como un estimulante que probablemente mantenía una acción importante en los saludables efectos del enamoramiento. El estremecimiento provocado por el amor también estimuló a los científicos a adentrarse al mundo cotidiano del flirteo para verificar la posible actuación de estas hormonas. Considerando la relación entre la música y el romance, en 1980 Goldstein

se había preguntado si las endorfinas podían causar ese grato cosquilleo, el repentino deseo de bailar, cuando la gente oye melodías que la conmueve. Así que preparó “los puntajes del estremecimiento” de sesenta estudiantes voluntarios cuando escuchaban sus grabaciones favoritas. Luego inyectó a cada uno con naloxona, para bloquear el efecto de las endorfinas. Para la mitad de los sujetos, la emoción desapareció, lo cual sugería que lo que es música para nuestros oídos, también es música para nuestras endorfinas.” (Goldberg, 1999, p. 155)

³ Su nombre significa “morfina interior”.

Para entonces, las endorfinas ya eran llamadas “las hormonas de la felicidad” y se había descubierto que sus efectos estaban en todo nuestro cuerpo. Los tratamientos de acupuntura aumentaban las concentraciones de endorfinas de las personas teniendo efectos positivos en su salud; las endorfinas afectaban el apetito, la temperatura corporal, las reacciones ante el estrés, el miedo, la angustia y el sistema de inmunidad de nuestro cuerpo; sus concentraciones aumentaban en los enamorados y en las madres de recién nacidos al mirarlos o alimentarlos; dosis de naloxona⁴ reducían el juego y perturbaban el cuidado de las crías en las ratas y suprimían el meneo de la cola en los perros; las ratas aprendían más rápido gracias a ellas; y las estructuras límbicas de varias especies, donde se supone que actúan los efectos eufóricos de los narcóticos, estaban repletas de ellas. Un hecho aún más sorprendente fue que las endorfinas estaban involucradas en la reproducción de variados seres, incluyendo células y protozoos. Por ejemplo, se encontró una hormona equivalente a las endorfinas, la luliberina, en la reproducción de las células de levadura, de ahí que “del tarro de levadura al balcón de Julieta, siempre actúa el mismo péptido” (Vincent, 1988, p. 163). Con estos hallazgos, la historia de las endorfinas se remontó a la historia de la vida:

Si las endorfinas son ‘péptidas del placer’, para la anticipación del placer, se remontan muy atrás en la historia evolutiva. Usarlas así sería una decisión primordial. Una sanguijuela tiene una célula de encefalina en el centro de cada célula de los ganglios; excepto en los ganglios sexuales, donde tiene cinco neuronas de encefalina. Cuando se estimula eléctricamente estas células, la sanguijuela tiene una erección. Ayudando al animal a tomar decisiones elementales recompensando cosas con el sexo y la alimentación...eso es emoción elemental. Los receptores son blancos de las emociones. (Pert, comunicación personal; citada en Goldberg, 1999, p. 176)

Con las exploraciones estimuladas por las endorfinas, el placer y el amor aparecen como elecciones fundamentales cuyos antecedentes van más allá de la historia evolutiva humana. Podemos asegurar que cuando nos enamoramos, compartimos procesos que se originaron desde los inicios de la existencia con el fin de que la vida se abriera paso a través de nuestras decisiones.

El camino que la vida encontró para seguir generándose fue el del amor, el sexo y el placer; cuyas bases bioquímicas son hormonas como las endorfinas. Un hecho que parece confirmar

⁴ Sustancia que contrarrestaba los efectos de opiáceos como la morfina y de las endorfinas.

esta aseveración son los efectos de las endorfinas en las ratas hembras, pues presentaban una especie de catalepsia similar a la provocada por las sustancias derivadas del opio. Mientras los científicos se divertían con las extrañas y flexibles posturas de las “ratas cerosas” haciendo que tomaran poses ridículas como la de sentarse, cruzar las piernas y parecer fumar un cigarrillo; vinculaban las endorfinas con la enfermedad mental. Posteriormente, a la luz de diferentes descubrimientos, una especialista en el tema, Candance Pert, opinaba diferente.

Las ratas cerosas –parloteaba Pert mientras trabajaba, tienen poco que ver con la analgesia y la enfermedad mental, y más que ver con el sexo. Es la lordosis, la ‘flexibilidad cerosa’, el estado lordótico. Les ocurre a las ratas hembra. Adoptan la postura lordótica cuando tienen relaciones sexuales. Las hembras humanas también lo hacen; se vuelven completamente pasivas. La LRH, la hormona que libera la hormona luteinizante, la invoca y las endorfinas afectan los niveles de LRH. Por eso el sexo es adictivo...dimorfismo sexual...Amo pensar en el sexo. Pienso en ello todo el tiempo, mientras trabajo.

Lo mejor para activar las endorfinas es el sexo, pero sexo con amor, con continuidad en el tiempo...Uno puede agotar sus neuropéptidas. Eso es claro después de las relaciones sexuales, la sensación de estar anegado por esas sustancias químicas emocionales. También ocurre después de un día difícil, cuando uno no sabe si va o viene y sufre los efectos de muchas emociones distintas, a veces conflictivas, y uno se siente drenado, agotado. Uno puede restaurar el equilibrio mediante el ejercicio, una buena comida o un buen descanso. (Pert, comunicación personal, citada en Goldberg, 1999).

El negocio de las endorfinas no tuvo el auge que se esperaba precisamente porque la mejor manera de generarlas era naturalmente (por ejemplo, a través del sexo con amor como señala Pert, o de la acupuntura al estimular los procesos naturales del cuerpo que las generaban) y que a diferencia de lo que se creyó en un principio, las endorfinas sí podían generar adicción. A pesar de ser originadas por nuestro cuerpo y de contar con receptores naturales, “era claro que las endorfinas, aunque fáciles de descomponer en circunstancias normales, también podían resultar adictivas si su acción se prolongaba artificialmente. Las ratas cuyos cerebros habían percibido inyecciones de encefalinas, tiritaban y saltaban como las ratas a las que se interrumpía de golpe una dosis de narcótico.” (Goldberg, 1999, p. 161).

Reconocer que prolongar los efectos de hormonas como las endorfinas las hace adictivas no sólo significó un desengaño para la industria farmacéutica, sino que puede explicar las formas de vivir el amor y el sexo en nuestra época, específicamente hechos como el éxito de la

pornografía o las hoy en día llamadas relaciones destructivas, en donde el amor, el sexo, la violencia y el dominio van de la mano.

En el nivel corporal, la pornografía, la promiscuidad o las relaciones destructivas son ejemplos de cómo las personas buscan alargar artificialmente el efecto de sus propias péptidas. Es probable que las endorfinas sean cada vez más necesarias por la misma razón que los científicos y la industria farmacéutica las buscaron tan vehementemente: para disminuir el dolor. Debido a que en el mundo actual nos vemos expuestos a múltiples frustraciones, el dolor puede devenir casi de cualquier parte: esta entre crisis económicas o familiares, maltrato, abuso sexual, y una degradación humana y ambiental en general. En este contexto, los efectos de las encefalinas pueden prolongarse lo suficiente como para crear una adicción. La consecuencia del apego a nuestros propios opiáceos es la necesidad de mayor estimulación, incluso puede resultar más satisfactoria su combinación con hormonas del estrés tales como el cortisol y la adrenalina. En conjunto, los efectos de estas hormonas generan diferentes emociones encontradas, que mientras para algunos resulta confuso, para otros es bastante excitante, dependiendo de sus circunstancias.

Es probable que la adicción a las endorfinas sea uno de los procesos corporales claves de lo que Eisler (1996) ha llamado la *erotización de la violencia*. Este concepto se refiere a la vinculación entre el sexo, el amor y la violencia que hace de esta última un agente altamente incitante en la vida de las personas. Para explicarnos las posibles razones de la búsqueda de la violencia como estimulante y su relación con el amor en nuestros días, es útil conocer los reportes de algunos estudios que aseguran que el origen de los actos violentos en algunas especies se relaciona precisamente con las frustraciones y el dolor desencadenado que se pretende mitigar.

Cada vez que aparece una situación nueva –jaula para un mono o ventanilla para un funcionario-, cada vez que hay frustración –un mono privado de alimento en medio de congéneres que comen-, cada vez que la incertidumbre es grande o la certidumbre desesperante, la abundante secreción de cortisol atestigua el estado de estrés. Cuando dos ratas reciben simultáneamente una descarga eléctrica, pero una de ellas tiene la posibilidad de parar la estimulación maniobrando una rueda, sólo la rata pasiva presenta una elevada tasa de cortisol sanguíneo y ulceraciones gástricas... *curiosamente, si se permite que ambos animales peleen entre sí su tasa de cortisol desciende. La posibilidad de acción, aunque sea*

violenta y no intervenga directamente sobre el agente de estrés, frena la respuesta cortisólica.
(Vincent, 1988, p. 286, las cursivas son mías)

La acción de las endorfinas aunada a los efectos de los actos violentos puede formar un conjunto de sustancias químicas en nuestro cuerpo altamente excitante y muy eficaz para bloquear las vías del dolor, sin actuar necesariamente en los orígenes de este. El resultado que encontramos directamente en nuestros cuerpos es una “armadura caracterológica y muscular crónica” (DeMeo, 1991, citado en Eisler, 1996, p. 96) que obstruye fisiológica y emocionalmente la sensación de dolor y frustración, y a su vez, obstaculiza las sensaciones de satisfacción y placer: “Ésta coraza bloquea crónicamente los procesos que normalmente llevan a la respiración completa, la expresión emocional y la descarga sexual durante el orgasmo, provocando una tensión bioenergética emocional y sexual. Esta tensión interna impulsa al organismo a actuar de manera inconsciente, distorsionada, autodestructiva y/o sádica.” (DeMeo, 1986). La prolongación de los efectos de esta marejada de hormonas resulta, paradójicamente, en una adicción al dolor y en una sensación de vacío derivada y causante de una constante necesidad de mayor estimulación.

En cuanto al amor, no es raro que el sexo sea asociado con agresividad en la pornografía o que un gran porcentaje de personas mantenga relaciones destructivas que las mantienen en esta agitación corporal y emocional. Tampoco es raro que actualmente millones de parejas sean afectadas por las secuelas de vivir de esta manera el amor en sus propios cuerpos: hombres impotentes o cuya eyaculación es precoz, mujeres anorgásmicas, maltrato intrafamiliar físico o psicológico, hombres y mujeres que consideran que sus relaciones de pareja son insatisfactorias, neurosis, alcoholismo, drogadicción, problemas alimenticios (anorexia o bulimia), enfermedades psicosomáticas, tensiones musculares, depresión, etc.

Los cuerpos de estos seres con sus enfermedades son el punto de partida para pensar en otras opciones para el amor, que permitan cambiar nuestra memoria corporal hacia procesos que nos proporcionen mayor satisfacción, más libertad y una calidad de vida más alta. Para ello, es necesario comprender los procesos corporales como parte de una totalidad, considerando que “Una hormona no hace la pasión...La misma cantidad de hormona inyectada a diferentes voluntarios provoca euforia o cólera, según la situación en la que este inmersa el sujeto. En consecuencia, el conjunto del estado central del sujeto, incluido en el espacio extracorporal, es

lo que confiere a las tasas de hormona circundante su valencia particular.” (Vincent, 1988, p. 288).

El plano corporal, entendido como un microcosmos desde una perspectiva holística, forma un todo con el macrocosmos: nuestro espacio extracorporal, nuestro ambiente. Lo que ocurre en el macrocosmos, es decir, el estado de la Tierra y del ambiente próximo en el que vivimos, se manifiesta constantemente en nuestros procesos corporales, incluyendo aquellos que incluyen a nuestras emociones. Desde este punto de vista, para entender de una manera más amplia a la experiencia cotidiana del amor, es necesaria una aproximación al respecto en términos ambientales. Los hallazgos dentro de la Psicología Ambiental acerca de cómo los cambios ambientales, geográficos y climáticos inciden en el desarrollo afectivo de las personas nos darán las respuestas de cómo nuestro cuerpo y nuestra vida emocional guardan un parentesco primordial e ineludible con la Tierra.

1.3. Monografía ambiental del amor.

Soy un deseo para el agua, el aire, el alimento, el amor, la calidez, la belleza, la libertad, las sensaciones, la vida, la comunidad, el lugar y el espíritu en el mundo natural. Estos sentimientos pulsantes son el planeta Tierra, vivos y muy dentro de mí. Tengo dos madres: mi madre humana y mi madre planeta, la Tierra. El planeta es mi útero de la vida.

Michael J. Cohen.

Considerar a la naturaleza como nuestra madre es parte de tradiciones muy antiguas. Mantener un respeto por el lugar en donde se habita significó tener una conciencia clara de que las manifestaciones naturales se vinculaban profundamente con el curso de la vida humana. Por ejemplo, la sabia profecía de uno de estos pueblos, los indios Hopi, decía: “Si extraemos cosas preciosas de la tierra, invitaremos al desastre...habrá telarañas hiladas detrás y delante del cielo. Un recipiente de cenizas podría ser lanzado algún día del cielo, lo cual podría quemar la tierra y hervir los océanos”⁵. Entre el desastre de telarañas de smog y océanos que hierven contaminados por petróleo encontramos que la conciencia ambiental de nuestros tiempos es

⁵ Anónimo. (2001) *Profecías Hopi*. Disponible en: <http://www.koyaanisqatsi.net/hopi153.htm>

radicalmente diferente. El concepto de Koyaanisqatsi bien podría definir nuestra existencia con respecto a la naturaleza: “vida fuera de balance”.

El deterioro ambiental ha ido de la mano con la degradación humana. Este hecho ha convocada a algunos científicos ambientalistas a retomar la conciencia de quienes creían que el estado de la Tierra afectaría profundamente su vida y se han sorprendido de las verdades que encerraba su sabiduría. Sus hallazgos aún no han tenido el suficiente eco como para lograr en la sociedad actual una conciencia ambiental, pero han demostrado que si nuestros orígenes se encuentran en la Tierra, en su deterioro hallaremos la génesis de los desequilibrios en nuestra existencia, incluyendo aquellos en nuestra vida emocional. No podría ser de otra manera, nuestra vida y nuestros cuerpos están ligados al curso de nuestro planeta y el universo, nuestro parentesco primordial es con ellos:

La astrofísica nos dice que todos los elementos que forman el cuerpo del hombre y el de todas las cosas de la Tierra se generaron en la alquimia de las estrellas que explotaron, y que tales elementos nos llegaron desde las galaxias como polvos de estrellas. La ciencia de la Tierra nos dice que todos los elementos que forman nuestros cuerpos actuales han pasado miles de millones de veces a través de otros seres bióticos y abióticos durante los 4500 millones de años de historia de evolución de la Tierra. Alguna vez, los elementos de nuestro cuerpo fueron bacterias que flotaron en los mares primigenios; rocas desmoronadas por el viento, la lluvia y las plantas para formar suelos; insectos que se alimentaron de las algas; helechos gigantes mordisqueados por dinosaurios. Fueron también cuerpos de aquellos mismos dinosaurios y miríadas de plantas y animales cuyos cuerpos de descomposición encontraron su camino de regreso a la tierra y al agua como nutrientes o cumplieron un ciclo en el aire para descender como lluvias vitalizantes.” (Radford, 1993, p. 59-60)

Observar nuestro cuerpo emparentado y conformado por elementos terrestres y cósmicos nos ha devuelto su representación como un microcosmos y ha abierto las puertas a propuestas alternativas que entendiendo “la salud como una extensión de la relación con el planeta” (López, 2002, p. 83), exploran los procesos de enfermedad (física o emocional) y el deterioro de la calidad de vida de los seres humanos en relación con el desequilibrio de sus entornos naturales. Algunas de ellas se derivan de la Psicología Ambiental.

Una de las áreas más recientes en la psicología es el estudio de la interrelación del ambiente físico con la conducta y la experiencia humana, y tanto el comportamiento tiene influencia en el medio donde se presenta, como el medio tiene influencia en el comportamiento individual y social, los lugares donde

vivimos, estudiamos, trabajamos y nos recreamos ejercen una gran influencia en la manera de pensar, sentir y comportarse; no es igual pedalear en las calles poco transitadas de Coyoacán que en la avenida Vallejo con sus zonas industriales, sus interminables baches y sus ansiosos conductores, inclusive requiere habilidades de conducción diferentes. La psicología ambiental pone énfasis en estos procesos adaptativos al ambiente...” (Chaparro, 2000, p. 3)

Cuando existe un gran desequilibrio en la naturaleza como lo que ocurre actualmente, los procesos adaptativos al ambiente, que son un conjunto de expresiones corporales, emocionales, conductuales y culturales, pueden tener serias consecuencias en nuestra salud y en nuestra manera de vivir. A pesar de que podemos tener una gran capacidad de adaptación, “cuando el hombre cambia el entorno en una velocidad demasiado rápida, digamos, por ejemplo, convirtiendo los océanos de petróleo que hay en la corteza terrestre en un gas en la atmósfera, crea una situación en que el entorno cambia más deprisa que su propia velocidad de adaptación.” (Dalai Lama, citado en Thompson, 1987, p. 17).

El deterioro humano a cambio de nuestro dominio del entorno natural nos exige adquirir una conciencia ambiental que incluya las nociones de respeto e interdependencia hacia la naturaleza, lo que probablemente beneficiaría más a la especie humana que a nuestro hábitat. James Lovelock, al hablar de la Tierra como Gaia, un ser vivo que tiene la capacidad de regular su temperatura y su composición química⁶, ha propuesto que las agresiones naturales provocadas por los seres humanos no están ocurriendo en la Tierra frágil y delicada que nos ha dibujado la visión ecológica común, sino en Gaia, un ser equipado a una mujer fuerte y regordeta que ha sobrevivido durante miles de millones de años distintos embates y en donde la vida siempre se ha abierto paso a través de diversas adaptaciones. Es probable que los nuevos ajustes terrestres no sean ventajosos para nuestra especie y amenacen la continuidad de nuestra existencia.

⁶ James Lovelock, al investigar acerca de las características que un ser debía tener para poder saber que estaba vivo, descubrió que la Tierra era una hermosa anomalía en relación con los demás planetas y el universo y que guardaba todas las características para considerarse un ser viviente. Encontró que mantiene una autorregulación del clima y de los gases atmosféricos a un nivel óptimo para la vida. Por ejemplo, en el caso del clima, encontró que “el sol ha estado aumentando su temperatura exponencialmente...Un aumento del 30% del nivel actual de producción solar nos llevaría al punto de ebullición, de modo que si la velocidad actual de aumento de producción solar ha ocurrido desde el comienzo de la vida, ¿por qué no estamos hirviendo ahora?” (Lovelock, citado en Thompson, 1987, p. 89). En cuanto los gases de la atmósfera, nos invita a pensar en el oxígeno, que hace posible el pensar, volar o encender un cerillo. La regulación terrestre de este gas debe ser más que precisa, porque un aumento del 1% de oxígeno incrementaría un 60% más la probabilidad de incendio en toda la vegetación terrestre.

Por ahora se ha comprobado que las diferentes adaptaciones forzadas por nuestra vida fuera de balance se instalan directamente en nuestros cuerpos. Una lectura de ese documento vivo nos dará cuenta de que la armonía con los elementos terrestres se ha roto y de la manera en que este desequilibrio se manifiesta en nuestras vísceras, nuestras emociones y nuestra forma de vivir.

Si el medio ambiente donde vive la persona está siendo alterado o mutilado, el cuerpo tendrá efectos o consecuencias en el *ki* genético o adquirido. Traducido en la vida cotidiana, serán cambios en la forma de vivir o de sentir de los individuos. Hay que agregar que justamente los elementos y los órganos tienen una estrecha relación con las emociones, así que la alteración de un elemento repercutirá en un órgano y este será dominado por una emoción; por ejemplo, si el elemento madera es alterado donde vive un individuo, el efecto en el cuerpo es que el hígado se verá desequilibrado, y su desequilibrio tendrá un efecto en el estado emocional (p. Ej. Irritabilidad), alteración de sueño o dolores de huesos, entre otros padecimientos. Las implicaciones de estos procesos exógenos se manifiestan cuando la naturaleza de la condición humana entra en un proceso ajeno a su naturaleza; la sociedad se aleja de ese principio de armonizarse con el planeta, y sus efectos se manifiestan en los habitantes, para nuestro caso, el cuerpo del ser humano. (López, 2002, p. 161)

Los cambios planetarios provocados por la degradación del aire, los mares, los ríos, el agua y la tierra significan la pérdida de la armonía entre la vida humana y la naturaleza, afectando la vida corporal y emocional de las personas, significando el deterioro de las relaciones humanas, incluyendo el vínculo amoroso. Una monografía acerca de las secuelas en la vida de las comunidades humanas debidas a los cambios climáticos extremos ocurridos hace miles de años muestra un punto de vista más integral acerca de el estado de nuestro ambiente y la experiencia emocional de las personas. Para ello, tendremos que trasladarnos a Saharasia, ubicada en lo que actualmente son las zonas desérticas de África del Norte, el Cercano Oriente y Asia Central, alrededor del 3500-4000 a. C.

Saharasia “antes de 4000-3000 a.C., era una sabana y pradera semipoblada de árboles. Fauna grande y pequeña, como el elefante, la jirafa, el rinoceronte y la gacela, vivía en paraderas, mientras que hipopótamos, cocodrilos, peces, caracoles y moluscos vivían en lagunas, lagos y ríos.” (DeMeo, 1991, p. 1). Sin embargo, alrededor del 4000 a. C. sufrió cambios climáticos profundos que, de acuerdo a datos antropológicos y paleogeográficos confiables, hicieron de

ésta zona el desierto que es hoy en día. El descubrimiento del proceso climático de Saharasia no sólo es relevante en términos geográficos, sino también en términos psicológicos debido a que sugirió una correlación entre las circunstancias ambientales y las relaciones sociales, cuando se descubrió que las modificaciones climáticas coincidieran significativamente con “transiciones mayores en épocas antiguas, de condiciones pacíficas, democráticas e igualitarias, a condiciones violentas, con tendencia a la guerra y a la dominación masculina.” (DeMeo, 1991, p. 4). Esto significa que la violencia, la competencia extrema o la dominación de un sexo sobre el otro, más que ser parte inherente de la condición humana, forman parte de las secuelas traumáticas en el carácter de los seres humanos que vivieron la desertificación durante esa época. Los efectos que pudieron ocasionar las sequías severas y el hambre en la vida de las personas del 4000 a. C. pudieron haber sido muy sombríos, según evidencias más recientes.

1) Reportes recientes acerca de los cambios culturales durante condiciones de hambrunas indican un rompimiento resultante de los vínculos sociales y familiares. El doloroso informe de Turnbull (1972) sobre los Ik del este de Africa es más claro en este punto, pero otras observaciones similares se han realizado. Bajo las condiciones de hambre más severas, los esposos generalmente abandonan a sus mujeres e hijos para buscar alimento; ellos pueden o no regresar. Los niños hambrientos y los ancianos de la familia son abandonados eventualmente para luchar por sí mismos o para morir. Los niños pueden formar bandas dedicadas a robar alimento, y la estructura social restante puede ser dividida totalmente. El vínculo madre-hijo parece ser el que dura más, pero eventualmente las madres hambrientas también abandonarían a sus pequeños.

2) Las investigaciones clínicas de los efectos de la malnutrición proteínica y calórica severa de bebés y niños indica que el hambre es un trauma de enormes proporciones. Un niño que sufre de marasmo o kwashiorkor exhibirá síntomas de falta de contacto e inmovilidad, y en casos extremos, el cese del crecimiento corporal y cerebral. Si el hambre ha durado lo suficiente, puede que no ocurra una recuperación completa cuando se restituye el acceso a la comida, y puede ocurrir un retardo severo físico y emocional. Otros efectos de la hambruna en niños y adultos incluyen reducciones en la vitalidad emocional general y en la energía sexual, algunos efectos de los cuales pueden persistir aún después de alimentarse. Los síntomas y disminución biofísicos y emocionales del bebé bajo condiciones de hambre actúan de forma idéntica a los igualmente traumáticos efectos de la privación y aislamiento maternal. Ambas experiencias tienen efectos claros para toda la vida, lo que perturba la habilidad de los adultos para vincularse tanto con su pareja como con su prole. (Aykroyd 1974; García&Escudero,1982; Prescott, Read & Coursin, 1975, citados en DeMeo, 1991 , p.6).

Las condiciones ambientales extremas trajeron consigo consecuencias considerables en el cuerpo, en las relaciones humanas y en las formas de vida de las personas de esa época. Antes de los cambios climáticos del 4000 a.C. predominaban las sociedades matristas o solidarias⁷. En las sociedades solidarias se exaltaban los vínculos madre-hijo y mujer-hombre, el placer, la sexualidad, la naturaleza y la vida cotidiana. Posteriormente, y en coincidencia con la desertificación, las culturas localizadas en la zona de Saharasia sufrieron transiciones cuyo resultado fue la propagación de las sociedades patristas o dominadoras. En las sociedades dominadoras se exaltaban las jerarquías autoritarias madre-hijo, hombre-mujer, el dolor, el maltrato, la violencia, la guerra y el poder humano sobre la naturaleza. La Tabla 1 muestra las principales diferencias entre estas sociedades.

TABLA 1. Características de las sociedades dominadoras y las sociedades solidarias. (DeMeo, 1991)

Característica	Patrista (Tendencia Dominadora)	Matrista (Tendencia Solidaria)
Bebés, Niños & Adolescentes	Menos indulgencia Menos contacto físico Bebés traumatizados Iniciaciones dolorosas Dominados por la familia Casas militares, de segregación sexual o por edad.	Más indulgencia Más contacto físico Bebés no traumatizados Ausencia de iniciaciones dolorosas Democracias infantiles Casas con niños de diferentes sexos.
Sexualidad	Actitud restrictiva Mutilaciones genitales Tabú de la virginidad femenina Relaciones sexuales entre adolescentes fuertemente censuradas Tendencia homosexual más un tabú severo Tendencia al incesto más un tabú severo Puede existir concubinato y prostitución.	Actitud permisiva No hay mutilaciones genitales No hay tabú de la virginidad femenina Se permiten libremente las relaciones sexuales entre adolescentes. Ausencia de tendencia homosexual o tabú Ausencia de fuerte tendencia al incesto o fuerte tabú Ausencia de concubinato y prostitución
Mujeres	Límites a su libertad Estatus inferior Tabú sobre el sangrado vaginal (del himen, de la menstruación o durante el nacimiento) No puede elegir su pareja No puede divorciarse por su voluntad Los hombres controlan la fertilidad	Más libertad Estatus igualitario No hay tabú de sangrado vaginal Puede elegir su pareja Pueden divorciarse por su voluntad Las mujeres controlan la fertilidad
Estructura familiar y cultural	Autoritaria Jerárquica Patrilineal Patrilocal Monogamia compulsiva para toda la vida Poligamia frecuente Estructura militar Violencia y Sadismo	Democrática Igualitaria Matrilineal Matrilocal Monogamia no compulsiva Poligamia en raras ocasiones No hay militarización de tiempo completo No hay violencia
Región y	Orientada al Hombre/Padre	Orientada a la Mujer/Madre

⁷ En este trabajo preferiremos los conceptos de Eisler (1996) de sociedades solidarias y sociedades dominadoras por caracterizar de una manera más precisa las tendencias de los grupos humanos hacia la cooperación o la opresión. En contraste, los conceptos de James DeMeo de sociedades matristas y patristas, aparentan referirse exclusivamente a la dominación del sexo masculino o femenino en las comunidades. Es posible intercambiar sus conceptos porque de acuerdo a las caracterizaciones de ambos autores, las sociedades patristas son equivalentes a las sociedades dominadoras; y las sociedades matristas son equivalentes a las sociedades solidarias.

Creencias	Ascetismo, evitación del placer Inhibición, miedo a la naturaleza Especialistas religiosos de tiempo completo Chamanes masculinos Códigos de conducta estrictos	El placer es bienvenido e institucionalizado Espontaneidad, veneración de la naturaleza No hay especialistas religiosos de tiempo completo Chamanes masculinos y femeninos Ausencia de códigos estrictos.
-----------	---	---

Las condiciones pacíficas que caracterizaban a las culturas que vivían en el área de Saharasia cuando el ambiente se mantenía en condiciones muy prolíficas para la vida animal, vegetal y humana cambiaron radicalmente a partir de la desertificación de esta zona. De hecho, el mapa de las zonas que sufrieron cambios culturales hacia la tendencia dominadora alrededor del 4000 a.C. es congruente con las zonas que sufrieron cambios climáticos severos hacia la desertificación. Es muy probable que los orígenes de una tendencia dominadora hacia la guerra y la violencia social se encuentren en las dolorosas experiencias de migrar y competir por los recursos en esa época. Las sociedades que tuvieron que partir comenzaron a dominar a las culturas que se mantenían pacíficas, aún fuera de la zona de Saharasia, hasta llegar al lejano oriente, a Oceanía y a América. En cuanto a nuestro continente, el hecho de que las culturas americanas con tendencia dominadora aparecieran en primera instancia en las costas puede significar una influencia de sociedades dominadoras de otros continentes que, según datos antropológicos, pudieron llegar al Nuevo Mundo mucho antes del Descubrimiento de América. Lo anterior se ve confirmado por descubrimientos antropológicos más recientes que afirman que mucho antes de la llegada de los europeos en 1400-1500 d. C., hay evidencias de contagio de enfermedades del Viejo Mundo en nativos americanos, como la sífilis. Esto podría explicar los orígenes de las culturas dominadoras como los aztecas, a partir de la teoría climático-antropológica sobre Saharasia.

Los estudios mencionados son en conjunto una aportación hacia una perspectiva de un ser humano cuyo estado social, corporal y emocional es congruente con las condiciones ambientales en las que se ubica. Entonces, la experiencia del amor, como parte de nuestra vida emocional, no podrá aislarse del entorno en donde es vivida. Las frustraciones humanas y el deterioro de la calidad de vida asociadas a un ambiente cuya degradación va en aumento, seguramente contaminan la atmósfera del amor tanto como ya lo esta nuestra atmósfera terrestre. El hecho de mantener una relación de desequilibrio, dominio, miedo y hostilidad con el primer vínculo del ser humano, nuestra madre Tierra, puede limitarnos emocional y

corporalmente a vivir cualquier otro vínculo de esa misma manera. Tal es el caso de la relación amorosa entre el hombre y la mujer.

La explotación de la naturaleza se ha realizado paralelamente a la explotación de la mujer. Desde el comienzo de la historia ha existido una relación entre ambas: la naturaleza –y, especialmente, la tierra– era considerada la madre tierna que nutre y alimenta a su cría, y a la vez, puede transformarse en una hembra salvaje e incontrolable. En las épocas prepatriarcales, muchos fenómenos de la naturaleza se identificaban con varias manifestaciones de la Diosa. Al amparo del sistema patriarcal el aspecto benévolo de la naturaleza se tornó en pasividad, mientras que la visión de una naturaleza salvaje y peligrosa dio origen a la idea de que esta habría de ser controlada por el hombre. Paralelamente, se retrataba a la mujer como un ser pasivo sometido al hombre. Por último, con el ascenso de la ciencia newtoniana, la naturaleza se torna un sistema mecánico sujeto a ser manipulado y explotado juntamente con la mujer.” (Capra, 1982, p. 43)

La relación que mantenemos con nuestro planeta es congruente con la que mantenemos unos con otros. El respeto o el desprecio por la vida terrestre, nuestro macrocosmos, se verán reflejados en el microcosmos: nuestras relaciones en el mundo público y privado.

1.4. Nuestros primeros años.

En la medida en que el sufrimiento de los niños está permitido, no existe amor verdadero en este mundo.
Isadora Duncan

Llamamos familia al ámbito donde pasamos nuestros primeros años, aprendiendo a encaminar nuestros cuerpos, nuestras emociones y nuestros vínculos con los otros. Al mismo tiempo que somos instruidos en el arte de caminar, comer o hablar, también lo somos en el arte de vivir. El vínculo entre niños y adultos juega un papel fundamental y es en esta primera etapa de nuestra vida donde se dan las primeras experiencias de vida, de amor o de desamor, que moldearán nuestras relaciones con los demás. Es en la familia

donde primero se adquieren los patrones de pensamiento, sentimiento y relación habituales para nosotros. A través de nuestras relaciones íntimas –relaciones que incluyen contacto y tacto físico directo–, estos hábitos se arraigan no sólo en nuestra mente sino en nuestro cuerpo, en nuestros patrones neurales y musculares. Además, estos hábitos se refuerzan diariamente gracias a éstas relaciones. Simplificando, a través de nuestras relaciones íntimas, en especial durante la infancia cuando

dependemos totalmente de los adultos para sobrevivir, aprendemos ya sea a respetar los derechos humanos de otros o a aceptar la violación de éstos como ‘la forma en que son las cosas’.” (Eisler, 1996, Vol. 2, p. 27)

El lugar de la familia es esencial a nivel personal, social, político y económico; por lo que hay un amplio trasfondo teórico sobre el tema. Waldman (1979) realiza un análisis acerca de las principales perspectivas que se han propuesto con respecto a este tema. Las propuestas derivadas del *materialismo histórico* consideran a la familia como una institución histórica, con un fundamento económico y relacionada directamente con las clases sociales y el Estado, así como con las formas de poder⁸. Por otro lado, el *estructural funcionalismo o teoría de los roles sociales*, proporciona un sustento profesional a la ideología mediante la cual se educa a las personas, hombres, mujeres, niños y niñas, para el correcto funcionamiento del sistema⁹; la *teoría crítica de la sociedad* retrata a la familia como reproductora de una ideología y forma de vida autoritaria, de forma que educa con la finalidad de que el individuo asuma la subordinación y sea incapaz “de cuestionarse sobre la situación laboral y vivencial”(Waldman, 1979, p. 99) en pro de un sistema económico como el nuestro, y por último, la *antipsiquiatría*, que interesada en las circunstancias de la familia cuando uno de sus integrantes es considerado enfermo mental, habla de la forma en que las creencias e ideología asumidas dentro de la familia a través de su contacto con la sociedad afectan la manera en que se relacionan unos con otros y la visión de sí mismos, manteniendo una perspectiva que critica la educación familiar como algo que conduce a la persona fuera y lejos de sí misma. Es por ello que finalmente, Waldman (1979) se refiere a lo que él llama la crisis de la familia, específicamente de la familia monogámica-nuclear-conyugal-patriarcal.

La familia mexicana ha sido también objeto de estudio. Nolasco (1979) propone que la familia es una unidad de parentesco y de consumo (las familias urbanas o la campesina moderna) y/o

⁸ Las relaciones familiares se basan en las maneras en que se divide el trabajo entre sus integrantes, lo que da lugar a formas de poder específicas. Recalca esto especialmente en la relación que se ha construido entre el hombre y la mujer, a quienes se asignan roles particulares que mantienen estable el sistema económico, y que mantienen relaciones de poder de poderosos-sometidos, o de burguesía-proletariado, pues en este caso el trabajo asignado a la mujer, que es el trabajo doméstico, es poco o nada reconocido; mientras que el hombre, al ser proveedor se considera con una mayor jerarquía y como el jefe de familia.

⁹ Sostiene que la forma en que se dan las relaciones de poder en las familias, así como los roles asignados a cada género, son algo natural y que tienen fundamentos científicos. También es la voz profesional que asegura que otras maneras de relación entre los sexos o entre los integrantes de la familia tienen como resultado la inestabilidad del sistema familiar y social.

de producción (familias que viven en zonas rurales); dependiendo del contexto sociocultural. En México, las familias son generalmente nucleares o extensas, y sus características, los diferentes contextos y las divisiones del trabajo familiar que viven moldean en gran medida sus maneras de relacionarse.

La casa, lugar que usualmente ocupa la familia, es el mundo de los primeros años, donde se aprende a vivir. Ahí se forjan ciertas maneras de formar pareja, de ser hombre, de ser mujer y de ejercer la sexualidad, en medio de las primeras historias de amor o de desamor. Una de estas historias, la circunstancia particular de una familia mexicana, de sus momentos tristes y alegres, de su vida y de su muerte, puede darnos cuenta de temas comunes a la condición humana en general, ubicados en la vida familiar, dentro de la novela *Sin corazón en casa*¹⁰.

La historia de la familia formada por Jerónimo, Maricruz, y sus hijas gira en primera instancia en torno al vínculo de pareja, cuyos problemas repercuten directamente en la vida y en el cuerpo de los hijos, deprimiéndose o comiendo en exceso a consecuencia de su memoria y oído al escuchar las discusiones de sus padres. El sentir de Gerónimo y Maricruz representan la preferencia a la muerte antes que una separación o pérdida, y la búsqueda constante del amor. La historia personal de los padres también juega un papel fundamental: no es posible disfrutar la vida y el amor por vivir en el pasado, siendo una extensión del padre o la madre, y teniendo presentes las frustraciones y lo aprendido en la familia de origen. De hecho, lo que no se deseó en la familia de origen es prolongado a la familia que se forma posteriormente, “como tener algo que no se desea en casa”(López, 1997, p. 28). Esto le da a los padres una sensación de vivir lo que ya se había vivido o sufrido, manteniendo un constante resentimiento en el cuerpo. Cuando esto ocurre el deseo de cambiar, constantemente frustrado por no perdonar o por miedo, produce sufrimiento. Las circunstancias de las niñas con respecto a lo que viven sus padres no son alentadoras: depresiones, tristeza y “sordera” pueden preceder al momento en el que el miedo se instala en sus cuerpos, y por tanto, en su vida en general; limitándolos a vivir bajo esas condiciones, impidiendo sentir amor a la vida, lo cual es necesario para la salud emocional y corporal de cualquier persona.

¹⁰ López, S. (1997) *Sin corazón en casa*. México: Plaza y Valdes.

El panorama presentado en ésta novela forma parte de una serie de situaciones que actualmente viven las familias: falta de armonía, insatisfacción con la vida, enfermedades psicosomáticas, carencias afectivas, abandono, violencia intrafamiliar, alcoholismo y/o drogadicción, abuso y maltrato infantil. En este contexto, pareciera que el vínculo amoroso entre hombres y mujeres, que posibilita la formación y sostén de una nueva familia, puede tomar dos senderos: Por un lado, “el amor constituye la forma de construir paradigmática, de inspiración, de crecimiento, sin embargo, también es una forma de aprehender a otro ser humano, de llenar nuestro sentimiento de soledad, de igual forma es la manera disfrazada de “joder” al otro, de una forma culturalmente aceptada.” (Ezquivel, 2002, p. 231)

¿Cómo es que el amor, desde nuestros primeros años, puede significar soledad, maltrato, dominio y violencia? Una mirada al “lado oculto de la niñez” puede aproximarnos a las respuestas.

De acuerdo con Lowen (1990), las circunstancias mencionadas dentro de la vida familiar pueden tener su origen en el sufrimiento vivido durante los primeros años de vida. La angustia y el dolor durante esta etapa no sólo producen un miedo a abrirse al amor en un nivel emocional durante la edad adulta, sino que a nivel corporal propician un conjunto de tensiones y rigidez muscular que además de funcionar como una barrera o coraza contra el dolor, impide vivir plenamente sensaciones placenteras como el amor. Por ello, es muy común que

La mayoría de las relaciones entre hombres y mujeres empieza con algunos sentimientos de amor mutuos, y la mayoría naufraga por las luchas de poder que se producen cuando la relación se hace más íntima. Cuando dos personas dejan de ser novios y empiezan a vivir juntos, descubren las debilidades y defectos del otro, lo que pueden aprovechar para obtener una posición de superioridad. Pero la crítica da lugar a una actitud defensiva y alimenta como respuesta una actitud asimismo crítica. Cuando esto ocurre, la emoción que primero los llevo a unirse, disminuye, pero pueden seguir juntos por conveniencia. Sin embargo, éste arreglo lleva al resentimiento. Se encuentran atrapados en una situación que recuerda en muchos aspectos su infancia.” (Lowen, 1990, p. 120).

Una situación así puede finalizar en resignación que puede conducir a un cáncer; o en una lucha constante que termina en un ataque cardiaco. Salir de la relación no arregla nada, porque hay grandes posibilidades de que las relaciones posteriores sean similares, como una compulsión de repetir el mismo argumento decepcionante sufrido en la infancia. Para una

relación más satisfactoria, es necesario que las personas enfrenten su miedo al amor que deviene del miedo y resentimiento hacia el sexo opuesto. El rencor por los hombres o las mujeres, según el caso, probablemente tiene sus orígenes en una decepción del amor por el padre del sexo opuesto. Para Lowen (1990), estos sentimientos negativos contra hombres y mujeres suelen ser inconscientes, y no permiten a las personas darse totalmente al amor y al sexo, siendo su placer limitado.

La pérdida del amor durante la infancia es más común de lo que se cree. De hecho, los padres suelen ser ambivalentes respecto a los hijos: desean lo mejor para ellos y los aman, pero al mismo tiempo pueden condicionar su amor para con ellos, envidiarlos e incluso tener sentimientos de hostilidad y agredirlos. La falta de satisfacción al criar a un hijo, la presión constante que se ejerce en los niños para ser competitivos, el resentimiento y las frustraciones expresadas en agresiones hacia los hijos, abuso y maltrato infantil, son algunas consecuencias de ésta ambivalencia que impide a los padres proveer de un amor verdadero a sus hijos.

Resolver estas problemáticas se complica si consideramos que socialmente no es permitido que los padres acepten y hablen acerca de sentimientos hostiles para con sus hijos. Así, los niños pueden vivir durante años e incluso generaciones en medio de carencias afectivas de todo tipo que alteraran de manera definitiva su desarrollo. Por ejemplo, una de las limitaciones afectivas, la falta de caricias, incide directamente en la salud física y emocional durante la infancia. Sus efectos van desde impedimentos en el crecimiento, retardo mental y problemas respiratorios severos hasta dificultades para establecer relaciones íntimas. “Es a través de la caricia amorosa de la madre que los niños adquieren la capacidad para amarse a sí mismos, amar a otros y, lo más importante, la capacidad para amar la vida. En este sentido, la madre es los ojos del niño al mundo y lo que el niño aprende a través de su madre crea las bases que durarán toda la vida.” (Flowers, Horsman y Schwartz, 1982, p. 7).

Es a través de la familia que el niño aprende a darle un sentido particular a la vida. En los primeros años se construye una manera de percibir al mundo, lo cual puede determinar en gran medida nuestras relaciones más importantes. El ambiente que los adultos propicien en la familia, ya sea de seguridad, caos o abandono, delimitará las relaciones de los niños cuando adultos en esos términos. Al menos esta es la conclusión cuando se

dirigió un estudio sobre los niños norteamericanos en Baltimore con resultados similares. Identificó tres patrones de conducta. Si un cuidador es sensible a la necesidad del niño de contacto y seguridad, el niño se desarrolla felizmente y probablemente se convertirá en un adulto independiente. Si el cuidador rechaza las tentativas de proximidad del niño, el niño aprende a mantener distancias, a distraerse al margen del grupo social, y se hace compulsivamente independiente. Si el cuidador actúa de forma inestable –a veces sensible, y a veces descuidado o muy rígido y violento- el niño se hace dependiente, y expresa sus angustias de un modo más impulsivo, lo que tiende a obstaculizar el análisis. La independencia se relaciona enormemente con la dependencia del progenitor. Así, los niños que tienen una relación de confianza con un progenitor y lo usan como puerto seguro, son más estables e independientes cuando son adultos.” (Ackerman, 2000, p. 174)

El hecho de que los padres se relacionen con sus hijos con amor y respeto, o de forma hostil y autoritaria dejará huellas profundas en la memoria corporal de los niños. Posteriormente, al enfrentar la elección de una pareja, probablemente se enganchen con circunstancias similares a las vividas, o sufridas, en la infancia, en el entendido de que “así son las cosas”. De hecho, “No es tan cierto que la pareja que elegimos sea igual a mamá o a papá, sino que con esa pareja podemos sentir los mismo y enfrentar los mismos desafíos que encontramos al crecer: podemos repetir la atmósfera de la niñez que ya conocemos tan bien, y utilizar las mismas maniobras en las que ya tenemos tanta práctica.” (Norwood, 2003, p. 131)

De esta forma, las maneras de construir el amor dentro de la familia pueden convertirse fácilmente en un círculo vicioso: un ambiente familiar de la hostilidad, violencia o abuso puede ser la expresión de los fantasmas de la historia de los padres, enseñando precisamente esas maneras de vivir y amar a los hijos. Este proceso dentro de la familia puede desencadenarse a lo largo de muchas generaciones, construyendo cada vez vínculos negativos entre padres e hijos y personas que, si no tiene la oportunidad de sanar, sufren profundas consecuencias psicológicas hasta perder el amor por la vida, por los otros y por ellos mismos.

Si por maldad o por otras circunstancias el primer lazo entre niño y progenitor es negativo, las repercusiones psicológicas son profundas. Una persona así puede terminar teniendo relaciones maritales conflictivas, desarreglos de personalidad, neurosis o dificultades en su papel de padre. Un niño que siente un amor frustrado pasa el resto de su vida buscando una relación segura y un corazón absolutamente amoroso, algo que por su condición de persona le corresponde. Como adulto, al faltarle las experiencias que pueden llevar a una relación de esta clase, juzga a las personas muy críticamente,

no confía en nadie, y se convierte en un exiliado, en un solitario. Un niño inseguro o rechazado o privado de afecto, se angustia, se vuelve obsesivamente dependiente y no aprovecha las oportunidades. Da por sentado que será rechazado...Un niño de este tipo se inflige dolor él solo, y no necesita que nadie más le acuse o le condene...¿No hay salvación posible para este tipo de niño? Los estudios demuestran que un cuidador afectuoso en la infancia puede marcar la diferencia entre un adulto seriamente trastornado y alguien casi invulnerable. Lo ideal sería que fuera un familiar que el chico percibiera como su defensor, su guía, su consejero y su admirador, todo en uno. Pero lo mínimo es un ángel guardián, no necesariamente de la familia, sino sólo alguien que estuviera siempre a su lado, consolándolo ante las dificultades, fiable a la hora de señalar los aciertos y los errores.” (Ackerman, 2000, p. 177).

Lo ideal en los primeros años parecería ser que el pequeño tuviera un puerto seguro dentro de la familia. Sentirse amado, abrazado y apoyado por sus padres, le abre las puertas a una etapa adulta mucho más sana y a relaciones íntimas de mayor calidad y duración. Se ha descubierto que el amor paterno quizá puede ser el antídoto para las relaciones destructivas, la violencia y la baja autoestima. El amor verdadero de los padres y un ambiente familiar pacífico y afectuoso probablemente también pueda incidir en problemáticas infantiles cada vez más frecuentes como las enfermedades respiratorias, hiperactividad, déficit de atención y el fracaso escolar. Si observamos este tipo de problemáticas a la luz de una perspectiva holística del ser humano, nos daremos cuenta que, en el caso de las afecciones respiratorias, el órgano afectado, pulmón, está relacionado con la tristeza. En el caso de la hiperactividad y el déficit de atención podemos inferir que el órgano más afectado es bazo, relacionado directamente con la angustia y ansiedad. Tristeza, angustia y ansiedad pueden formar parte de las consecuencias psicológicas de la pérdida del amor y la seguridad en la familia.

Para evitar éstas insuficiencias afectivas en la infancia sería fundamental que los padres o cuidadores experimentaran el respeto, el amor, la tolerancia y la comprensión cotidianamente en sus vidas. Seguramente sería necesario que hubieran vivido de esa manera desde pequeños, o bien, que tuvieran la oportunidad de haber sanado las experiencias dolorosas del pasado que les podrían impedir vivir plenamente sus relaciones dentro y fuera de la familia. Sin embargo, sin la oportunidad de una infancia saludable en términos afectivos o sin la posibilidad de un proceso de curación respecto a algún trance doloroso durante la niñez, las frustraciones provocadas por los hechos dolorosos que no se pudieron enfrentar de pequeños o que no se saben enfrentar actualmente, pueden ser expresadas constantemente en las relaciones con la

pareja y con los hijos en forma de hostilidad, abuso, maltrato y violencia. Las situaciones de hostilidad dentro de la familia pueden aliviar momentáneamente el sentir de la persona, pero al final de cuentas no solucionan los orígenes del problema y acercan a padres e hijos a un círculo donde pueden sentirse constantemente heridos. Es probable que estas heridas tengan consecuencias emocionales, corporales y sociales más graves de lo que creemos. “Quizá sea sólo nuestra arrogancia las que nos lleva a ignorar las heridas del amor, a ridiculizar los sentimientos de los niños y los chicos. Y ellos se aíslan en un recinto de silencio. Aun cuando están heridos y llenos de pudor tratan de salir adelante solos, como pueden.” (Alberoni, 1997, p. 30)

Los alcances de la relación entre padres e hijos se debe a que es la primera relación significativa que se construye en la vida. Por lo tanto, delimita en gran medida como es el mundo y como podemos sentirnos en el ámbito de las relaciones humanas. Las sensaciones de aceptación y afecto, o rechazo y hostilidad hacia el cariño incondicional del niño por sus padres durante esta primera relación de amor, serán parte importante de la construcción de nuestra memoria corporal y de relaciones posteriores.

El hecho de sentirse rechazados en las experiencias amorosas infantiles puede tener un efecto en la vida posterior de adulto. Al menos eso dice el caso de Roberto. Roberto sostiene que este amor infeliz tuvo un efecto en su vida posterior. Porque hizo surgir en él la idea de que en el amor existe una profunda injusticia. Así desarrolló un sentimiento de impotencia y de desconfianza que luego se ha expresado en una honda timidez hacia las chicas...Sólo después rompió el encantamiento. Se enamoró, fue correspondido, tuvo una vida amorosa tumultuosa, pero todavía hoy está convencido de que, si de niño hubiera sido correspondido, habría desarrollado una seguridad completamente distinta hacia las mujeres. Toda su vida afectiva habría tomado un curso completamente diferente. (Alberoni, 1997, p. 152).

La cadena interminable de carencias afectivas y desordenes corporales a lo largo de generaciones en que pueden convertirse las formas de vida dentro de las familias, sugieren la relevancia del tema del amor no sólo a nivel personal, sino también a nivel social.

El proceso de socialización dentro de la familia es un hecho bien conocido a nivel psicológico que se sabe transforma al ser humano, tanto a nivel emocional, mental y corporal en un contexto cultural. Por ejemplo, el niño puede aprender alguna tarea del

desarrollo como hablar o caminar, pero no lo hace en aislado: hay una relación con el otro y una experiencia constante de las costumbres y maneras socioculturales acerca de cómo es la vida y los vínculos con los demás. Por ello, después de analizar el microcosmos de la relación familiar, el siguiente paso para comprender cómo se ha construido el amor es precisamente dar una mirada a nuestro legado sociocultural acerca de la experiencia amorosa.

CAPÍTULO II

La experiencia del amor como proceso social.

Amor: he aquí la única manera de escribir al mundo con sólo cuatro letras.

Bretón de los Herreros.

En el capítulo anterior destacamos que amor es un hecho universal, enraizado profundamente en nuestras vidas, en nuestros cuerpos y en nuestra historia evolutiva. A través de un análisis holístico sobre la experiencia amorosa, se volvió evidente un sujeto cuya vida corporal es un microcosmos respecto a un universo dentro del cual el amor, como un anhelo y logro de cercanía y conexión, es un aspecto clave para hacer posible la existencia de toda forma de vida. Sin embargo, el macrocosmos del ser humano no incluye únicamente su naturaleza biológica, sino también sus relaciones con las demás personas. Como dice Geertz, “no existe una naturaleza humana independiente de la cultura” (Bruner, 1990, p. 28).

En congruencia con una aproximación holística, analizaremos la experiencia del amor en su contexto social. Dicha exploración nos proporcionará respuestas importantes sobre la forma en que se ha construido el amor hasta la época actual y sobre su lugar en la vida humana en general. De hecho, respecto a las dificultades amorosas que merman con frecuencia la calidad de vida de las personas, “...no podremos comprender plenamente conflictos y barreras que hay dentro de nuestra propia psique, y que coartan nuestros esfuerzos de alcanzar la felicidad en las relaciones amorosas, a menos que seamos conscientes de nuestra historia, de los pasos que dimos para llegar a donde estamos hoy en día.” (Eisler, 1996, p. 27)

La ubicación de las actividades humanas en el marco de su historia social inició cuando varios curiosos occidentales se dieron a la tarea de convivir con culturas que les eran totalmente extrañas. Sus costumbres y sus formas de vivir los dejaban boquiabiertos mientras iban despojando de su supuesta naturalidad a casi todos los modos de vivir occidentales, convirtiéndolos en medios potenciales para alcanzar respuestas sobre las problemáticas a nivel social y emocional. Los estudios antropológicos pusieron en tela de juicio la idea de que “así eran las cosas”.

El antropólogo, mientras examinaba su creciente conjunto de materiales sobre las costumbres de los primitivos, llegó a reparar en el enorme papel desempeñado en la vida de cada individuo por

el ambiente social en que nace y se desarrolla. Aspectos de la conducta que estábamos habituados a considerar como complementos invariables de la naturaleza humana, aparecieron uno a uno como meros resultados de la civilización, presentes en los habitantes de un país, ausentes en los de otro, y esto sin un cambio de raza. Se determinó así que ni la raza ni la común naturaleza humana pueden ser responsables de muchas de las formas que asumen, en diferentes circunstancias sociales, emociones humanas aún fundamentales como el amor, el miedo y la ira. (Mead, 1985, p. 26)

Entonces se empezó a hablar del concepto de cultura. En 1871 Edward Tylor, antropólogo inglés, definía cultura como "...esa compleja totalidad que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, leyes, costumbres y toda otra capacidad y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad (citado en Foladori, 1992, p. 222). Merville Herskovits hablaba de cultura como "la parte del ambiente hecha por el hombre" (citado en Foladori, 1992, p. 222) y Eliot la definía como un "estilo de vida" (citado en Steiner, 1998, p. 113).

Ya más recientemente, los constantes descubrimientos en psicología social movían a concluir que "es la cultura, y no la biología, la que moldea la vida y la mente humanas" (Bruner, 1990, p. 48) o que ya "podíamos hablar de una constitución sociogenética y psicogenética paralelas a la constitución biogenética." (Elías, 1989, p. 170). Nelson (1985) definía éste concepto explicando que, al igual que el lenguaje, la cultura es un conjunto relativamente duradero de prácticas que se realizan dentro de un sistema simbólico. Al igual que éste sistema, varía aunque a la vez exhiba funciones universales, y también es preciso adquirirla. La experiencia de cada niño, por ejemplo, es una muestra de la cultura como un todo y le ofrece una base variable para el conocimiento de cómo funciona su propio fragmento de mundo.

En su estudio crítico acerca de las aproximaciones respecto al término cultura, Foladori (1992) afirma que "La cultura es definida por las ciencias sociales académicas como el conjunto de aquellas características comunes a la mayoría de la población de una sociedad que son resultado, a su vez, de prácticas sociales. Vulgarmente se identifica cultura con idiosincrasia, suponiendo un carácter o temperamento común." (Foladori, 1992, p. 221). La cultura también se volvió crucial en cuanto a los vínculos humanos como el amor, debido a que "las características propias del self social se manifiestan en

el tipo de relaciones que mantenemos con nosotros mismos y con los demás.” (Vaughan, 1991, p. 261)

El interés por el ser humano como construcción social significó un cambio fundamental en los conocimientos de ciencias como la psicología, dando lugar a nuevos campos de estudio, nuevas ramas (la psicología social) e incluso nuevas ciencias (la sociología). Hechos tan “naturales” como sentir, comer o dormir fueron poco a poco develados como prácticas que cambiaban de una cultura en otra. Estas actividades dejaron de lado su presunta trivialidad para convertirse en prácticas culturales que podían dar cuenta de una estructura social en su totalidad. Por ejemplo, Elías (1989) encontró en actos tan cotidianos como el comer, un microcosmos social. A partir de sus investigaciones es notable como todas las manifestaciones, actitudes, deseos o configuraciones humanas son materialización de elementos sociales y psíquicos. Éstas manifestaciones pueden ser desde las más importantes dentro de nuestra escala de valores, como el lenguaje, la ciencia, la economía o la política; hasta aquellas que nos parecen tan insignificantes y cotidianas como la relación entre el hombre y los alimentos, ya que revelan aspectos más simples y accesibles de una transformación más amplia en la sociedad.

La investigación sobre el caso de Víctor de L’Aveyron también reveló la preponderancia del aspecto social en la naturaleza humana. Este “niño salvaje” fue encontrado después de varios años de vivir privado de la participación social. Itard (1982) reportó que en cuanto a su oído, sólo había una estimulación con respecto a ruidos de la caída de algún fruto, de cuando rompían nueces o cuando un animal peligroso se acercaba, así como de relámpagos, es decir, a lo que había estado expuesto en “su vida salvaje” y que tenía relación muy significativa con su supervivencia. No había excitabilidad a la voz humana y no podía reproducir los sonidos articulados. Las dificultades de Víctor para adquirir el habla mostraban que si un niño necesita vivir en una comunidad humana aproximadamente 18 meses para comenzar a balbucir, no podía esperarse más de Víctor, quien había pasado en “el mundo civilizado” sólo 14 meses, de los cuales 5 o 6 había estado en instituciones con niños con problemas de lenguaje. Víctor de L’Aveyron es un caso extremo cuya singularidad interesó a la ciencia de su tiempo. En realidad no sólo mostró el poder de la cultura en la adquisición del lenguaje, sino en la vida humana en general, sobre todo durante los primeros años de vida, momento en el que el ser humano es más indefenso.

La fragilidad del niño pequeño, como vimos en el capítulo anterior, es una de las características del ser humano que lo impulsaron a la cooperación, convirtiéndolo en un ser social. Sin una situación social, como señala Ibarra (1998), todas las experiencias del niño serían tan frustrantes que no le permitirían ni siquiera iniciar un proceso de aprendizaje. La solución a ésta debilidad mediante la cercanía con otros es una de las vías clave que vincula el aspecto social con la experiencia amorosa. El contacto e intimidad que permitieron la satisfacción de nuestras funciones vitales como la alimentación, el descanso o la salud desde el inicio de nuestra vida y que nos proporcionaron un área de seguridad para comenzar nuestros intercambios con el mundo exterior, no sólo es el origen de la cultura humana, sino también de nuestra búsqueda de amor e intimidad en la edad adulta:

En todas las épocas y en todas las sociedades, desde hace 40 000 años, todo miembro de la especie viene al mundo en un estado de extrema incapacidad y comienza, en la relación con un adulto más competente, a desarrollar capacidades culturales que garantizarán su sobrevivencia. Los niños chichimecas, como los niños de hoy empezaron en las primeras etapas de su biografía a estructurar sus acciones y simultáneamente a construir e interpretar el mundo. Pero la interacción en la primera etapa de la biografía con un adulto más competente, en general con la persona encargada del cuidado, no es sólo el lugar donde la aculturación tiene su punto de partida: aquí es donde la relación entre los sexos, en la adolescencia y en la edad adulta, inicia su formación. *El proceso ontogenético es un proceso en el que, junto con la subjetividad, se desarrolla la necesidad de conducir la vida en la cercanía de la zona corporal de una persona del sexo contrario. A esta necesidad, cuando se orienta hacia otro sujeto, la designamos con el término de amor.*” (Ibarra, 1998, p. 45, las cursivas son mías)

Cabe recalcar que dentro del proceso de ontogénesis el primer contacto de un ser humano recién llegado a éste mundo con otra persona, como bien se ha señalado en la cita anterior, no es un contacto entre dos pensamientos o entre dos hablas, sino el vínculo entre dos cuerpos. Por ejemplo, Bruner (1990) señala que cuando el niño adquiere sentido sobre el mundo, se basa no sólo en las palabras, también en la intención de éstas. Agregaríamos que es el cuerpo el que hace posible la comunicación y la sensación de esa intención. Por eso, no parece viable una lectura sobre la historia de la experiencia amorosa sin tener en consideración la experiencia corporal de la persona. La construcción social de la experiencia amorosa se da a partir de su cuerpo porque desde el principio “la formación de mundos culturales fue surgiendo del mundo

natural.” (Ibarra, 1998, p. 72). De la misma forma, si mantenemos que “la naturaleza es una extensión de la comunidad” (Foladori, 1992, p. 230), nuestro cuerpo y su experiencia en cuanto al amor se refiere forman un microcosmos sociales cuya lectura nos dará cuenta del sentido otorgado al amor en una cultura en particular. Además, la noción de cuerpo hará posible una aproximación al amor como construcción social que involucre a un ser humano con poder para modificar su entorno social y para elegir. Me explicaré más ampliamente.

Cuando se describe el proceso de aculturación que el sujeto vive desde que nace, la relación entre el ser humano y la sociedad generalmente se observa de manera unilateral: el ser humano llega a una cultura ya establecida, la absorbe pasiva o activamente, para después transmitirla a las nuevas generaciones, quienes cumplirán el mismo ciclo. Con mucha frecuencia, los estudiosos del aspecto social de la persona “suponen que la cultura está dada y se preocupan por analizar cómo se transmite o bien cómo cambia...De esta manera, la pregunta de ¿cómo se produce la cultura?, o bien, ¿quién produce la cultura? Queda fuera del campo de estudio. Aunque, por cierto, todo lo que existe debe producirse.” (Foladori, 1992, p. 237). Para éste autor, las explicaciones sobre la construcción social de las personas se han elaborado en los términos de nuestras propias creencias culturales: la perspectiva del consumo. Debido a que como consumistas, nos llega un producto ya hecho, las investigaciones antropológicas asumen que la cultura ya está dada y no proporcionan alternativas explicativas de cómo es que se producen los cambios históricos, idiosincrásicos y de la cultura en sí. Por ejemplo, en uno de los estudios pioneros acerca de las diferencias transculturales ya se asumía que la cultura es una obra del tiempo “en la que cada individuo desempeña un papel inconsciente e insignificante.” (Mead, 1985, p. 217). Las descripciones de la teoría social también son dadas en el mismo tenor. Por ejemplo, en las investigaciones de Norbert Elias y Michael Foucault, el cuerpo aparece como

una consecuencia de los procesos sociales...Michael Foucault (1979, 1980) y Norbert Elias (1978, 1939)...indican los modos en los que los cuerpos humanos han sido transformados por los procesos sociales. Pero Foucault y Elias tienen poco que decir acerca de los cuerpos como agentes sociales. Los cuerpos con los que tratan son los cuerpos de individuos sujetos a fuerzas sobre las que no tienen ningún control. Para Foucault, el cuerpo es el texto en el que se inscribe el poder de una sociedad... un poder externo y represivo... un poder disciplinario... Como Foucault, Norbert Elias desarrolla una explicación en la que los cuerpos son cambiados a través

del proceso social...Elias detalla la variación en actitudes a través de la historia en torno a ciertas “funciones naturales:” comer, limpiarse la nariz, escupir, conducta en la cama y relaciones entre los sexos. Al hacerlo, Elias nos muestra como el cuerpo, o más específicamente las funciones corporales, son moldeadas históricamente a través de fuerzas sociales. El argumento de Elias es que en el curso de su desarrollo, la “civilización” ha implicado cambios en la conducta humana que incluyen la restricción, regulación y transformación de los impulsos físicos y corporales.” (Lyon & Barbalet, 1994, p. 49)

Lyon y Barbalet (1994) también sugieren que las representaciones del cuerpo se han convertido en un reflejo de los discursos médicos y consumistas que lo miran como un artefacto cultural y no como una fuente de acción social. Las consecuencias de esta perspectiva unilateral son sumamente importantes en términos psicológicos: los cambios culturales pueden creerse imposibles en las elecciones cotidianas sobre el amor, el cuerpo, el uso de los recursos naturales o la crianza de los hijos; y sólo creerse viables en la vida pública, incluyendo situaciones muy lejanas a la mayoría de las personas, como por ejemplo, la gestión en un cargo público.

Sin embargo, la cultura también es un proceso en el que cada persona aporta algo para su construcción a través de sus elecciones, sus emociones y sus modos de vivir. Incluir la noción de cuerpo en el proceso social del amor puede ser una alternativa que otorgue el poder y la responsabilidad que realmente tienen las personas en el proceso histórico de su sociedad, considerándolos seres capaces de acción social, seres que participan plenamente en la construcción de una cultura por medio de sus movimientos y relaciones cotidianas. Es a través del cuerpo que podremos dar cuenta de cómo es que en el proceso social del amor se ven incluidos el contexto cultural y la elección humana.

El hecho de asumir, como López (2000) lo ha sugerido, que el cuerpo es una articulación del proceso cultural y una construcción individual ejerciendo elección nos da la posibilidad de establecer una mirada diferente sobre la cultura. Esta aproximación al aspecto social puede resultar paradójica, pero aún así más cercana a la realidad de las personas. La paradoja reside en que

el ser humano es fruto de una cultura, en un tiempo y un espacio –que a la vez fue fruto de otra cultura precedente- y germen de otra. Por lo tanto hay que hacer una articulación con el proceso social y sus nuevas representaciones simbólicas. El ser humano, estudiado así, tiene que ser

ubicado en una perspectiva de orden temporal, pero como fruto de ese instante. El individuo tiene múltiples formas de ver y construir lo que vive en su momento. Las significaciones se construyen de acuerdo con la clase social, con la cultura y sus valores, con los sistemas alimentarios, con las formas de diversión, y en el fondo de eso, las expresiones de afecto, sus odios, sus rencores y código ético moral que domine en su momento; el conjunto de relaciones nos da un sujeto que puede ser interpretado y explicado en la totalidad de su momento y circunstancia.” (López, 2000, p. 46)

A la conceptualización del ser humano como fruto y germen de la cultura subyace la propuesta de un sujeto que además de tener una herencia cultural arraigada en su cuerpo, mantiene una posibilidad de actuar en el proceso de su cultura precisamente a través de ese cuerpo. No obstante, el cuerpo como construcción cultural y el cuerpo como posibilidad de acción social no han sido temas fundamentales en ciencias como la psicología. Su situación se ha visto limitada en las ciencias sociales debido al dualismo mente-cuerpo.

La fragmentación del ser humano en dos entidades aisladas, mente y cuerpo, ubicada en las teorías sobre el hombre inclusive antes de Descartes, ha derivado en una oposición radical entre los procesos sociales (pertenecientes al ámbito de la mente) y los procesos biológicos (ubicados en el cuerpo) dentro del contexto teórico actual. Los campos de estudio de ciencias como la biología, la medicina, la psicología y la sociología se fueron construyendo en esos términos, afianzando aún más la oposición en la que “Lo que es del cuerpo, pertenece a la biología, lo que es social pertenece a la sociedad y a la gente en sus relaciones.” (Radley, 1991, p. 13)

El campo de conocimientos sobre el cuerpo humano quedó, salvo algunas excepciones, subordinado a lo que Radley (1991) llama “el espectro del determinismo biológico”. La sangre, la carne, las vísceras y las enfermedades de las personas se relacionaron muy poco con su vida social, mientras los aspectos emocionales, afectivos y sociales del ser humano eran buscados en la mente, el lenguaje o la conducta por los psicólogos.

A pesar de que generalmente en los estudios sobre el ser humano en las ciencias sociales el cuerpo ha permanecido invisible o a lo mucho opaco, “las personas han tenido siempre, y necesariamente, un interés práctico en sus cuerpos. Lo que alimentamos y vestimos son nuestros cuerpos; buscamos comodidad y placer en nuestro cuerpo y en el

de otros; estamos interesados en la salud de nuestros cuerpos; y, en general usamos nuestros cuerpos como instrumentos para nuestros deseos.” (Lyon & Barbalet, 1994, p. 51)

El interés cotidiano en los procesos corporales ha encontrado sólo recientemente una resonancia en la búsqueda de alternativas explicativas que incluyan la vida corporal dentro del marco de las teorías psicológicas y sociales. A pesar de que sociólogos como Denis Wrong ya motivaban hace treinta años que se reconociera al cuerpo como el principio de toda acción humana y antropólogos como Margaret Mead y Gregory Bateson utilizaban la fotografía para describir y entender la vida cotidiana de otras culturas a partir de sus conductas corporales, el estudio del cuerpo en psicología social ocurrió, como señala Radley (1991), en investigaciones sobre temas considerados marginales y olvidados como el análisis de la enfermedad o la feminidad. Por ejemplo, en disertaciones sobre la enfermedad el cuerpo apareció como un lugar donde se comunicaban simultáneamente la naturaleza, la sociedad y la cultura a través del lenguaje de los órganos. En el estudio de la feminidad, las características corporales de hombres y mujeres eran el origen de la desigualdad al ser legitimizadas como superiores o inferiores por el conocimiento científico, mientras intelectuales como Freud descubrían que los síntomas de un cuerpo enfermo, el cuerpo histérico femenino, más que ser una característica inherente a la mujer, eran producto de un trauma y podían ser interpretados tomando la experiencia vivida y su escenario como aspectos claves. En el ámbito del movimiento feminista era común escuchar que “todo lo que es mi cuerpo, soy yo” (Frank, 1991, citada en Lyoin & Barbalet, 1994, p. 53)

Sin embargo, como hemos mencionado, esto ocurrió generalmente en la periferia de la teoría social, en cuyos centros el dualismo mente-cuerpo seguía prestándose “para dejar el mundo físico y sensitivo de punzadas y vapores teóricamente insignificante y ausente del análisis cultural-simbólico.” (Jenkins & Valiente, 1994, p. 163). En la práctica y teoría psicológica se siguen proponiendo aproximaciones en las que el cuerpo resulta irrelevante y en las que, como señala Lowen (2004), el terapeuta puede escuchar y observar pero debe evitar todo contacto físico con el paciente. Así, el volumen de conocimientos sobre los procesos corporales en relación con la sociedad son de producción muy reciente y aún inacabada, para muchos parece que el cuerpo guarda aún numerosas cosas por descubrir. Sin embargo, las nociones actuales sobre el cuerpo

como una entidad natural y cultural, sobre la memoria corporal y sobre el lugar de la emoción en la acción social y en la elección serán útiles en la aproximación a la experiencia del amor en términos sociales.

Cuando Turner (1989) habla del cuerpo como un entorno o parte de la naturaleza y a la vez un medio del yo, se refiere a que se halla sujeto simultáneamente a procesos naturales y a significaciones simbólicas. De hecho es el cumplimiento de sus procesos naturales lo que lo engancha a la sociedad: “El cuerpo humano se encuentra sometido a los procesos del nacimiento, la decadencia y la muerte, los cuales resultan de su localización en el mundo natural, pero tales son asimismo sucesos “significativos” ubicados en un mundo de creencias, símbolos y prácticas culturales.” (Turner, 1989, p. 87-88)

Bajo esta perspectiva, los procesos corporales no puede ser datos indiscutibles, sino parte de una construcción. Por ello Le Breton (2002) propone al cuerpo no sólo como un conjunto de órganos determinados biológicamente, sino también como una construcción simbólica. Para él, como para Ortega y Gasset, “La carne del hombre manifiesta algo latente, tiene significación, expresa un sentido...en el cuerpo del hombre, el verbo se hace carne; en rigor, toda carne encarna un verbo, un sentido.” (Ortega, citado en Parada, 1998, p. 134).

De hecho, la encarnación de lo cultural deviene en nuestra vida mucho antes que la construcción cultural del lenguaje o de la razón porque la relación entre el yo y sus procesos corporales es, como sugiere Sivak (1998), de tipo pre-lógico, porque la relación primordial con el mundo es a través de nuestro cuerpo, “*por el cuerpo* –mi cuerpo- y antes que todo conocimiento explícito surge un sentido del mundo.” (Schilardi, 1998, p. 191).

No es posible la existencia de un cuerpo generalizado, como se propone desde la mirada biológica o médica, sino un cuerpo que siempre expresará ese enlace primario con el mundo social, al ser constituido en la intimidad con los demás desde el momento del nacimiento, o inclusive antes. Cualquier experiencia, sensación o movimiento corporal se vuelven significantes, ya sea “el movimiento de la ira, de la ternura, del acercamiento o de la huida, están expresando la trama de vínculos dada en la estructura del yo-

mundo.” (Pérez, 1998, p. 202). Los procesos corporales, más que tener solamente una naturaleza innata, pueden asumirse como una expresión de la intimidad dentro de la cual fueron contruidos (Parada, 1998). Reconocer el lugar del cuerpo ha implicado un enfoque totalmente fresco en el que todos sus aspectos son “la matriz fundamental, la infraestructura material de la producción de la personalidad y la identidad social.” (Turner, 1994, p. 28) y en el que conocer la circunstancia de ese cuerpo significará asumir una perspectiva más integral en la que se de cuenta de los procesos educativos, religiosos, geográficos, históricos, antropológicos y epistemológicos (López, 2000). Al despojar al cuerpo de su determinismo biológico, ha surgido una nueva posibilidad de lectura corporal, donde preguntas inexploradas como “¿Qué comunican entonces la neurosis de órgano o cómo expresan el asma bronquial o la úlcera duodenal la presencia del sujeto en el mundo?... ¿el espasmo bronquial traduce un grito silencioso? ¿una colitis mucosa expresa una expulsión de rabia y excrementos frente al mundo?” (Sivak, 1998, p. 36), que podrían llevarnos a respuestas más aproximadas a nuestra realidad.

Uno de los corolarios de examinar el cuerpo como fruto de una biografía social y de hacer preguntas que van más allá del determinismo biológico, ha sido la exploración del concepto de *memoria corporal*. Por ser parte del campo de estudio de la psicología, la memoria ha sido estudiada básicamente como un proceso mental y su localización en el cuerpo humano se ha limitado a la zona cerebral. Éstas conclusiones han sido rebasadas por varios descubrimientos. Un hallazgo clave fue aquel que permitió expandir los conocimientos sobre inmunología al demostrar

que el sistema inmune es autónomo y que en las etapas de reconocimiento y de diferenciación no tiene necesidad de interacción alguna con el sistema endocrino y el sistema nervioso central...el sistema inmune está descentralizado: en el bazo existe todo lo necesario para el desarrollo de las respuestas inmunes. Si en vez de tomar el bazo se cultivaran ganglios, placas de Peyer del intestino o linfocitos de la sangre periférica, el resultado sería idéntico. Los linfocitos circulan en todo el organismo, organizándose en los lugares privilegiados que son los órganos linfoides periféricos, como el bazo, los ganglios o la sangre. Por lo tanto, puede desencadenarse una respuesta inmune sin que sea necesario poner todo el organismo en movimiento. (Fridman, 1991, p. 33)

Distinguir seriamente la posibilidad de que las capacidades inmunológicas, que anteriormente sólo habían sido adjudicadas al sistema nervioso, fueran inherentes a cada

célula del cuerpo, hizo más viable pensar el proceso de memoria en esos mismos términos y proporcionó nuevas alternativas explicativas sobre las causas de que cualquier elemento del contexto de una experiencia desatara sensaciones que rebasaban el concepto de memoria cerebral, como lo que ocurría entre las víctimas de violación.

Por ejemplo, Winkier (1994) reporta el caso de Shirley, a quien se le sujetó con un cuchillo en el cuello y quien después del ataque vivía las mismas sensaciones de esa experiencia con cualquier roce o caricia en esa parte de su cuerpo. Lo mismo le ocurría a la propia autora cuando la luz estaba apagada, ya que había sido atacada en esas condiciones y por lo tanto volvían las sensaciones de alta adrenalina, agitación y aturdimiento cuando se hallaba en la oscuridad. Otro ejemplo de memoria corporal ocurrió cuando la autora iba en una patrulla en busca de su atacante:

Esto fue lo que pasó. El hombre estaba a diez yardas de distancia de la patrulla, hablando con un amigo. El detective le llamó. Yo sobrepuse mi imagen mental del atacante sobre la imagen física caminando en mi dirección. Una vez en mis límites personales –un rango de seis a nueve pies- la presencia del violador detonó el terror. Esta fuerza emocional fue inexplicable. Quería huir de la escena...(Sin embargo) reconocer la cara del hombre no era posible...*Era una respuesta puramente visceral, un regreso del miedo y el asco.* Mi cuerpo me dijo inmediatamente que era el atacante. Después de mi segunda identificación, mentalmente recordé la cara de ese hombre como la persona que me había atacado. (Winkier, 1994, p. 258-259).

La memoria corporal es fundamental desde el inicio de nuestras vidas porque nuestro cuerpo es creado y completado siempre en relación con otros. Después de nuestra concepción, en la que nuestros padres nos regalan parte de lo que ellos mismos son a través de su memoria genética y corporal instalada en sus células, en el momento de nacer y durante toda nuestra vida, en cuerpo puede necesitar ser completado, alimentado o susceptible a desarrollarse entre las múltiples vías que una cultura puede ofrecer. Pero en el transcurso de éste desarrollo, la memoria corporal es generada por algo más que un mero acto de imitación, lo cual obliga a diferenciar entre:

los conceptos de imitación e identificación. El primero es un proceso consciente en el que se distinguen imitador-imitado, a diferencia del segundo que es además inconsciente. La identificación es un fenómeno de absorción, de incorporación de la ajenidad a la que aspira a convertir en su singularidad...Denominamos entonces *inteligencia mimética*, a esa capacidad del

cuerpo expresivo de ser impresionado por el otro significativo. Su habilidad reside en capturar esa impresión y habitarla como propia en todos los pormenores de su texto. Por eso, se dice que un hijo “gesticula y se mueve igual que su padre”, aunque nunca le haya enseñado. Es la plasticidad de la inteligencia mimética fundada en la corporalidad. (Parada, 1998, p. 137)

Ya se veía que no era casualidad que el sentido de la frase *aprender las cosas de memoria* en inglés (*by heart*, que literalmente significa “*de corazón*”) guardara una hermosa y clara relación con lo orgánico (Steiner,1998), o que para recordar un sueño, más que buscar en nuestra mente, baste con dar varias vueltas en la cama hasta tomar la misma posición en la que dormíamos mientras soñábamos, como señala Berman (1987). Al menos eso demostraban los hallazgos de Wilhelm Reich y Alexander Lowen. En la terapia de análisis del carácter, se guiaba la respiración del paciente coordinándola con la relajación de ciertas partes del cuerpo y la tensión de otras, lo que provocaba respuestas emocionales y evocaba imágenes o recuerdos con esa carga emocional. El interés de Lowen (2004) sobre los procesos corporales cuyo resultado fue la terapia bioenergética, tuvo como trasfondo precisamente el hecho de experimentar ésta terapia con el propio Reich y vivir los efectos positivos de la actividad física a nivel psicológico. En la búsqueda del autoconocimiento, la libertad, la paz y el bienestar corporal y emocional al ablandar las tensiones corporales, los ejercicios bioenergéticos han sido una muestra más de los procesos de memoria corporal, como Lowen (2004) lo experimentó en carne propia:

Al terminar un taller profesional, dos de los participantes, que eran terapeutas preparados, me dijeron que merecía yo también un turno y se ofrecieron a tratarme...Uno de ellos se ocupó de cierta tensión que tenía en la garganta. El otro me trató los pies. De repente sentí un dolor agudo, como si alguien me hubiese cortado la garganta con un cuchillo. Inmediatamente caí en la cuenta de que esto era algo que me había hecho mi madre, psicológica, no literalmente. Comprendí que el efecto era impedirme hablar o sollozar. Siempre he tenido alguna dificultad para exteriorizar mis sentimientos, si bien ese problema había ido perdiendo fuerza al pasar los años. En algunos casos, el no poder manifestar lo que sentía me provocaba dolor de garganta, especialmente si estaba cansado. Al sentirlo ésta vez pegué un empujón a los terapeutas que me estaban tratando y exhalé un grito de cólera. Entonces experimenté un alivio profundo. (Lowen, 2004, p. 104-105)

Los procesos de memoria corporal, al ser instituidos en la cercanía corporal y emocional con otros, enlazan profundamente nuestra subjetividad con el mundo social. Entonces se

hace evidente que estamos hablando de un cuerpo cuyos procesos tienen tanta relación con lo cultural que con lo natural. Las imágenes del pasado son evocadas a través del trabajo con el cuerpo porque “están impresas en nuestra sensibilidad, casi de la misma manera que la información genética.” (Steiner, 1998, p. 17).

El análisis de todo lo que se remite al cuerpo, desde sus tensiones y enfermedades hasta el estado de sus órganos, como aspectos sujetos a la historia social y personal también ha reconocido una asociación entre la memoria corporal y la memoria genética. Usualmente, al hablar de cambios genéticos se hace referencia a un lejano pasado o a un incierto futuro. Pero si admitimos la realidad de la memoria corporal, podremos ubicar las modificaciones genéticas como parte de los procesos sociales acontecidos en el presente. Tomemos el supuesto de que el arsenal genético del ser humano, como señala Ibarra (1998), pudo haberse modificado paulatinamente debido a un enorme caudal de aprendizaje. Sabemos que ese aprendizaje está presente en cada paso de la vida de las personas y que su cuerpo en su totalidad tiene la capacidad de guardar las impresiones que esto genera. A pesar de ello y de que “la sociedad humana se ha transformado de manera fundamental a lo largo de los últimos 2000 años, la sociobiología sugeriría que el cuerpo humano, ha permanecido en todos los aspectos importantes, fisiológicamente estático... Tal conclusión, sin embargo, está básicamente errada, desde el momento en que las cuestiones de “el cuerpo” y de “la población”, con respecto a las estructuras socioculturales, son necesariamente históricas. (Turner, 1989, p. 62). La disposición del cuerpo en el ámbito del determinismo biológico ha inducido que el estudio del elemento genético en la historia social sea algo muy reciente y aún muy rudimentario.

Lo que sí sabemos es que existe la opción de ubicar los procesos genéticos como parte de la vida cotidiana, en la que, como señala Steiner (1998), es muy probable que se den “metamorfosis psicosociales” o “metamorfosis sociofisiológicas”, esto es, una serie de mutaciones intermedias que de manera conjunta ocurren en la personalidad y en el cuerpo, a partir de “cambios producidos en esquemas de nutrición, de control de la temperatura, de rápidos viajes a través de zonas y climas diferentes, que la prolongación del promedio de vida y la ingestión de sustancias terapéuticas y narcóticas” (Steiner, 1998, p. 113). Dichos cambios están determinados en gran medida por la sociedad en la que cada individuo habita.

Con todo, los procesos corporales no pueden verse como expresiones pasivas de una cultura. Si es posible hablar del cuerpo como un *punte* entre el yo y la sociedad (Porter, 1989) y de el entorno social como una estructura que implica una interrelación en la que la modificación en una de sus partes tiene necesariamente efectos en otra parte de esa misma estructura, como ha señalado Claude Levi-Strauss (citado en López, 2000), entonces es viable entender la relación entre las personas y su cultura como una cuestión recíproca. De hecho los fenomenólogos no sólo aseguran que el cuerpo es una construcción cultural (Csordas, 1990), sino que “la cultura es vista como una proyección del cuerpo en el mundo.” (Jackson, 1994, p. 211). Esto significa que la historia cultural no sólo se edifica en el mundo público, sino que también puede ser escrita a partir del aspecto más íntimo del mundo privado de las personas: sus procesos corporales. El carácter participativo del cuerpo tiene sus raíces en emociones como el amor, que juegan el papel de impulsar los movimientos y elecciones del ser humano que implicarán consecuencias en la estructura de su mundo social.

En el estudio de la emoción dentro de la psicología social, de acuerdo con Radley (1991), se ha mantenido la existencia de una influencia en una sola dirección: del cuerpo hacia la mente, de la sociedad hacia la construcción de la emoción. Por ello es que, en el caso del amor, se ha llegado a afirmar que “amar no es experimentar una sensación natural, sino participar en una de las innovaciones de la cultura moderna Occidental.” (Solomon, 1989, p. 35). Si bien es cierto que la manera de vivir las emociones pueden ser construidas socialmente, no pueden ser sometidas a un determinismo social. El cuerpo humano posee una tendencia a emocionarse precisamente porque el hecho de sentir miedo, ira, angustia o amor ha cumplido una función, a lo largo de toda la historia humana, que “consiste en la evaluación constante de los estímulos externos e internos en términos de su relevancia para el organismo y de la preparación de reacciones conductuales que puede ser requeridas como respuesta a esos estímulos.” (Scherer, 1984, p. 296; citado en Lyon & Barbalet, 1994, p. 57)

La emoción, como señalan Lyon y Barbalet (1994), integra la experiencia del sujeto en el mundo y su acción en el mismo. Las múltiples sensaciones derivadas de sus impresiones son la base de lo que llaman “praxis del cuerpo”, esto es, la actividad práctica en la vida social. Conceptos como el de actividad, praxis y el propio concepto de *e-moción* nos llevan a una constante en la vida humana: el movimiento. “La emoción

mueve espacialmente al cuerpo, lo hace mímica. El trayecto de la emoción, con sus variaciones de intensidad y de extinción, quedan dibujadas en una coreografía de movimientos.” (Parada, 1998, p. 136)

Una coreografía no es una serie de movimientos aislados, sino que integra movimientos y gestos que en su conjunto guardan un sentido y buscan ser eficaces. La danza humana en el mundo cultural, según Feuerbach y Marx (citados en Lyon y Barbalet, 1994, p. 57), inicia cuando la gente siente a través de sus sentidos y actos, completándose en la evocación de emociones que dan un significado, una dirección y cierta intensidad a los movimientos corporales que participan de la vida social.

Es evidente que las emociones juegan un papel crucial en la elección social de las personas y en como se constituye una cultura, pero en cuanto a la experiencia amorosa cabría preguntarnos si el amor es una emoción. Algunos estudiosos del tema, afirman que es más bien una especie de sinfonía que

se apropia de todas las emociones básicas en un momento u otro. Cuando sentimos la necesidad irresistible de llamar por teléfono a “él” o “ella”, podemos sentirnos asaltados por el miedo a que se haya ido con un rival; al momento, embargados por la alegría cuando contesta al teléfono y nos dice “te quiero”; y más tarde, golpeados por la sorpresa y la desilusión cuando el ser celestial anula la cita que habíamos planeado juntos. El amor romántico también está relacionado con otro gran número de sentimientos más complejos: el respeto, la admiración, la lealtad, la gratitud, la compasión, el temor, la timidez, la nostalgia, el remordimiento e incluso el sentido de la justicia.” (Fisher, 1994, p. 117)

El hecho de que al amar las personas experimenten tantas emociones es porque, en realidad, el amor conforma todo un sistema de motivación o impulso orientado “a la planificación y la persecución de una necesidad o un deseo específico...diseñado para permitir a los pretendientes construir y mantener una relación íntima con una pareja determinada que prefiere sobre las demás.” (Fisher, 2004, p. 93).

Viene a colación un experimento muy adoptado en la educación primaria en el que un disco se pintaba con todos los colores del arco iris, para luego girarlo y descubrir con asombro como, en efecto, la luz blanca era resultado de la combinación de todos los colores. Quizá el amor sea comparable a la luz blanca en términos emocionales. Es probable que el amor, con todos sus matices emocionales, sea una fuente importante de

acción dentro del mundo cultural a través de su lugar en las elecciones humanas cotidianas. Por ello, en nuestro marco teórico, cualquier argumento sobre el amor sólo será viable refiriéndonos al ser humano como un *participante* de la vida social a través de su cuerpo. El análisis histórico de algunas formas en las que hombres y mujeres se amaron en distintos tiempos y espacios culturales no sólo permitirá distinguir las formas que toma la acción humana en la composición de una sociedad, sino también nos guiará sobre los pasos que dimos para llegar a amar como lo hacemos en el presente.

2.1 Las Venus prehistóricas: una exaltación de la intimidad.

Cuando te dejas, tú me acompañas
 Por las penumbras densas del bosque,
 Por los barrancos, sobre las cumbres
 Donde se rasgan nubes informes,
 Y cuando sacio mi sed descubro
 Siempre tu cara entre mis manos...
 Valles que están colma de savias,
 Veo tus senos florecer, miro
 Temblar a veces tu vientre henchido;
 Cálido suelo que ya se esponja.
 Cuando me asustan esos poderes
 Que tú detentas, tú me sosiegas
 Y sé mujer, que los milagros
 Rojos de otoño te pertenecen.

La Venus de Lespugue, Robert Ganzó.
 Fragmento

Los únicos datos sobre la vida cotidiana en la prehistoria del ser humano, específicamente de la época iniciada con la aparición de los hombres de Cro-Magnon, alrededor del 20 000 a. C., son una extensa serie de estatuillas y representaciones pictóricas. Las figuras, utensilios y pinturas creadas por éstos arcaicos artistas han sido sujetas a múltiples interpretaciones. El caso particular de las hoy en día llamadas Venus, representaciones prehistóricas en piedra de la mujer, son un ejemplo de la controversia entre los discursos científicos que han analizado estos estilos de vida tan antiguos.

Al descubrir estatuas como la Venus de Galgenberg (30,000 a. C.), con su prominente vulva o la Venus de Willendorf (22,000 a. C.) que parecía estar embarazada por el volumen de sus caderas, senos y vientre; fueron desacreditadas como datos superfluos, cuyo significado cultural se reducía a meras representaciones pornográficas. Algo similar ocurrió con la Venus de Laussel (23,000 a. C.), figura que además de estar

embarazada sostenía lo que se creyó era un cuerno con trece rayas que simbolizaban el número de hijos. Posteriormente, y estudiada a mayor detalle, surgió una interpretación más viable: el cuerno en su mano derecha en realidad representaba a la luna creciente y era más probable que las trece marcas se refirieran al número de ciclos lunares en un año. El hecho de que su mano izquierda apuntara hacia su vagina indica que había una conciencia de la relación entre los ciclos lunares y los ciclos menstruales de la mujer.

La confusión en la lectura de la Venus de Laussel no es mera casualidad, forma parte de un proceso de interpretación sobre la vida de los pueblos del paleolítico en el que los investigadores no podían dejar de lado su bagaje cultural acerca de las relaciones entre los sexos. Al observar el arte arcaico, la cultura encarnada en ellos se materializaba en su mirada: el centro de atención eran las figuras masculinas de las pinturas rupestres, las cuales parecían estar luchando y cazando siempre; los utensilios generalmente se veían como armas o alguna especie de “magia de caza” y las figuras femeninas no tenían gran relevancia. El mensaje era claro: la supremacía masculina, la mujer como instrumento para el placer o la reproducción y la tendencia humana hacia la guerra, la destrucción o la muerte eran modos de vida occidentales expresados en sus reportes de investigación.

Un claro ejemplo ocurrió al analizar el bastón de Montgaudier. En 1880 un famoso prehistoriador francés, el abate Breuil, descubrió esta asta de ciervo de 37 cm. Lo que él vio fueron imágenes que relacionó con una “magia de caza”: un pez, dos focas, dos serpientes, arpones con púas y otras marcas indefinidas. Cincuenta años después, Alexander Marshack, ahora con lupa en mano, observó cosas muy diferentes:

El pez común resultó ser un salmón macho adulto con la típica mandíbula de la época de apareamiento o desove, época primaveral en que las focas siguen al salmón, del cual se alimentan. El pez y las focas representaban además, “signos de tiempo secuencial” del “regreso de la primavera”, así como las formas serpentinas, que resultaron ser serpientes comunes no venenosas, que salen de la hibernación en primavera. En cuanto a las “marcas indefinidas”, eran la cabeza esquelética de un íbice con cuernos salientes (que también reaparece en primavera), “un exquisito brote recuperado” (incluyendo raíces y primeras hojas o ramas), y un botón de flor (que en el arte prehistórico es a veces símbolo de la vulva). (Eisler, 1996, p. 54-55)

Éstas aproximaciones resultaron más acordes con la vida del Paleolítico, pues era más congruente que los ciclos de la naturaleza y la llegada de la primavera hubieran adquirido un significado especial en un mundo donde la supervivencia dependía principalmente de la recolección de frutos. Una interpretación centrada en la competencia y en la dominación de la naturaleza había llevado a los investigadores a trasladar al Paleolítico sus valores culturales, considerándolos como parte inherente a la naturaleza humana. Las huellas dejadas por nuestros antepasados, como en el caso de éste bastón, eran reportados como arpones a pesar de que ni siquiera parecían apuntar hacia el supuesto blanco.

De ésta forma se propusieron nuevos argumentos sobre las relaciones entre los sexos, las Venus prehistóricas y las imágenes de vaginas y penes halladas en las paredes de varias cuevas. Si bien algunos sugerían que sólo eran muestras de la incorregible lascivia masculina y de que los pueblos primitivos mantenían relaciones de promiscuidad sexual para asegurar su reproducción y supervivencia (Engels, 1971; citado en Ibarra, 1998), para otros investigadores esta explicación no era suficiente, sobre todo a la luz de los descubrimientos acerca de las sociedades tradicionales, donde “el cuerpo no se distingue de la persona. Las materias primas que componen el espesor del hombre son las mismas que dan consistencia al cosmos, a la naturaleza. Entre el hombre, el mundo y los otros se teje un mismo paño, con motivos y colores diferentes que no modifican en nada la trama común.” (Le Breton, 2002, p. 8)

Dentro de la cosmovisión prehistórica, la tierra, el cielo, las plantas, los animales, el sol, la luna y el cuerpo humano estaban contagiados de lo sagrado. Pero los seres humanos no sólo veían con asombro los ciclos y elementos naturales. Las imágenes del cuerpo femenino “revelan el asombro del varón ante la hembra...la fémina con senos, sin pene y capaz de desangrarse sin morir, de hincharse y sacarse un niño del vientre por la misma hendidura del placer.” (Liscano, 1991, p. 12). Seguramente los hombres no solamente sentían admiración por el cuerpo femenino, sino también por el propio. Probablemente las mujeres también pudieron maravillarse del cuerpo masculino y de sus propios cuerpos, posibilidad que se abrió en un mundo simbólico donde la unión entre los principios masculino y femenino era portadora de vida y representaba una unión sagrada. Los cuerpos de hombres y mujeres eran formas vivientes de éstos principios, y

como señala Eisler (1996), el cuerpo femenino en especial era un atributo de un ente de vida y nutrición muy venerado en esa época: la Gran Diosa.

La existencia de una religión prehistórica donde guardaban un papel fundamental la Gran Diosa y el matrimonio sagrado ha sido un hecho muy controvertido en las especulaciones teóricas acerca de la vida arcaica. Algunos de los primeros escritos de la humanidad, los himnos de la Diosa Ishtar y de la Diosa Innana (2,000-3,500 a.C.), forman parte de las evidencias a favor de éste argumento, porque se consideran expresiones escritas de una tradición oral proveniente de 7,500 a. C. e incluso desde el Paleolítico (20,000 a. C.). La continuidad de ésta tradición es confirmada por las Venus prehistóricas, ya que datan del Paleolítico hasta fechas muy próximas a la escritura de éstos himnos. Por ejemplo, la figura de una mujer dando a luz hallada en Turquía data del 6000 a. C., la mujer de Ur, que está amamantando a un bebé, data del 4000 a. C. y la Dama de Pazardzik, cuya figura es más estilizada mientras sus senos y caderas son exagerados, data de 4000 a. C. a 3500 a. C.

En los cantos a Ishtar es clara la existencia de una tradición religiosa cuya figura principal era la Gran Diosa, fuente de vida y placer. Pero no se trataba de una deidad abstracta, sino que tenía su expresión viviente en la mujer. Así, la unión con una mujer significaba una manera de acercarse a la Diosa y sus poderes se asentaban en cada parte del cuerpo de las mujeres. Por ello, las formas poéticas sobre el cuerpo femenino y el placer eran formas frecuentes de ensalzar a Ishtar.

¡Gloria a la diosa, gloria! La más tremenda de las diosas./ Hay que venerarla; la soberana de los pueblos./ la más grande en el concurso de los dioses./ Hay que venerar a la reina: la tremenda entre los dioses./ Vestida de gloria está; vestida está de placer:/ abrumada de belleza, de dulzura y majestad./ En sus labios dulce es: de su boca fluye vida./ Cuando la miran brillar su vista infunde alegría.../ Todos ante ella se rinden: todos de ella luz reciben:/ hombres y mujeres son sus tributarios. (Garibay, 1990, p. 60)

Aunque se cree que la adoración de la Gran Diosa no significó la supremacía social del sexo femenino, es probable que haya derivado en la admiración del cuerpo femenino y en una experiencia maravillosa y más igualitaria del sexo, en su calidad de ritual sagrado. Existía la posibilidad social de vivir el amor en el ámbito del placer, la libertad, la alegría y la espiritualidad, debido en gran parte a que los procesos corporales se

elevaron a una condición sagrada, especialmente aquellos relacionados con la concepción y preservación de la vida. Los pasajes poéticos y eróticos dedicados a Innana muestran no sólo que era la diosa más venerada en Sumeria, sino su alegría y su posibilidad de usar un lenguaje abiertamente sexual en cuanto a su matrimonio sagrado:

El ha brotado; ha germinado;
 Es verdor plantado en el agua.
 El es a quien más aman mis entrañas.
 Impetuoso acariciador de mi ombligo,
 Acariciador de mis suaves muslos,
 El es a quien aman mis entrañas.
 Es verdor plantado en el agua.
 (Eilser, 1996, p. 69)

Una cosmovisión en la que todos los aspectos de la naturaleza, inclusive el cuerpo humano, eran sagrados; donde se adoraba a la Gran Diosa y se sentía gran admiración respecto al cuerpo femenino son explicaciones más congruentes acerca de la creación de las Venus prehistóricas y han abierto nuevas alternativas sobre la experiencia amorosa. El sexo no era un asunto pecaminoso, sino una forma de unión y placer con el otro que a su vez permitía experimentar y acercarse a una fuerza vital y sagrada, como lo muestra la práctica del matrimonio sagrado: “Cada año, en Sumeria, se efectuaba el “matrimonio sagrado”. Alguna sacerdotisa de Inanna, diosa del amor y la procreación, desposaba ritualmente al rey para asegurar la fertilidad de la tierra y la fecundidad de las mujeres. Lo sagrado encauzaba el erotismo individual.” (Liscano, 1991, p. 81). La exaltación prehistórica de todos los elementos de la vida cotidiana, incluyendo la relación amorosa y el cuerpo, pudo deberse a que éstos seres humanos vivían la abundancia que les ofrecía su ambiente como una bondad de la tierra, más tarde éste sentimiento se convirtió en enaltecimiento de la vida (DeMeo, 1991).

Cuando tuvieron lugar todos estos descubrimientos se extendieron las opciones para vivir la experiencia amorosa, pero también se abrió una nueva interrogante: ¿qué pasó con ésta cosmovisión y con los ritos de la Gran Diosa? El momento del declive del culto a la Gran Diosa junto con toda la forma de vida del Paleolítico coincide con los cambios bruscos de clima que llevaron a vivir a los seres humanos condiciones extremas (DeMeo, 1991) y con la llegada de “sucesivas hordas de pastores provenientes de los

márgenes áridos del planeta” (Eisler, 1996, p. 91). Ambas situaciones ocurrieron alrededor de 4,000 y 3,000 a. C., fecha en que precisamente se dejaron de esculpir estatuillas como las Venus prehistóricas y en que los mitos sobre las deidades femeninas fueron modificados hasta degradar a la Gran Diosa a la condición de monstruosidades terribles, fantasmales y devoradoras.

No debemos pasar por alto la dimensión de éstos cambios sociales, porque significaron el inicio de lo que Eisler (1996) ha llamado las “sociedades dominadoras”. El hecho de que la mujer bajara de su pedestal para someterse a los deseos masculinos y convertirse en expresión de esas “entidades demoníacas” cambió las relaciones entre los sexos de manera fundamental. Más que un hecho fortuito,

“La caída de la Gran Madre hace tres o cuatro mil años fue un hecho psicológico de primera magnitud. Ocurrió en el inconsciente colectivo de esas primeras culturas y modeló la relación de los sexos de la especie de tal manera que garantizó el predominio absoluto, no siempre necesariamente de los hombres, pero sí del principio masculino, en Occidente mucho más que en Oriente. Esto es lo que marca el momento del comienzo de la historia propiamente como tal –unos cuatro mil años de turbulentos ascensos y caídas de civilizaciones, de guerras y revoluciones, de lucha y angustia y progreso de cataclismos –mucho más que las grandes invasiones de tribus guerreras portadoras del hierro.” (De Riencourt, 1989; citada en Liscano, 1991, p. 39)

El giro que tomó la historia de la experiencia amorosa a partir de ésta crisis significó que el amor, el cuerpo y los elementos de la naturaleza fueran vaciados de su magia. Aunque el culto a la diosa fue remodelado y cambiado por valores sociales totalmente opuestos como el desprecio o el temor por lo femenino, las conclusiones sobre la vida amorosa en el Paleolítico nos alientan a que existe la oportunidad para vivir el amor en términos más placenteros e igualitarios como ocurrió en ese entonces.

Sin embargo, la elección humana tomó un rumbo muy diferente. Como veremos en el caso de la sociedad griega. El sometimiento femenino y la misoginia tuvieron enormes consecuencias psicológicas y limitaron las opciones que las personas tenían para vivir el amor y sus propios cuerpos.

2.2. El amor en Grecia: entre el cuerpo y la tragedia.

“¡Funesto amor, a qué cosas no precipitas al corazón humano!”

Virgilio.

La cultura griega es una de las más importantes históricamente y se considera una de las más prolíficas en cuanto a conocimientos se refiere. Para muchos, su mitología, filosofía y política resultan apasionantes temas de estudio. Respecto al amor, fueron

los expertos más consumados del mundo en el arte de diferenciar las diversas clases de amor: tenían más de diez palabras para designar sus diversos tipos...La más celebrada es *eros*, el amor apasionado, sexual, erótico, feliz, que derrocha energía para una pareja muy especial...La *manía* es el amor obsesivo, celoso, irracional, posesivo y dependiente...*Ludus*... es el amor juguetón, despreocupado, sin compromisos, sin ataduras. Estos amantes pueden amar a más de una persona a la vez sin que suponga un problema...*Storgé* es un tipo de amor compañero, fraternal, amistoso, un sentimiento de amistad profunda y especial que carece de manifestaciones de emoción...*Ágape* es un amor gentil, desinteresado, consciente de sus deberes, generoso, altruista, a menudo espiritual...La última es *pragma*, el amor basado en la compatibilidad y el sentido común...Los amantes pragmáticos llevan la cuenta: tienen muy presentes tanto las ventajas como los inconvenientes de ésta relación. (Fisher, 2004, p. 115)

El amor resultaba tan fundamental en la vida de los griegos que ya Hesíodo ubicaba a Eros como el más antiguo de los Dioses, apareciendo junto con la Tierra después del caos primordial. Agatón, en su elogio al amor, afirma ante sus comensales que Eros es el responsable de la paz entre los hombres, del placer, de impedir el odio y de alentar nuestra benevolencia y nuestros deseos tiernos. Para Eriximaco, el amor básicamente es el encuentro del equilibrio. Por eso, el trabajo del médico es introducir en el cuerpo el amor donde no existe, y en la música el compositor logra el amor entre elementos opuestos para lograr una armonía.

Paradójicamente, el poder del amor también podía ser catastrófico, podía arruinar o perder a los seres humanos. Tanto en la vida privada como en el mundo público. Casos como el enamoramiento de Paris y Helena tuvieron consecuencias políticas fundamentales: el rompimiento de la alianza entre aqueos y troyanos, y la caída de la ciudad de Ilión.

El enorme poder adjudicado al amor como una entidad divina o un designio muchas veces sirvió para justificar las elecciones y deseos de los antiguos griegos. Hécuba se da

cuenta de ello cuando la misma Helena justifica sus acciones diciendo que fue obra de Afrodita su idilio con París: “¡Ay, todas sus necedades, todas sus tonteras les parecen a los mortales obra de Afrodita! Bien comienza el nombre de esta diosa como el de afrentosa locura, ¡No, lo que pasó es que viste a mi hijo ataviado con galas extrañas a las de tu país, todo resplandeciente de oro, y se te fue el alma en ansias de placer!” (Eurípides, 1989, p. 279)

Los griegos no sólo amaban a Eros, también estaban enamorados de otra cuestión sumamente apreciada en sus vidas: el cuerpo humano. Los cuerpos eran relevantes

en el sentido que a través de ellos se daba un modo de trascender. Por ello, el cuerpo que no era sometido a una sepultura no podía penetrar en el Ades...También esta perspectiva se muestra en Homero. Aquiles resuelve entrar en la guerra de Troya cuando matan a su amigo Patroclo. Precisamente en su entierro, se relatan todas las ceremonias de esa época: flores sobre el cuerpo, libaciones, perfumes, bailarinas que danzan, cuerpos muertos de enemigos que no van a ser enterrados. (Marí, 1998, p. 74)

Todas las expresiones de vida y muerte, incluyendo la experiencia del amor, estaban cruzadas por el culto al cuerpo humano en la sociedad griega. Por ello, hablar del amor en Grecia nos lleva necesariamente a un análisis de cómo era que hombres y mujeres vivían sus cuerpos en ésta sociedad. En la exaltación del cuerpo en el mundo helénico, no todos los cuerpos eran iguales, ni tampoco lo era la forma en que se desarrollaban dentro del ámbito colectivo de la *polis* y en el mundo privado del hogar, debido a la serie de paradojas entre la vida pública y la vida cotidiana de sus habitantes, de manera que

...las ideas de equidad existieron junto con las prácticas de mantener esclavos. Para los griegos... esta enorme contradicción estaba formulada en una separación de los ámbitos del mundo privado y el mundo público, de la vida en el hogar y de la *polis*...El hogar fue aceptado como un lugar de inequidad, reflejado en relaciones asimétricas entre sus miembros (ej. hombre-mujer, padre-hijo, hermano-hermana). En contraste, la *polis* era la esfera de la libertad, accesible a los hombres que habían alcanzado salud y riqueza, en la que eran libres de las reglas arbitrarias de otras personas. Mientras la *polis* reconocía la libertad y la igualdad, el hogar admitía la estricta desigualdad y el uso de la violencia cuando se consideraba necesario (ej, sobre mujeres y esclavos)...” (Radley, 1991, p. 35)

El género fue una característica esencial que determinó la desigualdad en las formas de educar y cultivar el cuerpo: existían diferencias claras en la conceptualización y el trato del cuerpo femenino y masculino. Por ejemplo, siendo el calor una característica corporal muy valorada, se creía que las mujeres eran “versiones frías de los hombres”, o que los fluidos masculinos eran espermias fuertes y los fluidos femeninos eran espermias débiles (Rivera, 2004). A la luz de éstas diferencias, era muy común que en el pueblo griego se creyera que “¡Un solo hombre vale mucho más que mil mujeres!” (Eurípides, 1989, p. 467)

La superioridad o inferioridad de los cuerpos proporcionaba opciones de construcción corporal muy diferentes para hombres y mujeres. Por un lado, estaba el cuerpo masculino que se formaba principalmente en el gimnasio, donde se buscaba que el joven aprendiera “que su cuerpo era parte de un colectivo más amplio llamado *polis*, que el cuerpo pertenecía a la ciudad. Evidentemente, un cuerpo fuerte prometía un buen guerrero; una voz educada garantizaba que pudiera participar más adelante en asuntos públicos.” (Rivera, 2004, p. 37) Por otro lado, a la educación del cuerpo femenino subyacía la idea de su inferioridad y su lugar en la sociedad como portadoras de hijos y esclavas del hogar. La consecuencia fue una convivencia amorosa basada en la subordinación, que se pensaba equilibraba la relación y daba a cada cual lo que merecía. Cuando los vínculos afectivos incluían un ser superior y un ser inferior, como

Entre padres e hijos, hombre y esposa, gobernante y súbditos...Los más valiosos (supuestamente los padres, los maridos, los gobernantes, etc.) reciben lo máximo en honor y deferencia. Incluso cuando el hijo, por ejemplo, no puede devolver plenamente a sus padres haberle dado la vida, da muestras de devoción filial poniéndose a su servicio lo mejor que puede. Esto iguala la relación, según Aristóteles, y proporciona a cada participante el grado y clase de amor que se merece.” (Singer, 1992, p. 118)

Sin embargo, la subordinación femenina no la llevó a una condición de mayor equidad. La desesperación de vivir cotidianamente ésta desigualdad se hizo muy evidente en el caso de la decepción amorosa. Por ejemplo, cuando Medea es traicionada por Jasón¹,

¹ Las tragedias griegas serán consideradas como una opción viable para acercarnos a la vida social en la antigua Grecia porque, si bien es cierto que hablan de uno de los estratos más privilegiados de la sociedad y que son parte de la creatividad de los autores probablemente, como dice Segundo (1971), los atenienses asistían con orgullo y los temas tratados en éstas obras finalmente buscaban tocar fibras emocionales muy sensibles del público al representar aspectos de la vida griega con los que la gente se podía identificar.

entre el odio y la decepción ella expresaba que

De cuantos seres tienen alma y pensamiento, somos las mujeres los más desdichados. Primero hay que gastar grandes caudales por lograr un marido. Ya lo tenemos. Hay que hacer de él un déspota de nuestro cuerpo. De los males quizá el mal más duro. Y el punto más difícil: ¿será bueno o malo? No se concede a las mujeres repudiar al esposo, ni desatar el vínculo nupcial. Y vengamos a las novedades ahora. Es preciso ser adivino para saber, sin que nadie nos lo haya enseñado, cómo ha de tratarse al que comparte nuestro lecho. Bien puede ajustarse a nuestra manera de ser: es la dicha de las dichas. Llevará el yugo conyugal de buen grado. Pero, si no... ¡Mejor la muerte! Cuando un varón se hastía de la vida hogareña, se salen fuera a disipar su enfado. Va con algún amigo, va con sus camaradas. Y, ¿nosotras qué? ¡Un solo ser hay en quien tenemos que poner los ojos! Sí, lo sé. Dicen que nosotras pasamos la vida seguras en el hogar, sin pena, sin peligro...y ellos van a la guerra, combaten con la muerte a la vista. ¡Mal piensan! ¡tres veces en el frente de batalla, y no parir un hijo! (Eurípides, 1989, p. 54)

La enorme diferencia entre hombres y mujeres en la antigua Grecia era una experiencia vivida desde el momento del nacimiento. Probablemente los varones podrían gozar de un lugar más privilegiado, así como de la alegría y el entusiasmo de sus padres al ver en un niño la posibilidad de crear un cuerpo bello y capaz de moverse en el ámbito público de la polis. Una niña, por el contrario, significaba

un mal inmenso: la engendra el padre, la nutre y la educa y, para quedar libre de este mal, aún da dote para que se vaya a otra parte. Y ¿qué el que recibe en su casa a esta pernicioso criatura? Tiene que estar adornando a la continua a este ídolo horrible, vestirlo con las mejores ropas, y gasta y gasta, hasta no ver exhaustos sus tesoros. Y hay otro caso: si tiene la fortuna de emparentar con familia de alcurnia, aunque la mujer sea insoportable, tiene que retenerla. Y si toma una buena esposa, pero de padres sin bienes, se ve forzado a estarlos socorriendo siempre.” (Eurípides, 1989, p. 107)

La situación social de una mujer no se debía precisamente a que se dedicara a las labores del hogar o a tener hijos, sino que, a diferencia de lo que ocurría en el Paleolítico, éstas actividades no eran valoradas. Lo que sí era apreciado eran las actividades en las que el varón era el actor principal, que iban desde la filosofía y la política hasta la participación en la guerra. Todas éstas prácticas formaban parte de la vida pública y eran totalmente opuestas a lo que ocurría en el mundo privado. La

intimidad no era trascendente, y por lo tanto, no había una posibilidad de respetar o admirar todo lo incluido en ese mundo, incluyendo a la mujer.

Lo que si era posible era la completa dependencia femenina, pues hablamos de una cultura que daba poder al varón por estar construida con base a la violencia de las guerras y a la vida pública. El caso de Penélope al sufrir el abandono de su esposo durante los largos años de su regreso de la Guerra de Troya, es un buen ejemplo de lo vulnerable que podía ser la mujer a falta de su esposo, como lo narra su hijo Telémaco,

Los pretendientes de mi madre, hijos queridos de los varones más señalados de éste país, la asedian a pesar suyo y no se atreven a encaminarse a la casa de Ícaro, su padre, para que la dote y la entregue al que él quiera y a ella le plazca; sino que, viniendo todos los días nuestras moradas, nos degüellan los bueyes, las ovejas y las pingües cabras, celebran banquetes, beben locamente el vino tinto y así se consumen muchas cosas, porque no tenemos un hombre como Odiseo, que sea capaz de librar a nuestra casa de tal ruina. (Homero, 2004, p. 17)

Por eso, en la sociedad griega, era frecuente que el amor no fuera una disposición esencial en la formación de un matrimonio, pues la condición de las mujeres como objeto de deseo y uso estaba presente siempre y, en gran medida, era aprovechada por los hombres de los cuales la vida de la mujer dependía, ya fuera su padre o su esposo. Tal era el caso de las suplicantes de Esquilo, “sabemos que éstas cincuenta jóvenes, por satisfacer un rencor dinástico de su padre Dánao, consintieron en casarse con sus cincuenta primos, los hijos de Egipto, y apuñalarlos en su noche de bodas.” (Segundo, 1971, p. 9)

También fue el caso de Clitemnestra, esposa de Agamenón. El dirigente del ejército de los atridas, en la época en que derrotaron a Troya, fue un varón sumamente poderoso y apreciado en la sociedad griega por sus conquistas guerreras. También fue un hombre que utilizó ese poder en su vida privada respecto a su esposa e hijas. Cuando dispone que su propia hija, Ifigenia, sea sacrificada para continuar la guerra con el favor de los dioses, aparece en escena el reclamo que Clitemnestra ha guardado durante años: “Primeramente te casaste a la fuerza. Yo no quería. Mataste a mi primer marido, Tántalo. Azotaste contra el pavimento a mi primer hijo, arrebatándolo de mis brazos... Fui tuya al fin. Me resigné a ser tuya. Tú mismo eres testigo de que he sido leal esposa. Fiel, obediente, sumisa, cuidadosa del hogar.” (Eurípides, 1989, p. 464)

En el contexto de la dependencia femenina en su calidad de objeto y ser inferior, Clitemnestra eligió aceptar como esposo a Agamenón cuando ya no tuvo el respaldo de su anterior esposo y a pesar de ver como mataba cruelmente a su primer hijo. Pero, cuando Clitemnestra tuvo el respaldo de otro hombre, a partir de su relación extramarital con Egisto, fue capaz de llevar a la acción el odio que tenía por su marido, al degollarlo en su propio palacio a su regreso de Troya (Esquilo, 1971).

Algunos hombres no eligieron usar su poder de éste modo y la mujer podía tener un mayor margen de elección. Aunque Deyanira fue premio de un combate para terminar como esposa de Heracles, en medio de su preocupación al estar lejos de su amado esposo, tiene la clara conciencia de que su matrimonio fue una decisión propia: “Subí al lecho nupcial de Heracles por mi propia elección y mi vida se va de temor en temor. Una noche se va y otra se viene y mis angustias no hacen sino crecer. Hemos engendrado hijos. Pero él es cual labrador que apenas visita el campo arrendado. Para sembrar y para cosechar y nada más. Fugaz viene y fugaz se va y ni siquiera sé a quién sirve.” (Sófocles, 1994, p. 97)

A pesar de que las mujeres podían elegir en ciertos momentos, la sociedad griega no fue igualitaria en cuanto a los vínculos amorosos. Incluso si consideramos la motivación de la preocupación masculina por el rapto de Helena o del enojo de Aquiles cuando Agamenón le arrebató a Briseida, podremos corroborar que se encontraba lejos del amor y más cerca de los sentimientos de honor masculino. En el caso de Helena, podría pensarse que la condición de la mujer si era valiosa, por haberse detonado una guerra para recuperarla. Sin embargo, en palabras del propio Menelao, su esposo, encontramos las verdaderas motivaciones para luchar contra Troya en pos de Helena: “Piensan que por una mujer solamente vine a Troya, no fue por eso: fue por alcanzar a un hombre que pérfido a la santa hospitalidad, del palacio mío arrebató a mi esposa. El ya pagó...Y esa mujer de Esparta –no la llamaré esposa- vengo a llevarla.” (Eurípides, 1989, p. 277)

La condición de Briseida en su estancia con Aquiles tampoco fue la de una compañera, sino de botín de guerra, de acuerdo a lo que dice Aquiles cuando ésta mujer le es arrebatada por Agamenón: “No he de combatir con éstas manos por la moza, ni contigo, ni con otro alguno, pues al fin me quitáis lo que me disteis; pero de lo demás que tengo cabe a la veloz nave negra, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no,

ea, para que éstos se enteren también; presto tu negruzca sangre correría en torno de mi lanza.” (Homero, 2004, p. 12). Sin embargo, cuando Briseida ya está en manos de Agamenón, Aquiles se muestra triste y enojado. Pero sus emociones tienen más relación con el pisoteo de su honor que con la existencia de cariño por su antigua esclava:

...me oprime el corazón y el alma cuando un hombre, porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde y le quita la recompensa. Tal es el gran pesar que tengo, a causa de las contrariedades que mi ánimo ha sufrido. La moza que lo aqueos me adjudicaron como recompensa y que había contestado con mi lanza, al tomar una bien morada ciudad, el rey Agamenón me la quitó como si fuera un miserable advenedizo.” (Homero, 2004, p. 189)

El hecho de que la mujer se encontrara en una situación social de dependencia, con muy pocas oportunidades de elección propia, no fue lo único que afectó la experiencia del amor. La condición del varón tampoco favoreció la construcción de una intimidad satisfactoria, aún en el caso en que el amor fuera el motivo principal de esa unión. El hombre debía moverse en la vida pública, cuyo principal escenario no sólo era la *polis*, sino también el campo de batalla. Obtener bienes, poder y prestigio lo obligó a salir de casa constantemente, y en ocasiones su regreso le llevó varios años y múltiples penalidades. Es muy probable que las sensaciones de tristeza, temor, angustia e inseguridad fueran frecuentes entre ambos amantes, sobre todo en los momentos de separación cuando el varón debía encaminarse hacia su deber:

“Andrómaca.- Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares...Héctor, ahora tú eres mi padre, mi venerable madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo. Pues, ea, sé compasivo, quédate en la torre -¡no hagas a un niño huérfano y a una mujer viuda!-...

Héctor.- “Todo esto me preocupa, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las troyanas de rozagantes peplos si como un cobarde huyera del combate...” (Homero, 2004, p. 77-78)

A partir de la experiencia corporal de la feminidad y masculinidad, El amor se vivió en términos muy trágicos, comparable a una fuente de sufrimiento, como algo que a la vez era dulce y amargo, como una loca ansiedad. La propia estructuración de la sociedad griega, orientada al dominio y a la guerra, auspició un rompimiento de la intimidad y el amor entre las parejas. No existía la posibilidad de que hombres y mujeres pudieran considerarse compañeros en un ambiente de seguridad. Por un lado, la mujer en su

calidad de objeto y ser inferior, no podía ser amada como una amiga digna; y muchas veces convivía con un hombre que no conocía o que ni siquiera amaba. Por otro lado, el constante ir y venir del hombre hacia la vida pública lo colocaba en una posición en la que era más fácil construir relaciones íntimas con otros hombres, siendo más común para ellos admirar como compañero a algún camarada de guerra o a un maestro del gimnasio que a la esposa que lo esperaba en casa. La admiración y camaradería entre los hombres dentro de su vida en el ámbito público dio origen a otras relaciones muy comunes entre los griegos: las relaciones homosexuales entre varones.

Mientras Aquiles, como veíamos, percibía a Briseida como un botín de guerra, sus sentimientos por su compañero más cercano, Patroclo, eran muy diferentes. El enorme afecto que siente por él se hace evidente cuando muere a manos de Héctor durante un combate con los troyanos. Cuando Aquiles se entera de que Patroclo no ha logrado regresar con vida, camina “derramando ardientes lágrimas”, para finalmente hacer una promesa ante el cadáver de su fiel camarada: “oh Patroclo...no te haré las honras fúnebres hasta que traiga las armas y la cabeza de Héctor, tu magnánimo matador. Degollaré ante la pira, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres troyanos...” (Homero, 2004, p. 225). Entre la ira y el dolor, Aquiles decide regresar a combate para vengar su muerte asesinando a Héctor, y su tristeza es tal que no come ni bebe nada hasta regresar de la batalla, no tanto por hacer ayuno, sino por el insoportable dolor que siente.

La relación entre Patroclo y Aquiles no era la de compañeros de una guerra ocasional, sino la típica experiencia amorosa de la época entre mentor y discípulo. Éste tipo de vínculos podían durar años, a lo largo del proceso en que el maestro enseñaba todas sus artes y sabiduría, y desde que el alumno era muy joven. Por ejemplo, Aquiles inicia la relación con Patroclo desde que es entregado a él para ser instruido: “Vi al hombre a quien me entregaron mi padre y mi venerable madre, atravesado por el agudo bronce al pie de los muros de la ciudad...” (Homero, 2004, p. 236).

Generalmente el lugar del amado (*eromenos*) lo ocupaba el púber que era instruido, de quien era muy valorado poseer un cuerpo bello y virtudes susceptibles a ser educadas. El lugar del amante (*erastés*) correspondía al maestro, de quien lo más apreciado era su sabiduría. Hesíodo afirma que Aquiles ocupaba el lugar del amado: “Esquilo se burlaba

de nosotros cuando dice que el amado era Patroclo. Aquiles era más hermoso, no sólo que Patroclo, sino que los demás héroes. Todavía no tenía pelo de barba y era mucho más joven, como dice Homero.” (Platón, 2003, p. 127)

En *El Banquete* también encontramos expresiones de ésta experiencia amorosa. Alcibíades relata su amor frustrado por Sócrates: Al creer que Sócrates podía enamorarse de su hermosura, buscó varias veces la oportunidad de quedarse a solas con él, pero Sócrates siempre se retiró. Sócrates, en su calidad de un gran sabio en Grecia, era envidiado por ocupar siempre un lugar al lado de los jóvenes más hermosos, y como señala Rivera (2004), a la edad de 60 años, aún tenía varios amados jóvenes.

No obstante el afecto que los varones podían sentir entre ellos, las experiencias homosexuales siguieron siendo cruzadas por la forma de vida dominadora. No fueron actos de dar y recibir amor entre iguales, pues al final de cuentas “los muchachos desempeñaban básicamente el rol subordinado que normalmente se asignaba a la mujer” (Eisler, 1996, p. 111). Las nociones de dominio fueron un hecho materializado en el cuerpo griego, marcando sus formas de sentir y de construir relaciones íntimas. La dominación de unos y la subordinación de otros en el mundo helénico parecía estar en contradicción con las verdaderas tendencias y necesidades del cuerpo, pues finalmente limitó la calidad de las relaciones entre hombres y mujeres. La convivencia en pareja se daba en medio del resentimiento, la angustia, la ira, los celos y constantes elecciones justificadas como designios de los dioses. Aunque es muy claro que los griegos se enamoraban perdidamente y guardaban el tema del amor en un lugar muy especial dentro de su cosmovisión, socialmente no existía la posibilidad de cubrir las necesidades corporales de cercanía e intimidad, lo que probablemente generó una sensación de frustración.

Por un lado, en las relaciones heterosexuales se vivía con una esposa al final de cuentas inferior, y con un esposo que salía constantemente. Por otro lado, las relaciones homosexuales estuvieron cruzadas por un punto de conflicto entre las tendencias sociales a considerar a la mujer un ser inferior y subordinado con quien rara vez era posible una relación de intimidad e igualdad, y unas tendencias corporales muy distintas respecto a lo femenino, devenidas de haber nacido de una madre, de haber vivido vínculos muy estrechos con ella y con otras mujeres durante su crianza y de una

tendencia natural de su cuerpo hacia la unión con una mujer. En medio de éste dilema, los griegos pudieron “vivir una vida útil, valiente y es probable que estimulante, pero también es probable que su capacidad de amar se haya encogido, se haya canalizado a relaciones limitadas y no a relaciones ricas y extensivas.” (Singer, 1992, p. 101)

Este punto de conflicto tuvo consecuencias sociales en la vivencia del propio cuerpo que han hecho eco en la cultura occidental hasta hoy día. A pesar de que la cultura helénica mantuvo al cuerpo en un lugar sumamente especial, finalmente su dilema amoroso se manifestó en el ámbito filosófico con la fragmentación del ser humano en dos entidades: cuerpo y alma. Es plausible ver en el mito platónico de los dos caballos alados una expresión metafórica de cómo se sentían los griegos en esa época respecto a sus tendencias corporales y sociales al enamorarse.

En este mito se representa a la naturaleza humana como un par de caballos alados y un auriga. Uno de los caballos es negro, el otro blanco. El caballo negro, que pertenece al mundo de los sentidos, trata de tirar al auriga hacia los placeres corporales a costa de todo lo demás. El caballo blanco quiere encumbrarse en dirección al mundo de los ideales, del que procede el alma. En la concepción platónica, la naturaleza del ser humano es doble, una inestable composición de alma y cuerpo, separable una de otro, y regidos por impulsos contrarios que se debaten por dirigir al ser humano de direcciones opuestas. Ambos caballos están impulsados por el dictado del amor, pero amor por diferentes clases de objetos. (Singer, 1992, p. 79)

La dualidad alma-cuerpo se debía a que los hombres realmente vivían esta oposición en sus relaciones íntimas. Uno era el amor popular del cuerpo y otro era el amor celeste del alma,

El amor de la Afrodita popular es popular también y sólo inspira acciones bajas, es el amor que reina entre el común de las personas, que aman sin elección, lo mismo las mujeres que los jóvenes, dando preferencia al cuerpo sobre el alma. Cuanto más irracional es, tanto más lo persiguen porque sólo aspiran al goce y con tal de conseguirlo, les importa muy poco por qué medios. Por eso sienten afección por lo que se presenta, bueno o malo, porque su amor es el de la Afrodita más joven, nacida de varón y de hembra. Pero como la Afrodita Urania no nació de hembra, sino sólo de varón, el amor que la acompaña nada más busca a los jóvenes. Ligados a una diosa de más edad y que por consiguiente no tiene la sensualidad fogosa de la juventud, los inspirados por este amor gustan del sexo masculino, naturalmente más fuerte y más inteligente. (Platón, 2003, p. 128-129)

El dilema amoroso y la oposición entre lo que necesitaban los cuerpos y lo que anhelaban las almas también se manifestó en la inquietud griega por generar belleza y por immortalizarse. Había dos tipos de seres: los de cuerpo fecundo, que aman a las mujeres y pretenden alcanzar la perpetuidad mediante la procreación de hijos; y los fecundos de espíritu, que mantienen lazos más fuertes e íntimos y generan los productos de su inteligencia y sabiduría “Estos hijos les han valido templos, mientras que los hijos de los hombres que salen del seno de una mujer, jamás han hecho engrandecer a nadie.” (Platón, 2003, p. 176-177). Para aspirar a una forma de amor más fértil, se debían buscar cuerpos bellos desde joven. Al principio amar a uno solo y engendrar en él bellos discursos. Después había que basarse en la belleza del alma, siendo atraído por alguien de alma bella, aunque tuviera un cuerpo imperfecto. Entonces, al tener una idea más amplia de lo bello, no encadenarse a la belleza de un joven. Esta es la manera en que se guiará comenzando por las bellezas inferiores y ascendiendo a la belleza suprema. Así, se buscaba ser fecundo en discursos y generar los pensamientos más grandes de la filosofía.

La tendencia corporal a fecundar y producir estaba presente entre los varones, pero cuando el grado de intimidad y valor fue más alto en las relaciones que no incluían a la mujer, sólo era posible ser fecundo en el ámbito del alma, esto es, en términos filosóficos y en la búsqueda de una belleza *que fuera más allá del cuerpo*. Ésta era la verdadera manera de adquirir la inmortalidad mientras que el poder de fertilidad de las mujeres era vulgar e inferior. Entonces, los hombres consideraron que para amar era necesario romper las cadenas de la forma (el cuerpo) y trascender al ámbito de la esencia (el alma). Con los cuerpos femeninos confinados y los cuerpos masculinos en un serio conflicto entre sus tendencias naturales, afectivas y sociales, las opciones para establecer vínculos de confianza e intimidad entre hombres y mujeres eran muy escasas, y la experiencia del amor, más que ser un intercambio de placer y afecto, pasó a la esfera de lo caótico. La tragedia seguramente encontró su máximo auge en el mundo helénico al mover las fibras emocionales más sensibles respecto al amor.

Los dilemas amorosos entre los griegos también colocaron en oposición sus tendencias corporales respecto a las exigencias sociales. Como parte de la solución a éste trance se dio un enorme vuelco a la integralidad corporal a través de la dualidad cuerpo-alma que deviene desde su filosofía. Tal es el caso de las ideas platónicas, vigente muchas de

ellas por haber sido retomadas posteriormente por otras filosofías que actualmente cruzan nuestras formas de sentir el amor, como es el caso de la religión católica. Las historias de amor en la sociedad griega construyeron buena parte de la memoria corporal en Occidente acerca de la experiencia del amor y del cuerpo. Se trata de un amor vivido como algo caótico, que llega a graves extremos de sufrimiento y desesperación. En las tragedias griegas, en el rompimiento de la intimidad entre hombres y mujeres y en las relaciones entre varones, el ingrediente principal fue el sufrimiento, lo cual, en cierta medida y en sus proporciones históricas, continua en nuestra memoria corporal colectiva: “El amor dichoso no tiene historia. Sólo pueden existir novelas del amor mortal, es decir, del amor amenazado por la vida misma. Lo que exalta el lirismo occidental no es el placer de los sentidos, ni la paz fecunda de una pareja. No es el amor logrado. Es la pasión del amor. Y pasión significa sufrimiento.” (De Rougemont, 1993, p. 15).

2.3. El amor medieval: un constante anhelo.

“Amar es una sed, la de la llaga
que arde sin consumirse ni cerrarse...”
Xavier Villaurrutia.

Durante la época medieval, las características de la vida social también fueron aspectos fundamentales en la construcción de maneras muy particulares de vivir la experiencia del amor. Si en Grecia el amor entre hombres y mujeres se vivió en el plano cultural de la desigualdad de género y de la tragedia, el amor en el medioevo se experimentó en medio de una sociedad que ofrecía los mayores contrastes entre

la ascética y lo licencioso, la piedad y la crueldad, la soberbia y la humildad, la carnalidad desatada y la exaltación mística, el feudalismo y el ascenso de la burguesía. A los terrores del milenio con sus caravanas de flagelantes y penitentes coronados de espinas, siguió un estallido de sensualidad y carnalidad triunfantes, de exteriorización genial de la cual las catedrales son un ejemplo religioso único. Detrás de los cruzados empeñados en el rescate del Santo Sepulcro iban los convoyes de prostitutas al servicio de la tropa. Las catedrales se alzaron en las plazas rodeadas de la barahúnda de mercados y tiendas, de gente hormigueante afanada en sus negocios y trueques, de siervos, señores, clérigos, comerciantes, juglares, volatineros, cuenta cuentos, mendigos, prostitutas, menestreses y soldados a sueldo. La corte de los milagros remedaba la corte de los reyes. Mientras el alquimista inclinaba su frente sobre los alambiques y morteros, en búsqueda de la piedra filosofal, varones y hembras daban citas en los baños

públicos –sudaderos o estufas- para contactos sexuales más promiscuos...Los ancestros paganos persistían en el inconsciente, y en la memoria. Desde Oriente, por las rutas de los cruzados, llegaban hábitos de voluptuosidad y refinamiento que turbaban la burda compostura campesina, la rusticidad imperante; también llegaban influencias filosóficas, científicas, esotéricas, religiosas y eróticas.” (Liscano, 1991, p. 61)

En el ambiente de finales de siglo XI, entre las relaciones de dominación que significaron los matrimonios feudales, los arraigados credos religiosos y las influencias llegadas de Oriente surge la experiencia del amor más notable dentro de ésta época: el amor cortés. En 1936 Lewis describió el amor cortesano a partir de cuatro particularidades: humildad, cortesía, adulterio y el amor como religión. Más específicamente, Singer (1992) lo ha definido como un conjunto de creencias sobre el amor que incluían:

- 1) El amor sexual como algo espléndido, como un ideal.
- 2) El amor tenía la capacidad de ennoblecer tanto al amante como al amado. Se usaba el término amante para el hombre, y el término amada para la mujer.
- 3) El amor sexual no puede reducirse a un instinto.
- 4) El amor tiene relación con la cortesía, esto es, con el cortejo, y no necesariamente con el matrimonio.
- 5) La unión entre un hombre y una mujer es sagrada. Debido a que en términos religiosos la unión sagrada sólo era aceptable entre Dios y el hombre, ésta idea cortesana fue un punto de conflicto con la religión imperante que terminó en violentas persecuciones.

Las violentas persecuciones hacia los trovadores culminaron en el ocaso del amor cortés aproximadamente a fines del siglo XIII, en la cruzada de Languedoc, declarada por el Papa Inocente III y el Rey de Francia, considerada como una matanza brutal. Es probable que el amor cortesano se haya opuesto al régimen político, religioso y social imperante de la época y se haya considerado tan peligroso o subversivo que se tuvo un interés por dar fin a éste tipo de experiencia amorosa. Quizá los trovadores mantuvieron creencias, no sólo sobre el amor, sino sobre la vida en general, que socialmente estuvieron en profunda oposición con los dogmas de la época, como es el caso de los adeptos a la perseguida religión cátara. Por ejemplo, Rougemont (1993) mantiene que existió tal articulación entre las creencias del amor cortés y el credo de los cátaros que

seguramente más de un trovador fue un secreto seguidor de los cátaros, en ese tiempo considerados como herejes. Aunque los datos históricos no son suficientes para confirmar la tesis de éste autor, seguramente la persecución de los trovadores se debió a su sublevación respecto a los dictámenes de la época, cuya expresión halló un lugar en sus formas de amar.

Las expresiones cotidianas de ésta oposición serán de sumo interés para éste trabajo. Nuestra intención, más que ahondar en la historia de los trovadores o de la Edad Media, es ubicar del amor cortés en su contexto cotidiano para obtener algunas respuestas fundamentales sobre cómo es que hombres y mujeres medievales vivieron el amor en sus vidas y en sus cuerpos, y lo que significó su experiencia para la construcción social del amor hasta nuestros días.

El amor cortés, más que ser una exaltación de la vida íntima de una pareja, mantuvo una exaltación del amor en adulterio. Esta condición se debe a sus orígenes, porque según Liscano (1991), el amor de los trovadores fue una reacción contra las formas de amor patriarcal y cruel de los señores feudales y los caballeros. En un sistema social feudal, los hombres que mantenían éstos títulos de poder seguramente lo utilizaron en el ámbito del amor, formando matrimonios que les favorecieran en términos de obtener mayor poder, riquezas o placer; y abusando de los hombres y mujeres que se hallaban bajo su dominio. Los matrimonios feudales y caballerescos estuvieron lejos de la intimidad y la conexión entre sus integrantes y más cercanos al uso del poder y de las mujeres. En términos cortesanos se decía que “Entre marido y mujer, es decir, entre dos seres ligados por razones de fortuna, de feudos o intereses antes que por razones del corazón o carácter, puede existir amistad o a lo más afecto y ternura. No puede existir ese sentimiento, más delicado, que empuja espontáneamente el uno hacia el otro a dos seres que se buscan, ni esa comunión de almas propia del amor.” (Houssat, p. 83, citado en Seguin, 1980, p. 113).

La estructuración social de los matrimonios no impidió que hombres y mujeres con un compromiso previo sintieran amor por algún conocido en su mismo círculo, surgiendo así el amor cortés, entre un trovador que adoraba a su amada, amada que ya tenía un compromiso con un hombre del que seguramente no estaba enamorada. Tristán e Isolda

son los clásicos transgresores del matrimonio medieval y un buen ejemplo de cómo se vivían cotidianamente los trances amorosos entre el matrimonio feudal y el amor cortés.

Las circunstancias en las que el rey Marc accede a casarse muestran la nula convivencia que vivían los futuros esposos antes de la boda dentro del matrimonio feudal, cuando al acceder a casarse afirma que sólo lo hará con la dueña del cabello dorado que un día trajo una golondrina al palacio. Cuando es menester buscar y llevar al reino a la futura esposa, no es el rey Marc quien va por ella, sino su sobrino Tristán, quien le sirve en su corte. La futura reina es Isolda, princesa de Irlanda. Al llegar ahí, Tristán se entera de que quien mate a un dragón recibirá a Isolda por esposa. En un despliegue de valentía y audacia lo mata, pero es herido e Isolda, experta en las artes medicinales, lo cura. En el relato podemos sentir la admiración y cercanía entre éstos dos personajes, quienes a pesar de ello deben cumplir su palabra y aceptar su situación: Isolda debe ser llevada y entregada al rey Marc.

En la historia hay plena conciencia de la ausencia de amor entre los futuros esposos, como podemos observar en la fabricación de un filtro destinado a que Isolda y el rey Marc lo beban y así se enamoren. Las complicaciones inician en el momento en que quienes lo beben son Tristán e Isolda, quedando durante el viaje profundamente enamorados y al llegar tienen que despedirse tristemente para cumplir cada cual con su deber: al final de cuentas, Isolda es la futura reina y Tristán es servidor del rey. Pero la circunstancia que los separa es la misma que los mantiene unidos, la estancia de Isolda en el reino y la condición de Tristán como servidor de confianza permiten que los dos enamorados sigan viéndose en un persistente anhelo de estar juntos y una constante noción de la imposibilidad de unirse. Así es como viven una serie de situaciones llenas de obstáculos buscándose el uno al otro y ejercitando todas sus habilidades para evitar ser descubiertos.

Lo más notable es que en el relato, el amor entre Tristán e Isolda está lejos de ser condenado como un desliz adúltero, sino que es un amor que los ennoblece a ambos y que está más allá de las exigencias sociales, en éste caso, más allá del matrimonio feudal o caballeresco. Por el contrario, los amantes siempre salen bien librados de cualquier obstáculo, sus adversarios son vistos como embusteros y hombres en el fondo encolerizados contra Tristán por su valentía y el amor que profesa a la reina. Su amor es tan apreciado que inclusive el favor de Dios está de su lado. Para muestra tenemos la

ingeniosa resolución del juramento que se exige a Isolda acerca de su amor por el rey Marc. Tristán finge ser un leproso en un lugar llamado el Mal Paso, donde la reina hará su solemne juramento. Al llegar, la reina pide la ayuda del leproso, quien la carga a horcajadas para que la reina no caiga ni manche sus ropajes a causa del suelo pantanoso al que el lugar debe su nombre. Finalmente, esta situación es bien aprovechada por la reina gracias a su astucia y a la ayuda de Dios:

Señores –responde ella-, por la gracia de Dios, veo aquí las santas reliquias. Escuchen ahora mi juramento, que tranquilizará al rey Marc: por Dios y por San Hilario, por todas las cosas sagradas que tengo ante mí, por estas reliquias, por todas las que no están aquí y se encuentran dispersas en el mundo entero, juro que entre mis muslos no ha estado ningún hombre, salvo el leproso que me cargó en su espalda para atravesar el pantano, y mi esposo, el rey Marc. A estos dos dejo fuera de mi juramento, pero no excluyo a ninguna otra persona. Respecto a esos dos, no puedo negar nada; solo el leproso y mi señor, el rey Marc. El leproso estuvo entre mis piernas [...]” (Bérout y Thomas, 2002, p. 101)

A pesar de sortear múltiples obstáculos, la situación real es que el amor entre Tristán e Isolda está muy lejos de la plenitud: las sospechas del rey Marc aumentan, Tristán se encuentra entre el amor por Isolda y la gratitud y el deber hacia su tío, y ambos amantes se dan bien cuenta de que no pueden vivir en el destierro, como ya una vez lo habían intentado al esconderse en el bosque. Todo ello culmina en la separación de los amantes, cuando Tristán es enviado a servir en otro reino. A pesar de que el filtro que habían bebido sólo duraba 3 años, aún después Tristán pierde toda su alegría lejos de Isolda y ella también sufre en su ausencia. En la búsqueda de aliviar ese dolor, Tristán accede a casarse con Isolda la de las Blancas Manos, por tener el mismo nombre que la reina, pero al unirse a ella se da cuenta que no puede olvidar a su antigua amada y decide serle fiel, evitando corresponder al amor que siente su esposa por él. El dolor, la tristeza y la angustia son emociones claras entre los dos matrimonios, como se describe en la narración:

Extraño amor es el que hay en estas cuatro personas: todos reciben de el pena y dolor, y cada uno vive en la tristeza; ninguno de ellos encuentra la dicha. En primer lugar, teme el rey Marc que Isolda le sea infiel y ame a otro: aunque satisfaga sus deseos, su corazón se siente triste. Y tiene razón en angustiarse, pues no ama ni desea a nadie fuera de Isolda, que se ha alejado de él. Dispone de su cuerpo para deleitarse, pero eso no le basta, pues sabe que otro hombre tiene su corazón. Esto lo aflige y lo hace enfurecer. Perdurable es su dolor, pues Isolda ha entregado su amor a Tristán. Por otro lado, está Isolda, que sufre porque tiene lo que desea, y no puede tener lo que más ama. El rey no conoce más que un tormento, pero el de la reina es doble: quiere a

Tristán, pero no puede tenerlo, y está obligada a aceptar a su marido; no puede huir ni abandonarlo, ni deleitarse con él; tiene su cuerpo, pero no quiere su corazón. Ese es uno de los tormentos que la afligen; el otro es que desea a Tristán. El rey Marc le impide verlo, y ella sólo piensa en él: sabe perfectamente que bajo el cielo no hay quien lo ame más. Tristán la quiere, y ella a él; no puede tenerla, de ahí su tristeza. Doble pena, doble dolor causa a don Tristán ese amor. Se ha casado con la otra Isolda, a quien no puede ni quiere amar. No tiene derecho a dejarla: sea cual fuere su deseo debe permanecer con ella, pues es su mujer. Cuando la abraza, si siente algún placer es por el nombre que lleva; sólo eso lo consuela un poco. Lo que posee le causa dolor, pero más le duele lo que no posee: la bella reina, su amada, en quien a depositado su vida y su muerte. Por esto es doble la pena que sufre Tristán. Pero también atormenta este amor a su esposa, Isolda de las Blancas Manos. Suceda lo que suceda con la reina, esa Isolda no conoce ningún deleite. No obtiene placer de su marido, ni siente amor por otro. Desea a Tristán, y de hecho lo tiene, pero no recibe placer de él... Isolda de las Blancas Manos no sabe donde encontrar su placer: ama a Tristán sin obtener nada a cambio: con él desearía deleitarse, y lo único que consigue es entristecerse. Quisiera que Tristán le prodigara sus besos y sus caricias; pero él no puede abandonarse ni ella se atreve a pedirselo. Aquí no podría decir cuál de los cuatro vive con mayor dolor; necesitaría haber experimentado su sufrimiento en carne propia.” (Béroul y Thomas, 2002, p. 123-124)

Al vivir las exigencias del matrimonio en la época feudal y al mismo tiempo anhelar un amor imposible en medio del clima trovadoresco, los cuerpos de las personas sufrieron una fragmentación. Como era frecuente que el matrimonio feudal no ofreciera la posibilidad de una verdadera intimidad entre los esposos, y a su vez era un constante obstáculo social para la experiencia plena del amor con alguien en una relación adúltera, las personas se vivieron divididas, como se dice en ésta cita, entre su cuerpo y su corazón. Si bien el amor adúltero fue enaltecido dentro de la forma de vida cortesana, socialmente era inaceptable, lo que promovió la construcción de aspectos clave del amor cortés como el erotismo y la exaltación de un amor finalmente insostenible y desdichado.

El amor sexual que hombres y mujeres de la época sentían por personas que no eran sus cónyuges se vio muy limitado por su condición intrínseca: era algo que debía esconderse y que no debía tener consecuencias, como la concepción de un hijo fuera del matrimonio. Por ello, “la eyaculación plena en la vagina seguramente era sustituida por diversos procedimientos eróticos que impedían el embarazo y mantenían el valor de la dama. Los trovadores nunca mencionan el coito perfecto.” (Liscano, 1991, p. 97). Las sensaciones vividas en el amor cortés devenían principalmente del cortejo, situación que

se daba entre el temor por ser descubiertos y el constante anhelo de acercarse a su ser amado, y nunca en términos de una intimidad plena: una mirada, un roce o unas palabras podían ser todo lo que los enamorados intercambiarán durante todo su idilio.

El erotismo y otras sensaciones propias del amor como la admiración, la conexión y el anhelo comenzaron a vincularse con el obstáculo, la insatisfacción y la desdicha. Cuando leemos el relato de Tristán e Isolda, y su angustiante final, donde Tristán muere herido creyendo que su amada decidió abandonarlo en el momento que más la necesitaba, y ella muere junto a él de dolor al verlo en su lecho de muerte, estamos siendo testigos de una parte fundamental de nuestro legado sociogenético, como lo llamó Steiner (1998), expresado en nuestra memoria corporal del amor. Aunque el amor cortés asumía que la relación entre hombres y mujeres podía ser algo noble y sagrado, los constantes obstáculos sociales limitaron a los trovadores y sus damas a vivir el amor en términos del anhelo y la desdicha. Por eso, mientras Tristán moría por ausencia de Isolda, y ésta desfallecía de la tristeza, un célebre trovador escribía “Sin duda es necesario que yo muera de amor por la más bella mujer del mundo, y que muera sin recompensa.” (Bertrand De Born, citado en Seguin, 1980, p. 107). Así, el amor no tenía sentido en una verdadera intimidad de pareja, sino en medio de las situaciones que atentaban constantemente contra la continuidad de ese amor. Finalmente, la única esperanza para los amantes era escapar de la prisión del cuerpo y del mundo, con la fe de unir sus corazones, ésta vez sin obstáculos ni restricciones, al morir juntos.

Las restricciones para el amor en la época cortesana fueron prolongadas por las creencias religiosas. Mientras los trovadores creían que el amor sexual podía ser sagrado y que podía existir más que un deber reproductivo entre hombres y mujeres, la religión hablaba de cuestiones totalmente opuestas. Los profundos contrastes entre religión y amor se corporeizaron en una pareja que se amó en los tiempos en que la tradición cortesana apenas iniciaba, aproximadamente en 1118: Abelardo y Eloísa.

Antes de conocer a Abelardo, Eloísa era conocida como una muchacha con gran sabiduría literaria, a los 16 o 17 años. Abelardo, de 40 años, fue contratado como su tutor. Se enamoran y se casan en secreto, pues Abelardo es canónigo de la Iglesia. El tío de Eloísa considera esto como una traición y manda castrar a Abelardo. Entonces

Abelardo convence a Eloísa de convertirse en abadesa de un convento y él continúa en sus actividades eclesiásticas, sin que les sea posible olvidarse el uno del otro.

Al igual de San Agustín, Abelardo recuerda el amor que sintió por Eloísa con una mezcla de horror y fascinación, como si ese amor por Eloísa se hubiera tratado de “mera lujuria animal”, “una artimaña del diablo” que finalmente fue alejada de él a través de la vida religiosa y de la redención de Dios. El tío de Eloísa entonces, desde su perspectiva, fue un agente de la Divina Providencia al mandarlo castrar, pues le daba la oportunidad de prepararse para una eternidad dichosa. Era como si se le hubiera liberado de aquella parte del cuerpo que lo invitaba a la condenación. Por eso es que escribe esta plegaria para el convento donde se encuentra Eloísa: “Aflige nuestra carne, para que Puedas preservar nuestras almas.” (Chapman, 1925, p. 9 citado en Singer, 1992, p. 111)

Para Eloísa lo vivido con Abelardo no es causa de autocondenación, sino que se muestra más liberada que él y no renuncia a los recuerdos de su esposo:

Para mi fueron tan dulces esos deleites de los amantes que gozamos en común, que no pueden disgustarme ni casi borrarse de mi memoria. Adondequiera que me vuelva, se presentan siempre ante mis ojos con el deseo que por ellos siento. Ni siquiera cuando estoy dormida me escatiman sus ilusiones. En las solemnidades mismas de la Misa, cuando la plegaria debería ser más pura, los fantasmas oscuros de esos deleites se apoderan hasta tal punto de mi alma infeliz, que presto atención a su vileza más que a mis rezos. Y cuando debería lamentarme de lo que he hecho, más bien suspiro por lo que tuve que abandonar. No sólo las cosas que hicimos, sino también los lugares y los momentos en que las hicimos están tan fijos contigo en mi mente que en los mismos momentos y lugares vuelvo a actuarlas todas contigo, y ni siquiera cuando estoy dormida descanso de ellas. A veces los pensamientos de mi mente se revelan por los mismos movimientos de mi cuerpo, y no puedo evitar pronunciar palabras imprudentes.” (Chapman, 1925, p. 65, Singer, 1992, p. 65)

Durante la Edad Media, a pesar de que el amor libre de estratagemas de poder entre hombres y mujeres fue enaltecido, se vio sumamente limitado por la estructura social y religiosa a la que se oponía. En el núcleo de ésta oposición, no existió la posibilidad de una verdadera intimidad de pareja y de la exaltación de una experiencia amorosa plena, sino que la única opción fue entregar el corazón en un vínculo esporádico y desventurado, donde las sensaciones corporales de anhelo constante del ser amado se vivieron como fuente de angustia, como una prisión o incluso como un pecado.

La sensación de los amantes medievales bien podrían encajar en lo que actualmente se conoce como “ansiedad de separación”, proceso en el que “cuando el ser adorado se nos escapa, las mismas sustancias químicas que contribuyen al sentimiento del amor cobran todavía más fuerza, intensificando el ardor de la pasión, el miedo y la ansiedad” (Fisher, 2004, p. 185). Los procesos emocionales en ésta época son un antecedente sociogenético de una tendencia a vivir con mayor intensidad el amor y el erotismo en cuanto menor intimidad existe, y a relacionar todas las sensaciones propias del amor con los obstáculos y la infelicidad. La convivencia cotidiana entre hombres y mujeres se disoció de sus sentimientos y se vinculó con asuntos más relacionados con el poder y las exigencias sociales, por lo que el verdadero amor estaba fuera del lazo nupcial, de forma que separarse continuamente del amado se asoció al amor y posteriormente lo intensificó. El anhelo derivado de la constante separación fue exaltado y ubicó al amor lejos la convivencia cotidiana: “que ninguna fuerza del lazo nupcial me atara a ella; y que, separados por un tiempo, nos resultara el gozo de reunirnos más intenso cuanto menos frecuentes fueran nuestros encuentros.” (Chapman, 1925, p. 19, citado en Singer, 1992, p. 120)

Actualmente son variados los ejemplos que podemos encontrar de nuestra experiencia del amor entre la angustia, la frustración, la desesperación, el temor y la intranquilidad, tal como lo vivían Tristán e Isolda, Abelardo y Eloísa. Si bien la estructura de la sociedad es otra, la genética humana seguramente sufrió grandes cambios en medio de las múltiples emociones que enfrentaron los amantes medievales. Hoy día, las creaciones literarias, artísticas y populares mantienen como tema principal un amor que crece a raíz de los obstáculos y penalidades que tienen que sufrir los amantes. Cuando Rougemont (1993) nos muestra que el amor feliz no tiene historia en Occidente, también afirma que es precisamente el mito de Tristán e Isolda el que continua conquistando a escritores, compositores o realizadores cinematográficos, quienes finalmente buscan conmover los sentimientos de los públicos más variados. Pese a la diversidad de personalidades, la memoria corporal del amor como una pasión entre separaciones y obstáculos múltiples que se vive en complicidad con otro está fuertemente arraigada.

La vida amorosa de la época medieval contribuyó de manera importante a que el amor fuera canalizado de ésta forma y a que el cuerpo se viviera como algo dividido y como una prisión que debía trascenderse para poder lograr la unión plena con el ser amado a través de la muerte. Si bien el amor cortés implicó una serie de expresiones artísticas e imaginativas en la búsqueda del amor que las personas sentían en oposición a las exigencias sociales, también significó una exaltación de ese sufrimiento, inscribiéndolo a la experiencia amorosa. Varios siglos después aún se pensaría que “a medida que se intensifica la adversidad, lo hace también la pasión romántica” (Samuel Daniel, XVII, citado en Fisher, 2004, p. 183). Sin embargo, la adversidad sería experimentada más recientemente en formas de sufrimiento mucho más febriles como la violencia. La asociación del amor con el sufrimiento y la dominación no ha sido de ninguna manera algo natural, sino una construcción social que se ha colado profundamente en la cotidianidad de las personas.

2.4. Un himno a la pasión: amor, dolor y violencia.

Cuando amor no es locura, no es amor.
Calderón de la Barca

La admiración del cuerpo femenino, la ubicación del sexo en el ámbito de lo sagrado y la vivencia del amor como algo bastante satisfactorio han sido opciones abiertas por interpretaciones como las recientes lecturas del arte paleolítico. Sin embargo, resultan muy ajenos para los hombres y mujeres occidentales de la actualidad. Como hemos visto, esto no significa que a lo largo de la historia occidental el amor no sea un tema fundamental, sino que existe una tendencia general a creer que la base de un amor verdadero es el sufrimiento,

...nuestra cultura otorga un viso romántico al sufrimiento por amor y a la adicción. Desde las canciones populares hasta la ópera, desde la literatura clásica hasta los romances arlequinescos, desde las telenovelas diarias hasta los filmes y obras de teatro aclamadas por la crítica, estamos rodeados por innumerables ejemplos de relaciones inmaduras e insatisfactorias que se ven glorificadas y ensalzadas. Una y otra vez, esos modelos culturales nos inculcan que la profundidad del amor se puede medir por el dolor que causa y que aquellos que sufren de verdad, aman de verdad. (Norwood, 2003, p. 106)

No es un hecho reciente que el general de la población pueda sentirse conmovida por canciones, telenovelas y cintas cinematográficas que relacionan al amor con el sufrimiento, que nos cuentan historias cuya sal y pimienta parecen ser los contratiempos que enfrentan continuamente los amantes. A lo largo de diferentes épocas dentro del mundo occidental, el amor feliz no tiene historia. Desde las tragedias griegas hasta las trovas provenzales y más allá, aparece una preferencia por el amor desgraciado. Al enamorarse pareciera que se vive un mal que "difiere de todos los males: gozo con él, mi mal es lo que quiero y mi dolor es mi salud. No sé por qué me quejo puesto que mi mal viene de mi voluntad; es mi querer el que se convierte en mi mal; pero tanto contento me produce este querer que sufro con agrado, y tanta alegría me da mi dolor que estoy enfermo de delicia." (De Troyes, 1921, citado en De Rougemont, 1993, p. 39)

Según De Rougemont (1993), la crisis del matrimonio es uno de los aspectos que a la larga tiende a arruinar la vida de las personas y un signo inequívoco de la decadencia occidental. El hecho de que dos personas sean incapaces de mantener una convivencia sana durante un periodo de tiempo relativamente largo, puede ser de las consecuencias psicológicas más graves de asumir el amor como una pasión, que entraña un significado de "sufrimiento, cosa padecida, preponderancia del destino sobre la persona libre y responsable..." (De Rougemont, 1993, p. 52)

Vivir el amor en términos de la pasión involucra a unos amantes con poca o nula capacidad de decisión, y cuyo sufrimiento se prolonga sin que puedan evitarlo. Lo real es que el ser humano puede elegir y de hecho lo hace. El amor es más que una enfermedad o un mal, y por lo tanto, la tendencia occidental a sufrirlo prácticamente durante siglos, ha sido una preferencia, una historia escrita por las decisiones humanas y no un destino recibido.

En términos psicológicos, sabemos que una persona puede necesitar años para modificar hábitos perjudiciales cuyos orígenes se encuentran en su historia familiar. En éste tenor, vivir el amor en otros términos implicaría una conciencia de los procesos históricos que nos llevaron hasta el lugar que ocupamos ahora respecto al amor, y un esfuerzo por vivir contra la tendencia occidental a la dramatización:

El problema de renunciar a la dramatización...es que sin ella no sabemos qué hacer. No estamos seguros de estar realmente vivos. Tenemos que afrontar algo con lo que nunca contamos: la posibilidad de paz y alegría. Si hemos vivido en un ambiente familiar donde sentíamos que las cosas estaban a punto de desmoronarse o en pleno proceso de desmoronamiento, si vivíamos inmersos en la violencia, emocional o física, si convivíamos con los insultos o la indiferencia, entonces lo más familiar y por lo tanto lo más cómodo para nosotros es la incomodidad. No confiamos en las cosas que se obtienen con facilidad, cómodamente y sin tropiezos. Sin teatro, tenemos la sensación de que nos perdemos lo más esencial de estar vivos. Y en realidad es así. Nos perdemos el drama que en nuestra familia constituía la definición de lo que es estar vivo. Y sin él no sabemos cómo estar vivos. Nos parece que el sufrimiento dignifica la experiencia. Cuando algo es difícil, sabemos que vale la pena hacerlo. (Roth, 1999, p. 86)

Sentirnos vivos a través de experiencias dolorosas se ha arraigado tanto en nuestra memoria corporal que, además de modificar nuestra memoria genética de manera fundamental a lo largo de la historia social, también ha dado lugar a una creciente ola de violencia a la par de un proceso de erotización de ésta. Al presente, existe una “increíble proliferación de la violencia política de todos los tipos: violencia étnica, violencia sexual, violencia auto-destructiva, violencia doméstica y violencia entre pandillas.” (Csordas, 1994, p. 3). En Estados Unidos, de acuerdo con el documental de Michael Moore, *Masacre en Columbine*, podemos observar que la violencia a través de las armas ha crecido hasta el grado de que dos adolescentes de preparatoria dispararon a sus compañeros matando a más de una decena de ellos para posteriormente suicidarse, y un niño de 6 años disparó a su compañera de la misma edad dentro de su propia escuela, matándola.

A diferencia de lo que se cree comúnmente, Eisler (1996) afirma que la asociación de la brutalidad con el sexo no es algo que ocurra entre algunos casos pervertidos, sino que aparece cotidianamente en nuestras vidas. Habitualmente somos testigos de la erotización de la violencia en películas, revistas, canciones y publicidad porque es un resultado de una estructura social donde “hacer el amor *es* hacer la guerra” (Eisler, 1996, p. 65), esto es, donde la excitación derivada de actos violentos, como el triunfo de la guerra, es equiparada con la excitación del acto sexual.

En el ámbito militar ha sido muy común estimular la sensibilidad humana respecto a la guerra a partir de la poderosa motivación sexual. Por ejemplo, cuando los soldados

corean “Este es mi rifle, éste es mi fusil./ Con éste disparo, con éste cojo a mil.”² mientras tocan sus genitales, o cuando llaman con un nombre femenino a su fusil, el constante seguimiento de esta disciplina es corporalmente relevante: se crea una memoria en la que las sensaciones sexuales se asocian claramente con un arma, que al final de cuentas supone relaciones de violencia y daño con otros seres humanos. El régimen militar es una forma de disciplina que se instala directamente en el cuerpo, más que en entidades abstractas como la psique o el inconsciente. La forma en que guían la experiencia de las personas está encaminada a crear, como señala Foucault (2001), precisamente “cuerpos dóciles”, a través de diferentes prácticas corporales que evocan reacciones fisiológicas asociadas con la excitación.

Canciones, ceremonias, banderas, himnos, distribución de espacios jerárquicos, atribución de rangos y prestigios, punitivos espirituales que llegan al alma como las penitencias, diplomas, tatuajes, régimen de silencios, manejos de ruidos y colores, suscitan deseos y operan en el inconsciente de los hombres, generan energías, las bloquean o transportan, produciendo fenómenos motores o sensoriales de inervación, como los llamó Freud en sus primeros trabajos. (Marí, 1998, p. 76)

Paralelo a la educación del cuerpo en una especie de confusión del dolor con el placer (Daniel,1994), también encontramos que es muy frecuente usar el mismo lenguaje en el amor y en la guerra. Las metáforas guerreras sobre el amor han cambiado conforme a la evolución de las armas y se han instalado en el sentir de los enamorados durante generaciones.

Desde la antigüedad, los poetas han usado metáforas guerreras para describir los efectos del amor natural. El dios del amor es un *arquero* que lanza *flechas mortales*. La mujer se *rinde* al hombre que la *conquista* porque es mejor guerrero...una de las más viejas novelas que poseemos, el *Teágenes y Clariclea* de Heliodoro (siglo II) habla ya de “luchas de amor” y de la “deliciosa derrota” de aquel que “cae *bajo los dardos* inevitables de Eros...(En los siglos XII y XIII) El amante *asedia* a la dama. *Asedia* con *amorosos asaltos* su virtud. La *asedia estrechamente*, la *persigue*, intenta *vencer* las últimas defensas de su pudor y *envolverlas por sorpresa*; en fin, la dama *se rinde sin condiciones*. Pero entonces, gracias a una curiosa inversión muy típica de la cortesía, el amante será el *prisionero* al mismo tiempo que el *vencedor*. Se convierte en el *vasallo* de la *señora*, según las reglas de las guerras feudales, tal como si él fuera el que ha sufrido la *derrota*. No le queda ya sino dar pruebas de su *valor*...” (De Rougemont, 1993, p. 243-244)

² *Born to kill / Cara de Guerra*. (1987) Por Stanley Kubrick.

Las experiencias de guerra pueden ser uno de los aspectos clave para entender como se construyó una tendencia corporal al desequilibrio, que ha orientado la elección humana hacia vínculos en los que los amantes buscan sentirse vivos atravesando el constante frenesí emocional del sufrimiento. En el estudio de los veteranos y la neurosis de guerra, se ha descubierto que la disciplina militar en tiempos de batalla significó cambios de ánimo radicales que probablemente aportaron a nuestra memoria corporal la persistente necesidad de turbación para sentirse vivo:

Quienquiera que haya andado por caminos no marcados, entre la niebla y la oscuridad, en las alturas de las montañas, o quien en una guerra ha tenido que pasar la noche en territorio desconocido, cerca del frente, sabe que todos los otros sentimientos y sensaciones molestas del cuerpo (fatiga, frío, humedad, el peso de la mochila, dolores de cualquier tipo de lesión) pueden experimentarse con mayor severidad. Pero la niebla no tiene más que abrirse para que todas las quejas desaparezcan casi al instante. (Straus, citado en Eng, 1998, p. 68)

En una sociedad que basa su desarrollo en acciones de dominación y violencia, las circunstancias que ofrecen experiencias dolorosas y que exigen fuertes cambios emocionales de las personas son tan usuales, que no sólo los veteranos de guerra comparten éste desequilibrio emocional. El ambiente familiar durante la infancia para muchos puede ser tan desesperante como las jornadas en el campo de batalla: “De pequeña me parecía que en un momento todo era estupendo, y al momento siguiente todo se había desmoronado.” (Roth, 1999, p. 112).

La construcción de sujetos cuya vida corporal se acoraza a través del sufrimiento ha terminado en una indiferencia tal que “Hoy es difícil imaginar una bestialidad, una demencia de opresión o de repentina devastación en la que no creamos, que no coloquemos en el orden natural de los hechos. Moral y psicológicamente es un hecho terrible el de nuestra incapacidad de asombro.” (Steiner, 1998, p. 94). La insensibilidad de cuerpos sometidos a variadas experiencias dolorosas ha generado una necesidad cada vez mayor de estimulación y ha sostenido una fragmentación mente-cuerpo que también ha limitado la intimidad actual entre hombres y mujeres. Se ha demostrado que experimentar un trauma a partir de experiencias violentas o angustiantes alteran de manera esencial la totalidad del sujeto, fragmentando su cuerpo, y con ello su vida emocional. Por ejemplo, de acuerdo con Winkler (1994), el dolor vivido por una víctima de violación puede ser tan grande que la aleja casi automáticamente de su experiencia

corporal. Las sensaciones pueden ser tan desagradables que la persona experimenta una separación entre ese cuerpo ahora ajeno y su vida mental. El origen de ese trauma radica en el proceso al que el cuerpo fue sometido al ser considerado como objeto.

La separación cuerpo-mente y la objetivización corporal, según Jackson (1994), ocurre al vivir experiencias tormentosas porque es la forma de enfrentarlas. Es frecuente que los pacientes con dolor crónico intenten constantemente separarse de sus cuerpos, con el fin de controlar y evitar su sufrimiento, a pesar de que incesantemente su dolor se haga presente y se resista a ser tratado como objeto.

La mayoría de los pacientes con dolor crónico ven su problema como uno de “materia sobre mente” porque su intratable dolor los hace sentir que sus cuerpos están influenciando poderosamente sus mentes. Algunos van tan lejos que usan un idioma de posesión, diciendo que sus cuerpos los están gobernando y los están volviendo locos. Muchas de estas personas han encontrado que sus vidas, sus emociones, su espiritualidad, sus personalidades, sus destinos están dominados por sus dolorosos cuerpos. (Jackson, 1994, p. 207)

Es posible que la fragmentación científica mente-cuerpo tenga sus orígenes y sustento en este tipo de experiencias. Cuando hay dolor, el cuerpo se vuelve un objeto hostil que hay que parar y dominar con la mente: “la voluntad y el conocimiento pueden conquistar al cuerpo” (Jackson, 1994, p. 209). Esta desintegración y la asociación del sufrimiento con el amor no sólo han permanecido en el ámbito intelectual, sino que al vivirse en la sensibilidad humana durante siglos, seguramente han promovido una metamorfosis sociofisiológica, esto es, han modificado los procesos corporales de forma elemental: los datos aportados por Fisher (2004) sugieren una conexión entre los circuitos cerebrales del odio/furia y del amor romántico, descubiertos al escanear los cerebros de las personas enamoradas y rechazadas. Sus hallazgos, más que justificar como natural la relación entre violencia y amor, hablan de éstas metamorfosis corporales construidas históricamente, a través de experiencias donde invariablemente el amor y el sufrimiento han conformado una díada. A la luz de éstas vivencias, la relación que, como señala Cooley (1994), entre masculinidad y agresividad ha dejado de ser un hecho del todo natural, para convertirse en hechos constituidos socialmente: la historia occidental ha estimulado el funcionamiento hormonal a grados tan extremos que puede existir una necesidad de infligir dolor para sentir excitación.

El proceso corporal del amor y el sexo en la actualidad es complejo: por un lado se ha documentado la existencia de una *coraza psicológica*, conformada en el cuerpo debido a múltiples experiencias dolorosas, cuya presencia, de acuerdo con Sivak (1998), significa una limitada capacidad para vivir el placer y la satisfacción. Por otro lado, también existe una constante búsqueda de placer y estimulación que no sólo ha promovido la quebrantada promesa consumista de satisfacción (Radley, 1991) y el “control por estimulación” de las personas (Foucault, 2001), sino que ha derivado en un encauzamiento del placer y el amor en términos de la dominación, el dolor y la violencia. La erotización de la agresividad ha sido posible a partir de una necesidad corporal en la que, de acuerdo con Lowen (1982), se busca estar siempre en marcha y se requiere de una sobreestimulación. Estas necesidades son construidas desde pequeños o en etapas posteriores, “cuando el número y la clase de impresiones que se reciben del mundo exceden de la capacidad para responder completamente a ellas” (Lowen, 1982, p. 217). El corolario es un círculo vicioso: un estado de excitación, frustración, irritabilidad e inquietud que llevan a la búsqueda de una estimulación cada vez mayor que a su vez amortigua la frustración y exceda el umbral de sensibilidad cada vez más alto. En éste proceso la persona se aleja de su cuerpo y hay una alteración profunda de los ritmos y armonía corporales.

La necesidad de una estimulación tal que suponga la sensación de estar realmente vivos, por encima de las múltiples capas de un cuerpo acorazado, ha hecho del amor algo que, para muchos, “requiere de ausencia, obstáculos, infidelidades, celos, manipulación, mentiras, reconciliaciones fingidas, rabietas y traiciones. El tormento los impulsa hasta un estado emocional más elevado, y de este hervidero mental surge el amor. El amor no es un instinto biológico, ni un imperativo de la evolución, sino un fruto de la imaginación que crece con la dificultad. (Proust, citado en Ackerman, 2000, p. 156). El amor como pasión es un punto álgido donde las formas de amar integran una trama con la historia social y la memoria corporal, mostrando que “el poder que corrompe las relaciones entre los sexos, no es el poder que viene de dentro, sino el poder que es constitutivo al proceso de formación de las sociedades. Este es el poder que genera prepotencia y sumisión en las relaciones sociales.” (Ibarra, 1998, p. XII).

A pesar de que la experiencia amorosa ha sido cruzada por una estructura social basada en el dominio y la violencia, la búsqueda de intimidad y cercanía también ha sido una fuerza que se ha opuesto a éste orden. Sacar partido de ésta fuerza significa, de

principio, observar que al amarse, las personas tiene más de una opción a elegir. Materializar la historia occidental de siglos en la que el amor inevitablemente implica sufrimiento no es la única alternativa, pues el amor también abre la posibilidad de crear un espacio personal de alegría, admiración, igualdad y tranquilidad que cubra las necesidades humanas de intimidad, que brinde una mejor calidad de vida y que aporte valiosas modificaciones a la memoria corporal, genética y social.

El análisis del proceso social del amor en algunas circunstancias particulares nos ha mostrado que las elecciones cotidianas son fundamentales en la construcción de una sociedad y en el desarrollo de la humanidad. Las transformaciones corporales y genéticas, así como los giros que toma la historia, son parte de una vida cuya responsabilidad recae sobre cada uno de nosotros, y de la cual el amor es un aspecto primordial.

El lugar de la vida cotidiana en la construcción social ha sido un hecho desvalorizado, aunque en realidad representa un “conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social.” (Heller, p. 1991, p. 19; citada en Montesinos, 2002, p. 135).

La importancia de las costumbres, los hábitos, las decisiones diarias y las prácticas cotidianas respecto a la construcción de una sociedad han sido subestimados, despojando a la humanidad del poder y la responsabilidad que realmente tienen. Sin embargo, como hemos analizado en algunos casos de la historia del amor, es posible notar que a través de los actos y emociones diarias “se refrenda la continuidad como una garantía que la vida cotidiana otorga a la reproducción social, pero...tal continuidad se eslabona a partir de las actividades cotidianas realizadas cada día.” (Montesinos, 2002, p. 135)

Por ello, para completar nuestro análisis, nos enfocaremos a la experiencia del amor en la vida cotidiana, buscando las maneras de vivirlo en dos historias de vida. Este enfoque nos permitirá observar la trascendencia de nuestro hacer cotidiano, para finalmente encontrar alternativas a nuestro alcance para una sana relación entre hombres y mujeres.

CAPÍTULO III

La construcción cotidiana del amor.

Una huella humana en la arena. Es un signo, pero también es un símbolo. Ha pasado un ser humano. Ha quedado un vestigio. ¿Dónde iba? ¿De dónde venía? Su pasaje tiene un significado. Signo, símbolo, sentido. Y finalmente: palabra.

Albert Ferraroti

El amor, como experiencia cotidiana, puede escaparse de las manos al momento de intentar predecirla o cuantificarla, pues no sólo incluye tendencias naturales, sino significados culturales e históricos que se construyen a través del espacio y el tiempo. La flexibilidad de los rumbos que puede tomar la vida humana, la plasticidad de los afectos individuales, la particularidad que pueden tener los modos de vivir y la riqueza que guardan las experiencias personales son algunas de las motivaciones de la aplicación de la metodología cualitativa en la comprensión de la construcción cotidiana del amor. Al pretender analizar la experiencia amorosa en el curso de una vida, es necesario asumir que

El amor es una emoción histórica, un producto de culturas particulares y una serie especial de circunstancias culturales. No es un fenómeno que pueda ser definido, sino un proceso que se redefine y se reinventa en toda cultura. No hay una definición transcultural del amor. En lugar de ello, el amor es definido por la narrativa, una historia culturalmente definida (o una serie de historias) que teje nuestro sentido cultural de elección individual y autonomía, nuestra sexualidad natural y nuestro sentido político y personal de equidad dentro del proceso familiar de ‘enamorarse’ y sus consecuencias. Lo que diferencia al romance de otras formas de amor – como la palabra nos lo dice- es el sentido de drama y el desarrollo de la trama, la manera en que, sin importar que tan único es nuestro amor, seguimos los pasos de millones de amantes anteriores a nosotros que también pensaron que su pasión era única e individual. (Solomon, 1989, p. 48)

Es digno de subrayar el hecho de que el amor es un proceso respecto a la indagación científica, pues en éste campo muchas veces dar una mirada a los procesos, como señala Ferraroti (1991), pareciera tan impredecible como entrar a un “mar donde uno puede flotar o ahogarse”. La multiplicidad de caminos que puede hallarse en la construcción de procesos puede asombrar e incluso inquietar dentro del ámbito científico, donde se

intenta actuar como si los acontecimientos se repitiesen y las propiedades se mantuvieran constantes, a pesar de que probablemente la diversidad sea la verdadera naturaleza humana.

Los métodos cualitativos son reconocidos como una forma epistemológica y metodológica para lograr la “reconstrucción de un proceso sociocultural a través de una experiencia particular.” (Kofes, 1998, p. 82). Rescatar los testimonios de las vivencias humanas a través de diferentes medios como la historia de vida cronológica o temática, la observación participante, la autobiografía, el análisis documental o los diarios personales ha sido el principal objetivo de ésta metodología, orientada a formar una historia oral o social, la “historia desde abajo” donde los autores de los procesos históricos tienen un rostro, comprendiendo los mundos que más que accesorios, se revelan indispensables en la vida histórica: “la cotidianidad, las condiciones físicas ambientales, las relaciones sociales en el ámbito local, la moda, la gastronomía, las fuerzas económicas y sus relaciones, el estado de desarrollo de las técnicas y su incidencia en la vida de la comunidad, etc.” (Ferraroti, 1991, p. 116).

En particular, la historia de vida resulta una opción viable en la búsqueda de cómo es que se vive en el presente este fascinante sentimiento, así como los aspectos que pueden estar involucrados en su construcción cotidiana, y su participación en la estructuración social y personal, debido a su calidad de instrumentos para la comprensión y análisis de las relaciones sociales, de procesos culturales y del juego entre actores individuales y experiencias sociales. (Kofes, 1998). La elección de la historia de vida como metodología en la investigación sobre el amor mantiene orígenes no sólo técnicos, sino teóricos. En principio, al uso de la historia de vida subyace la posibilidad de revalorizar la acción cotidiana, uniendo la historia con el mundo privado. Cuando los testimonios orales se nos presentan como una forma de revivir el detalle de la vida diaria (Aron-Schnapper & Hanet, 1993), lo que se consideraba ordinario se vuelve extraordinario. Ferraroti (1991) sugiere que mientras hoy en día existe una automatización e incluso una estupidización de lo cotidiano, la historia de vida demuestra ser un instrumento valioso para “desenmascarar a la sociedad oculta”.

Entonces, historizar las experiencias personales significa acudir directamente a la fuente individual de cambio social, examinando algunas de las millones de decisiones que

pueden ser tan importante, o incluso más, que los actos políticos; y haciendo conexión “con las oportunidades económicas inmediatas, con la conformación de ideas a través de la socialización, la amistad y los medios específicos, con el desarrollo de actitudes en la infancia y en la experiencia de la familia adulta, para conformar esos miles de decisiones que, acumulándose, no sólo configuran cada historia de vida, sino que constituyen también la dirección y la escala de los grandes cambios sociales.” (Thompson, 1993, p. 129).

Realizar una historia de es congruente con un análisis del amor que le proporciona la relevancia suficiente para asumirlo en el ámbito de la responsabilidad humana hacia la búsqueda de cambios sociales. Autores como Selman (1998) y Massolo (1998) proponen que es precisamente a través de éste procedimiento cualitativo que se intenta combatir la invisibilidad y el silencio en los que la subjetividad y la cotidianidad han sido sumergidos, promoviendo el cambio en el mundo a partir de las modificaciones en las acciones cotidianas.

La elevación de lo cotidiano como fuente de construcción social hace de la historia de vida una oportunidad para brindar el poder que las personas tienen como compositores sociales. Cuando se aplica cualquier método cualitativo, se considera a los individuos “como el punto de partida en la producción de los fenómenos sociales...se postula que son los actores los que crean el orden social mediante la interacción social y no a la inversa (el orden social como determinante de la producción de tipos específicos de actores)” (Castro, 1996, citado en López, 2000, p. 65).

Además, el otorgamiento de poder a los seres anónimos cuyas acciones son el origen de cualquier trama social, también se da a través de la propia narración de la historia de vida. Un biografía no sólo representa la disolución del desnivel de poder entre el investigador y su “objeto de estudio”, sino el empleo de un discurso compartido cuya comprensión puede comunicar algo a un número más amplio de personas; diametralmente opuesto a la acostumbrada exposición científica que asemeja un “ángel descarnado que vuela por encima de las debilidades de los comunes mortales y sobre su historia, hecha de conjuras, de luchas por el poder, de violencia y de sangre, así como de protocolos científicos prolijamente registrados.” (Ferraroti, 1991, p. 124). La aproximación a la experiencia subjetiva de otros puede representar un espacio donde el

saber ya no representa un capital exclusivo del ámbito científico, sino que regresa a la gente. Desde ésta perspectiva, la subjetividad ya no es un impedimento metodológico en ciencias como la psicología. El hecho de que los acontecimientos y procesos de una vida sean tan diversos e impredecibles se convierte en la posibilidad para dar poder, compartir conocimientos a través de un sentido común y ofrecer opciones: “la gente...lee esos textos y los entiende sin ningún tipo de explicaciones. Se encuentra inmediatamente en ellos, y eso, además de ser satisfactorio, ofrece una enorme posibilidad pedagógica en términos políticos, ideológicos o simplemente en términos de posibilidad de vivir.” (Molano, 1998, p. 109)

Conocer el mundo amoroso desde dentro, desde las experiencias y acciones de las personas, representa la obtención de un conocimiento más profundo, más apegado a la realidad, “más allá de los esquemas de ejercicios intelectuales “corticales”.” (Ferraroti, 1991, p. 121). La riqueza de los conocimientos que ofrece la historia de vida es basta, y para ello busca “evadirse de la reflexión intelectual, del trabajo intelectual, y dirigirse más hacia el conocimiento emotivo y digámoslo de una vez, subjetivo.” (Molano, 1998, p. 103)

Como hemos visto, la aplicación de una metodología, sea cualitativa o cuantitativa, va más allá del empleo de una técnica. Decidir por cierto método de investigación requiere una congruencia con los objetivos de un proyecto y, como señala Rusque (1998), de una orientación paradigmática. En el caso de éste trabajo en particular, la elección por la historia de vida en referencia al tema del amor resulta viable por corresponder con el trabajo interdisciplinario y una visión holista, pues en los relatos resulta evidente que “La vida es una totalidad... Si uno le coge el hilito a algo particular, ese particular lo lleva a la relación entre eso y otras muchas partes...” (Molano, 1998, p. 111).

Si teóricamente ya hemos analizado como es que el amor significa una expresión holística de la vida, en cuya experiencia pueden manifestarse una gama de aspectos cotidianos de la vida humana; probablemente la riqueza de la información brindada por la biografía personal nos da indicios de cómo es que esta condición integral se vive en el presente, por medio del discurso de los sujetos. Pero el discurso obtenido a la escucha de una biografía personal no solamente es el que nos habla de las percepciones o pensamientos acerca de las relaciones amorosas, sino es aquel donde “La palabra se nos

descubre como un hacer, una praxis, y un acceso al mundo sensible o perceptivo y cultural” (Schilardi, 1998, p. 198).

Si bien la experiencia del amor puede ser de difícil acceso a través de la observación, pues hacer de espectadores de una relación de pareja no parece muy conveniente y es prácticamente imposible; el camino hacia su lugar cotidiano puede abrirse por medio de la palabra, como el medio para comunicar experiencias, sensaciones, vivencias y significados. Para llegar a la experiencia personal, la metodología cualitativa es una opción viable que incluye básicamente tres maneras de aprender del pasado y el presente: los diarios, las autobiografías y las historias de vida: “la única diferencia entre un diario y la denominada historia de vida es que el primer tipo de material es un “autoinforme”, un relato escrito personalmente por un narrador, que tiene además el deber de componer su narración y transmitirla por escrito. El otro método libera al narrador de esa responsabilidad y le permite concentrar su atención y su capacidad en el curso de la narración.” (Misztal, 1993, p. 172).

En éste contexto, la historia de vida aparece como la mejor opción en el estudio del tema del amor, pues no sólo representa la oportunidad de analizar el proceso amoroso en lo cotidiano y desde la experiencia personal, también nos brinda una serie de ventajas en relación con una autobiografía escrita: Mientras el escritor puede tener el tiempo suficiente para arreglar, justificar y confirmar sus recuerdos para evitar confrontaciones, los testimonios orales son más espontáneos y es posible interpretar, además de las expresiones verbales, los movimientos y expresiones corporales involuntarias, el contexto de vida, las maneras, los comportamientos. Todo ello nos puede hablar de las verdaderas experiencias y significados del sujeto. (Aron-Schnapper & Hanet, 1993)

Un diario tampoco sería viable, pues no nos permitiría profundizar en aspectos que parecieran relevantes ni en experiencias pasadas. Ambas opciones escritas también suprimirían la valiosa participación de la interacción personal como medio para captar el sentido total del discurso del entrevistado, que la historia de vida nos ofrece.

3.1. Metodología de investigación: antecedentes y desarrollo.

Captar una historia de vida es una manera de preguntarle al presente (Thompson, 1993), un camino de investigación en el que podemos ubicar la condición del amor como un aspecto de toda una trayectoria de vida, como un proceso que incluye un cúmulo de experiencias y significados, más allá de un simple estado emocional (Haavio-Mannila & Roos, 1999). La historia oral es "una técnica específica de investigación contemporánea. Es adecuada, por un lado, para la exploración de determinados campos fragmentarios para los que no hay o a los que no es accesible otro tipo de documentos de transmisión y, en este sentido, representa un instrumento de heurística contemporánea. Pero, por otro lado, permite una concepción más amplia del pasado inmediato y de su elaboración sociocultural como historia..." (Niethammer, 1993, p. 33)

Aunque por un lado se ha propuesto que a través del discurso "Podemos saber solo el lenguaje y nunca la experiencia." (Jenkins & Valiente, 1994, p. 176-177), también se ha reconocido que la conformación como sujeto y la praxis están profundamente ligados a la historia de vida (Bordieu, 1974, citado en Niethammer, 1993). Cuando retomamos lo que una persona habla sobre sí misma y sobre sus vivencias, nos estamos aproximando, más que a la experiencia en crudo, a la experiencia subjetiva sobre ciertos hechos cotidianos, incluyendo las atribuciones proyectivas y las formas de hacer sentido de esa persona en particular (Niethammer, 1993). Por ello, el uso de la historia de vida en el tema que nos ocupa, no busca conocer las verdaderas versiones de la experiencia amorosa, sino la comprensión de cómo es vivido el amor por una persona en particular. El acceso a la memoria personal, en éste caso del amor, es otra posibilidad que respalda la elección de historizar una vida. De hecho, "La memoria es el dispositivo esencial generador del relato de vida...Produce los recuerdos y también los olvidos...la memoria reconstruye, reinterpreta y reserva –con las ideas, aprendizajes, afectos e identidades del presente- los sucesos, experiencias y relaciones con las individualidades y colectividades del pasado. Pero no toda la cadena de ese pasado, sino fragmentos de un tejido que entrelaza rostros, palabras, gestos, acciones, espacios, objetos y eventos- según el transcurrir de los distintos tiempos y contingencias de la vida social." (Massolo, 1998, p 15)

El interés por la historia de vida como una metodología para acceder a la experiencia personal no es un hecho reciente. De acuerdo con Aceves (1993), sus antecedentes se remontan a la época clásica griega, medieval, novohispana, del siglo de las Luces y de Luis XIV, donde las indagaciones a través de grandes personajes en su tiempo, como Herodoto, Tucídides, Polibio, Fray Bernardino de Sahagún, Voltaire o Michelet, demostraban el enorme interés por los testimonios orales para la comprensión o reconstrucción de fenómenos sociales. Sin embargo, a partir del siglo XIX los especialistas en historia comenzaron a desconfiar de ésta tradición oral, privilegiando a la historia de los grandes acontecimientos políticos, bélicos, diplomáticos o administrativos.

Ya entrado el siglo XX, los testimonios orales recuperan su credibilidad a partir de una renovación metodológica por la influencia de ciencias sociales como la antropología, apareciendo en escena los llamados métodos cualitativos y la propuesta de la “historia social” para interpretar el pasado y el presente de una manera más activa y permaneciendo en contacto con otras disciplinas. Una corriente sociológica muy famosa que empleó los métodos cualitativos fue la Escuela de Chicago, recopilando y analizando informes orales de individuos ubicados como “anómalos”: vagos, delincuentes, campesinos. Su empuje fue tal que en su momento la Escuela de Chicago fue considerada la fundadora de la sociología urbana contemporánea (Massolo, 1998). Posteriormente, éstas tendencias de investigación quedaron a la zaga, pues

El desarrollo de ésta “metodología cualitativa”, que fundamentaba su análisis social a través del uso de historias de vida, de testimonios, entrevistas orales y de la observación participante, se enfrentó gradualmente a una tendencia de investigación empírica que fue ganando relevancia y prioridad científica en Estados Unidos, es decir, aquellos acercamientos que centraban sus indagaciones y análisis con base en modelos y procedimientos más cercanos a las ciencias *básicas*... (Aceves, 1993, p. 12)

Entre el auge de la metodología cuantitativa y la exasperada búsqueda por encontrar un lugar entre las ciencias exactas, fue precisamente en Estados Unidos, gracias en gran parte a los sobrados recursos tecnológicos, donde se empleó por primera vez la grabadora de carrete para registrar con la máxima fidelidad los testimonios orales de las personas pertenecientes a una época particular, surgiendo así la historia oral moderna,

No obstante, “La historia oral estadounidense...se preocupó más por registrar y construir archivos que por desarrollar esfuerzos de análisis sociohistórico.” (Aceves, 1993, p. 14)

Por lo tanto, mientras las historias de vida eran archivadas, la cuantificación era el objetivo metodológico de las ciencias sociales. Fue a mediados de los sesentas y a inicios de los setentas que se abrió la revalorización de éste método (Massolo, 1998), a partir de lo que se ha llamado la “humanización de la investigación social”. De acuerdo con Selman (1998), ésta humanización significó reconocer que la individualidad y la diversidad podían ser factores preponderantes en la investigación social, rompiendo con la visión mecanicista que muchas veces subyacía a la metodología cuantitativa. Recuperar la técnica de la biografía persona revitalizó el interés en la praxis humana, en un contexto donde comenzaba a ser necesario un reconocimiento de las diferencias y una disposición por construir nuevos ciudadanos.

En Inglaterra, la historia oral coincidió con el estudio de sectores de la población que generalmente eran olvidados por la historia oficial, convirtiéndose en un método insustituible para el análisis de éstos casos. Como parte de éste movimiento surgieron las historias acerca de trabajadores agotados, de campesinos marginados o de la “cultura de la pobreza”, que al ser comercialmente exitosos se convirtieron, como señala Morin (1993), en “la moda de la autobiografía del pobre”.

En México, el interés por la historia oral y la historia social ocurrió a partir de 1970, época en la que se pretendía crear grandes acervos de cintas grabadas organizadas y clasificadas, a disposición del historiador, pero no fue posible por la insuficiencia de recursos científicos y tecnológicos. Actualmente existen proyectos de investigación en muchos centros de investigación que incluyen la historia oral a reducida escala pero a profundidad.

Al ser un enfoque multidisciplinario, la historia de vida se ha ubicado en variados lugares dentro de las ciencias con las que esta relacionada. En sociología, ha sido parte del intento por descosificar los hechos sociales, y según Bertaux (1976) ha supuesto un nuevo enfoque sociológico. Los conocimientos derivados de investigaciones que han incluido la trama de la vida de las personas han creado “gradualmente la necesidad de reevaluar todos los aspectos de la praxis y el método sociológico actuales.” (Morin,

1993, p. 85). Además, la riqueza del material biográfico ha abierto nuevos campos de investigación, nuevas hipótesis y nuevas teorías.

En antropología, la historia de vida ha representado la oportunidad de conocer una gran variedad de culturas desde dentro. Indagando como es vivida por el niño y por el adulto se ha descubierto como se experimentan sus costumbres e instituciones (Morin, 1993). Sin embargo, en la antropología francesa, la actitud respecto a la historia de vida es confusa: algunos, como Marcel Mauss, la recomiendan, otros la ignoran y muy pocos la utilizan. Es ignorada sobre todo, cuando la subjetividad es considerada una limitación para el desarrollo de teorías sociales. En ocasiones se ha empleado como una ilustración de una teoría ya planteada, como una manera de legitimizar algún análisis previo, aún cuando esto puede significar una limitación, ya que se hace encuadrar la riqueza de datos de la historia oral a cierta exposición teórica. (Morin, 1993).

Hoy en día, un buen número de investigadores sociales han mantenido un renovado interés por los relatos de vida, considerándolos valiosos testimonios orales analizados e interpretados para entender una cultura o un proceso social desde su interior, más allá de su mera recolección para permanecer inermes en acervos históricos (Aron-Schnapper & Hanet, 1993). Al ser utilizada en éstos términos, se revelaron las diferentes funciones que la biografía personal podía cumplir en el análisis sociohistórico. De acuerdo con Bertaux (1993), sus contribuciones a la investigación social, etnológica y psicológica, han ocurrido al menos de tres maneras:

- a) *la función exploratoria* para iniciar o abrir un campo de investigación. Es necesario hacer un uso extensivo (abarcando todos los aspectos posibles de la vida) e intensivo (tratar esos aspectos a profundidad) de la historia de vida.
- b) *la función analítica* como sostenimiento de una teoría, que implica la recolección y análisis de numerosas historias de vida para legitimizar una teoría social.
- c) *la función verificativa* para transmitir un mensaje sociológico. También llamada función expresiva, ilustra una serie de puntos de la argumentación sociológica retomando un relato.

La metodología cualitativa, en el contexto de la investigación psicosocial acerca de diferentes aspectos humanos, ha sido reconocida por su utilidad en ciencias como la psicología, la etnografía, la antropología, la sociología y la etnohistoria (Misztal, 1993);

y actualmente se distingue como “un valioso método de investigación que brinda información acerca de experiencias de vida, subjetividad, elecciones individuales, los motivos racionales y conscientes de las acciones...” (Burgos, 1993, p. 150).

La búsqueda de experiencias personales entre la subjetividad a través de la historia de vida, ha requerido el seguimiento de procedimientos lo suficientemente flexibles y eficaces para adaptarse al caso en particular que se encuentra bajo análisis; por lo que no existe una metodología rígida que pueda ser aplicada a cada caso. Sin embargo, la experiencia de investigación compartida por aquellos que han empleado la historia de vida ha dado lugar a una serie de procedimientos y sugerencias para un alcance exitoso de nuestros objetivos.

El proceso de realización de la historia de vida inicia con la elección de la muestra. Elegir sujetos como fuentes de relatos de vida depende de los objetivos de la investigación, asumiendo siempre que toda persona perteneciente a cierto estrato cultural puede convertirse en un informante valioso en cuanto a las construcciones personales y sociales que se dan en dicho estrato. Entonces, más que la búsqueda de representatividad o la obtención de una muestra con métodos estadísticos, se pone especial énfasis en el logro de una relación con el informante que permita la obtención del mayor material posible y con la mejor calidad. Por ejemplo, Mintz (1979) y Lewis (1961) “destacan en sus respectivas introducciones la importancia de las relaciones que comparten con sus informantes, y que no son de naturaleza económica...sino fruto de una amistad profunda y confianza reconocida.” (Morin, 1993, p. 94)

De hecho, el principal problema con el trabajo cualitativo no es la representatividad, sino la *calidad* de las entrevistas y de la información que se obtiene, por lo que hay que tener cuidado tanto en su obtención, como en su interpretación, teniendo especial cuidado en evitar producir conclusiones estadísticas de una muestra que no se construyó sobre esa base (Aron-Schnapper & Hanet, 1993).

Al realizar una historia de vida es de suma importancia tener a consideración que la objetividad en la metodología cualitativa guarda una lógica muy diferente que en el trabajo cuantitativo. “Kirk y Miller (1986, p. 13) sitúan la objetividad de un investigador

cualitativo en función de la fidelidad y validez de sus observaciones...la validez...se refiere a como los resultados deben interpretarse correctamente.” (Rusque, 1998, p. 309)

Para adquirir el material vivo y coloreado característico de los relatos de vida, es necesario un adecuado uso del medio elemental por el que los obtenemos: la entrevista. La entrevista es un instrumento muy favorable en la práctica clínica y en la recolección de datos en investigación. Además de ser útiles en la recopilación de opiniones o discursos, “Las entrevistas...se emplean con el propósito de conservar y transmitir las historias, la descripción de los gestos de un oficio, de la vida cotidiana y, en general, todo lo que por su carácter no deja huella escrita o deja pocas.” (Aron-Schnapper & Hanet, 1993, p. 63)

Básicamente hay dos tipos de entrevista: la entrevista abierta y la entrevista cerrada. Relativamente, no guardan ventajas por sí mismas, sino que la elección entre éstas depende de los objetivos de la investigación. En el caso de las historias de vida, la entrevista abierta resulta la mejor opción: aunque se basa en un guión general que se relaciona directamente con los objetivos de un estudio, su flexibilidad, libertad y profundidad, permite la adaptación de su estructura a los descubrimientos que se hacen sobre la marcha de la investigación y brinda la oportunidad de indagar más a fondo sobre los aspectos más ventajosos para la comprensión del tema en cuestión (Bleger, 1985). Además, “a partir del interrogatorio recíproco el sujeto adquiere lentamente conciencia del valor de su narración y de las prácticas cotidianas que constituyen la identidad.” (Morin, 1993, p. 111)

Para permanecer accesibles a cualquier descubrimiento y particularidad que seguramente nos mostrarán los relatos de vida, la improvisación y el movimiento suelen ser aspectos comunes en la entrevista abierta o a profundidad. No obstante, ésta metodología puede y debe ser tan rigurosa como cualquier otro método de investigación. De hecho, es probable que requiera una mayor atención y sea una cuestión de “temperamento” por las pruebas fatigosas y hasta conflictivas que puede representar para el examinador (Massolo, 1998). En principio, el investigador se enfrenta a una situación un tanto complicada al tener que considerarse como elemento constitutivo del estudio, dejando a un lado la distancia personal que generalmente supone la interpretación científica (Selman, 1998). En otras circunstancias “más higiénicas” o “más asépticas”, a decir de

Ferraroti (1991), como los cuestionarios anónimos, el científico se encuentra protegido por el conocimiento y mantiene un lenguaje alejado del entendimiento del vulgo. Pero la entrevista a profundidad implica una interacción, una relación personal donde el entrevistador, con sus maneras de referirse a otros y con su conocimiento, también se descubre ante los otros. Entonces, gran parte de la riqueza del material biográfico no dependerá de habilidades ajenas a él mismo, sino precisamente de aquellas artes vinculadas con su subjetividad y con la empatía respecto a los demás, que promuevan una relación de confianza con el entrevistado.

Al iniciar una biografía es necesario tener en cuenta que contar la vida no es precisamente un idilio, en realidad puede ser penoso y arriesgado. “El interlocutor no es simplemente un “objeto de investigación”; es un ser humano que se confía, que te brinda su vida en la mano.” (Ferraroti, 1991, p. 149). Cuando se presentan barreras y resistencias a vencer por parte del entrevistado, el medio para obtener las confidencias de los informantes es la construcción de un vínculo de amistad y respeto. Si el entrevistador “intenta rebasar el discurso inicial para alcanzar lo inédito de la información y acercarse a lo vivido por los actores históricos.” (Aron-Schnapper & Hanet, 1993, p. 66), es necesario que permanezca abierto a la idea de perfeccionar sus modos de escuchar y empatar con los otros, obligándolo

a realizar progresivamente un verdadero trabajo consigo mismo que le permita interiorizar la humildad de saber escuchar sin juzgar, guardar una simpatía activa que sin embargo no implique ninguna participación...hacer sentir al entrevistado que se le escucha con atención, sin evaluarlo ni aprobarlo, ni condenarlo. Se trata, pues, de crear un verdadero *habitus* del entrevistador, que con la práctica se vuelve “natural”.” (Aron-Schnapper & Hanet, 1993, p. 67)

Adquirir este *habitus* envuelve algunas reglas y habilidades sociales: ser discreto, centrar la conversación en los temas esenciales, precisar la información en el momento en el que la persona recuerda un fragmento de vida, nunca juzgar, evitar hacer preguntas directas al estilo de un interrogatorio policiaco, pedir ilustraciones precisas, aclarar expresiones ambiguas y garantizar el anonimato.

Para acercarnos a la experiencia de los informantes y descubrir sus propios significados, representaciones o experiencias, Ruíz (1996) propone todo un proceso técnico cuyo objetivo es ejercitar el arte de preguntar y escuchar para lograr una buena entrevista:

- a) La lanzadera: Es necesario ir de lo general a lo específico, de lo impersonal a lo personal, de lo amplio a lo pequeño, de lo superficial a lo profundo.
- b) El embudo: Es necesaria una agresividad creciente del entrevistador para hacer preguntas o comentarios que lo lleven a descubrir aspectos cada vez más personales de la vida del entrevistado.
- c) El relanzamiento: Por diversos motivos, como cansancio, desinterés, agotamiento de un tema o bloqueo psicológico, algunas veces se interrumpe la conversación; y el relanzamiento se refiere a la habilidad del entrevistador para abrir otro tema, recurrir a la distracción, exponer la importancia de la entrevista, la persuasión, ofrecer un café, etc.
- d) El reflejo: Significa que el entrevistador tiene que recapitular las ideas del entrevistado para que este pueda reflejarse o hacer aclaraciones.
- e) La estructuración: Relacionar y resumir las ideas del entrevistado, con el fin de que sienta que es seguido por el entrevistador, para que él mismo reflexione sobre aspectos que ha mencionado, o para controlar posibles confusiones no intencionales de la información que se proporciona.

Recordar los dos errores más comunes del entrevistador, según Rogers (1967), también resulta útil: “el del entrevistador silencioso, que deja parlotear sin control, por lo tanto sin objeto, al entrevistado; el del entrevistador imperioso que habla por el entrevistado, tiende a hacer preguntas y a dar las respuestas, e induce la respuesta con su formulación de las preguntas.” (Aron-Schnapper & Hanet, 1993, p. 66).

Es útil considerar la elección de medios adecuados de grabación de la entrevista. Hay “una gran variedad de instrumentos de recolección, como son las notas de observación o de entrevistas, extractos de documentos, registros sonoros, grabados o bandas de video...” (Rusque, 1998, p. 314). Generalmente, se utiliza una grabadora de audio que se coloca cerca del entrevistado, con su autorización previamente negociada. También puede emplearse una videograbadora, pero es probable que el registro de audio represente un menor problema por ser un elemento usual en las entrevistas. Es preferible que los instrumentos de grabación no sean tan ostensibles y su colocación persiga el registro fiel de la entrevista, permitiendo a su vez que el entrevistado pueda olvidarse fácilmente de su presencia (Aron-Schnapper & Hanet, 1993).

Como parte de la última fase de recolección de datos, suele utilizarse un diario de campo en donde se transcribe la información registrada en audio y/o video, incluyendo las notas de campo, las notas personales del investigador y cualquier otra descripción que promueva la comprensión y el logro de los objetivos de investigación. Es importante fechar éstas transcripciones, anotando la duración de la entrevista. Aprovechar el estilo y los signos de puntuación puede ser de ayuda para señalar pausas, arrastres, intensidad de la voz o las intervenciones del investigador. Resulta más eficiente realizar las transcripciones con el mínimo intervalo de tiempo después de la realización de la entrevista, con el objetivo de que los elementos claves de la interacción no se pierdan en nuestra memoria.

Todas las sugerencias para el alcance de una entrevista exitosa en realidad tienen la finalidad de lograr testimonios orales válidos y objetivos, que finalmente deriven en una historia de vida exitosa. Esto sólo es posible si se permite al narrador “ejercer su poder sobre la persona que, ostensiblemente, está conduciendo la entrevista, al desrealizar sus intervenciones, captar su atención, neutralizar su voluntad, despertar su deseo de averiguar algo distinto, o algo más de lo que permitiría la lógica misma de la narrativa.” (Burgos, 1993, p. 155).

El siguiente paso a la adquisición de los relatos de vida es la revisión de nuestras opciones de análisis. Su elección depende no sólo de los objetivos de la investigación, sino de las particularidades que hemos hallado en los testimonios orales obtenidos. Ésta elaboración teórica, en realidad “debe mantener y conservar un papel sumamente discreto y sumamente modesto, debe entrelazarse como la misma historia de vida que uno está contando sin que se note por ningún lado.” (Molano, 1998, p. 106). En primera instancia, a pesar de que los relatos de vida pueden confrontarse con otras versiones o informaciones de los mismos hechos aludidos por el entrevistado, su análisis es totalmente diferente a la interpretación de los datos cuantitativos: “un relato autobiográfico no puede ser examinado a la luz de la pregunta qué tan “verdadero” o “fiel” es a los hechos, sino qué estructuras de atribución de sentido operan en él, puesto que lo que predomina en el relato es el caudal interpretativo del sujeto y no la descripción de los hechos históricos.” (Londoño, 1998, p. 34)

De forma concisa, Taylor & Bogdan (1984) proponen el método de inducción analítica, que es un procedimiento mediante el cual se busca verificar teorías o proposiciones basándonos en datos cualitativos. Más ampliamente, Coninck & Godard (1998) nos hablan de una serie de modelos de análisis o inteligibilidad de los datos biográficos: el *modelo arqueológico* requiere ubicar el punto inicial de donde surgen los aspectos esenciales en la historia de vida; el *modelo de trayectorias* es la descripción del proceso, por medio del enlace de acontecimientos que mantienen vínculos causales; y el *modelo estructural* en el que se organizan las experiencias personales de acuerdo a cadenas causales que existían previamente a la vida individual en cuestión.

Sea cual fuere el modo de recolección o de elaboración teórica de las historias de vida, la aproximación a la realidad que nos promete depende enteramente de preservar la sustancia del testimonio oral. El retrato de la trayectoria de vida debe trascender cualquier especulación teórica que pueda opacar la experiencia personal. La riqueza de la experiencia subjetiva dentro de estudios acerca de procesos históricos y sociales es tan amplia, que inclusive las versiones personales alejadas de la realidad, o aquellas que marcan una incongruencia entre las acciones y el discurso, pueden ser relevantes para la comprensión de los significados y de la construcción de esa cotidianidad.

Respecto al estudio del amor, los valiosos testimonios orales que los entrevistados ponen en nuestras manos pueden darnos cuenta de las maneras en que se ha vivido ésta experiencia a lo largo de una vida, en nuestro presente inmediato y en el contexto de la convivencia, la interacción y el discurso compartido entre el investigador y el informante. El uso de la historia de vida es válido y necesario, pues amar representa un proceso personal y social, que se transforma y se construye, emocional y corporalmente, a través de una serie de acciones, vivencias, costumbres y significados cuyo acceso es posible a través del discurso organizado en un relato.

Para tener acceso a los relatos de vida que nos permitieran la entrada al mundo cotidiano del amor, contamos con la valiosa colaboración de Marcos y Gabriela, quienes han mantenido una relación con sus respectivas parejas en un lapso mayor a 15 años. La larga coexistencia en pareja fue la única precisión necesaria para elegir a los participantes en éste estudio. Debido a que nuestro guión contenía temas sumamente íntimos para los participantes, fue fundamental la existencia previa de un lazo de confianza o amistad, sin

que fuera lo suficientemente amplio como para que se conocieran de antemano las historias de los entrevistados. Este equilibrio fue posible gracias al vínculo de cordialidad y aprecio que ya tenía con nuestros informantes.

La negociación para poder concertar una cita con los entrevistados, ocurrió a través de una llamada telefónica. Con cada uno se conversó acerca de los objetivos y las condiciones de las entrevistas: se indagaría la historia de su vida con base al tema del amor, sería una entrevista que duraría aproximadamente dos horas, sólo sería necesario disponer de ese tiempo en privacidad dentro de su propio domicilio y se utilizaría una grabadora. Ambos estuvieron muy dispuestos y me ofrecieron gentilmente su colaboración y la entrada a sus hogares.

Se realizaron en total dos entrevistas semiestructuradas con preguntas abiertas, es decir, se contaba con un guión previo de los temas que serían tratados (Anexo 1), pero existía la posibilidad de que el informante hablara de lo que era significativo en el relato de su vida y de que el entrevistador pudiera hacer preguntas que precisarían las experiencias de los participantes. Éste tipo de entrevista también permitió mantener una actitud de empatía e interés por comprender las experiencias personales y su lugar en las elecciones de los entrevistados. La entrevista con Marcos duró aproximadamente dos horas, fue realizada a finales de Junio del año en curso en el comedor de su casa ubicada en la Delegación Gustavo A. Madero. La entrevista con Gabriela tuvo una duración de un poco más de dos horas, fue realizada a principios de Julio del año en curso, en la sala dentro de su domicilio localizado en el Municipio de Tlalnepantla. En ambas existió la posibilidad de mantener la privacidad necesaria. Se han utilizado seudónimos para guardar la identidad de los entrevistados por tratarse de información lo suficientemente íntima como para conservarlos en el anonimato.

Para registrar los datos obtenidos durante las entrevistas se utilizó una grabadora que se colocó cerca del entrevistado con su autorización previa. También fue útil un block de notas para registrar posibles eventos importantes a la hora de realizar la entrevista o las preguntas y aclaraciones pendientes para evitar cortar el discurso del informante. Posteriormente los datos registrados fueron transcritos a manera de diálogo, donde las preguntas del entrevistador son mostrados con cursivas y los relatos del informante

tienen el formato de letra script. Las entrevistas en su totalidad se encuentran en el Anexo 2 y Anexo 3.

Una vez transcrita la información, se subrayaron los comentarios de los informantes que se consideraron más relevantes para entender el sentido que ha guardado el amor dentro de sus experiencias de vida. Posteriormente fueron clasificados en base a subtemas, por ejemplo, “la relación con los hijos”, “el amor verdadero”, “las primeras experiencias sexuales”, etc., con la finalidad de hacer recortes al diálogo para su posterior análisis, conservando siempre el sentido y la temporalidad que dichas experiencias guardaban para nuestros entrevistados y cuidando de no tergiversar la historia relatada. El análisis fue realizado con base al procedimiento de inducción analítica, a partir del cual se consideraron los datos con base al marco teórico y a la totalidad de la historia de vida de la persona.

Caben mencionar algunos datos socioeconómicos. Las unidades domésticas de los entrevistados cuentan con todos los servicios básicos: suministro de agua, luz eléctrica, drenaje, alumbrado público, pavimento, gas, televisión abierta y línea telefónica.

Durante las entrevistas siempre se me ofreció un ambiente de cordialidad y confianza, lo cual dio enorme fluidez a los relatos de vida de nuestros cooperativos informantes. La conversación mantenida con ambos participantes fue sumamente valiosa, y conforme me confiaban su vida diaria, sus alegrías, tristezas, satisfacciones y penalidades, se hizo evidente la enorme sabiduría que guardan las experiencias cotidianas de las personas.

En éste mundo, el amor floreció como una experiencia tan fundamental que era como si tomáramos la punta de un hilo que delicadamente iba desentrañando las vivencias formativas, las satisfacciones más recordadas, las preocupaciones centrales y los sentimientos y sensaciones más arraigados. En este sentido, la experiencia del amor guardaba una correspondencia con lo que se vivía desde los primeros años y en etapas posteriores, con las pérdidas, las privaciones o las abundancias afectivas y económicas, con el ambiente y con una memoria corporal cuyas sensaciones, sentimientos y pensamientos fueron construyéndose desde la infancia y hasta las elecciones personales de una forma de vida y una manera de amar en particular.

A pesar de que nuestros datos devienen del discurso, nuestros informantes hablaron generalmente de experiencias, procesos y hechos relevantes en sus vidas donde el amor o el desamor mantuvo un papel central. Más que hacer una generalización, en éste caso nuestro objetivo es mostrar precisamente éstos procesos cotidianos que nos hablan de una persona integral, experimentados en carne propia, en un tiempo y espacio particulares, y que finalmente nos dan cuenta de que en cuestiones de amor, como uno de nuestros informantes lo mencionó, “la experiencia habla más que la palabra”.

3.2. Entre el amor y ser un hombre de verdad.

Yo me he dedicado a la electricidad automotriz, me ha gustado mucho... Es como cuando uno quiere a una persona, esa pasión, estar dispuesto a correr cualquier riesgo, así es mi gusto por éste oficio, sin importar los riesgos que a veces corremos.

Tío de Marcos.

No es fortuito que desde mi llegada a la entrevista con Marcos, mientras lo esperaba en el taller de electricidad automotriz, su tío hablara del amor como una metáfora de la pasión que ha sentido por el oficio de toda su vida, en una conversación meramente casual. El tono melancólico con que me confiaba éstas palabras parecía expresar la nostalgia de la vejez por el trabajo y el amor, como si en pocas palabras hubiera descrito los aspectos claves de su vida. Con Marcos no ocurrió algo muy diferente. Al terminar de oír su historia era evidente que el amor, su búsqueda y su manera de vivirlo, habían sido primordiales en sus elecciones, su felicidad, su dolor y sus desenfrenos. Para adentrarnos a su vida cotidiana, empezamos desde el principio, desde los hondos recuerdos de sus primeros años.

El amor, entendido como el contacto con los otros, como la cercanía corporal, como una capacidad de dar una caricia, un abrazo o un beso y como la posibilidad de establecer una verdadera intimidad con los demás, fue vivido de una manera muy particular por un chico que sólo tenía la oportunidad de sentir el cariño de su padre cuando, por ejemplo, lo enseñaba a manejar desde temprana edad.

...la soledad siento que vino desde mis papás. Mi papá era muy seco, no le recuerdo algún abrazo, pues así era antes ¿no? Yo siento que no sabía demostrar su amor. Yo era su consentido,

pero a su modo... más que un abrazo lo demostraba de otras maneras. Por ejemplo, yo le decía que me prestara el carro. Y desde los 15 años él me enseñó a manejar. Esas cosas me hacían ver que si me quiso, pero no sabía expresarlo, no con un abrazo o un beso.

A la luz de la historia de Marcos es posible notar que esa sensación de soledad formó parte importante de sus elecciones y su manera de vivir. La convivencia con su madre, al ser un apoyo constante para ella en sus negocios, por ser “el consentido”, si bien le permitió mantener un acercamiento con ella, también lo incluyó en el ámbito laboral desde temprana edad, limitando su posibilidad de mantener vínculos infantiles con otros chicos de su edad, de tener amigos y de abandonarse al mundo infantil del juego.

Ella sí me abrazaba y todo. Yo siempre estaba con ella. Por ejemplo, si hacía un negocio de esto, yo ahí estaba, si hacía negocio de lo otro, me buscaba. Siempre se apoyaba en mí, para todas las cosas. Debido a mi complexión (alza los hombros), pues la ayudaba a traer las cosas, me podía traer varios bultos... Una vez tuvo un negocio de puercos. Estaban pasando a vender puercos en la calle y dijo “vamos a comprar uno”, bueno, ese uno fueron tres, y luego se convirtieron en cien. Y de esos cien ¿quién les lavaba, quién les daba de comer? Pues yo. Y para llevarlos, ahí iba yo, jalando a los marranos en la calle. Era lavar los chiqueros diario, diario, y no me pesaba... Siempre andaba con ella, pero con eso también me gané la antipatía de mis hermanos, que porque yo era el consentido, “¿por qué siempre andas tú con ella?”. Yo dije “pues ve tú”. Creo que sólo fueron una vez, pero no... ya no, ya no les gustó ser el consentido. Y pues todo eso me fue creando un carácter. Yo era muy introvertido. De chavo siempre estuve ayudando a mi mamá, solo, solo, solo. Una vez me acuerdo que todos estaban jugando fútbol y yo estaba pegando botones con mi mamá, porque se metió a coser vestidos. O sea, a ella le daban el vestido como en partes y ella los tenía que armar para terminarlos, pegarle botones y todo. Entonces ahí estaba yo ayudándole, y todos jugando fútbol.

Cuando nuestro entrevistado hablaba de esa soledad y de ese carácter introvertido puede darnos la impresión de que hablaba como de una especie de hueco difícil de llenar, como un sentimiento totalmente independiente de la mucha o poca compañía que pudiera tener. Lo que experimentaba no era la soledad de una persona aislada físicamente, sino de una sensación vivida a partir de las carencias afectivas con las personas importantes durante su infancia.

Y si, si fue la soledad porque, con mi papá, pues si estaba un poco con él, pero también le daba por tomar, tenía que estar tomado para que se diera un acercamiento. Y con mi mamá, pues era el acercamiento, pero no es lo mismo que estés con tu mamá trabajando a que también estés con otros de tu edad. Podía estar acompañado por alguien, pero siempre era mucha soledad.

La imposibilidad de poder acariciar, tocar o besar, de no poder ser acariciado o abrazado, es asumida por Marcos como una carencia que permanecería en su interior durante gran parte de su vida. En el caso de sus vínculos con su padre desde la niñez, las expresiones de amor no sólo eran situaciones sumamente extrañas, sino que también eran eventos inaceptables, en total contradicción con lo que significaba ser un verdadero hombre.

Mi papá, darle un abrazo o un beso...”¿pues qué eres joto o qué?”.

Y ¿usted siente que le hizo falta eso?

Sí, como no, y más porque yo recuerdo que muchas veces veía que los papás de mis compañeros de la escuela los iban a dejar, se bajaban, les daba un beso. Yo sentía que eso era para puñales, así pensaba mi papá.

¿Le había inculcado eso? Que el demostrarse cariño...

Que eso no era de hombres.

El amor, en éstos términos, comenzó a construirse dentro de las sensaciones de nuestro informante como algo vergonzoso. Más que demostrar afecto, vivir una verdadera masculinidad y conseguir el orgullo y la admiración de su padre, implicó ser, como nos lo cuenta, “un hombre de sapiencia”, ser “fregoncito” en todos los aspectos, especialmente en un ámbito donde era necesario que un hombre supiera moverse: el terreno sexual.

Era la forma de pensar de él, “hasta que yo vea que tú la armas”, se sentía orgulloso si veía que tenía un hijo fregoncito. Así era en todas las cosas. Por ejemplo, cuando yo todavía no tenía sexo ni nada, mi papá fue el que me llevó. Cumplí los 15 años exactamente, cuando mi papá estaba tomando. Recuerdo que yo ni tomaba y tuve que tomar... y pues ya me llevaron con las prostis. Ya fui esa vez, todo nervioso, todo sacado de onda, y luego ya me regresó con él. Ese día, mi medio hermano, le decía “papá, papá, ¿por qué yo no?”, decía que estaba más grande... me llevó con ella y mi papá me estuvo esperando en el carro, tomando y todo. Y pues dentro de lo que pienso, creo que estuvo mal, yo digo que esas cosas deben venir, deben irse dando de su cuerpo... o sea, si ya miraba a las mujeres de otra forma, pero no estaba buscando eso precisamente...

La verdad era más mi miedo que las ganas o el querer saber. Mi mismo miedo no me dejaba pensar. Si lo hice fue porque a esa edad, pues a fuerzas te funciona, el mismo organismo lo hace solito. Y dentro de todo, la señora esta quiso que entrara en confianza, pero pues... no, ¿pues cómo?, para mí era una desconocida, no trato, no nada... Nada más llegar y ya te desvistió. Y hasta ahí yo me cotorreaba mucho porque decía “la primera vez ni las manos metí”, no sabía

nada. Terminó y ya de ahí me regresaron. Después, yo estaba piense y piense, comencé a tener una sensación, pues se puede decir, placentera. Ya empezó a trabajar mi cerebro y la fregada. Entonces empecé a ir yo solito a buscar, y pues ellas, a lo que van, es su trabajo. Había unas que ni siquiera se desnudaban. Hubo ocasiones en que todo el dinero que llegué a juntar lo gastaba en eso. Una de ellas fue mi maestra.

Fue en el primer contacto sexual propiciado por su padre, y en los que siguieron posteriormente, donde se construyeron tendencias muy particulares en cuanto a la experiencia del amor y del sexo. En términos corporales, se dio una fragmentación importante: por un lado el miedo, la sensación de desconfianza y la falta de intimidad con la persona; por otro lado, “el organismo que funciona solito”. Las sensaciones placenteras ocurridas durante el acto sexual se disociaron por completo de las sensaciones de afecto y confianza por la persona, construyendo una memoria directamente en el cuerpo, en la que las formas de dar y recibir amor en pareja involucraban exclusivamente la manifestación y el intercambio de impulsos sexuales. La búsqueda de placer sexual inició y ser novio se volvió complicado, vergonzoso y cursi.

Ya de ahí, yo buscaba no pagar... buscaba que accedieran. Por ejemplo, en ese tiempo yo tenía una moto, y pues tener una... pues es como ahorita ¿no? Les llamaba la atención a las chamacas, y por darse la vuelta, pues les decía “vamos, pero ya sabes...” “si, no hay problema”, bien aventadotas. Y pues, no pasaban de ahí, o sea, yo no sabía ser novio, no sabía yo enamorar a una muchacha, porque desde el principio no se dio así.

¿Cree entonces, que esa experiencia con su papá fue crucial?

Sí, como no, me marcó. Yo no sabía hablarle a una muchacha, regalarle algo, pedirle que fuera mi novia, lo sentía muy cursi. Yo lo que sabía era lo otro “oye, sabes que, me gustas, vámonos”...eso era práctico, era lo normal para mí...Recuerdo que la primera vez que tuve una novia, un día se me ocurrió darle un ramo de flores y ¡qué pena! Me daba pena llevarlas en el camión, las llevaba tapadas con un trapo. Yo me sentía todo...

¿Avergonzado?

Sí. Y llegué con ella, y todavía poniéndomelas atrás de la espalda y ella “ya dime, le das muchas vueltas”, y yo, “pos, pos, pos” ¡pos total!, ya le di las flores y le pregunté si quería ser mi novia, y más tardé en decirle que en lo que ella me dijo “sí, ándale”, ella ya lo esperaba. Pero, en cambio, ya después para mí era ir a cabarets, ahí luego luego, te echabas tus cubas y pasabas directo al manoseo, o sea, y no es estar platicando, a eso es a lo que me acostumbré.

Ésta disociación entre el amor y la sexualidad también se consolidó a falta de algún modelo de verdadera intimidad en pareja que pudiera ser vivido en carne propia. Las situaciones vividas dentro de la familia, al estar expuesto a las frecuentes dificultades

que existían en la relación de pareja de sus propios padres, dieron continuidad a una concepción de las relaciones y de los hombres y las mujeres que distaba mucho del amor y de una buena calidad de vida.

Al final de cuentas, yo viví ese tipo de relación desde en cómo se llevaban mis papás y los problemas que tenían...mi papá era alcohólico...era "Don Juan charrasqueado", mi mamá, pues la clásica dejada, sumisa... Tenían pleitos todo el tiempo... Hubo veces que estábamos con mi mamá, y había que salir por mi papá a buscarlo, el clásico borracho. De ahí creo que se me originaron muchas cosas.

Sin embargo, el mundo de las relaciones con el sexo opuesto en el que no existía ningún tipo de preámbulo, ni mucho menos confianza o una verdadera intimidad, fue un mundo en el que se experimentó una persistente necesidad de amor, derivando en una constante búsqueda de algo que no se sabía que era en realidad, pero que se remediaba con "el relajo".

...me dediqué al relajo, al alcohol, a las mujeres, si se puede decir, buscando amor ¿no?... Había veces que en esa búsqueda que yo tenía, no sabía que buscaba. En ese momento tenía dinero, como moverme, puro relajo. Muchas veces tuve que pagar para que me quisieran, y otras veces, tenía quien pero las despreciaba, no me atraían...y lloraban por eso, porque me casara con ellas. Pero yo las convencía y me las llevaba, y luego, a la fregada.

Lejos de la idea que muchas veces se nos vende, en la que vemos un glamoroso mundo de alcohol y sexo, en la reflexión de Marcos, las experiencias con el alcohol, las drogas y las mujeres, a pesar del daño que pueden causar a la familia o a sí mismo, se derivan de una insensibilidad cada vez mayor a raíz de las privaciones y frustraciones cotidianas. Drogarse, beber o tener sexo son prácticas vividas en la búsqueda frenética de sentir.

Yo mismo pasé gran parte de mi vida en el alcohol, en las drogas. Siento que ya estaba tan fastidiado, que yo quería que ya hubiera algo que me motivara la emoción. Eran mis intentos por sentir. Era una forma de sentir. O sea, llegó un momento en que ya nada me llenaba, hacia una cosa... ya la había hecho tantas veces que ya sabía cómo hacerla al revés y al derecho.

¿Eso mismo ocurrió en el aspecto sexual? ¿Se sentía así?

Claro, no había mujer que me llenara, por más que hicieran lo que yo quisiera. O sea, ya mi vida había sido con tal y tal y tal, ¿por qué? Porque no hallaba en mi mundo esa cosa, ese sentimiento que te hace sentir bien.

En ésta pesquisa de sensaciones y en una experiencia cada vez más entumecida a través de un cuerpo cuyo umbral de sensibilidad estaba cada vez más embotado, el amor pasional, con sus sobresaltos afectivos y sus múltiples sacudidas, seguramente se convirtió en otro eslabón para intensificar las emociones cotidianas. Fue precisamente éste amor el que promueve la unión de Marcos con su primera esposa.

... con mi señora, la primera, al principio todo fue muy pasional. La conocí cuatro meses y ya quise casarme con ella. Pero por lo mismo, por el poco tiempo que nos conocimos, no resultó, ella no me conocía ni yo la conocía realmente. Después del primer año ya empezaron los problemas. No congeniaba con su familia, ni ella con la mía.

En su primera unión de pareja, nuestro entrevistado vivió una creciente intensidad de emociones, a través de los problemas y las formas de resolverlos. El enojo, el miedo y la frustración devinieron en agresiones en escalada que fueron promovidas inclusive por el ambiente social y laboral en el que ambos se movían, uno como “madrina” y otra como judicial. Su acceso a las armas de fuego terminó en noches sin dormir, a la expectativa de lo que el otro podía llegar a hacer impulsado por el rencor. Dormir con el enemigo hizo de la separación un hecho inminente, y la forma de retirarse llegó a ser un asunto de vida o muerte.

Pues ya estábamos hasta el tope los dos. Llegó a tanto nuestro rencor que... bueno, ella entró a trabajar como judicial porque sus hermanos eran agentes, y le dieron chance, la metieron. Y yo, trabajaba, en medio de mi relajo, como madrina. Madrina es el que le ayuda a los judiciales. Un judicial no puede pegarle a nadie, pero el madrina, como no es judicial si puede hacerlo, entonces él es el que hace el trabajo sucio... Y recuerdo que llegábamos al grado de dormirnos con el arma puesta, por miedo a quebrarnos... había llegado el momento en que creíamos que en cualquier momento nos podíamos quebrar. Eran tantas las agresiones que ya eso no era dormir, esperando qué podía hacer el otro... ya no era amor.

Yo le dije “sabes que, yo me voy a salir un día a trabajar y ya cuando veas que no regresé, es porque ya no voy a estar.” Y así le hice, un día me fui y ya no regresé. Hasta el año... Yo pensé que eso era lo mejor, porque pues los hijos finalmente no tienen la culpa. Mejor que digan “qué malo fue mi papá que nos abandonó” a que digan “somos huérfanos de papás, se murió mi mamá y ahora mi papá está en el bote”. Yo ya no sentía nada por ella y ya no quería eso para mis hijos.

En ésta experiencia de separación, las agresiones no fueron el único elemento detonante. La sensación de ser dominado o dominar al otro, también fue un factor clave que

finalmente terminó con el amor apasionado de un principio. La dominación se vivió como una parte inherente al acto de contraer matrimonio, como una forma de asegurar la posesión de una persona por el hecho de firmar “un papelito”.

...cuando tienes papeles de casado, haz de cuenta que parece que tienes la factura de la persona como si hubieras comprado un carro, entonces como tienes la factura, piensas “es mío, ya lo tengo” y empieza a causar problemas... yo siento que (eso) ocasionó la ruptura del matrimonio, ¿por qué? Porque mi ex mujer pensó que ya era de ella, que era de su propiedad, que ya me había comprado. Al pensar eso, ella quiso dominarme y al final de cuentas yo era machista y pues... domina a un macho, está muy canijo. ¿Qué fue lo que yo hice? Pues agarro y me salgo, había veces que no llegaba en toda la noche, salía a tomar... Otras veces, como yo tengo mucha familia por aquí, pues los saludaba si me los encontraba. Hubo veces que llegó a salir a buscarme y quería regañarme frente a los demás, pero yo le decía “ a mí no me vengas a hacer esos tangos, yo te deje en tu casa, en tu casa debes estar”. Y agarraba, la dejaba en su casa y me regresaba... Igual por ejemplo, cuando ella me decía “ahorita vengo, voy a ver a mi mamá”, pero yo le decía “tú te quedas en tu casa y la vas a ver cuando puedas o cuando te diga yo”.

En el contexto de éstas experiencias de vida, el amor tenía poco que ver con la convivencia cotidiana, y los sentimientos respecto a las mujeres se limitaron a los encuentros y conquistas sexuales ocasionales. La intimidad más bien fue el espacio en el que sucedían agresiones e intentos de dominación. De aquí que al separarse, nuestro entrevistado continuara en “el relajo”: experimentando sólo la modalidad sexual del amor, alejado de aquél amor “cursi”, de los sonrojos del enamoramiento y el noviazgo. El hecho de que precisamente en éste ambiente se diera el primer contacto con su actual pareja le dio un significado muy particular al amor que ella sentía por él.

Siento que ella me ha querido mucho, demasiado, porque... yo ya me seguí en el relajo, me quedó la costumbre de imponerme, tomar alcohol, de las mujeres. De hecho, ella me conoció así, y yo pienso que ella dijo “me la voy a jugar, a ver si cambia éste cabrón” o no sé, en realidad, si me quiso mucho, no sé qué pasó... lo cierto es que ella sufrió mucho por mi forma de ser. Pues yo decía, así me conoció, sin ponerme a pensar de que se siente gacho cuando lo engañan a uno... Ahora, al final de cuentas, yo creo que si me quería ¿por qué? Porque por un lado, todo lo que yo le hice, lo aguantó. Una persona que te aguanta todo siente algo por ti.

La prueba de amor hacia nuestro entrevistado era una actitud de soportar cualquier cosa, cualquier dolor y cualquier frustración sobrevenida en el espacio conyugal. El amor se

confundió con una disposición al sufrimiento que a la larga, más que propiciar una relación verdaderamente amorosa, sólo produjo un desgaste al interior de la relación, por un lado, por el “relajo”, y por otro, a pesar de la ausencia del “papelito”, por los sentimientos de posesión manifestados en los celos, y las angustiantes extorsiones que eran frecuentes en la vida cotidiana de ésta pareja.

Desde el principio se puede decir que yo seguía en el relajo, pero seguía aferrado con ella. Duré así como cinco años. Después ya no era tan apasionado con ella como antes, o sea, ni la ocupaba, ni dejaba que la ocuparan... es que en la casa siempre era un relajo, llegaba, no llegaba. Llegaba diario, pero llegaba 4 o 5 de la mañana. Mi trabajo siempre lo respeté. Pero salía del trabajo y al relajo, del relajo a la casa y luego al trabajo. Ya no estaba tanto con ella, más bien me volví muy envidioso, celoso... Por ejemplo, si le hablaba a alguien, le decía “no me gusta que le hables a él, y tú vas a hablar con quien yo quiera”. Y siempre tuve la cosa de decir, como no había papelito, “si no te gusta, pues ahí nos vemos”... una especie de extorsión... me aceptas como soy, aceptas lo que yo soy o si no, adiós, sin bronca.

Como pieza importante de éste “relajo” se encontraba, al final de cuentas, aquél concepto del amor originado en las primeras experiencias sexuales, aquél que implicaba exclusivamente al sexo. La sensación, sin embargo, era una especie de vacío: algo faltaba en sus amoríos, y probablemente era esa intimidad que podía encontrar en casa.

...si me preocupaba porque la mujer sintiera, pero eso no era amor, nada más era el hacer el sexo, carnal pa' pronto. O sea, me preocupaba porque gozara y todo, yo también, pero yo decía, hace falta algo, esto no es la vida.

¿Qué hacia falta ahí, para que eso no fuera la vida?

Pues el amor, lo que es el verdadero amor. O sea, lo que tenía en la casa realmente no lo estaba notando. Yo seguía dentro de mis pensamientos que tenía, para mí el amor era sexo, el amor se demostraba de esa forma.

Subordinar el amor sólo a situaciones sexuales en las que no existía la posibilidad de contactos de mayor proximidad emocional, en realidad se alejó mucho de una buena calidad de vida familiar. La sensación era la de no estar viviendo como una familia real, lo que significaba interminables resentimientos en pareja que finalmente conllevarían a un caso amoroso.

¿O sea que eso no sería vivir como una familia de verdad?

No, ¿por qué? Porque estás fregando a la mujer pues, psicológicamente. Ella pensando todo el tiempo... ya cuando te ve la mujer cuando llegas de tomar, todas esas cosas, va creando un odio hacia ti, y ahí el amor se perdió.

En el trasfondo de la pérdida del amor y del camino del amor al odio, constantemente aparecía una incapacidad de poder alimentar y demostrar ese amor en términos diferentes a los sexuales. El tono de la caricia siempre con pretensiones sexuales y la imposibilidad de demostrar afecto a través de un abrazo o un beso desinteresado, fueron experimentados como una traba, como una barrera que impedía el contacto con los seres más cercanos, especialmente con la pareja. Siendo un impedimento, fue necesario buscar una nueva forma de amar, situada como una relación más fraternal.

¿Qué significa para usted el que están viendo y no poder ser así, cariñoso?

Una traba, y aún así muchas veces lo hacemos.... No hago tan seguido esos detalles, es que (hace un ademán como de tener una barrera frente a si mismo).

¿Le cuesta trabajo?

Sí, o sea expresarlo. Lo siento, pero expresarlo es trabajo... Siento que si nunca lo hice, o que si lo doy va a decir, pues... "ya estás viejo, canijo, qué onda" ¿no?... Cuando lo doy, pues realmente necesito estar muy concentrado. O sea, nunca me lo ha dicho ¿no?, pero siento que me lo va a decir. Por eso, antes de que me diga mejor no lo hago. Y lo he hecho y no me dice nada, al contrario, me da las gracias. O luego cuando estamos aquí en la cocina los dos, pues pasamos y ya nos abrazamos. Lo hago pero solos, si hay gente no, no sé, son mis ideas... Si estamos solos, la abrazo, la beso, juego con ella... yo, ese cariño, ese amor, ya lo hice más ¿cómo se puede decir? Más fraternal. Porque antes, para mi amor era sexo. Ahora trato de demostrarle cariño, con un abrazo, un beso, ya no con ese ímpetu de que te doy un beso y ya te estoy desvistiendo. Es más calmado, más sereno.

La búsqueda de un amor renovado no sólo ha guardado el propósito de lograr una intimidad real en familia y evadir las antiguas sensaciones de soledad. Finalmente, en el amor, se busca ese deseable sentimiento de conexión, no sólo con los demás, sino con uno mismo. La experiencia de vida de nuestro informante finalmente lo lleva a describir el verdadero amor en términos de la integración corporal como persona: las cosas pueden complicarse si uno sólo ama con la cabeza o si únicamente se deja llevar por los impulsos del corazón. La conjunción de éstas partes del cuerpo promete una relación más satisfactoria, un punto medio entre la entrega y el buen juicio.

Pero ahora, para mí, el amor, amor, amor, es el que se siente aquí (señala con el dedo índice la zona del corazón) y aquí (señala la cabeza)... porque si se siente sólo en el corazón, hace uno puras tarugadas, no piensa, no nada. Si lo sientes en la cabeza, solo estás pensando como complacerte. Yo pienso que debe ser combinado para que realmente sea amor.

3.3. Del amor del baile al amor del torbellino.

... tengo que amarte
 tengo que amarte
 aunque esta herida duela
 como dos
 aunque te busque y no
 te encuentre
 y aunque
 la noche pase y yo te
 tenga
 y no.

Mario Benedetti.

Con frecuencia, el amor es considerado algo que aparece mágicamente, un don que al ser conseguido probablemente durará toda la vida, para ser “felices para siempre”. Podemos ver a la eterna Cenicienta entrando al mundo del amor en el instante del primer encuentro al bailar con el anhelado príncipe, aunque desgraciadamente nos perdamos de la forma en que consigue día a día la perpetua felicidad. En el caso de Gabriela, nuestra entrevistada, el amor tiene un significado distinto: amar no es nada sencillo y definitivamente es algo que se aprende. Si no se aprende desde la niñez, en esos primeros contactos con los demás, las posibilidades de dar ese amor después se vuelven limitadas, por lo que, constantemente, hay que esforzarse. Esto se hace evidente cuando se refiere al amor y a su madre.

... pues si es un poquito difícil, y pues si me cuesta mucho trabajo...El dar amor. Por ejemplo, con mis hijos, pues ya, últimamente lo estoy trabajando. A raíz desde mi mamá, desde mi niñez, siempre, siempre fue muy desorientada, desunida, no hubo cuidados. Mi mamá, desde pequeños fuimos hijos dejados, hijos separados, cada quien por su lado, hermanos con drogadicción, yo la libertad...siempre estar como animalitos, solos, no vivir con amor. Desde ese momento siento que no hubo amor, nunca un beso, un te quiero, nada...mi mamá se dedicó a trabajar... de obrera porque no tuvo estudios...De obrera, lavando ajeno, pues si, se puede decir que sin estudios, imagínese ¿no? Y desde ahí yo siento que no me enseñaron nada de amor, nunca recibí amor. Siempre estar sola, siempre buscando el amor en la calle...

La calle, ese lugar de búsqueda, fue precisamente el sitio donde perdió el amor de la otra persona más importante de su infancia: su padre. Una fuerte dependencia al alcohol provoca que abandone a Gabriela a muy temprana edad. La ausencia paterna probablemente provocó un vacío difícil de llenar, pero la fuerza del vínculo seguía, impulsando a una pequeña de diez años a buscar a su padre en las cercanías de la Merced. El desenlace es lamentable: entre una muerte denigrante y el dolor de no tener a papá.

... mi papá fue alcohólico y terminó en un teporocho de calle... yo lo llegué a ver, me nació volverlo a ver, sentimos que lo quisimos ver cuando yo tenía como diez años. Pero ya lo vi al último, ¿qué sería?, yo creo que ni el año de que lo estuvimos llegando a ver de vez en cuando. Ya cuando supimos, chin, que se había muerto... (Lo veía) En su casa, yo ya sabía donde vivía. Yo iba con mi abuelita a la merced, por ahí pasaba el camión, por su casa. Un día me dijo “mira, ahí vive”, y yo me decidí a verlo. Mi mamá tenía miedo de que nos fuera a robar pero yo dije “no, yo quiero ver a mi papá”. Y a la fecha pues es algo que si me duele demasiado, no tener a mi papá. Siento que me hizo falta el cariño de él, el amor. O sea, por ejemplo, lo que estoy viviendo con mis hijos ¿no?. A veces me dan como celos, de ver a mis hijos que tiene a su papá, como juega con ellos. Si es difícil. Yo siento que todo eso tiene que ver con saber dar amor, no lo tuve, no me enseñaron y es lo que me cuesta mucho trabajo.

La separación de sus padres derivó en una serie de privaciones para Gabriela y sus hermanos, entre las cuales estaba incluido el desamor. Si bien en éste hogar quebrantado se careció del amor y la presencia de los padres, del contacto corporal con ellos, también se sufrió de otras privaciones que imprimieron su huella directamente en el cuerpo. Las insuficiencias nutricionales y la carestía que, entre otras cosas, llevó a nuestra entrevistada a mundos completamente diferentes a los de la infancia: la crianza de sus propios hermanos y el círculo laboral.

... nunca vi amor. Te digo, yo nunca aprendí, yo no sabía que era eso. Y por ejemplo, el amor con mis hermanos, yo los protegía, pues yo soy la mayor. Yo los protegía siempre, haz de cuenta que yo era la mamá de ellos. Y desde chica trabajé... yo me acuerdo que tenía unos siete, ocho años, nueve a lo mucho, pero no más. Yo trabajaba en casas, haciendo el quehacer, y lo que ganaba, pues lo compartía con mis hermanos. Y a la fecha, mi hermano, el siguiente de mí, es con el que mejor me llevo, pues vivimos muchas carencias... (Mi mamá) no nos maltrató físicamente pero, moralmente nos dio en toda la torre. Sí. El descuido en todos aspectos. Se preocupaba por irse a trabajar y nos dejaba ahí, con mi abuelita. Yo, por ejemplo, ahí donde estábamos nosotros, yo les hacía de comer a mis hermanos. Mi abuelita, según nos cuidaba, pero

la que se hacía cargo de ellos era yo. De hecho, hasta la fecha luego me recuerdan lo que yo les daba de comer...pero ¿pues qué les daba?, lo único que nos daban.... Frijoles y huevo, o sopa. Era lo que comíamos. De hecho que dijeras que una fruta, pues no... que postre ni que nada. Fueron las carencias las carencias. Y te digo, ahora que ya estamos grandes, hasta nos da risa. Y fíjate, por ejemplo, mis hermanas, las dos que son casadas, y ahorita mi hermano, pensamos en nuestros hijos, esa pobreza siempre la recordamos... “es que yo no quiero que mis hijos pasen lo que nosotros pasamos”. Siempre estamos recordando eso.

El descuido ocurrido durante la infancia no sólo se debió a la necesidad económica de su madre y por la cual debía salir a trabajar durante gran parte del día. Las necesidades amorosas de esa mujer que era vista sólo ocasionalmente y que dejaba a sus hijos al cuidado de la abuela, también promovieron la ausencia materna. La búsqueda persistente del amor, las propias vicisitudes de los amoríos experimentados por la madre de nuestra entrevistada, no sólo se vivieron como algo horrible por las diferentes situaciones a las que los hijos también eran expuestos, sino que a la postre fueron la causa principal de un abandono definitivo.

(Mi mamá) llegaba tarde de trabajar, luego también ella andaba con una pareja, con otra, con otra, con otra...Lo más horrible, horrible. Me da mucho coraje que por andar con varias personas, o sea... ¡pudo haber estado con nosotros!. Yo me acuerdo que decía “voy a ver a fulano, voy a ver a sultano”, “¿por qué no te quedaste con nosotros?”. Y mi mamá dice “es que yo siempre tuve que trabajar”, pues sí, pero yo también he trabajado. Y por ejemplo, si yo la veía que siempre andaba lavando, pues ¿cuántos éramos?, siempre la vi en la humildad y tratando de... imagínate, ¡cada ocho días nos bañaba!, de chiquitos... o sea ¿qué mamá va querer tener así a sus hijos? De hecho hay un señor, el papá de mi hermano... pues él era casado, creo que mi mamá le hizo un escándalo –hasta después supe-, no vivió con él. El señor si la ayudaba, yo sabía que la ayudaba con dinero. Por ejemplo, Reyes nunca tuvimos, y en una ocasión él nos llevó. Yo me acuerdo el estar viendo a los Reyes, vi cuando nos llevó juguetes...éste señor la ayudó mucho, pero mi mamá al parecer le exigía que se casaran, pero el señor tenía su vida. A lo mejor pudo seguir siempre siendo su amante y vivir bien nosotros, pero no...Ya después conoció al papá...bueno, a otras personas más, y después tuvo a mi otro hermano, y con ese niño fue cuando yo llegué a ver muchas cosas... Por ejemplo, teniendo relaciones sexuales.. Yo luego le saco mucho en cara “bueno, si viste que cómo estábamos ¿para qué tuviste más hijos?”. Yo quiero mucho a mis dos hermanos, para mí son mis hermanos, yo los quiero mucho, pero, yo le decía “¿para qué los tuviste?, ya nos tenías a nosotros y cómo sufríamos...todavía buscaste con uno, y luego con otro, y todos los demás que tuviste...y, ¡nos dejo!, o sea, viviendo con mi abuelita, nos abandonó. Aún así que nunca tuvo cuidado de nosotros, ahí ya nos dejó por ese

señor, se fue con ese señor, nos dejó a mis hermanos y a mí. Fue cuando yo más me desaté, me salí de la casa, yo hice peor el despapaye de mi vida.

La separación de un padre y el abandono esporádico o total de la madre fueron circunstancias que marcaron la vida de Gabriela. Vivir sin el puerto seguro del hogar y sin la guía de alguno de los padres fue como iniciar el camino de la existencia social, aquel baile que comúnmente se inicia en la adolescencia, en una total desorientación y con una libertad totalmente inusitada.

... en la secundaria...lo que yo tenía es que me gustó mucho el cotorreo, el despapaye...es que la libertad, a mí lo que me pasó es que nunca me dijeron...me decían “aquí tienes que estar...” pero, me brincaba la barda y me salía. A mí me encantó el baile, la libertad...dos ocasiones me llegué a salir de la casa, estando niña...a los trece o catorce años...ahí siento que fue el despapaye de mi vida, me gustó mucho el despapaye, pero al más no poder...Me iba a bailar, andaba con un novio, con otro, tuve muchos novios. A mí me encanta el baile. Yo era de las que escuchaba una tocada allá, y córrele con la bola de amigos. Fue mucho la libertad. (Mi mamá) no se daba cuenta. Luego le llego a platicar cosas que hice y, jamás se dio cuenta... Sí, yo todavía ni cumplía mis 15 años, y de hecho ni me hizo nada, o sea, si no teníamos para comer, pues menos una fiesta. Y fue cuando hice más despapaye... en ese tiempo me llegué a salir dos tres veces de la casa, y nunca les preocupó... Me sentía ya que yo podía sola. De hecho viví un tiempo con una amiga en su casa, y peor, me sentía más libre, me iba a tocadas, tomaba...hice mucho despapaye...pero te digo, a mi mamá nunca le importó, más que cuando ya vio que sí, que me salí ese tiempo de la casa y ya no regresé.

La búsqueda del afecto, la atención y la protección; elementos de la intimidad que jamás se habían experimentado, se tejió como telón de fondo para los primeros encuentros amorosos y sexuales. En el caso de su primera relación formal, fue irrelevante que éste idilio derivara en situaciones complicadas por la condición comprometida de él y el noviazgo en curso de ella. Lo verdaderamente significativo fueron las sensaciones de ser importante y ser amada, a través de esos detalles y a pesar del poco o mucho dolor que al final de cuentas tuviera que enfrentar.

... hubo una persona, más grande que yo, fue mi primer pareja sexual, una persona casada. Se llamaba Francisco, me llevaba nueve o diez años... Él fue mi primer amor, fue lo más bonito... Yo trabajaba en una fábrica, y ahí lo conocí. Él tenía de esos detalles que ahora pido, él era de una florecita, muchos muñequitos, muchas cosas, o sea, era ya más grande que yo, era super detallista, fue lo máximo para mí... Me sentía importante... No, pues fue lo máximo...con él

aprendí...Era mi todo, mi todo, o sea, yo jamás he sentido ese amor por alguien más que con él. Sabía que era casado pero me sentía protegida, me sentía muy querida con él, te digo, los detalles, él siempre me llevó al cine, a comer...para mi fue lo máximo. Ahí si puedo decir que si lo amaba demasiado, lo quería mucho...Con él también me fui un tiempo a vivir a Tlaxcala... (Tenía) quince o dieciséis años... Lo más bonito, lo más bonito...A pesar de que me lastimó por lo que me hizo. Yo tuve un embarazo con él y luego un aborto, me llevó allá, me dejó con su tía, me hizo abortar, me regresé, y ya no lo volví a ver. Supuestamente yo creía que me iba casar con él, que él iba a vivir conmigo, que iba a dejar a su mujer... pero él me dijo que no, que no tuviera hijos, que estaba muy chica y que él tenía a su esposa... (Fue) la derrota total, yo me sentí derrumbada, y...pues ya me regresó a la casa... de hecho yo lo buscaba, pues imagínate, era lo más bonito que me había pasado en la vida, en esa corta vida, y de repente sentir que lo iba a perder, pues no, no lo aceptaba yo. Pero ya no, de hecho me dio una carta, y ahí me decía que ya no podía ser lo de nosotros, que él tenía a su esposa, a sus hijos.

El noviazgo en curso de ella continuó a pesar de lo vivido en Tlaxcala. Ésta relación había iniciado en un amor de secundaria, para continuar como el acostumbrado noviazgo formal, en el que él podía visitarla en casa o salir a algún baile local. Después de tres años, los preparativos para la soñada boda estaban en marcha, pero las decisiones de nuestra entrevistada tomarían un rumbo diferente provocando un desenlace inesperado para éste compromiso y para su vida en general.

... primero estuve con Javier. Lo conocí en la escuela, en la secundaria, por parte de su primo. Te digo, a mi me gustaban mucho las tocadas, y ahí nos conocimos. Me encantaba, me súper encantaba bailar con él, después un noviazgo, noviazgo, noviazgo... Pero ese si fue noviazgo, el amor, lo que yo quería, todo esto. Llevaba tres años, habían detalles, lo que yo ahora pido, el apapacho, el te quiero mucho... Pero después, ya estando con Francisco, ya andaba yo con ambos...Pero para mí mi novio formal fue Javier, porque él iba a la casa, ya nos íbamos a casar, ya habíamos hecho preparativos... Él empezó a construir una casa donde íbamos a vivir... y hago ésta tontería de irme con mi esposo... yo teniendo todo, yo estando bien con su familia de Javier, con su mamá, con todos.

Las condiciones de necesidad de amor y protección, las carencias devenidas por el abandono en la infancia, la desorientación, la completa libertad y una sensación de soledad o vacío instaladas en el cuerpo se conjugaron en la elección de iniciar una relación con la actual pareja, a pesar de “tener todo” en su noviazgo. Probablemente en el fondo no se tenía todo, algo faltaba. Cometer ésta “tontería” no ocurrió en el ámbito de un inesperado amor, sino en el apasionado escenario del deseo, el baile y el alcohol.

... llega mi esposo, me lo presentan, lo conozco... A mi me gustaba mucho la libertad, nunca tuve a mi mamá que se preocupara por mí, nada más a mi abuelita, mi abuelita fue la que nos crió, a nadie le interesábamos. Y, conozco a mi esposo y... estuve con los dos, con mi novio y con mi esposo empecé a andar, pero porque me invitaba a bailar, a cenar, a tomar... con el me iba a bailar y tomábamos, y terminábamos en donde teníamos que terminar... de hecho las veces que llegábamos a convivir pues eran esas. yo ni siquiera lo traté, ese noviazgo que yo siempre desee pues no, no tuve noviazgo... no era amor...Me sentía bien, porque, por ejemplo, me invitaba a bailar, a cenar, a tomar...Pues como yo estaba acostumbrada a que nadie me tomaba en cuenta, siempre anduve yo en fiestas, siempre me han gustado las fiestas, siempre, siempre, el bailar...y en ese aspecto, pues era lo que me hacía sentir bien, pero no así de “ay, es que me abraza, me besa...”.Pero él sabía que yo ya me iba a casar, pero ya después él me dijo que no me casara, y que no sé que. El chiste es que no me casé con mi novio, mi esposo me llevó, entonces ya me fui con él y pues, imagínese ya regresar así, para regresarme, porque yo no lo quería, yo nunca lo quise...A mi esposo, yo no lo quería, nada más fue porque ya no me dejó ir a mi casa, este, haga de cuenta, me robó...

Las decisiones arrebatadas en medio de éste robo, en realidad tuvieron como trasfondo las emociones hacia su madre, hacia su novio, hacia su actual pareja y, sobre todo, hacia ella misma. El deterioro de su propia valía a raíz de cometer ésta “tontería” hicieron de la idea de volver con su novio formal un acto imposible, independientemente de que el propio Javier hubiera querido continuar la relación.

... pero yo dije “hice lo peor que pude haber hecho en mi vida”, y no merecía estar con él... yo dije “ni para dónde irme con él, no se merece lo que le hice”... él supo que me fui a vivir con Francisco, por eso cuando me fui a vivir con mi esposo, dije “no, pues ni para qué regreso”. Ni la cara de vergüenza me quedaba darle.

La sensación de vergüenza no sólo determinó la ruptura de su relación formal y del compromiso matrimonial, sino la reacción de su madre al saber de su embarazo. Debido a una moral en la que concebir un hijo fuera de un matrimonio era inaceptable y una forma de deshonor para ella y para toda la familia, nuestra entrevistada se vio saliendo de casa sin la posibilidad de regresar, en medio del oprobio, el rechazo y el reclamo materno. Carecer del apoyo de su madre y contar con el sostén de extraños se experimentó como una circunstancia decepcionante que promovió decisiones equivocadas y la construcción de una vida que realmente no se quería.

...y ya después regresé a la casa. Regresé y mi mamá reaccionó, ahí si se dio cuenta que yo existía, porque ya no me aparecí como tres días, regreso y que no, que era la vergüenza de la casa... mi mamá me dijo “jamás me vengas a decir, ya para mí no eres nada...”, esas palabras las tengo bien grabadas “vas a ser la vergüenza de la familia, te pase lo que te pase nunca me vengas a reclamar, yo para ti no existo...”... Que no me haya apoyado y que me haya corrido, eso es lo que más me duele... Y más me dolió, porque por ejemplo, con las personas que me fui a vivir, no tienes idea de cómo me apoyaron, en todos aspectos, material y...me llegaron a comprar muchas cosas para mi bebé. Yo les ayudaba, de hecho yo les ayudaba, ellos tenía un niño, y de hecho les ayudé mucho, yo se los cuidaba y ellos me protegían, vitaminas, de todo.. O sea, de hecho yo no me quise ir con mi esposo... yo siempre he dicho si yo hubiera tenido el apoyo de mi mamá, otra cosa hubiera sido. Si yo hubiera tenido el apoyo, no hubiera hecho todo esto, otra cosa hubiera sido mi vida... O sea, es lo que yo no quería, yo no quería esto, pero por el miedo a la soledad, por el miedo a... a esas carencias que yo viví... En ese momento yo me sentí reflejada en mi mamá y yo dije “no quiero que a mis hijos les pase lo que a nosotros”. Ese fue mi miedo... Mis hijos van a estar solos, mis hijos van a hacer lo que yo hice...

A pesar de haber hallado el apoyo que necesitaba en sus amigos, el temor por la soledad en la que viviría la crianza de su hija era mucho más intenso que la seguridad que le proporcionaban sus cuidados. Más que el amor, fue el temor por la repetición de su propia historia a través del estigma de una madre soltera, de educar a una hija sin padre, lo que la lleva a unirse definitivamente con su esposo, inmersa en la duda y la nostalgia por las ilusiones del naufragio de una boda y de lo que se pensaba podía ser una verdadera relación amorosa.

Ya después se apareció mi esposo nuevamente, y pues ya no me quedó de otra, dije bueno...o sea, mis pensamientos tontos “¿qué voy a hacer sin una pareja?, ¿mi hija cómo va a crecer?”... mi ilusión era casarme... Y creo que fue peor... porque, ya de ahí en adelante mi vida fue lo más terrible que te puedas imaginar: golpes, cantaletas siempre...

El escenario de seducción que habían vivido al conocerse fue el mismo que desató acontecimientos muy diferentes en la convivencia cotidiana. Lo que había parecido una aventura comenzó a deteriorarse en lo que se vivió como una realidad terrible, el deseo se transformó en odio y el fascinante baile que antaño los había unido se había tornado en un torbellino de violencia, humillaciones y alcoholismo que constantemente amenazaba la estabilidad del nuevo hogar.

Sí, las ofensas y los golpes fueron mi vida durante muchos años... Por ejemplo, él llegaba tomado, siempre llegaba tomado del trabajo y a ofenderme. Siempre a ofenderme y yo callada, yo nunca me defendí...si me llegaba a defender, pues luego luego los trancazos. Sentía mucho coraje, mucho coraje, mucho rencor... yo le tenía mucho miedo, mucho miedo...le contestaba y eran unas tranquizas pero buenas... siempre con miedo, siempre le tuve mucho miedo, pero demasiado. Yo lo veía llegar que venía tomado, y era una temblorina horrible...para mí eran un miedo las fiestas, porque ya tomaba y nombre... no, era un torbellino cuando tomaba, para mí eran un susto las fiestas, eran miedo... eso fue lo que no me hizo también quererlo, ¿cómo vas a querer a una persona que te maltrata?...Pero mi miedo era siempre “yo no voy a poder hacerla”, yo tenía miedo a enfrentarme con mis hijos...

Los hijos se convirtieron en la principal razón para continuar viviendo una relación que no se aleja en mucho de la realidad mexicana, en la que 2 de cada 3 mujeres han sufrido algún tipo de violencia durante su vida, 52% han vivido maltrato sexual, 80% de los casos inscritos ante la PGR son de violencia intrafamiliar, 5000 mujeres son asesinadas por el lado más oscuro del amor y más de medio millón de mujeres son amenazadas por éste problema¹. La necesidad de un apoyo económico y de una protección fueron sólo un lado de la moneda en la decisión de mantener la relación. En el otro lado estaban las propias motivaciones, derivadas de una infancia sin padre.

Pues era la necesidad, de un apoyo, a lo mejor económico. Para mí era eso, o sea, me daba miedo dejarlo y no poder darle a mis hijos de comer, o sea, alimentarlos... Al trabajar ya me empecé a sentir un poquito más...a no sentir tanto la necesidad de él. Pero en eso, empiezan a crecer mis hijos, y yo digo “no, ¿cómo voy a dejar sin su padre a mis hijos?”. Yo siento horrible no tener a mi papá, y es lo que me ha detenido, no quiero ver a mis hijos así solos, como yo estuve...O sea, para mí siempre ha sido el que yo no quiero dejarlo por mis hijos, no quiero que mis hijos sufran lo que yo sufrí sin un papá, es horrible, horrible no tener un papá. Es lo que me da fortaleza para seguir adelante... Hace poquito que me peleé, pensé en dejarlo, y me decía mi hija “es como tú veas, mamá, no sientas que por nosotros”. Pero no, yo siento que sufrirían mucho ellos. Y por ejemplo, a la edad que ahorita tiene mi hija menor, yo siento que le haría muchísimo daño, muchísimo.... Porque cuando pasó esto, yo hasta le dije a mi hija menor “yo me voy a ir, ¿te vas o te quedas con tu papá?” “yo me quedo con mi papá”. Fue así como si me diera una pedrada, “¿cómo, si yo estoy dando todo por ustedes?”, pero luego dije “no, pues es su decisión”... Si, yo creo que sí, la que se quedaría sería mi hija... y como papá, pues nada que ver a lo que era hace tres años... Yo sé que mi hija me comprende, de que no es necesario que yo este para que ellos estén bien, pero no me gustaría estar sin mis hijas, quiero aprovecharlas al máximo, no sé si sean muchos o pocos los años que yo pueda disfrutarlos, pero lo quiero hacer...

¹ Datos obtenidos del Noticiero Hechos, Junio del 2005, con base a encuestas de la PGR.

A lo mejor aunque no haya ese amor por mi esposo como yo quisiera, pero, pues el hecho de que los dos estemos con ellos, y luego ellas ven que jugamos y todo eso y estemos unidos ya no con ese pleito de antes.

Los temores de lo que podría ocurrir en caso de la ruptura familiar no eran meras suposiciones. Un intento de separación fue la experiencia clave que conjugo la confirmación de éstos miedos, los diversos obstáculos que se enfrentarían, la imposibilidad de construir un hogar fuera de la relación con su esposo y la realidad de no contar con su madre o cualquier apoyo alternativo al cual acudir. Cualquiera que fuera el lugar a donde pudieran ir, parecía que no había como estar en casa.

... yo sé que no cuento con el apoyo de mi mamá... De hecho, una vez nos dejamos, pero yo vi como sufrieron mis hijas... fue cuando yo empecé a trabajar, y ahí ganaba bien, si me iba muy bien, yo me sentí suficiente, yo dije “si puedo”, y lo deje. Fue de que “sabes qué, ya no te soporto”, y con ofensas y todo nos mandamos a volar. Me acuerdo, fue un domingo, nos fuimos y me fui a la casa... Ahí fue cuando mi mamá según me iba a apoyar. Fue cuando yo le dije que ya no estaba bien, y así como que entre quiso y no dijo “bueno, esta bien”. Y ya llegamos a su casa, él no me dejo llevar nada, y ya me fui con mis hijas, y ellas llore y llore porque no querían que nos dejáramos. Llegando a la casa de mi mamá, según nos iba apoyar, pero nos empezaron a poner condiciones “pues aquí se va a hacer esto y esto, y tú niña esto, y tu niña el otro, y aquí no se va a hacer esto...”, y bueno, horrible, y yo dije ¿cómo? Esta viendo cómo estamos y pues, me sentí humillada. Y ese mismo día mis hijas llore y llore “no, mamá, vámonos, ya no quiero estar aquí, cómo mi abuelita nos pone a hacer esto si ve como estamos”. Y sí, volví a llamarle a él por teléfono, yo fui la que le dije, y ya regresamos.

Sin embargo, la convivencia al interior del hogar, como se verá en el siguiente texto extraído de nuestra entrevista, no fue fácil. La protección, los detalles, la diversión, la comunicación y la confianza fueron ideales que no se concretaron en la esfera del diario vivir, dando lugar con frecuencia a sensaciones de frustración y de estar viviendo algo que no se quería. Al no recibir lo que se anhelaba, el amor no pudo construirse y la relación sufrió una degradación.

No he tenido, como se puede decir, pues esos detalles para sentir yo un amor... No sé, que me demuestre que me quiere, no sé, un apapacho, o detallitos, ¿no? A lo mejor... y se lo he dicho últimamente, un detallito, no sé, una flor, un te quiero mucho, que se preocupe por mí. Son cosas que yo si he trabajado y que a lo mejor él siente ridículas... pero para mí no son ridículas. Yo por ejemplo, he llegado a traerle una flor, he llegado a traerle un globo, una carta, una tarjeta, o sea,

pero... Y a la fecha si vamos en la calle y yo lo agarro de la mano, es porque yo lo agarro, pero no él, y le digo “a veces vamos y quisiera que nos diéramos un beso”, no sé, y dice “ay, es que así, como que se me hace ridículo”, entonces ya me acostumbré así. ¡Si tengo la necesidad de eso, si la tengo!... Luego llego a abrazarlo, le tengo que decir, ¡abrázame!, o ¡dame un beso! Tengo que estarle diciendo. A lo mejor en años pasados, pues sí porque estábamos bien amolados ¿no? Pero por ejemplo, ¿de tres años para acá?... Dice que me quiere, pero no sé de que manera me quiera, o no me lo demuestra. Yo he tratado, por ejemplo, luego le ando trayendo, por ejemplo, el día de los novios. Yo le he dicho, tengo ganas, de que por ejemplo, nos vayamos a bailar, de que me lleves a bailar, de que a lo mejor nos quedemos por allá en un hotel. Disfrutar como pareja, simplemente ir a dar la vuelta... aquí mismo, darnos una vuelta, pero no, siempre está cansado, siempre está fastidiado, está ocupado, se siente mal. Haz de cuenta, así como uno de mujer lo clásico “ay, es que me duele la cabeza”... A la fecha hay muchas cosas que no le puedo decir porque siento que se va a molestar. La confianza también sería muy elemental. Y es algo que tampoco ha habido entre los dos. Por ejemplo, a veces esta malhumorado, a lo mejor su enfermedad por el accidente que tuvo y luego le dio diabetes, no sé cómo se sienta, porque luego le pregunto para tratar de apoyarlo y dice “no tengo nada” y se molesta... y ahora me doy cuenta de la diferencia de edades... Él quiere de cha cha cha para allá (ríe), y yo de Parchis para acá... porque para nada los gustos de él y los míos, hasta en eso ¿no?... Y es lo que le he pedido, le he pedido, pero... igual no lo voy a hacer cambiar... Estoy consciente de que ya no... o sea, por ejemplo, hasta en lo sexual...en lo sexual también. Es una persona que pueden pasar días, semanas... se puede decir que un mes, dos meses han llegado a pasar y para nada.

Los fracasos y decepciones cada vez más frecuentes, la falta de confianza en que las circunstancias que se habían vivido durante años cambiaran, sumieron a nuestra informante en un estado de depresión y soledad. La rutina diaria y lo que se daba cotidianamente no eran promovidos por sensaciones de afecto o amor, sino por el miedo al vivir en un vínculo arraigado en la dominación.

... por él yo me desvivía, no por quererlo, sino para que no se enojara. Por ejemplo, su ropa bien planchada, le llegué a bolear los zapatos, le ponía los calcetines, la ropa superplanchadísima, así como de tintorería... Todo lo que pasé con mi esposo, no me valoraba. Me dejé caer hasta moralmente y físicamente. Me sentía muy deprimida. Había veces que me la quería pasar durmiendo y... me olvidaba de todo. Siempre me sentía bien infeliz, bien desprotegida, olvidada...

En una relación de éste tipo, no fue extraño que ocurriera también el maltrato infantil. Los actos violentos hacia los hijos se vivieron como una especie de desquite por lo que ocurría en la pareja, estando claramente relacionados con los fracasos amorosos de los

padres. La frustración, la amargura, el coraje y el reclamo provocados por la falta de amor y respeto entre esposos, y el aprendizaje de la vida llevada desde la infancia, fueron depositados directamente en los hijos: con ellos se tenía un poder, pues de alguna forma estaban en una situación de dependencia y subordinación con la madre. En la maternidad se vivió una dolorosa ambivalencia sentimental con los hijos, entre los deseos por su bienestar y el los malos tratos para con ellos.

A mí me dan vida mis hijas. A pesar de todo el daño que les hice, porque también les hice mucho daño con toda la vida que pasé...siempre amargada, siempre super neurótica, siempre recordar la peor vida que tuve... Me desquitaba a lo mejor con ellas... Les pegué mucho, demasiado...A pesar de que yo decía que las quería pero las maltraté...Les pegaba, siempre amargada, siempre estuve amargada, siempre renegando de la vida que tuve... Todavía siento que más con mi hija... Como que la hice muy rebelde, yo creo que con los tratos que tuve la hice muy rebelde... le llegué a pegar muy feo, a lo mejor cachetearla, jalarle los cabellos, gritarle. Con mi hija si fue con la que de plano... (sentía) coraje, como que... que siempre estaba peleando por culpa de ella.

... las llegué a maltratar cuando no querían aprender lo de la escuela, la clásica mamá de que “no aprendes...pues aprendes o aprendes” y si no, el trancazo, el jalón de greñas...Pero yo siento que a la que más lastimé fue a mi hija...si le hice mucho daño... a veces si siento ese poquito de rechazo de ella... Yo siento que... “mamá ¿qué me hiciste? ¿por qué me trataste así?”. Yo siento que ella no se apega mucho a mí, claro, con todo lo que le hice, pues era ilógico... También siento que se hizo así porque, la misma vida que yo tuve, como que se lo transmití...ese coraje... por ejemplo, yo le enseñé a hacer de comer, desde bien chiquita, por lo mismo de toda loca que estaba, bien chiquita las ponía a que “haz esto, haz el otro”... Lo mismo que mi mamá hizo conmigo, pues yo lo hice con ella... yo le decía “haces de comer”, y si no había comida, pues imagínate como la maltrataba. Ella era la que se quedaba, el quehacer siempre ella ¿no? De hecho, yo le veía sus manos (señala el dorso de su mano) bien maltratadas...yo sentía horrible pero yo decía “pues ni modo, no hay de otra”. Siento que fue la que más le cargué la mano en muchos aspectos.

A través de las experiencias vividas por Gabriela, es posible entender el sentido en que ella misma define varios tipos de amor. No hay un solo amor, pues existe el amor de madre, el amor a los hermanos, el amor de hija y el amor de pareja. A su vez, éstos amores pueden sentirse de maneras diversas. En cuanto a su relación de pareja, ella no define esa sensación como el ansiado amor, sino como una costumbre, un cariño construido por los años de convivencia, por el compromiso y la obligación.

...ahorita si me siento bien con él... el hecho de ya no estar peleando, de que ya tengo tranquilidad. Yo sé que a lo mejor él no quiere cambiar o no puede cambiar. El tolerarlo. El simple hecho de ya no estar peleando... pero...yo quisiera sentir ese amor, quererlo, amarlo, o sea, yo no puedo decir que lo amo porque no, yo no puedo... Pues, tal vez sea costumbre, pero así que yo te pueda decir “¡ay, es un amor que yo lo quiero mucho!” no, no así como yo quisiera. Puede ser cariño, pero quererlo como... como una costumbre... como, no sé, el que a lo mejor esté a mi lado. Pero de que lo amo, lo quiero, no... Y si, me gustaría hacerlo, a lo mejor... Bueno, tampoco puedo decir que no lo quiero porque ya son muchos años, tiene muchas virtudes también, el que es muy trabajador, cuida de la casa, cualquier detallito que se tiene que arreglar lo hace, está para ayudarme a hacer de comer, él es de que lo hace todo, a lo mejor que una mesita que ya necesita arreglo, es muy detallista en eso, son esas las virtudes que tiene. Pero, yo creo que la más grande, la que yo necesito, él no la puede tener. Pero sí, no puedo decir, no lo quiero, pero así decir ¡ay, lo amo, sin él no sería nada!, pues no, y espero que algún día se pueda dar... A lo mejor querernos de verdad, no esa costumbre, no ese compromiso de que por los hijos... porque la costumbre es que me tengo que estar aquí porque están mis hijas, el que ya es mi hogar se puede decir, de cuantos años. Pero el quererse es que ya vamos estando cada vez más...por ejemplo, ahorita ya se va mi hija ¿no? Al rato quizás también se vaya la otra, no sé...y vamos a estar solos y...¿nunca voy a sentir ese amor? Eso es lo que a mi me gustaría, porque después de todo es mi pareja de cuantos años, y a lo mejor el reconquistarme si me haría sentirme bien. Yo lo que pido es eso, el sentirme amada, querida, que me valorara.

Si bien en éste sentimiento de costumbre pueden reconocerse las cualidades del otro, también están presentes las sensaciones derivadas de las amargas experiencias del maltrato. Las condiciones de violencia en pareja vividas por Gabriela también han marcado su forma de sentir el amor. No poder sentirse amada por su esposo proviene necesariamente de haber sido maltratada por él, pues para ella querer a alguien de verdad significa proteger y cuidar. A pesar de los celos, las promesas y las palabras, el amor no puede venir de alguien que maltrata y lastima.

Sí, bueno, él siempre se sentía celoso pero porque era el típico macho “¿cómo me va a engañar mi mujer?”, no porque sienta algo hacia mí. De hecho él dice que sí, pero yo digo que no, que no siente algo, o a su modo, o muy a su modo, pero yo no siento que sienta algo de cariño hacia mí, o que me quiera. Te digo que cuando quieres a alguien pues no maltratas, no humillas, no ofendes, no haces daño. O ¿qué es amor indio o amor apache? ¿te pegó y me tienes que querer? o ¿no te quiero si no me pegas?. Pues no...

Con todo y la complicada relación de pareja que Gabriela vivió durante años, el amor como un motor para continuar viviendo, como una fuente de vida y de gratas

sensaciones, como ese cariño en el que se disfruta y se sufre con lo que ocurre a los seres amados se hizo presente en su vida a través de los sentimientos por sus hijas. La maternidad de alguna forma abrió el camino para luchar, para salir a flote de múltiples acontecimientos, para verse ilusionada con la emoción de una hija próxima a entrar a la universidad o para sentirse conmovida, por ejemplo, al empezar a extrañar a una hija que muy pronto se va de casa.

O sea, a mi lo que me da vida son mis hijas...Ahorita, por ejemplo, de mis hijas si siento bonito "al rato vamos a tener esto, y el otro". O sea, piensan en grande, y ahorita que mi hija ya va entrar a la universidad, pues me siento mejor... Siento bonito que ya va a entrar a la universidad... y son cosas que ¿dónde me iba a imaginar? Siento bonito porque tienen muchos proyectos de vida... y, por ejemplo, ahorita con lo que estoy pasando de mi hija, si me siento muy mal, o sea por lo de que se va de la casa...(deja salir algunas lágrimas). Ellas son mi motor de vida. Sí, a mi lo que me da vida son mis hijas.. para mi son mi vida ellas.

Probablemente en las cuestiones amorosas, la situación de ser madre resulte privilegiada. A través del ser padres, y si las personas se abren a ello, existe la posibilidad de conocer el amor. Al menos así lo vivió nuestra entrevistada, pues es al hablar de sus hijas donde se descubre una lección de vida en cuanto a lo que significa amar verdaderamente a alguien, al abrirse a dar de corazón, al esperar con ilusión, al preocuparse por el bienestar del otro y al buscar dar algo mejor de lo que se recibió, solamente por amor.

Por eso digo que mi motor son mis hijas. Que yo sé que al tiempo yo voy a estar sola, que no voy a estar con ellas, sé que no voy a recibir nada de ellas, nada. Puedo jurar que no estoy atendida a que van a crecer, van a estudiar, me van a dar... lo doy de corazón. Eso si te puedo decir, y con mucho amor a mis hijas...Cuando los iba a tener sentía muy bonito, los esperaba con mucho amor... para mí era siempre estar bien ilusionada, haciéndoles ropita, haciéndoles pañalitos como antes eran los pañales, su ropita. Igual, lo que mi mamá no hizo, yo siempre los traía limpios, bien arregladitos. Mi hija siempre se acuerda, siempre bien peinadita, sus trencitas, sus colitas, sus vestiditos. Tejerles, hacerles... Aún antes amolada les di amor, me preocupe por ellos, de que no pasaran lo que yo pasé... de eso no me puede remorder la conciencia.

¿Ese sería el amor?

Sí, para mí si. Ahora dar todo. Si realmente amolada lo di, ahora con más razón... ya consciente, si lo doy mucho más.

Pero el amor no sólo puede ser el privilegio de ser padres. De principio y al final en nuestra condición está el amor propio, aquél que al irse los hijos, al mantener una buena

relación en pareja o al fracasar en ella, pueda ser lo que nos mueva a vivir. El amor a sí misma, expresado en la alegría de vivir, en lo que se da, en la aceptación, en las cosas que hace para su bienestar e incluso en el abrazo que sea capaz de brindarse, puede ser el origen de las fuerzas para seguir luchando, el antídoto contra la depresión y la fortaleza para no dejarse caer. En la búsqueda del amor, nuestra informante concluye que lo principal es no perder y cultivar el amor a ella misma.

Y te digo, estoy dispuesta a luchar, y si no se me da y no lo puedo obtener, quererme a mi misma... luego yo ahí me ando abrazando y yo sola me motivo, no me dejo caer, porque antes sí, antes si me deprimía bien feo... no me daba cuenta que yo existía, porque me deje caer mucho, mucho...pues de la mala vida que tuve. Como que me olvidé de mí.... Hasta físicamente. No me gustaba arreglarme, no me sentía querida... Ahora ya, pues trato de arreglarme, me siento bon... me siento bien... de hecho hasta mis hijas me valoran mucho en eso, por ejemplo, siempre fui a la escuela con ellas y siempre fui arreglada, nunca me gustó andar desarreglada, y ahora, pues menos. Por ejemplo, luego me cuido la cara, yo trabajé mucho lo de cosmetología de Jafra, y me gusta cuidarme. De hecho de lo que vendo de eso, pues sale para lo mío, me gusta cuidarme. Y yo misma... o sea, yo no digo “voy a andar arreglada para mi esposo”, porque yo vi que no me valoró en eso, pero voy a andar arreglada para mí, para sentirme bien yo y para quererme yo misma. Me tengo que querer yo a mi misma y no me dejo caer... Pero si me quiero mucho yo... Me he preocupado por mí, no así del ego, ni de vanidad como mujer, sino que no me dejo vencer.

3.4. Del desamor, la soledad y otros fantasmas: historias cotidianas en pareja.

¿Habría pasado un espectro? Por mucho que se preguntara el porqué de su sensación, no conocería la respuesta, pero era probable que procediera de una hendidura dejada por un vacío repentino en su corazón.

Yasunari Kawabata

A través de los relatos de vida recolectados, la experiencia amorosa ha demostrado ser un espacio en el que se conjuga la totalidad de las vidas de dos personas, de sus cuerpos, de sus personalidades, de sus debilidades o de sus fortalezas. Es a través de éste contacto, cuando se viven en conjunto las situaciones rutinarias del hogar, la intimidad sexual, la crianza de los hijos o las necesidades económicas, que se puede experimentar el flujo de la corriente de la vida que se ha cultivado o se ha atrofiado en ellos, a raíz de las vivencias más relevantes en su conformación como personas, en la plenitud o la necesidad de amor desde pequeños.

El amor como la armonía de ese cauce de vida, como una sensación de unión con otro ser humano y con uno mismo, como el contacto corporal sin barreras o como una experiencia que provoque paz y bienestar, ha sido un ideal muy alejado de las sensaciones cotidianas en la trayectoria de vida de nuestros entrevistados. En contraste, las experiencias en pareja han girado en torno a la pasión, el deseo, el desamor y el odio, conviviendo siempre con la presencia de espectros que en el pasado dejaron una hendidura en el corazón, precisamente como lo señala nuestra epígrafe.

Amor, deseo y pasión suelen ser conceptos intercambiables en la literatura, la música, el arte e incluso en las especulaciones teóricas. Sin embargo, a pesar de que en las historias cotidianas las experiencias en pareja pueden ser reducidas a éstos términos, finalmente se distingue que el amor es algo más que la pasión tormentosa de un torbellino o el deseo de un seductor baile. De hecho, la disposición del vínculo de pareja en éstos términos ha impedido una construcción de un amor verdadero que abra el camino hacia una existencia satisfactoria. Por el contrario, la pasión y el deseo han mostrado ser matices del sufrimiento que conjugan diferentes limitaciones para la calidad de vida, entre las que se encuentran una sensación de soledad, un vacío que jamás se llena y que es experimentado en términos corporales como un embotamiento de las sensaciones, el desarrollo de enfermedades degenerativas y en general, la pérdida de plenitud y de sentido de la vida.

En la condición corporal, la ausencia de una construcción amorosa promueve senderos químicos, emocionales y genéticos complicados. De principio, sólo el sentimiento del amor puede permitir alimentar a un cuerpo en desarrollo, vestirlo, cuidarlo y llenar sus sentidos de saludables sensaciones. Cuando no se vive éste proceso, las relaciones con los padres y la estancia en el hogar se encarnan como insuficiencia y una necesidad persistente de amor, construyéndose una sensación corporal de vacío y de reclamo, una pérdida del sentido de la vida, un abandono corporal expresado en el alejamiento de los propios sentidos y una privación de la oportunidad de cultivar el amor por uno mismo y por la vida.

El aislamiento respecto a las propias sensaciones y la impresión constante de un vacío son circunstancias que al conjugarse, finalmente han llevado a una búsqueda frenética de

algo que hace falta pero que no se sabe exactamente qué es. Los paliativos ofrecidos socialmente constituyen opciones para suprimir la sensación momentáneamente, a través del entretenimiento, la exaltación artificial o de un alejamiento aún mayor de sí mismos, sin lograr la conformación de una conciencia o la curación: el alcohol, la promiscuidad sexual, las drogas o la violencia son algunos caminos que los amantes encuentran para lograr sentirse vivos. En éste contexto, las elecciones personales respecto a la formación y convivencia con una pareja o con una familia no se mueven en el ámbito de la convicción personal, de un proyecto de vida, de la cooperación o del amor, sino por las sensaciones de carencia y vacío que embargan a la persona por la pérdida o del amor en sus vidas desde temprana edad. En el caso de Marcos, por ejemplo, la imposibilidad de amar y ser amado por estar en profundo contraste con la identidad masculina dejó un profundo vacío, que en su intento por ser llenado a través de la adicción al alcohol, las drogas o incluso hacia sus propias endorfinas en su vida sexual, sólo aumentaron su necesidad de sentirse vivo y el sufrimiento en su propia vida y entre sus seres queridos. Por otro lado, el caso de Gabriela nos muestra la manera en que esa falta de amor desde pequeña puede tener una continuidad en toda la trayectoria de vida, y como la búsqueda de ser importante y de ser amada por alguien puede influir en las decisiones más importantes, hasta construir una vida que no era lo que se esperaba, en condiciones de dolor muy extremos.

Éste proceso corporal puede llevarnos a las circunstancias éticas y morales de la ausencia del amor. Sentirse atraído por alguien, enamorarse, vivir con alguien o formar una familia son situaciones muy aceptadas socialmente como estilos de vida productivos. Sin embargo, las biografías de nuestros entrevistados nos invitan a preguntarnos acerca de la calidad de éstos vínculos. Idealmente, éstos sucesos tendrían que formar parte de un proyecto de vida en el que se consideren las propias inclinaciones y la visión del mundo que se desea para futuras generaciones. Sin embargo, formar una pareja o una familia ciertamente significaron un conjunto de elecciones arrebatadas por el deseo o la pasión momentánea entre las tensiones, la fragmentación, los desequilibrios y las carencias corporales y emocionales. Las familias de nuestros informantes se encuentran lejos de ser el lugar en el que pueda concretizarse el amor a través del contacto afectuoso entre padres e hijos, del disfrute cotidiano entre los amantes, de la resolución de los conflictos por medio del diálogo y la tolerancia, o del verdadero aprecio de la propia valía y de la del otro. La realidad de nuestros testimonios reflejan un

ámbito familiar que se construye a partir del complemento de las debilidades y carencias de los amantes, en el que se depositan y se reproducen la dominación, el miedo, las frustraciones, los rencores, los sueños perdidos, las adicciones, la traición y el maltrato.

Las dimensiones más graves de conformar familias al margen del amor radican principalmente en la nostalgia y el remordimiento. La calidad de vida de las personas se ve coartada por la melancolía acerca de lo que se hubiera querido, por lo que se necesita pero no se tiene, o por mantener un vínculo en el que sólo hay costumbre y obligación. Si imaginamos vivir día tras día algo que no se quiere, convivir con alguien a quien no se ha amado y que incluso ha sido objeto de odio, confirmaremos que finalmente representa un desgaste en el aliento vital y la imposibilidad de hallar en sí mismo y en la pareja una motivación real por la cual luchar y con quien compartir. En éstas condiciones, las enfermedades psicosomáticas no se hacen esperar, la vida se acorta y surge la probabilidad de sufrir una muerte dolorosa y degradante, en la que la culpa y la frustración actuarán el papel principal. Las consecuencias de la falta de amor y la insatisfacción con la vida también moldearon la cotidianeidad de nuestros entrevistados: no es gratuito que la pareja de Gabriela actualmente sufra de diabetes mellitus, siendo diagnosticada la enfermedad a sus 45 años, una edad aún bastante productiva. Tampoco es casual que la pareja anterior de Marcos haya fallecido a una edad bastante temprana (45-50 años).

Las consecuencias de una degradación del amor no se detienen en los procesos de vida y de muerte de los amantes. Es necesario asumir que hay vida más allá de nuestra propia muerte, y no nos referimos precisamente al cielo o al infierno, sino a la dimensión social del amor expresada en la memoria corporal de los hijos y de generaciones posteriores. En las biografías personales que hemos presentado, la permanencia de las actitudes y modos de vida de los padres no sólo fue clara al encontrar la presencia del padre de Marcos en su vida actual, aún después de fallecido; sino en las formas en que actualmente construyen la vida sus propios hijos. Es digno de subrayar la manera en que Marcos habla del noviazgo de su hija y de su decisión de casarse sin una profesión y con tan solo algunos meses de conocer a su futuro esposo, como un amor apasionado que seguramente se eclipsará con la convivencia, mero producto de una sensación en la que la “hormona mata cerebro”, por ser justamente lo que a él le ocurrió; o cuando la joven hija de Gabriela elige como novio a un hombre mucho mayor, con una historia previa de

un fracaso matrimonial, muy similar al estilo de vivir el amor que su madre experimentó desde temprana edad. Al dar una mirada a la versión de nuestros entrevistados acerca del vínculo y los tratos hacia sus respectivas hijas es evidente que no puede darse lo que no se tiene, es decir, que la ausencia del amor a lo largo de toda una trayectoria de vida también deteriora la capacidad de guiar a otros y dar ese amor del que se careció, ofreciendo para ellos un camino un tanto incierto, entre decisiones igualmente precipitadas por la necesidad de colmar vacíos emocionales similares.

Las cuestiones amorosas son parte de un aprendizaje que se deposita directamente en el cuerpo, a través de las múltiples experiencias vividas con los padres. De hecho, es poco probable que éstas jóvenes conozcan la verdadera historia de sus padres y que los orígenes de sus propias maneras de vivir y amar se hayan asimilado en una charla sobre lo que es el amor. Sus circunstancias seguramente obedecen a un proceso corporal mucho más común de lo que se cree, en el cual se reproducen los mismos hábitos, los mismos reclamos, las mismas debilidades, las mismas necesidades, en fin, las mismas historias. Las repercusiones sociales de ello son alarmantes si consideramos los interminables ciclos de desamor en el que pueden verse inmersas familias completas, construyendo sujetos que se ven obligados a vivir continuamente con la limitación de no poder amar y ser amados, desencadenada por las decisiones propias y las de aquellos que marcaron el curso de sus vidas. La incapacidad de amar finalmente deriva en limitaciones en la forma de orientar la propia vida y la de otros hacia senderos más satisfactorios.

Los alcances de la falta de amor, de vivirlo como una mera pasión o un deseo momentáneo, y la consecuente incapacidad de sentirlo y entregarlo, son especialmente evidentes en el escenario terapéutico. Las condiciones de los vínculos con los demás son un tema invariable en el quehacer psicológico cotidiano, en tratamientos de todas las categorías: niños, adolescentes y adultos de todos los niveles y todos los ámbitos son susceptibles a las insuficiencias en los terrenos de sus lazos filiales más cercanos. En la experiencia de psicoterapia a adultos es frecuente encontrar desde las variadas enfermedades psicosomáticas, los amores frustrados y los fracasos matrimoniales hasta la pérdida de la fe o arraigados resentimientos hacia un padre o una madre cuyas decisiones estuvieron lejos de brindar la atención y calidad de vida deseadas. Con los adolescentes y los más pequeños el desamor también suele ser un elemento fundamental

para la detección y resolución de sus dificultades, sobre todo cuando observamos que la hiperactividad, el déficit de atención, la depresión infantil, los problemas de lenguaje o conducta, la enuresis nocturna o las enfermedades se correlacionan directamente con el dolor, el miedo y la falta de amor depositados en ellos a través de una convivencia con unos padres en eternos pleitos, con una madre cuyo resentimiento por el padre es depositado en el hijo, con un padre que esperaba un varón en lugar de una mujer, con unos padres angustiados por haber esperado más que un pequeño con necesidades especiales o con aquellos que están desesperados por no tener la vida que verdaderamente querían, el amor que realmente necesitaban. La frecuencia con que hallamos éste tipo de problemáticas y muchas otras relacionadas con la falta de vínculos verdaderamente amorosos dentro del área clínica, nos obligan a asumir una perspectiva psicoterapéutica en la que el amor en la familia sea explorado como un aspecto clave en los procesos de evaluación, y forme parte relevante de los objetivos de la intervención. La trascendencia de éste sentimiento en el tratamiento a diversos problemas clínicos radica en la posibilidad que el amor ofrece de construir otra personalidad, de ser un medio de recuperación.

Cuando escuchamos las historias de las personas no sólo reconocemos su búsqueda y desengaños amorosos, también somos testigos de la forma en que el verdadero amor aparece en su cotidianidad como una necesidad, una posibilidad de integración y un impulso para dar vida, para sentirse plenos y para seguir existiendo. El amor puede ser un efectivo agente de curación, mucho más elevado de lo que se le asume comúnmente, porque amar y ser amado es parte imprescindible del ser humano. En el espacio cotidiano, la humanización de una persona, es decir, su inserción en una condición de valores como la bondad, la lealtad, la alegría, la justicia o la responsabilidad, y de un aprecio real por la vida, no puede ser posible si no existe el amor como mediador en las relaciones del yo con el mundo, tanto social como natural. Si ese amor surge espontáneamente en los vínculos más cercanos a través de una caricia, de la aceptación, de la confianza, de la intimidad, del respeto o de la tolerancia; es posible la construcción de un sujeto más cooperativo y más preparado para mantener una armonía con el mundo y para sentirse en paz consigo mismo.

Luchar por incluir el amor en nuestro hacer cotidiano y en nuestras elecciones más importantes, por deshacerse de las historias impresas en el propio cuerpo, por encontrar el amor por uno mismo y por los demás, parece ser un camino que requiere esfuerzo,

paciencia y disposición, aunque también promete la aceptación, el perdón, y una felicidad más concreta. Nuestra tendencia al amor, a pesar de los más oscuros episodios que podamos vivir, que también ha sido confirmada por las experiencias de búsqueda afectiva de nuestros informantes, resultan de alguna manera alentadoras acerca de la posibilidad de construirnos como mejores personas, siempre y cuando estemos listos e interesados en asumir la decisión de liberarnos de antiguos grilletes y cultivar un mundo más prometedor para nosotros mismos y para los que nos siguen. Como psicólogos el compromiso quizá sea doble, pues materializar ésta posibilidad nos lleva directamente a la búsqueda del crecimiento personal y a su vez, como agentes de opciones, a practicar una actitud profesional de exploración y desarrollo de alternativas eficaces para construir seres más libres para poder amar y ser amados.

3.5. Hacia nuevas formas de amar: algunas alternativas.

El amor, el trabajo y el saber son las fuentes de nuestra vida. También deberían gobernarla.

Wilhelm Reich

Para encaminarnos hacia experiencias amorosas más satisfactorias, un primer paso es el reconocimiento de las tendencias corporales, sociales, emocionales e incluso ambientales que han contribuido a vivir el amor de las formas en que lo hacemos, así como de las posibilidades y limitaciones que han aportado a nuestra vida. Un cambio de conciencia significa, en principio, asumir que la nuestra es una “época donde la conquista de la naturaleza por el hombre amenaza la vida planetaria, donde la actitud mental dominadora y el avance tecnológico son una mezcla potencialmente letal, y donde las instituciones creadas para mantener el dominio y la explotación son incapaces de enfrentar los impresionantes problemas sociales, económicos y ecológicos que han provocado” (Eisler, 1996, p. 9). Cuando nos damos cuenta de esto puede ser el momento de buscar nuevas formas de pensar y vivir, cuestionando muchas de nuestras suposiciones más arraigadas, preguntándonos si merecemos algo mejor y qué estaríamos dispuestos a hacer para mejorar (Norwood, 2003). Podemos entrever que el amor dominador es un obstáculo para la salud personal y social. Podemos vislumbrar relaciones más placenteras y favorables.

Sin embargo, la conciencia del proceso de relaciones amorosas desventuradas y de lo contrarias que pueden resultar a nuestro verdadero anhelo de conexión e intimidad con una pareja, no es suficiente para crear nuevos modos de amar. Es necesario conocer nuestras posibilidades para tomar decisiones: “*Elegir es asumir mis opciones*” (Tenenbaum, 1996, p. 215). Suponer que no hay alternativas o ignorarlas coarta nuestras elecciones y nos confina a límites de existencia demasiado estrechos, impidiendo que algún día expresemos serenamente: “Muero sabiendo lo que hay más allá de los horizontes estrechos en que nací. Y este es el objetivo de la vida.” (Gibran, 2002, p. 35)

El panorama de ésta época, que en ocasiones resulta tan sombrío, en realidad guarda una ventaja fundamental: la amplitud de horizontes. La diversidad de información y de medios para comunicarla, la multiplicidad de personas e interpretaciones sobre hechos históricos o actuales y la posibilidad de conocer distintas formas de vida, a pesar de no asegurar la educación o formación de los seres humanos, si representa la valiosa oportunidad para descartar que sólo hay una manera de vivir o una verdad absoluta acerca de la condición humana o del amor. Es alentador saber que un número considerable de personas luchan por construir condiciones alternativas de vida, y poder tener

esta posibilidad de elección, el reconocimiento de muchas formas posibles de vida, en tanto que otras civilizaciones han reconocido sólo una. Mientras otras civilizaciones dan salida satisfactoria sólo a un tipo temperamental, sea místico o soldado, hombre de negocios o artista, una civilización en la cual existen muchas normas brinda una posibilidad de adaptación satisfactoria a individuos de tipo temperamental muy distinto, de capacidades diferentes e intereses diversos. (Mead, 1985, p. 227)

La cantidad de información acerca de los caminos que se pueden seguir para lograr relaciones amorosas más favorables es por sí misma basta, y muestra el interés de profesionistas y legos en el amor. Las alternativas más populares y difundidas en la búsqueda de vínculos de mayor calidad son las derivadas de la psicología cognitivo-conductual, cuya propuesta sugiere que “los sentimientos son el resultado de la codificación mental de la información de la realidad.” (Rojas, 1997, p. 163). Desde éste lugar teórico se mantiene que las principales causas de los elementos destructivos o desequilibrados, y en general de todo “lo que mina las parejas...son precisamente los sistemas de creencias acerca del amor y la relación amorosa.” (Tenenbaum, 1996, p. 53) Son esas creencias y pensamientos lo que finalmente determinan nuestras conductas.

Para caracterizar la condición humana es muy común que se recurra a la metáfora computacional, hablando del ser humano como un sistema programado por su patrimonio genético, su situación familiar, su programa sociocultural y su experiencia personal, de forma que “toda pareja supone el *contacto de dos sistemas programados*” (Tenenbaum, 1996, p. 41)

Las propuestas derivadas de ésta visión en psicología incluyen la sensibilización sobre las creencias y conductas que impiden una relación estable y la posterior modificación de éstas. Son documentadas con frecuencia las debilidades que propician problemas en los vínculos afectivos, tales como los estilos comunicativos anómalos del “monopolizador, el latoso, el egocéntrico narcisista, el autoritario dominante, el espíritu de contradicción, el interlocutor impaciente, el conversador cañonero, el quejoso lamentador, el chismoso calumniador: estos casos de tipos de conversadores deficientes, anómalos o “patológicos” reflejan defectos en las relaciones humanas, rasgos negativos del carácter y de la personalidad.” (Torroella. 1999, p. 68). También se muestran las características amenazantes de la vida en pareja provenientes de investigaciones clínicas sobre el matrimonio, como la tendencia al dominio, los sentimientos de inferioridad, agresividad, evasión, irresponsabilidad, temor, rigidez, descuido, actitudes irreligiosas, celos, incompatibilidad sexual, complejo de superioridad, la manía de querer cambiar al otro, conflictos emocionales, tendencias neuróticas, el problema económico y la existencia de familiares dependientes fuera del matrimonio.

Después de conocer éstas problemáticas, el siguiente paso es reducir las tendencias equívocas y apoyar los pensamientos y conductas positivos como el amor mutuo, la intimidad, la calidad sexual, la tolerancia, la cooperación o la confianza. Los medios para lograrlo son la racionalización y la modificación conductual, utilizando usualmente pactos, contratos o listas. Por ejemplo, Rojas (1997) sugiere la creación de programas de conducta encaminados a disminuir lo negativo y promover lo positivo en búsqueda de relaciones satisfactorias bilaterales y de reciprocidad positiva. Se trata de un contrato personal que se construye a partir de la situación particular de la pareja en cuestión y comprende las conductas y creencias que se desean eliminar o promover. Un contrato podría incluir compromisos como: 1. Luchar por dominar el lenguaje verbal. 2. Aprender a olvidar. 3. Lograr mejor tolerancia a la frustración. 4. Recuperar gradualmente la confianza en el otro, 5. Parar mi agresividad. La persona que lo sigue

debe evaluarse diariamente del 0 al 4 (mal, regular, bien y muy bien) de acuerdo al cumplimiento de sus metas. Durante éste proceso, “son importantes unos técnicos que desde fuera estudian y desde dentro actúan, ayudando a modificar conductas enfermas, inadecuadas, mal estructuradas, erróneas y llenas de equivocaciones.” (Rojas, 1997, p. 117).

El caso del abandono de una relación insana también ofrece un ejemplo de ésta metodología: Shedd (2001) sugiere la realización de ejercicios mentales con la finalidad de desencadenar conductas más positivas, usando la imaginación para cuestionarnos acerca de nuestro ideal de relación amorosa y los pasos para poder lograrlo, o plasmando en dos listas las ventajas de continuar la relación y las ventajas de abandonarla.

Si bien ésta perspectiva psicológica ha ampliado la investigación sobre las tendencias racionales y conductuales negativas o positivas de una relación y ha mostrado algunas formas prácticas de aplicar éstos conocimientos, sus interpretaciones y técnicas asumen la visión fragmentada que hemos comentado anteriormente: un ser humano cuyo cuerpo es sólo un vehículo de los procesos mentales. Bajo esta consideración, existe el peligro de desviarnos de los objetivos terapéuticos en la exploración de nuevos caminos para el amor, al ignorar u olvidar que las tendencias personales negativas en un vínculo de pareja forman parte de un proceso corporal que se materializa a cada momento de la vida, en cada acción o decisión tomada, en cada creencia o pensamiento que se tiene. En éste tenor, las terapias que inciden directamente en las tensiones y sensaciones corporales son alternativas muy viables que permiten a las personas actuar y elegir por actitudes y conductas más dirigidas hacia experiencias amorosas más plenas, en congruencia con un desarrollo integral como personas.

Tal es el caso de disciplinas relativamente recientes en psicoterapia como la bioenergética, la acupuntura, el masaje y la herbolaria y el zen. Digo relativamente, porque en realidad muchas de ellas han sido retomadas a partir de tradiciones milenarias cuya sabiduría se enfocó a lo que el cuerpo humano necesitaba para sanarse física y psicológicamente. Actualmente, éstas técnicas han sido revitalizadas para alcanzar la curación emocional y “una transformación radical de las heridas emocionales que da como resultado la vivificación del cuerpo, la activación de la mente y, en último término, la iluminación del alma...mientras tengamos conflictos no resueltos a nivel

emocional, seguirán bloqueando nuestro avance hacia los niveles superiores del amor... cualquier cosa que tengamos que sanar es una oportunidad para la iluminación.” (Kingma, 1997, p. 98).

Precisamente, el hecho de que enfrentarnos a los aspectos negativos o problemas que amenazan nuestras relaciones signifique una posibilidad de crecimiento personal, es una alternativa derivada de sabidurías muy antiguas que nos muestran que “Los problemas son las semillas de la buena fortuna. Nos ofrecen la oportunidad de conocernos a fondo. También nos hacen apreciar los aspectos positivos que todo el mundo tiene en su interior, capacidades o talentos especiales.” (Ohashi, 1995, p. 24)

Cuando hay dilemas personales que se manifiestan constantemente en nuestra vida amorosa, como señala Barrick (2001), se debe a que existe una necesidad de darles solución; pero finalmente la persona tiene la opción de construir o destruir. Si al tomar conciencia de las problemáticas amorosas se desea construir, lo primero es integrarse a sí mismo, en relación con el cuerpo, con el pasado y con el presente. Para ello, no es suficiente con la modificación de los procesos mentales, cognitivos o conductuales. Es preciso iniciar en las profundas raíces de dichos procesos, hallados en la historia personal, en las emociones, y en el estado de nuestras vísceras, tejidos, huesos y fluidos.

Una de las opciones que se encaminan a cultivar el equilibrio y la totalidad de la persona a través de su cuerpo es la medicina alternativa, principalmente la acupuntura, la auriculoterapia, el masaje terapéutico y la herbolaria. También significa un camino sugerido para los amantes, debido a que la propia curación corporal a través de éste tipo de terapias puede extenderse hasta el vínculo amoroso, convirtiéndolo en un lazo más saludable, tan equilibrado como el propio cuerpo. La acupuntura es una disciplina terapéutica china que “condensa las experiencias obtenidas por el pueblo trabajador durante varias centurias en su lucha contra las enfermedades.” (Jun & Jing, 1984, p. V).

Hay una serie de aportaciones de la acupuntura que favorecen la renovación del amor a través de una ciencia integral, donde la vida corporal de las personas se encuentra en profunda interdependencia con la naturaleza y con sus emociones: el principio del Yin y el Yang, la relevancia del Qi y la Teoría de los cinco elementos.

El principio del *Yin* y el *Yang* determina que todos los opuestos en la trama de la vida deben permanecer en equilibrio para una vida saludable. Corporalmente, este precepto se traduce en la necesidad de una homeostasis entre el frío y el calor o la sequedad y la humedad para evitar la enfermedad. Lo mismo ocurre en la vida cotidiana, donde es fundamental el equilibrio entre el día y la noche, la cooperación y la competencia, la jerarquía y la igualdad o la pasividad y la actividad. Una buena relación de pareja también se vuelve esencial, pues es precisamente en ella donde se vinculan dos de las expresiones más importantes del *Yin* y el *Yang*: la feminidad y la masculinidad, respectivamente. Sin embargo, el equilibrio entre el hombre y la mujer no será posible mientras sus propios cuerpos no guarden una correcta homeostasis yin-yang, y de la misma forma, cultivar su unidad fomentará que los principios de masculinidad y feminidad dentro de la experiencia amorosa fluyan en una mayor armonía.

El concepto de *Qi* también expande el horizonte de posibilidades para los seres humanos, porque representa el punto de interrelación entre la vida corporal, la vida cotidiana y la memoria genética de una persona. El *Qi* es la energía o la esencia que mueve y genera la vida. Hay dos tipos de *Qi*: el *Qi adquirido* que es aquel que podemos obtener de las actividades que nos proporcionan energía, como alimentarnos, dormir, ejercitarnos, contemplar un día hermoso o incluso sentir amor por la vida o por otra persona. El *Qi genético* es aquél que heredamos de nuestros padres y que proporcionó la fuerza vivificante para iniciar nuestra existencia, permitiendo la continuidad de nuestros procesos vitales hasta que se apaga al acercarnos a la muerte. Ambos tipos de *Qi* en realidad son interdependientes: si comemos, descansamos y tenemos una vida satisfactoria podemos disfrutar de un estado corporal saludable que puede modificar el *Qi genético* que algún día daremos a alguien; o por el contrario, si descuidamos nuestras funciones vitales, si hay una decadencia en el estado de nuestras vísceras y si mantenemos relaciones destructivas con la vida, la naturaleza o con otras personas, nuestro *Qi* se verá afectado, mermando nuestra vida y la calidad de la memoria genética que guardaremos para nuestros descendientes. El *Qi* más que ser estático, “tiene una naturaleza *Yang*. Como el fuego, el *Qi* es insustancial, móvil y cambiante, un catalizador del movimiento y la transformación. De hecho, *Qi* es sinónimo de movimiento y proceso.” (Beinfeld y Korngold, 1991, p. 67). La sabiduría milenaria que dio origen al concepto de *Qi* hoy en día puede brindarnos la oportunidad de responsabilizarnos de la naturaleza de nuestra vida y muerte, de nuestra propia memoria genética y de la herencia

para nuestros sucesores, alentándonos a cuidar nuestros cuerpos y nuestras relaciones, no sólo para nuestro propio beneficio, sino para el de muchas otras vidas que compartirán nuestros genes.

La Teoría de los cinco elementos también vincula el cuidado del cuerpo y de la naturaleza con la calidad de nuestras emociones y relaciones. En ésta teoría, cada elemento, junto con sus órganos correspondientes y demás categorías forman un ciclo de interdependencia tal, que la condición de cualquier parte de ésta totalidad puede contribuir al equilibrio o desequilibrio humano. La siguiente tabla, resume las correspondencias de los cinco elementos.

Tabla 2. Las cinco categorías de las cosas
clasificadas de acuerdo a los cinco elementos (Jun & Jing, 1984)

Cinco elementos	Cuerpo humano					Naturaleza					
	Zang	Fu	Sentidos	Tejidos	Emociones	Estaciones	Factor ambiental	Desarrollo	Color	Sabor	Orientación
Madera	Hígado	Vesícula	Ojos	Tendón	Ira	Primavera	Viento	Germinación	Verde	Agrio	Este
Fuego	Corazón	Intestino delgado	Lengua	Vasos	Alegría	Verano	Calor	Crecimiento	Rojo	Amargo	Sur
Tierra	Bazo	Estómago	Boca	Músculos	Ansiedad	Verano tardío	humedad	Transformación	Amarillo	Dulce	Centro
Metal	Pulmón	Intestino grueso	Nariz	Piel y pelo	Melancolía	Otoño	Sequedad	Cosecha	Blanco	Picante	Oeste
Agua	Riñón	Vejiga	Orejas	Huesos	Pánico y miedo	Invierno	Frío	Almacenamiento	Negro	Salado	Norte

Es de particular interés para la psicoterapia, la relación que mantiene el estado de los órganos con las tendencias emocionales. Por ejemplo, al indicar las características del órgano *zang* hígado, se comenta que “El hígado se relaciona con las actividades emocionales, sobre todo con la depresión y con la ira. La depresión prolongada o la ira pueden debilitar al hígado afectando su función de drenaje y dispersión. Y también la falta de función del hígado viene acompañada frecuentemente de los cambios emocionales tales como depresión e irritabilidad.” (Jun & Jing, 1984, p. 17). Igualmente, se propone que, debido a que el órgano *zang* Corazón corresponde al elemento *Fuego*,

Emana calidez y luz: la calidez de la buena circulación y la luz de la conciencia. Bajo estrés, la calidez puede disiparse o convertirse en llamas y la luz puede ensombrecerse. Cuando el Sistema del Corazón funciona correctamente, la persona cuenta con una mente tranquila, buena memoria, claros sentidos, sueño reparador y una tez lozana. La naturaleza del Corazón es ser accesible, sensible y sereno, como un monarca que gobierna, no por la fuerza, sino transmitiendo alegría, manteniendo la paz y favoreciendo la comunicación. (Beinfeld y Korngold, 1991, p. 125).

Con base a éstas asociaciones, la acupuntura representa una propuesta viable para modificar los aspectos emocionales que causan problemas en las experiencias del amor, a través del tratamiento de sus órganos correspondientes, cuyo funcionamiento o nivel energético seguramente es deficiente.

La herbolaria o el masaje terapéutico también resultan opciones de trabajo corporal que pueden incidir en los órganos, y por lo tanto en la vida emocional de las personas. Las hierbas medicinales contienen sustancias naturales muy benéficas en el proceso curativo de determinados órganos. Por ejemplo, un té de boldo o de iztafiate pueden ser excelentes auxiliares en el la terapia alternativa de una persona cuya irritabilidad haga de sus experiencias amorosas algo insufrible; mientras un té de sangre de grado puede apoyar a una persona sumamente angustiada por las constantes dudas acerca de su relación.

Del mismo modo, el masaje corporal es un notable aliado en la construcción de cuerpos más saludables y, por ende, de amores más favorables, a través del ablandamiento de tensiones. Al igual que la acupuntura, proporciona la posibilidad de que la persona contacte con su propio cuerpo y tenga un mayor conocimiento de sí mismo, en contraste con el discurso médico tradicional en el que el enfermo no comprende las causas y características de su enfermedad. En el masaje terapéutico, la estimulación táctil en los canales energéticos que, de acuerdo a la teoría de la acupuntura, se encargan de transportar calor y energía a lo largo del cuerpo y hacia las vísceras, puede ser altamente revitalizante. Además, no debemos olvidar el enorme poder de expresión que supone la aproximación corporal:

El fondo profundo del masaje reside en su forma singular de establecer una comunicación sin palabras. En sí mismo, esto no es del todo extraño; a menudo, tocando o abrazando a los que nos rodean, por ejemplo, les hacemos saber que simpatizamos o que sufrimos con ellos, o que

apreciamos o respetamos lo que valen... El más ligero contacto se convierte en una forma de comunicación: como deslizar una pluma delicada sobre un papel sensible. La confianza, la empatía y el respeto, para no mencionar una sensación de pura y mutua existencia física, pueden ser expresados con una plenitud jamás igualada por las palabras. El masaje es algo esencialmente simple. Nos hace más plenos, más nosotros mismos. Las manos tienen el poder de transmitir esta posibilidad a otros. (Downing, 1987, p. 9).

Si queremos andar el camino de relaciones más agradables, no sólo es recomendable buscar con regularidad un masajista que nos apoye con nuestras tensiones y bloqueos corporales, sino también el darnos la oportunidad de dar y recibir amor, afecto y cuidado sin hablar, compartiendo un masaje con nuestros seres queridos, incluyendo a la propia pareja: “Tocar de forma amorosa y sin connotaciones sexuales es algo que alimenta al alma y al corazón.” (Barrick, 2001, p. 220)

Una opción de trabajo corporal que también permite integrarnos con nuestro propio cuerpo y, por lo tanto, con nosotros mismos, es la bioenergética. “Es una tesis importante de la bioenergética el que los cambios en la personalidad están condicionados por los de las funciones corporales, o sea, por una respiración profunda, una movilidad mayor, una expresión más plena y libre del yo.” (Lowen, 2004, p. 110). La bioenergética se basa en el supuesto de que el alejamiento del ser humano respecto a los demás y a la naturaleza se debe a la disociación de la persona con su propio cuerpo. De aquí que esta forma terapéutica se base en diferentes ejercicios corporales que tienen la finalidad de integrar a la persona ahondando la respiración, ablandando las tensiones y encontrando puntos ciegos de la memoria corporal que han quedado impresos en dichas tensiones, que conllevan a estados emocionales que incluyen la culpa, el miedo, la frustración y el resentimiento. Si bien éstas tensiones se conformaron en rescate de nuestra propia integridad al enfrentar situaciones dolorosas, es probable que actualmente sean tendencias destructivas en experiencias como el amor de pareja. Por ello, en bioenergética se sabe que “No somos culpables de lo que nos sucedió de niños, pero somos responsables de lo que hacemos con nuestro dolor una vez que somos adultos. En algún momento de la vida tenemos que dejar de ser los negligentes hijos de alguien.” (Roth, 1999, p. 158). A través de posturas corporales se busca despertar las memorias del cuerpo que permanecen ignoradas, y que en esa inconsciencia tienen el poder, como señala Kingma (1997), de dirigir y minar nuestras vidas. Contrariamente, al despertarlas,

se les puede dar un nombre, se puede explorar su condición original y finalmente es posible deshacerse de ellas.

Hay dos condiciones esenciales para relaciones amorosas más sanas en bioenergética, que corresponden a la totalidad corporal y a través de las cuales se persigue desbloquear aquellas predisposiciones que, como señala Barrick (2000), han cerrado herméticamente el corazón limitándonos a enclaustrarnos en nuestra propia soledad, en lugar de abrirnos a amar a alguien más.

La primera es la articulación del corazón con la cabeza. El corazón es el que necesita decir qué hacer, mientras la cabeza busca la mejor manera de hacerlo. De acuerdo con Lowen (1990), la cabeza no puede dar órdenes al corazón. El poder, la racionalidad y el impulso de obtener dinero, fama o éxito, asociados a la dominación de la cabeza en nuestra personalidad, pueden exigir demasiada energía, contaminar el amor y dejarnos un cuerpo rígido. La segunda es articular el corazón con los genitales debido a que, en nuestros tiempos, hay una marcada escisión entre la parte superior e inferior del cuerpo. Si no podemos conectar el corazón y los genitales, esto es, el amor y el sexo, impediremos que la actividad sexual sea sentida profundamente. Se considera que debido a que el amor erótico no mantiene su intensidad inicial, las relaciones de pareja fracasan. Pero “...no es la naturaleza del amor erótico, sino la escisión de la personalidad humana lo que explica el fracaso en las relaciones amorosas.” (Lowen, 1990, p. 241).

Debido a que el amor es fundamental en la condición corporal, la bioenergética guarda una relación muy estrecha con la construcción de experiencias amorosas más plenas. Es necesario trabajar terapéuticamente lo que se consideran los canales de comunicación del corazón o del amor: *el de la garganta y la boca*, que pueden permitir que un beso sea un solo gesto de amor o una expresión verdadera de amor, lo cual depende del grado de apertura de este canal; *el canal del corazón hacia los brazos y las manos* que nos llevan a abrazar y tocar, buscando las posibles tensiones que podrían bloquearlo junto con el impulso para vincularse con otros, y *el canal del corazón hacia la pelvis* llegando a los genitales que promueve o limita la sexualidad, pues esta puede ser un gesto alejado del corazón o una expresión del amor (Lowen, 2004).

Para abrir estos canales, las experiencias en los ejercicios van más allá de los actos mentales de racionalizar, reprochar, aceptar, proyectar o negar para avanzar a capas más profundas de la sensibilidad personal, cuyas sensaciones incluyen el grito, el llanto, los sollozos, el ablandamiento de tensiones y obstrucciones respiratorias bajo el control de la situación terapéutica. La terapia bioenergética busca que la persona encuentre lo que en realidad es y abra su corazón a todo lo que haga, es decir, el disfrute, el amor y la congruencia en toda actividad cotidiana. Cerrar el corazón no sólo implica una relación amorosa limitada, sino un aislamiento respecto a la vida y al propio cuerpo. De la misma forma,

...entregarse al amor no es entregarse a otra persona, sino al propio yo, al propio corazón y al propio deseo de amor. Hacer esto, sin embargo, implica todos los sentimientos de la persona. Cuando el yo renuncia a su hegemonía, deja de controlar el cuerpo y sus sensaciones. Debe aceptar el miedo al abandono, el dolor de la pérdida, la cólera de la traición. Debe aceptar que el yo está desamparado en todos los grandes acontecimientos de la vida; nacimiento, amor, enfermedad y muerte. Pero nuestro desamparo...no nos deja desprovistos de recursos. La naturaleza ha dotado a los seres humanos de los medios necesarios para reaccionar y responder a las ofensas y a los traumas. Nuestro cuerpo tiene la capacidad de curarse a sí mismo, al igual que nuestro espíritu. Podemos llorar cuando nos hieren, enfadarnos cuando nos traicionan y luchar y huir cuando nos amenazan. Estas respuestas mantienen nuestra integridad de modo que podamos enfrentarnos eficazmente con las vicisitudes de la vida. Sólo cuando están bloqueadas nos encontramos en desventaja.” (Lowen, 1990, p. 56)

El bloqueo de las capacidades corporales para enfrentar eventos dolorosos es un hecho característico de las formas de vida occidentales y su aumento ha sido relativamente reciente. En realidad, hay disciplinas antiquísimas que estaban en busca de todo lo contrario: aprovechar las capacidades corporales para enfrentar la vida y adquirir estados de conciencia trascendentales. Por ejemplo, cuando Lowen (2004) desarrolló el ejercicio del arco, no tenía idea de que más tarde tendría la oportunidad de observar una ilustración donde se mostraba un ejercicio de meditación en movimiento (*tai chi chuan*) muy similar a esa postura bioenergética. La búsqueda de nuevos horizontes y vidas más saludables no sólo es un hecho antiguo, probablemente fue una manera de vida generalizada hace miles de años. Es precisamente de esas antiguas sabidurías de donde se deriva otra de las alternativas para los amantes de hoy en día: el *zen*.

El *zen* no es una disciplina que se cumpla exclusivamente con la estancia en un monasterio o con la contemplación y meditación, sino una forma de vida. “El zen no sólo es una forma de sentarse a meditar, con la columna vertebral derecha, contar del uno al diez y del diez al uno, y tener los ojos abiertos y fijos en un punto en dirección de nuestros genitales, a metro y medio de distancia. Ésta es la forma de tratar de acallar la mente o tratar de minimizar el ego, darle su lugar y no pensar que es sólo un recurso que no da opción para ver el espacio donde uno está ubicado.” (López, 2000, p. 49)

Para los amantes que se concentran en la búsqueda de mejores rumbos, el zen es una posibilidad de integrar el propio cuerpo, ubicarse en el aquí y el ahora, ocupándose en éste momento preciso para construir una mejor relación, armonizándose con los otros y con la naturaleza, viviendo el momento y lo que hay, liberándose de deseos y apegos.

El zen puede vivirse durante la meditación, pero también en cualquier actividad de la vida cotidiana, siempre y cuando pongamos el corazón en ello. La ceremonia del té en China (*ichigo ichie*), es un claro ejemplo: “Cada reunión para tomar el té es un momento único en el tiempo, nunca volverá a repetirse...En el zen, sólo hay ahora. El pasado es pasado, el futuro es una ilusión. Sólo este momento ofrece la oportunidad de iluminación.” (Toshio, 2001, p. 66-67).

En la experiencia amorosa, la búsqueda del zen puede producir actitudes ante el amor que no sólo impidan las inútiles preocupaciones por el mañana o los destructivos reclamos del ayer, sino el disfrute de uno de sus elementos más relevantes: la intimidad sexual. El amor y el sexo, según la filosofía zen, pueden ser maneras de alcanzar la verdadera sabiduría y refinar el arte de vivir. A través del zen, más que lograr una relación amorosa y sexual satisfactoria a través de alguna postura específica o del descubrimiento de algún punto de estimulación, lo que se busca es la “habilidad para absorbernos tan profundamente que todo pensamiento sea olvidado y así sintamos la perfección de lo Divino” (Toshio, 2001, p. 18), esto es, mantenernos presentes. Para saborear un beso, para encontrar el deleite de una caricia o para apreciar la cercanía del otro no se espera un diagnóstico de cáncer o la expectativa del último encuentro, y se vive el momento sin pensar en el trabajo del día de mañana o los quehaceres pendientes: “El sexo zen consiste sencillamente en esto: los amantes hacen el amor dándose uno al otro, queriendo darse uno al otro; no tomando, no necesitando, sin egoísmos, sino

generosamente y dados al momento. El reto consiste en mantener esta actitud durante todos y cada uno de los momentos de una relación.” (Toshio, 2001, p. 122)

El zen, vivido en el ámbito amoroso y sexual, implica vínculos muy diferentes a los que hoy en día se mantienen, proponiendo la elección por senderos que se alejen del egoísmo, del uso del otro para la satisfacción personal, de la culpa o del miedo; y más acordes con la generosidad, la intimidad y la espiritualidad. “En el contexto del sexo zen, esto significa que debemos ver la divinidad de cada amante y no meramente usar a alguien para obtener nuestra gratificación, sino conectarnos con esa persona espiritualmente.” (Toshio, 2001, p. 148)

Lograr una conexión espiritual con la pareja, profundizando en la propia vida espiritual, es una alternativa que ha sido tomada con mayor seriedad dentro de algunas tendencias psicológicas sólo recientemente. “La búsqueda de lo Divino...ha sido la mayor aspiración y fuerza en todas las culturas y periodos de la historia, pero ha sido virtualmente ignorado por la psicología tradicional...” (Cortright, 1997, p. 13, citado en Miller, & Thoresen, 1999, p. 3). Por ejemplo, anteriormente la salud era tratada por chamanes y curanderos que se basaban en el aspecto espiritual para lograr el equilibrio y la salud en las personas. Más que una casualidad, la inclusión de las formas tradicionales de enfrentar la enfermedad muestran que en la experiencia personal, el buen estado físico, mental y espiritual son algo interrelacionado (Miller, & Thoresen, 1999).

A pesar de que la espiritualidad es una realidad y una necesidad de acuerdo con la experiencia humana a través de varios siglos, de que es algo que constantemente anhelamos y buscamos, a través del arte, la naturaleza, la música o el amor (Barrick, 2001), actualmente el entendimiento y vivencia de éste aspecto es algo cada vez más alejado de las costumbres personales cotidianas, sobre todo a la luz de las filosofías religiosas en donde el ámbito de lo sagrado se encuentra fuera del alcance de la vida diaria del ser humano. El hecho de que en las instituciones religiosas se manejen también situaciones de dominio, poder o intolerancia ha sido tan decepcionante para muchos, que representa una de las causas de la segregación de la espiritualidad. Para poder retomar el aspecto sagrado del ser humano como una opción para vivir con mayor armonía,

Diferenciar espiritualidad de religión puede ser útil...la espiritualidad (como la personalidad o el carácter) es un atributo de los individuos. La religión, en contraste, es una entidad social organizada... La espiritualidad no necesariamente involucra a la religión. Algunas personas experimentan su espiritualidad como una cuestión sumamente personal, centrándose en elementos intangibles que proporcionan vitalidad y significado a sus vidas...En ésta perspectiva, cada persona (pese a su participación religiosa), define su propia espiritualidad, que puede centrarse en experiencias materiales como el ciclismo de montaña al atardecer, la contemplación en silencio de la naturaleza, la reflexión de la dirección que tomará la propia vida o un sentimiento de conexión íntima con los seres amados. (Miller, & Thoresen, 1999, p. 6-7).

En la exploración de una “nueva espiritualidad” se busca romper las barreras científicas que impiden las propuestas de solución a problemáticas humanas como el amor en términos sagrados, mostrando que una persona sana y capaz de prosperar en la vida es aquella que se sostiene en la fe, y que la espiritualidad es un aspecto esencial en nuestra vida cotidiana y en nuestro propio cuerpo. A pesar de que la atención en la espiritualidad no se ha generalizado en la psicoterapia, algunos teóricos comienzan a sugerir que “el cambio personal y social requiere de serias consideraciones sobre la vida religiosa...los símbolos religiosos juegan un papel mayor en la formación de la identidad, inclusive en una cultura secular como la de los Estados Unidos. La religión, entendida como un sistema simbólico crea modelos de y para la realidad, sustenta y desafía los valores culturales a través del cultivo de ciertos modos y disposiciones en las personas que cualifican su actividad característica.” (Cooley, 1994, p. 32).

Si bien Lowen (1982) se rehusó a pensar en términos espirituales al estudiar la depresión, observó que la falta de espiritualidad es finalmente el origen del proceso de depresión-ansiedad que lleva, entre otras cosas, al uso de drogas para controlar éstos estados, a la violencia, o a la persecución frenética de diversión y estimulación. Este desencanto también conlleva a un deterioro en los vínculos con otros, falta de amor por la vida y falta de vitalidad en el cuerpo. Finalmente es la fe la que sostiene la vida, y a falta de ella, el aislamiento o individualización no se hacen esperar: no hay una sensación de pertenencia, un sentido de responsabilidad ni un enraizamiento hacia la naturaleza o fuerza vital. Por ello, la fe es un hecho corporal que surge de experiencias positivas en las que nos sentimos amados y que implica un aumento de la autoestima, por el simple hecho de saber que hay un plan para nosotros, que el cosmos nos exige una misión: por fin estamos aquí para algo. Contrariamente, la pérdida de la fe deviene de

experiencias negativas en las que nos sentimos decepcionados, aletargándonos en un estado constante de inconformidad que puede experimentarse como una especie de vacío existencial.

Inclusive, los cambios culturales de la espiritualidad han tenido efectos directos en la vida corporal, pues en “un proceso de desacralización de la naturaleza humana, en el cual el hombre se podía separar del cosmos, de los otros hombres y de él mismo, el cuerpo dejó de ser el signo de la presencia humana y pasó a ser un accesorio.” (López, 1998, p. 94). La solución que el iniciador de la terapia bioenergética propone, es precisamente llevar el aspecto espiritual al ámbito de la vida diaria, de manera que

La oración no es el único camino para expresar la fe. Un acto de amor también es una expresión de fe, y quizás la más sincera que se pueda hacer. En el acto de amor, uno abre su corazón a otro y al mundo. Esta acción que llena a la persona de una alegría inexpresable, le expone también a un daño profundo. Por consiguiente, sólo puede hacerla quien tiene fe en la humanidad del hombre y en toda naturaleza viva. La persona que no tiene fe no puede amar, y la persona que no puede amar, no tiene fe. (Lowen, 1982, p. 180)

Basar la fe en la acción cotidiana puede resultar un principio extraño para muchos, pero no lo es para comunidades de personas que representan otra de las posibilidades para experiencias amorosas más saludables: las comunidades anónimas. Seguir un programa de doce pasos puede ser “una manera de conocer gente nueva, aprender nuevos mecanismos de defensa y adquirir una perspectiva renovada de la vida y del amor...” (Fisher, 2004, p. 210). Por cierto, el axioma espiritual de Alcohólicos Anónimos, de particular interés en la construcción de una “nueva espiritualidad”, se asienta en el desarrollo de una relación constante con un poder superior a uno mismo al cual pueda dejarse la vida a su cuidado. Ésta es una relación personal que se mantiene a través de la oración y meditación, caracterizada por la cercanía y la colaboración. En el programa se considera que hay un intercambio constante entre esa entidad espiritual y la persona; prevaleciendo la posibilidad de la intervención divina en cualquier momento cotidiano:

la espiritualidad es vista como un mecanismo protector contra una recaída, y en ésta capacidad sirve como un patrón para guiar la vida diaria. Las interacciones sociales, el empleo y las decisiones financieras, la paternidad, la familia y las relaciones amorosas son percibidas todas como áreas en las que las creencias y prácticas espirituales son requeridas para una vida adecuada. (Tonigan, Toscova & Connors, 1999, p. 117).

Pero el programa de 12 pasos también brinda otras posibilidades. Si bien la espiritualidad sólo guarda sentido en el presente, “sólo por hoy”, no puede ser viable sin un duelo por el pasado que, a través de un inventario que permite expresar lo oculto durante años, produce un cambio de conciencia respecto a las pautas emocionales y conductuales que han llevado a determinado estilo de vida: “Hacer un duelo significa decirte a ti mismo la verdad sobre lo que has perdido, expresar lo inexpresable, no proteger a nadie de ese ser complejo que eres tú.” (Roth, 1999, p. 141)

La recuperación de la propia vida, del amor y de sí mismo implica enfrentarse al pasado y al presente, apoyándose siempre en una comunidad de comprensión integrada por personas que han franqueado el mismo proceso doloroso. La lucha por ser mejores personas dentro del programa ocurre en lo cotidiano, y los preceptos espirituales de las filosofías más antiguas como el amor, el perdón, el servicio, la lealtad, el respeto, la comprensión, la compasión y el trabajo se persiguen en las 24 horas del día de hoy.

Renovar la relevancia de la experiencia diaria al ubicarla dentro del ámbito espiritual, como ocurre en las comunidades de A.A., ha extendido sus efectos al grado de mostrarnos la profundidad de las consecuencias de nuestros actos cotidianos en la construcción de la sociedad. Se dice que “abrir puertas es el trágico mérito de nuestra identidad.” (Steiner, 1998, p. 179). Pero no sólo es una tragedia, también puede ser un privilegio y una responsabilidad: abrimos constantemente puertas en nuestras acciones y elecciones diarias, cambiando el propio rumbo, el de la historia y el de generaciones venideras.

La revalorización de la cotidianeidad también puede encontrar sus bases en la ciencia, siempre que mantengamos un compromiso de hacer posible una mejor calidad de vida a través de investigaciones que busquen dar un mayor poder a las personas dentro de la construcción de sus vidas y de su mundo social, mostrándoles las posibilidades con las que cuentan. Por ejemplo, cuando Lario, Lario y Lario (1996) sugieren la existencia de un gen del amor que sufrió una serie de mutaciones hasta transformarse en un gen de la dominación, a partir de cambios sociales, expande el poder de las experiencias personales hasta el grado de modificar la información genética propia y de las próximas generaciones. De la misma forma, el estudio de Lewis, Amini y Lannon (2001), que

muestra como el amor pueden modificar la regulación cerebral límbica, que participa en la armonización corporal de parámetros fisiológicos tan relevantes como la frecuencia cardiaca, la función inmunitaria, la presión sanguínea, la temperatura, las hormonas, las sales, los iones, los metabolitos, etc., ubica la satisfacción amorosa como parte fundamental de la salud. La capacidad de vincularse con otros y la revisión cotidiana de nuestras pautas de relación ya no resultan superfluas, sino que se vuelven fundamentales en el logro de la homeostasis corporal.

Es en el terreno de lo cotidiano donde puede surgir cualquier cambio cultural respecto al amor. Y aún si no fuera así, como señala Eisler (1996), serviría de muy poco crear sistemas político-económicos más justos, descartando cambios en nuestras relaciones personales, pues nos alejaríamos de lo que cualquier ser humano anhela: una relación de intimidad, cuidado, confianza y respeto mutuos. Por ello, en términos amorosos, es precisa “una resignificación simbólica, pero a través de transformaciones concretas dentro de la práctica social, esto es, dentro de la vida cotidiana, porque todo ha sido impuesto por costumbre.” (Montesinos, 2002, p. 138).

El primer aspecto de nuestra cotidianeidad en el que necesitamos experimentar esta resignificación es nuestro propio cuerpo, que más que ser un recinto para el crecimiento humano y un medio para dar y recibir amor, desde el siglo XIX se ha convertido en “un cuerpo para el trabajo, la reproducción, no para el disfrute o la construcción interior, sea subjetividad, alma, espíritu, etcétera. Se convierten en cuerpos automatizados que se ocupan de buscar lo que hace falta para ser felices, el consumo de productos para salir del paso y sentirse bien” (López, 2000, p. 324). Los significados alrededor de nuestros cuerpos demuestran que nos hemos vivido como “una máquina a la que le hace falta ‘una aceitada o una calibrada’.” (López, 2000, p. 329). Ya Descartes nos hablaba de una persona sana como un reloj que mantenía un buen funcionamiento (Dossey, 1986, citado en López, 1998). A la metáfora del cuerpo-máquina se ha agregado la sensación corporal derivada de la mercadotecnia, en donde “el cuerpo/yo ha sido primordialmente un actor de apariencia, exhibición y manejos de impresión.” (Csordas, 1994, p. 2). El alejamiento de nuestros cuerpos nos ha llevado, entre otras cosas, a múltiples dolores y enfermedades que han producido finalmente la vivencia del cuerpo como “una fuente de sufrimiento e infelicidad”. (Rivera, 2004, p. 42).

La degradación de los cuerpos, el deterioro del amor, las muertes denigrantes y las largas agonías, de acuerdo con López (2000), han sido algunos corolarios de éstas percepciones, de la falta de contacto y conocimiento de nuestro cuerpo y de la descomposición de la armonía del ser humano consigo mismo, con los demás y con la naturaleza.

Una condición primaria que nos puede proporcionar una mejor calidad en nuestra vida, en nuestra muerte y en nuestras relaciones amorosas, es precisamente modificar los significados y metáforas sobre las experiencias y procesos corporales dentro de nuestro mundo cotidiano. Para ello no sólo necesitamos saber las limitaciones de vivir el cuerpo de acuerdo a ciertas metáforas, también nos hace falta conocer otras posibilidades de significado para nuestra vida corporal y emocional.

Con metáfora corporal nos referimos a la expresión de la experiencia vivida, que puede comunicar la sensación y significados culturales o personales. Un ejemplo es cuando la gente dice que “se programa”, experimentando así su cuerpo a partir de la tecnología. “La metáfora, de acuerdo con Fernández (1986), es la manera primaria en que los individuos y la cultura hacen sentido del mundo. La metáfora es la forma de definir la identidad naciente e indefinible de una persona o un grupo...Además, las metáforas son creativas e infinitamente productoras de sus alusiones y significados. Entonces, las metáforas pueden proporcionar un lenguaje flexible, creativo y estratégico para la expresión del sufrimiento.” (Low, 1994, p. 143).

Las metáforas del cuerpo, en cuanto objeto, máquina, fuente de sufrimiento o actor de apariencia, pueden ser resultado de la experiencia. Sin embargo, dar continuidad a éstas alusiones sobre nuestro cuerpo también pueden terminar en experiencias limitadas de cualquier aspecto de nuestra vida cotidiana, incluyendo al amor, tomando a consideración que “el control político de las metáforas moldea nuestra experiencia corporal.” (Kirmayer, 1988b, p. 29; citado en Low, 1994, p. 144). En la búsqueda de otro tipo y significados corporales que puedan llenar nuestra vida amorosa de mayor plenitud, puede ser útil conocer las formas de vida y filosofías ancestrales, donde hombres y mujeres se vivieron a sí mismos como parte de un cosmos sagrado y cuya sabiduría probablemente logró en los seres humanos una mejor calidad de vida y un mayor contacto consigo mismos.

La cosmovisión de la sociedad mexicana es una de las opciones en la que el cuerpo aparece como parte inherente del cosmos, y en la que existía una división genérica masculino-femenino que organizaba el universo, la naturaleza, la sociedad y la vida diaria. Aunque actualmente las características asociadas con lo femenino podrían parecer inferiores a las características asociadas con lo masculino, la concepción de la época prehispánica las consideraba en el mismo rango de importancia, pues eran complementarias para la unidad y equilibrio cósmico. Finalmente, los aspectos femenino y masculino de la vida, incluyendo el hombre y la mujer, mantenían la posibilidad de ser necesarios e iguales el uno respecto al otro, propiciando que el amor pudiera ser una fuente de equilibrio y de reunión de la dualidad del cosmos y asegurando que los aspectos opuestos y la vida cotidiana mantuvieran un sentido sagrado: “los mexicanos concibieron la relación sexual en dos niveles: como la fusión corporal del hombre y la mujer, y como la fusión divina en la comunicación de lo femenino y lo masculino, ambos necesarios para la reproducción biológica y social. El coito fue el momento de unión perfecta entre el cosmos y el mundo cotidiano en la creación divina del ser humano.” (Quezada, 1996, p. 93). Las correspondencias respecto a ésta dualidad se muestran en la siguiente tabla.

Tabla 3. Correspondencias de la dualidad masculino-femenino en la sociedad mexicana.

FEMENINO	MASCULINO
Diosa Creadora. Diosas	Dios creador, Dioses
Tierra	Cielo
Luna	Sol
Muerte	Vida
Energía Negativa	Energía positiva
Abajo	Arriba
Viento	Fuego
Oscuridad	Luz
Noche	Día
Occidente	Oriente
Frío	Caliente
Blanco	Rojo
Mujer	Hombre
Madre	Padre
Sacerdotisa	Sacerdote

Otra forma de vida se nos muestra en el contenido de los versos del Cantar de los Cantares. Ahí encontramos una serie de metáforas y experiencias corporales, particulares al amor sexual, que forma parte de la herencia cultural proveniente desde la época de las Venus prehistóricas. Mientras en nuestra época la experiencia masculina de los órganos genitales y de la intimidad sexual suelen equipararse con dolor, violencia, y dominación; el amado en éstos hermosos versos se refiere así a su novia:

Él: “¡Qué bella eres, amada mía,/ qué bella eres!/ Tus ojos son como palomas/ detrás de tu velo./ Tus cabellos,/ como un rebaño de cabras/ que ondulan por las pendientes de Galaad./ Tus dientes, ovejas esquiladas/ que acaban de bañarse,/ cada una tiene su melliza/ y ninguna la ha perdido./ Tus labios son una cinta roja,/ y tu hablar es encantador./ Tus mejillas son las mitades de/ una granada a través de tu velo./ Tu cuello es como la torre de David,/ levantada para dominar;/ de ella cuelgan mil escudos,/ todos escudos de valientes./ Tus dos pechos, cervatillos coquetones,/ mellizos de gacela...//Me robaste el corazón,/ hermana mía, novia mía,/ me robaste el corazón/ con una sola mirada tuya/ con una sola de las perlas de tu collar./ ¡Qué amorosas son tus caricias,/ hermana mía, novia mía!/ ¡Más delicioso es tu amor que el vino!/ Y el olor de tus perfumes/ supera a cualquier otro./ Los labios de mi novia/ destilan pura miel;/ debajo de tu lengua/ se encuentran leche y miel,/ y la fragancia de tus vestidos/ es la de los bosques del Líbano.// Un jardín cercado es mi hermana,/ mi novia, un huerto cerrado/ y manantial bien guardado./ Tu tierra regada da un jardín/ de granadas/ con abundancia de frutos exquisitos/ y de hierbas aromáticas,/ nardo y azafrán,/ clavo de olor y canela,/ con todos los árboles de incienso,/ mirra y áloe/ con los mejores perfumes./ Fuente de los jardines,/ manantial de aguas vivas,/ corrientes que bajan del Líbano.” (El cantar de los Cantares, 4, 1-5 y 9-15)

Hoy en día para muchos la cama puede ser el lugar de luchas de poder o de frustraciones continuas. Germaine Green describe éste tipo de experiencias: “cuando un hombre se avergüenza de masturbarse, y en vez de ello aborda a una mujer para encontrar un apaciguamiento sexual, la vergüenza que atribuye a la actividad masturbatoria no es significativamente diferente en ese caso, excepto que la fricción es proporcionada por un órgano femenino y la eyaculación se produce en la vagina, se traspasa a la mujer. El hombre la considera como receptáculo donde vaciar su esperma, una especie de escupidera humana, y traslada a la mujer su aversión.” (Green, 1971, p. 253, citado en Chang, 2000, p. 166). Sin embargo, en éstos versos se manifiestan apreciaciones sobre el amor totalmente diferentes, siendo comunes metáforas como “Nuestro lecho es sólo verdor”, “Soplen, vientos del norte/ y del desierto,/ soplen en mi huerto/ para que se expandan sus aromas,/ y así entre mi amado en su huerto,/ y coma de sus exquisitos frutos.” (El cantar de los Cantares, 4, 16) o “He entrado en mi huerto,/ hermana mía,

novia mía,/ he tomado mi mirra con mi perfume,/ he comido mi miel en su panal,/ he bebido mi vino y mi leche.” (El cantar de los Cantares, 5, 1).

Ésta delicada composición también demuestra sensaciones femeninas de alegría, naturalidad y espontaneidad respecto al amor sexual, opuestas a lo que ocurre hoy en día. Si bien es cierto que la revolución sexual pudo ampliar la participación sexual de las mujeres, también es muy probable que la mayoría de ellas aún guarden una memoria corporal sobre la intimidad sexual que incluye sentimientos de miedo, vergüenza, retraimiento, frustración, dependencia y timidez, en contraste con la experiencia de la enamorada en ésta poesía respecto a su amado:

Mi amado es vigoroso y buen mozo,/ distinguido entre mil./ Su cabeza brilla como el oro puro;/ sus cabellos, como hojas de palma, son negros como el cuervo./ sus ojos como palomas/ junto a una fuente de agua,/ que se bañan en leche/ posadas junto a un estanque;/ sus mejillas,/ plantaciones de balsameras,/ cultivo de plantas olorosas./ Sus labios son lirios/ que destilan mirra pura./ Sus manos son aros de oro/ adornados con piedras de Tarsis./ Su vientre, marfil pulido,/ cubierto de zafiros./ Sus piernas, columnas de mármol,/ asentadas en bases de oro puro./ Su aspecto es como el Líbano,/ majestuoso como los cedros./ Su hablar es lo más suave que hay/ y toda su persona es un encanto./ Hijas de Jerusalén,/ así es mi amado, así es mi amigo. (El cantar de los Cantares, 5, 10-16)

El legado taoísta y budista también representa una alternativa en el desarrollo de mejores relaciones amorosas y formas de vivir el cuerpo más sublimes. Las hermosas metáforas corporales y emocionales que aluden una y otra vez a los elementos del universo, también son intrínsecas a una cosmovisión en la que el ser humano pertenece a la naturaleza y en la que el cuerpo humano es una fuente de crecimiento, energía y de los elementos cósmicos cuyo equilibrio mantenía la vida: el Yin y el Yang. Como mostraba Hsuan Nu, “en nuestro Universo, todo lo viviente ha sido creado a través de la armonía del Yin y el Yang. Cuando el Yang posee la armonía del Yin, todos sus problemas se resuelven, y cuando el Yin tiene la armonía del Yang los obstáculos se desvanecen. El Yin y el Yang deben ayudarse mutuamente el uno al otro.” (Chang, 2000, p. 48).

Debido a que entre la suavidad, la quietud, la noche, la tierra y la luna, una de las manifestaciones Yin es la mujer; y a que entre la dureza, el movimiento, el día, el sol y el cielo, una de las manifestaciones Yang es el hombre (Toshio, 2001), las comunidades

taoístas comprendían las relaciones sexuales entre hombres y mujeres como una expresión terrenal de la unión de los principios universales del Yin y el Yang. Las posibilidades humanas a raíz de éstos significados fueron bastante amplias. Tanto hombres como mujeres estaban interesados en lograr la satisfacción de ambos integrantes de la pareja, y consideraban que durante el acto sexual existía la oportunidad de nutrirse mutuamente, pues sólo de ésta manera era posible la armonía corporal entre el Yin y el Yang. Su cultura amorosa los llevó a escribir notables obras como El “Clásico de medicina interna del Emperador Amarillo” (*Huang Di Nei Ching*) y el “Clásico de la muchacha sencilla” (*Su Nu Ching*), pertenecientes al tercer o cuarto siglo de nuestra era, que estaban llenos de conocimientos en las artes amorosas y de hermosas metáforas corporales que hablaban del ser humano como una bella alegoría natural.

En un ambiente de alegría y admiración, para expresarse sobre las relaciones sexuales se usaba la metáfora “lluvia de nube”, que simbolizaba al amor como un ciclo de vida, de nacimiento y renacimiento (Toshio, 2001); para mostrar las profundidades de la vagina se hablaba de “los ocho valles”, entre los que estaban “la pequeña corriente” o “la perla negra”. Para referir las posiciones sexuales se aludía a imágenes naturales como “Cuerno de Unicornio”, “Pez Iluminado”, “Bambúes cerca del altar”, “Danza de los dos aves fénix”, “Patos mandarines enlazados” o “Mariposas al vuelo” (Chang, 2000). Al mencionar las posibilidades de nutrirse del ser amado, a través de la Gran Libación, se escribía delicadamente sobre cuerpo femenino, hablando del “Pico del Loto Rojo” y su esencia “Manantial de Jade” (la boca y la saliva), de los “Picos Gemelos” y su esencia “Nieve Blanca” (pezones femeninos y su secreción), y del Portal Oscuro y su esencia “Flor Lunar” (la vagina y sus secreciones). Además, el cuerpo femenino también era exaltado como fuente de vida y placer, como lo muestra un poema anónimo de la Dinastía Ming: “Llegamos a este mundo por el umbral/ del Portal de Jade,/ y una vez nacidos, anhelamos siempre retornar./ Esta eterna verdad/ encierra un mensaje:/ que el goce y el vigor del hombre/ proceden del mismo lugar/ que su creación.” (Reid, 1989, p. 312).

En la siguiente tabla se han recopilado algunas metáforas corporales sobre el amor sexual desarrolladas por los taoístas, informadas por Reid (1989), que también reflejan la relación de pertenencia del ser humano con el cosmos, y la plenitud con la que podía vivirse el amor.

Tabla 4. Metáforas orgánicas sexuales de la antigua China.

Significado técnico	Traducción literal.
Cerviz	Puerta interior
Clítoris	Terraza de Jade Perla Preciosa
Frenillo del clítoris	Cuerdas de Laúd
Prepucio del clítoris	Campo Divino
Coito	Nubes y Lluvia
Orgasmo (eyaculación masculina)	Perder Esencia Tener Fugas Rendirse Morir
Orgasmo femenino	Marea Alta Marea del Yin
Labios menores	Brotos de Trigo Perlas Rojas
Monte de Venus	La Colina de los Juncos
Orificio uretral femenino	Vasto Manantial
Orificio uretral masculino	Puerta de la Vida y de la Muerte
Pene	Tallo de Jade Instrumento de Jade Pico Yang Cabeza de Tortuga El Embajador
Vagina (orificio)	Cámara Bermellón Portal de Jade Puerta de Jade Cueva de Cinabrio Puerta del Niño
Vagina (superior)	Palacio Celestial Valle de Soledad
Vagina (vestíbulo inferior)	Pequeño arroyo
Vagina (zona media)	Valle Profundo Lugar Escondido Sendero del Yin
Vulva (inferior)	Vena de Jade
Vulva (superior)	Hondonada Dorada
Útero	Palacio del Niño

Cuando a través de la historia humana distinguimos que nuestras metáforas y experiencias corporales sobre el amor y el sexo no son una verdad absoluta, sino una opción más que se ha construido en contextos muy particulares, se abre la posibilidad de transformarlas, siempre que aceptemos asumir la responsabilidad y el privilegio de elegir. El medio más inmediato que tenemos para cristalizar ésta transformación y lograr la armonía en el amor no es la visita a lugares lejanos, ni la lectura constante de un sinnúmero de libros sobre las relaciones de pareja; basta con hacer contacto con nuestro propio cuerpo, con nuestras emociones, con nuestras necesidades y con nuestros dolores o enfermedades, para saber que es lo que nos hace falta y hacia donde es preciso orientar nuestra vida. Como dice un antiguo proverbio, “Sin salir de la puerta/ se conoce el mundo./ Sin mirar por la ventana/ se ve el camino del cielo./ Cuanto más lejos se va,/ menos se aprende.” (Lao Tsé, 1991, p. 59)

Tampoco será necesaria la búsqueda de grandes revoluciones culturales y de cambios macrosociales, ni será productivo esperar a que el gobierno federal amplíe las condiciones políticas, legislativas, sociales o económicas para lograr mejores relaciones entre los sexos, o que los medios de comunicación mantengan en su programación imágenes que promuevan vínculos afectivos más sanos y duraderos, alejándose de los constantes cuadros de violencia, sufrimiento, degradación humana y luchas de poder. Éste tipo de cambios serían muy deseables, pero servirían de muy poco si las personas no eligiéramos y nos ocupáramos por una revolución en un mundo más inmediato: la vida cotidiana. Esta es una gran enseñanza que no debemos subestimar: “Cuando el monje preguntó “¿Cuál es el camino?”, el maestro Nansen respondió: “La vida cotidiana es el camino”.” (Toshio, 2001, p. 27) Desarraigar las memorias corporales que nos impiden amar, ser afectuosos, tolerantes, libres o respetuosos, y expandir aquellas que nos vuelven cooperativos, amorosos, compasivos, humildes o sensibles; en conjunto con transformaciones en las acciones y lenguajes dentro de nuestra vida cotidiana, en el aquí y ahora, pueden dirigirnos a una conversión que nos permita encontrarnos y despojarnos de los defectos que ahora sólo funcionan para minar nuestros vínculos con los demás. Éste es el camino que puede guiarnos a una experiencia amorosa de descubrimiento, crecimiento, responsabilidad y armonía. Y no sólo eso, probablemente dejaremos una valiosa herencia sobre el amor a generaciones venideras y contribuiremos así a un verdadero cambio social.

CONCLUSIONES

Interrogarse sobre el amor es movilizar las cuestiones grandes y simples, es inclinarse sobre la moral de un tiempo, por supuesto, pero también sobre la guerra, el poder, la religión, la muerte... Cuando se tira del hilo rosado, lo que viene detrás es toda nuestra civilización.

Dominique Simonnet.

Buscar un esclarecimiento del tema amoroso nos llevó a un análisis que conjugó indagaciones y puntualizaciones incluso más allá de los objetivos planteados inicialmente. Cuando el primer paso para aproximarnos a las historias de amor o desamor cotidianas de nuestros entrevistados nos requirió de una propuesta teórica sobre una base antropológica, psicológica y social, fue evidente que el amor se desbordaba de éstos límites, llevándonos inclusive hacia las versiones biológicas, evolutivas, químicas y geográficas de las sensaciones de los amantes. Ciertamente el amor representó una experiencia holística cuyo análisis exigía procedimientos más complejos por conjugar todos los aspectos de la vida y de la historia humana, un tema fascinante que no parecía tener fin o principio, sino que figuraba más a una totalidad en la que todo se relacionaba con todo. Tirar del hilo del amor muchas veces parecía atraer diversos tipos de información cuya asociación no representó un retrato sencillo. No obstante, puntualizar sobre ésta integración de elementos también nos permitió descubrir una perspectiva más amplia de lo que la experiencia amorosa significa para las personas en su vida diaria.

Develar las experiencias de vida sobre el amor a través de los relatos de nuestros informantes, también representó toda una enseñanza que confirmó su calidad de experiencia holística y la necesidad de volver al amor como parte de nuestra naturaleza. El contexto teórico previo hizo posible abrir nuestras preguntas desde una perspectiva de respeto e interés. También nos permitió tratar el tema del amor durante la entrevista con la amplitud y el valor que cotidianamente se le confiere.

Si bien nuestros propósitos preliminares nos planteaban la necesidad de contar con la colaboración de informantes que hubiesen mantenido una relación con su pareja mínimo de un año; las puntualizaciones teóricas y la necesidad de distinguir las posibilidades y limitaciones que sus maneras de amar les había ofrecido a lo largo de toda una

trayectoria de vida, requirió de una relación de pareja mucho más extensa, por lo que fue indispensable que ambos hubieran convivido con su respectiva pareja un tiempo mayor a 10 años. Ésta condición posibilitó obtener biografías en donde el amor como un proceso cotidiano fuera revelado con una mayor profundidad. Las modificaciones en el diseño de investigación fueron posibles gracias a la flexibilidad del método cualitativo, por lo que resultó una metodología sumamente útil en la exploración de éste tema tan mencionado y a su vez tan escurridizo.

Conocer las historias de Marcos y Gabriela, nuestros informantes, también fue valioso para proponer alternativas más adecuadas a las circunstancias amorosas, que abordaran resultados más concretos en las formas de amar y de vivir, sobrepasando el plano racional de existencia e incidiendo directamente en donde se depositaban las sensaciones, vacíos e insuficiencias: el cuerpo y la cotidianidad.

A través de las conversaciones con nuestros entrevistados y de la indagación teórica e histórica sobre el amor, fue evidente que puede tener un lugar tan primordial en las disertaciones científicas y en el estudio de la condición humana, como siempre lo ha tenido en la vida cotidiana. Sin embargo, las opciones para su estudio científico generalmente han sido escasas, al ser considerado poco significativo o al intentar cuantificarlo y predecirlo a través de fórmulas aplicables a todos los amantes. Como podemos concluir del primer capítulo, la circunstancias teóricas del amor se deben a que su esencia guarda un profundo contraste con el pensamiento científico actual: en medio de la concepción de la naturaleza y del hombre en términos pragmáticos para nuestra civilización, de un universo separado del ser humano, del propio hombre como algo dividido entre lo racional y lo corporal, y de una serie de consecuencias entre las que hallamos la destrucción creciente del planeta, el agotamiento de la energía, las enfermedades y un sentimiento de vacío y ansiedad entre las personas, *el amor es una expresión holística de la vida y del ser humano que desafía la concepción fragmentada de la conciencia científica moderna.*

El interés por un estudio del amor en términos holísticos no sólo se debe a que una perspectiva integral de la experiencia humana promete la posibilidad de construir personas más sanas y asegurar la vida de nuestro planeta, de otras especies y de la propia; sino también porque nos ha permitido colocar el sentimiento amoroso en el

lugar que realmente tiene. Al considerarlo una experiencia holística, hemos sugerido que *al amar vivimos un aspecto esencial de la vida en términos ecológicos, biológicos, psicológicos, sociales, corporales y espirituales. Lejos de ser una experiencia aislada o trivial, representa la oportunidad de construir y articular nuestra herencia genética, familiar y cultural; nuestro estado corporal y espiritual; y nuestro respeto por la naturaleza y por las otras formas de vida con las que compartimos éste planeta.*

Si bien en algunas ocasiones el concepto del amor como algo inherente a la condición humana y a la vida en general ha sido cuestionado, argumentando que se trata de una invención de la civilización occidental, hemos propuesto una manera de sortear ésta controversia teórica: hay una diferencia entre el sentimiento del amor y la representación del amor. El sentimiento del amor nos refiere a aquellos aspectos clave que los definen, a aquellos procesos que están presentes continuamente a través de diversas culturas y épocas, y que han demostrado tener bases evolutivas y biológicas. La representación del amor nos remite a las construcciones amorosas muy particulares a una sociedad, cultura y época, relacionadas profundamente con sus instituciones, geografía, valores y estilo de vida.

El primer capítulo lo hemos dedicado al sentimiento amoroso, al análisis de sus características esenciales y universales, tales como el deseo de cercanía y conexión con el otro, el dar sin esperar recibir, la sensación de bienestar, la entrega, su cualidad de evento maravilloso y extraordinario, la tendencia a considerarlo un bálsamo curativo. Para ello, hicimos una lectura en un verdadero documento vivo: el cuerpo humano, aquel con el que precisamente amamos, aquél donde se imprimen las memorias de la caricia o de la pérdida. En sus procesos, expresiones, estado y enfermedades, se hicieron evidentes las bases evolutivas, biológicas y emocionales que nos han permitido asumirlo como parte fundamental en la construcción de la vida terrestre y humana. Sus orígenes fueron hallados precisamente en el caldo de cultivo de todas nuestras capacidades: los vínculos sociales profundos con los demás que en nuestros orígenes fueron una necesidad de sobrevivencia, fortalecida continuamente a través de la selección natural. En la supervivencia del más apto, el más apto no era el más fuerte, sino el más sociable.

El impulso a formar y mantener éstos vínculos sociales posiblemente fue el antecedente del sentimiento amoroso. Su estímulo principal ha sido el placer; y aunque en términos

científicos se ha colocado en un segundo plano, corporalmente ha demostrado ser elemental: desde los inicios de la vida humana significó una regla sencilla y confiable para aproximarse al mundo. Su persistencia en la memoria corporal desde generaciones arcaicas, por ser la diferencia entre la continuidad de la vida o la muerte, se convirtió en un legado genético que hoy en día literalmente disfrutamos.

El legado evolutivo de placer y amor se manifiesta también en el cortejo humano y en la selección sexual. Por un lado, las pautas de cortejo que compartimos con otras especies, como la cercanía corporal, los regalos, el contacto visual o la admiración de las habilidades del otro, sugieren que parecemos biológicamente predestinados a flirtear. Por otro lado, la selección sexual ha demostrado estar relacionada con nuestra evolución no sólo en cuanto a la conformación de nuestras particularidades secundarias. El hecho de que la evolución de la condición humana haya sido posible únicamente a través del contacto y la cercanía con otro, y que la continuidad de su vida estuviera ligada a su comportamiento sexual, nos hablan de su relevancia respecto al desarrollo de todas nuestras características corporales, incluyendo las intelectuales.

Fue precisamente en la extensión de las capacidades intelectuales donde se ubican los primeros antecedentes evolutivos del amor. Con el consecuente crecimiento del cerebro y la capacidad craneal, surgió un “dilema obstétrico”, pues pequeños cabezones superaban la amplitud del canal pelviano de las mujeres, amenazando sus propias vidas y sus madres. El nacimiento de un bebé frágil y semidesarrollado no sólo fue la solución natural a éste dilema, sino que derivó en una imperiosa necesidad del contacto y cooperación entre hombres y mujeres, con el objetivo de proporcionar cuidado a un cachorro nacido antes de tiempo.

El valor de éste sentimiento en nuestra historia evolutiva parece confirmarse en complejos hechos biológicos en nuestro cuerpo al momento de sumergirnos en la conmoción del amor: una magistral danza de hormonas en la que nos complacemos a través de la atracción, la euforia, el cariño, el compañerismo o el afecto por los hijos. Las endorfinas fueron las protagonistas de una serie de pesquisas científicas tanto en humanos como animales de diferentes especies, que finalmente las postularon como las “hormonas de la felicidad”. Al descubrirse como sistemas supresores de dolor y como fuentes de placer, al observar su participación en la sexualidad y la salud de un amplio

rango de seres vivos, podemos concluir que la trascendencia del amor y el placer van más allá de la historia de la vida humana, ubicándose como aspecto clave en el proceso de la vida en general. Incluso en la reproducción de los seres más antiguos, los protozoos, se ha encontrado a un pariente cercano de las endorfinas, la luliberina, en plena actividad.

Los hallazgos sobre las endorfinas también nos dieron cuenta del porqué, en ocasiones, ésta sublime danza de hormonas puede convertirse en el confuso y caótico jaleo de las relaciones donde el amor, el sexo, la violencia y la dominación van de la mano. Mientras la promiscuidad o la búsqueda de pornografía son algunos ejemplos de cómo las personas buscan alargar artificialmente el efecto de sus endorfinas, como una evasión al sufrimiento, e iniciando con ello un proceso de dependencia hacia sus propias péptidas; las relaciones destructivas o la erotización de actos violentos nos muestran las consecuencias de ese apego: una necesidad de estimulación cada vez mayor que finalmente busca satisfacerse con excitantes combinaciones del amor y el dolor, es decir, entre las hormonas del placer y hormonas de estrés, tales como el cortisol o la adrenalina. El desenlace de éste proceso implica un umbral al dolor cada vez más alto que puede llegar a promover una adicción al dolor, una sensación de vacío, una sacudida corporal y emocional, y finalmente, amores sumamente tormentosos.

La construcción del amor también está correlacionada con las transformaciones de nuestro espacio extracorporal: el macrocosmos, nuestro ambiente. En una breve monografía ambiental del amor, encontramos que la relación entre el deterioro natural y la degradación humana no son mera casualidad, pues mantenemos un parentesco primordial con nuestro planeta y el universo. Al asumir a la persona como un microcosmos, encontramos que se encuentra conformado, finalmente, por elementos terrestres: si éstos elementos se encuentran en desequilibrio, su salud física y emocional se verán afectadas. Remontarnos a Saharasia, en el año 4000-3000 a.C., entre los adversos cambios climáticos que hicieron de ésta antigua pradera el desierto que es hoy en día, ha sido un viaje histórico en el que éstas transformaciones ambientales han coincidido significativamente con transiciones sociales de condiciones pacíficas, cooperativas, solidarias e igualitarias a condiciones de dominación, competencia, desigualdad y violencia, sugiriendo que los procesos ambientales no son relevantes sólo en términos climáticos o geográficos, sino que mantienen una correlación importante

con la manera en que se construyen las relaciones sociales, entre las cuales se encuentra la experiencia del amor: es muy probable que el surgimiento de una cultura orientada a la guerra y la dominación fuera resultado de dolorosas experiencias de migrar y competir por los escasos recursos promovidos por la creciente desertificación. Las vías en las que los cambios climáticos inciden en la vida humana son variadas y nos llevan de nueva cuenta al cuerpo: las catástrofes ambientales, como lo ocurrido en Saharasia o lo que actualmente vivimos en la intoxicada Ciudad de México, dejan una huella en el cuerpo a través de sus procesos de nutrición, tanto en el sentido alimentario como en el afectivo, de crecimiento, de sensación y de educación.

El germen de los cambios culturales a través de las modificaciones ambientales fue en gran medida el sufrimiento y el trauma padecido por la población infantil. Éste hecho nos condujo directamente a subrayar las oportunidades y barreras que representan para la historia personal y social las experiencias vividas durante los primeros años en otro ambiente: el medio familiar. Si bien los juegos, los cantos, los colores y las sonrisas han sido parte de la imaginaria oficial sobre la infancia, encontramos que existe un lado oscuro de la niñez encarnado en tensiones, actitudes y conductas limitantes; en afecciones respiratorias o hiperactividad a las que subyacen la tristeza, la angustia y la ansiedad, promovidas por ambientes familiares en donde la falta de armonía, la insatisfacción por la vida, las enfermedades, las carencias materiales y afectivas, la violencia, las adicciones, el abuso y maltrato infantil y las ambigüedades emocionales paternas entre la hostilidad y el amor son cosa de todos los días. En éste contexto, concluimos que para una etapa adulta más sana y para construir relaciones amorosas de mejor calidad, es necesario que la familia simbolice un puerto seguro donde el pequeño puede sentirse amado. El compromiso de buscar vivir el amor en sus vidas para poder transmitirlo y generar nuevas alternativas para esos seres en formación se extiende directamente hacia los padres, son ellos los que finalmente pueden tener el curso de una vida y del mundo en sus manos.

La enorme trascendencia de la socialización dentro de la familia forma parte de la construcción de un sujeto cuyo macrocosmos no es solamente natural, sino cultural. Del segundo capítulo podemos concluir que al mismo tiempo que el amor, como sentimiento, es un aspecto universal; el amor, como representación, ha sido construido de diferentes maneras de acuerdo al contexto histórico y social en el que es

experimentado. Sentir amor, comer, o cualquier acción humana encaminada a la continuidad de la vida, han sido objeto de variadas prácticas específicas a una época o a una sociedad.

Nuestra propuesta de análisis es una aproximación donde el ser humano y la sociedad mantienen una relación bilateral: hombres y mujeres son al mismo tiempo, frutos y gérmenes de sus condiciones histórico-culturales. No se trata exclusivamente del sujeto determinado por una cultura anteriormente dada, que generalmente se ha esbozado por discursos consumistas, sino de aquél que es capaz de ejercer acción social a través de sus emociones, elecciones y movimientos cotidianos. Para comprender tanto los procesos en los que se transmiten ciertos valores y actitudes sociales, como las formas en el que cada ser humano participa en la construcción de su mundo social, la atención hacia el cuerpo fue fundamental. El cuerpo es el mundo natural a partir del cual surge el mundo social: el primer contacto con los otros desde que llegamos a éste mundo es precisamente el vínculo entre dos cuerpos. Desde el inicio, la condición corporal puede ser el blanco de las huellas históricas y, a su vez, la posibilidad de moverse socialmente, devolviendo a las personas y a su vida diaria el crédito, el poder y la responsabilidad que realmente tienen. La capacidad humana de crear una historia cultural y biológica se hizo evidente en los conceptos de memoria corporal y de praxis corporal. Por un lado, la memoria corporal, como síntesis de las impresiones sociales y de los movimientos humanos a través de la vida, del desarrollo biológico y de los procesos sociales, nos permitió hablar de “metamorfosis sociofisiológicas”, es decir, una serie de mutaciones intermedias que se dan a través de nuestras acciones cotidianas y que pueden alterar directamente la memoria genética. Por otro lado, la praxis corporal permitió entender las actividades y elecciones cotidianas como coreografías, cuyos movimientos en conjunto guardan un sentido y buscan ser eficaces, y cuyos orígenes se integran en la emoción humana.

Un marco teórico donde la emoción mueve nuestros sentidos y nuestras elecciones para hacernos partícipes de la producción y reproducción social, permitió ubicar al amor como aspecto clave de esa participación, por ser el crisol que incluía diversas sensaciones, la luz blanca del arco iris emocional, en fin, todo un sistema de motivación. En éste contexto, el análisis histórico de algunas maneras de amar en diferentes tiempos y espacios sociales no sólo nos permitiría distinguir las formas que toma la acción

humana en la composición de una sociedad, sino que nos guiaría por los pasos que dimos para llegar a amar y vivir como lo hacemos en el presente.

Para iniciar ese recorrido histórico por la vida cotidiana de algunos de nuestros antepasados, nos remontamos al paleolítico. Las dificultades de interpretación de estatuillas como las Venus prehistóricas resultaron en representaciones contradictorias e incluso erróneas de las formas de vida y cosmovisión de éstos arcaicos artistas. Al develar que la tendencia a observar armas, una especie de “magia de caza” o manifestaciones de la incorregible lascivia masculina sólo eran piezas del mensaje cultural encarnado en el investigador, materializado en su mirada o en su análisis, hubo una resignificación del sentido que pudieron guardar éstas expresiones culturales. En éste redescubrimiento surgió una cosmovisión en donde todos los elementos naturales, incluyendo el cuerpo humano, eran aspectos sagrados, donde los ciclos naturales y la llegada de la primavera tenían un significado especial, donde las imágenes de vulvas y penes, más que ser resultado de la supuesta promiscuidad sexual, son muestras del asombro y admiración ante el cuerpo y la sexualidad humana, y donde las Venus prehistóricas eran representaciones del asombro ante el cuerpo femenino, de su capacidad de nutrir y dar vida. La imagen del jardín del edén para describir ésta época, en la que existía la posibilidad de que hombres y mujeres sintieran una gran veneración por el cuerpo del otro y el propio, de relaciones entre los sexos más igualitarias y de una sexualidad vivida dentro del ámbito de lo sagrado, puede ser para algunos el resultado de la nostalgia por un mundo mejor. Sin embargo, ha demostrado ser una interpretación más acorde con las figuras encontradas y con los escritos poéticos posteriores dedicados a la Gran Diosa, derivaciones de una antigua tradición oral. Y no sólo eso, el retrato del paraíso paleolítico también nos ha mostrado que el amor experimentado en términos de lo sagrado, de la alegría y de la libertad, y la exaltación del cuerpo y la vida cotidiana, son una opción viable dentro de la condición humana.

Cuando nos adentramos en la vida cotidiana del mundo helénico a través de algunos de sus textos y tragedias más reconocidos, el amor, el gran Eros, apareció en un lugar central en la conformación de ésta sociedad. No era casualidad que el amor fuera el más antiguo de los dioses y que existieran al menos diez palabras para designar los distintos tipos de amor. Pero tampoco era casualidad que el amor griego pudiera ser una catástrofe o un designio que muchas veces sirvió para justificar los deseos humanos.

Entre el amor y la tragedia, entre la desesperación, el resentimiento, la angustia o la ira con las que se retrataban los vínculos entre hombres y mujeres, existía una experiencia corporal y social muy particular de la feminidad y la masculinidad: por un lado, mujeres confinadas al hogar, en dependencia absoluta con un varón en medio de un mundo de guerra y violencia, cuyos cuerpos eran marcados siempre por la inferioridad; por otro lado, hombres en un constante ir y venir en la vida pública, en un conflicto entre la misoginia, el amor hacia su madre, el matrimonio y las relaciones íntimas con otros hombres, cuyas tendencias corporales se mantenían en constante contradicción con los deseos provenientes de su alma. La experiencia masculina del amor fue particularmente importante para la civilización occidental, por ser ellos los principales productores de los conocimientos que se inmortalizarían hasta nuestros días. Cuando revisamos algunos conceptos filosóficos que justifican la existencia de una dualidad cuerpo-alma en éste contexto, parecen perfectas metáforas acerca de cómo pudieron sentirse los hombres del mundo griego: el mito platónico de los dos caballos alados o la oposición entre la forma (el cuerpo) y la esencia (el alma) alegorizan la controversia masculina entre sus disposiciones corporales y su repudio afectivo a convivir con una mujer. Finalmente, la mujer era el origen y el designio natural; pero a su vez, la imagen de la inferioridad, el hito de un amor vulgar. Para la mujer quedaba la desesperación, la frustración o una resignación embargada de resentimiento, para el hombre una sensación de poderío en medio del eterno conflicto. Para la civilización occidental, los antecedentes filosóficos y genéticos hacia una fragmentación corporal. Todo ello en una sociedad que no permitió relaciones amorosas en donde fueran cubiertas las necesidades corporales de cercanía e intimidad.

Profundizar en algunas experiencias amorosas entre los cortesanos de la época medieval nos mostró el lado anhelante del amor, de aquel que crece en cuanto existen mayores obstáculos. El amor cortés surgió como una reacción a las formas de amor los señores feudales, donde el dominio, el uso y el abuso sobre hombres y mujeres alcanzó puntos álgidos. Un trovador podía adorar a una amada que seguramente ya tenía un compromiso con un hombre al cual no amaba. Amándose probablemente ambos, pero sin poder evitar las exigencias sociales, sólo podían aguardar para el momento del cortejo, de las sensaciones provocadas por una caricia, un roce o de un encuentro apresurado en medio del temor por ser sorprendidos. Probablemente éstos amantes medievales se sintieron divididos, como en el caso de Tristán e Isolda o de Abelardo y

Eloísa, escindidos entre el cuerpo y el corazón. Si bien éstas experiencias significaron la exaltación del amor libre de estratagemas de poder y aumentaron la creatividad, las expresiones artísticas y la capacidad erótica de los amantes, también se dieron consecuencias limitantes: el erotismo y otras sensaciones propias del amor, como la admiración, la conexión y el anhelo comenzaron a vincularse con el obstáculo, la insatisfacción y la desdicha. El amor no tenía sentido en la verdadera intimidad de pareja o en la convivencia cotidiana del matrimonio, sino en medio de las situaciones que constantemente amenazaban la continuidad de ese amor. Éste proceso amoroso es un antecedente sociogenético de la tendencia a vivir el amor con mayor intensidad en cuanto menor intimidad existe, y a relacionar el enamoramiento con las sensaciones de pérdida e infelicidad. El amor cortés, de alguna u otra forma, preparó el terreno social y corporal para las experiencias posteriores del amor, que literalmente fueron un himno a la pasión.

Hoy en día existe una tradición social sobre el amor experimentado como una pasión. El término pasión finalmente significa sufrimiento, algo padecido que está fuera del alcance de nuestro libre albedrío. El amor como pasión es un tema tan recurrente en nuestras expresiones artísticas y cotidianas, que es posible asegurar que el amor feliz no tiene historia. Desde la trama de los cuentos infantiles hasta los poemas o las telenovelas nos hablan con frecuencia de las múltiples vicisitudes por las que los amantes pasan antes de poder estar juntos y “ser felices para siempre”. Pero mientras esa dicha tan prometida a lo largo de las historias amorosas se deja a la imaginación, la dramatización toma un lugar central y de hecho es el camino hacia esa felicidad. Sin esa dramatización, probablemente no habría historia. Lo que es de notar es la facilidad con que ésta tendencia es experimentada en carne propia por amantes reales: sin las catástrofes cotidianas no se sabe qué hacer, y no sólo eso, pues muchas veces un drama en la monotonía de la existencia cotidiana puede ser necesario para poder sentirse vivo.

¿Cómo se llega a ésta necesidad de dramatización? Sentirnos vivos a través del dolor, y sus múltiples corolarios entre los que destacan la erotización de la violencia, provienen de un entumecimiento de la sensibilidad corporal provocada por una especie de coraza psicológica. En éste estado, el umbral de la persona para poder sentir es cada vez más alto y se puede necesitar de una estimulación cada vez mayor. La violencia o el drama en las relaciones amorosas, la confusión entre el dolor y el placer, pueden hacer una

combinación altamente intensa, lo suficiente para unos aturridos sentidos. La persistente necesidad de turbación también puede ser promovida por un ambiente social en el que los cambios emocionales estén a la orden del día. Lo que finalmente queda es el amor entre rencores, dolor, frustración, ausencia, infidelidad, obstáculos, miedos, manipulaciones y reconciliaciones: todo un “hervidero emocional”. Y más allá, un cuerpo fragmentado y acorazado a raíz de variadas experiencias dolorosas y la necesidad inclusive de infligir dolor para sentir excitación.

Cuando dos personas nos dieron la oportunidad de entrar a sus casas y conocer sus historias, observamos que estas aseveraciones no están tan alejadas de las circunstancias reales. Si bien no es posible hacer generalizaciones, fue claro en éstos casos en particular, que la construcción personal y social, así como las elecciones cotidianas, se orientaron a experimentar el amor entre la pasión, el deseo, el dolor y las decisiones apresuradas, teniendo como trasfondo todo un aprendizaje en el arte de vivir. En sus experiencias fue evidente la trascendencia de la vida de los primeros años, donde el amor, el abandono, el descuido o la forma de vida de los padres marcaron el rumbo que posteriormente tomarían sus historias. Fue en las primeras vivencias donde se instalaron sensaciones de soledad, miedo y frustración que terminarían en vacíos emocionales, necesidades y limitaciones para dar y recibir amor. Éstas condiciones se verían reflejadas, al final de cuentas, en las elecciones amorosas desde la adolescencia e inclusive en la decisión de formar sus respectivas uniones. Los corolarios serían una forma de amar que propiciaría el reclamo, la amargura, el resentimiento y el coraje, que trascendería a las vidas de los hijos, a través del miedo, la angustia o el maltrato depositados en sus cuerpos.

Del caso de Marcos podemos concluir que el amor puede vivirse como una experiencia totalmente contradictoria respecto a la identidad masculina. Mostrar aprecio, acariciar, abrazar, besar o cualquier otra forma de contacto corporal, si bien son elementos necesarios para la vida humana, son aspectos que desde la infancia pueden ser negados por una condición de género, por el hecho de ser un niño. Desde las experiencias con su padre, el amor en éstos términos no era de hombres, y únicamente se podía acceder al amor eminentemente sexual. El contacto sexual apresurado, sin ningún trato y ningún preludio se hallaban en la esfera de lo masculino, así como un amor apasionado que podía incluir los celos, la posesión, la dominación y el uso de la violencia en familia

para sobrellevar las frustraciones cotidianas. A la larga, ésta construcción del amor, reflejada en su diario vivir, se experimentó como una barrera que le impedía formar vínculos de verdadera intimidad, orillándolo al mundo de las adicciones en la búsqueda de poder sentir, aproximando a su familia a la frustración, al miedo y al sufrimiento, llegando casi a la ruptura familiar definitiva.

A través de la conversación con Gabriela se nos mostró un amor que requiere de un esfuerzo y que se construye a partir de las propias elecciones y de los actos cotidianos, a diferencia de aquél que nos pintan en los cuentos y que llega mágicamente. El amor como trabajo inicia desde la infancia, en las decisiones de una madre para orientar a una hija o para abandonarla, en las decisiones de un padre para permanecer con su familia o para sumergirse en el mundo del alcohol hasta perecer. Siendo a última hora abandonada, viviendo en una desorientación y en la búsqueda de protección y amor, los vínculos con el sexo opuesto fueron establecidos en la esfera del deseo. Si bien parecía que se tenía todo, el deseo de alguien, el deseo por sentir, por ser amada, por sentirse importante marcaron en definitiva el rumbo que tomarían sus decisiones. Lo que inició con una serie de deseos satisfechos, en el seductor ambiente del vino y el baile, se mostrarían, con la convivencia cotidiana en pareja, en un torbellino que prometía arrasar con la autoestima, las ilusiones, la familia y las mejores intenciones. Era el torbellino emocional del alcoholismo y la violencia intrafamiliar, llevando tras de sí la sensación de no ser amada y el maltrato a sus hijas como un desquite de esas frustraciones. Sin embargo, al interior de éste lado oscuro de la vida familiar, el verdadero amor, aquél que se manifiesta como motor de vida, como inclinación de cercanía con los demás y como la posibilidad de dar algo desde el corazón, fueron descubiertos a través de su experiencia al ser madre, al esperar con ilusión, dar con alegría, pensar en el bienestar del otro, sentir las esperanzas y sufrimiento del ser amado, disfrutar, amar y sentirse amada.

A lo largo de nuestras valiosas entrevistas con nuestros informantes fue claro que el amor es una necesidad para lograr relaciones más satisfactorias con los demás, y una sensación que de una u otra forma se abre paso, aún por los caminos más oscuros, para proporcionar la alegría y el impulso indispensables para seguir viviendo. Si el amor se promete como la oportunidad de una mejor calidad de vida, de contactos más cercanos con nuestros seres queridos y de la resolución de nuestras necesidades emocionales,

resulta fundamental en nuestra profesión proporcionar opciones para que las personas sean capaces de construir el verdadero amor. Pero éstas alternativas deben ir más allá del plano de lo racional, incidiendo directamente en donde se han experimentado las sensaciones, los vacíos, el placer y el dolor: el cuerpo. Entre los recursos que hemos propuesto destacan la acupuntura, el masaje, la bioenergética, la herbolaria, el zen y los programas anónimos de doce pasos. Si bien es cierto que nuestro cuerpo puede ser el depositario del sufrimiento y el origen de nuestras tendencias más arraigadas, por eso mismo resulta nuestro principal recurso para romper viejos estándares y aproximarnos a la plenitud y a la integración. Al sanar sus dolencias, desequilibrios y tensiones en realidad nos sanamos a nosotros mismos, lo que nos permitirá tomar decisiones diferentes y concretar nuestros ideales en hechos cotidianos. Al vivir el propio cuerpo y el cuerpo del otro de manera diferente en nuestra vida diaria, al crear nuevas rutinas y exigirnos nuevos hábitos, al ser más cooperativos, al liberarnos de las ataduras del pasado, probablemente nos aproximaremos no sólo a relaciones amorosas más favorables, sino a un verdadero cambio social. Las modificaciones de nuestro mundo privado, aquél que inicia con nuestro cuerpo y con los vínculos con los demás, ese que representa el germen de la producción y reproducción social, serán las condiciones que nos permitirán heredar formas de vivir renovadas y crear nuevos ciclos en la vida de generaciones próximas. El amor, con su alegría, su cercanía, su impulso de vida, se ha revelado como el Gran Maestro en ese camino, la elección es nuestra.

Decidir el camino hacia un amor pleno puede resultar complicado. El alejamiento de uno mismo, de las propias sensaciones y necesidades pueden hacer de su búsqueda algo confuso. Es común perder el camino entre un sin fin de paliativos que, valiéndose de una pérdida y degradación del amor cada vez más extendida, actualmente se nos ofrecen y se cree pueden llenar esos vacíos emocionales. La realidad es que nos apartan aún más de la posibilidad de construir una relación amorosa, promoviendo vínculos afectivos aún más complicados. Es claro que el deseo, la pasión, la dependencia, las adicciones, la promiscuidad o la violencia no forman parte de un amor verdadero y sólo suprimen momentáneamente el dolor, o bien dan una sensación efímera de estar vivos, a través de la alteración de nuestros procesos corporales. Las enfermedades psicosomáticas y el estado lamentable de nuestro planeta son sólo algunas lecturas que nos hablan del desequilibrio que significan para nuestras vidas éstas alteraciones y el rumbo equivocado que se ha tomado con las maneras de vivir y amar de hoy en día.

¿Cuál es el rumbo acertado? De principio, ese camino nos lleva hacia nosotros mismos. Es preciso advertir que resulta imposible llenar un vacío afectivo con otra persona o con el uso excesivo de alguna sustancia, debido a que el origen de tal sensación proviene de uno mismo, a que se trata de una carencia que ha escindido el amor propio y por la vida. No se puede otorgar el amor que no se tiene. Tampoco se puede recibir el amor que no se sabe como albergar y mantener.

La recuperación de un renovado sentido de uno mismo y de la existencia es una misión ineludible para lograr una capacidad de compartir con los demás ese amor que surja libremente de nosotros. Pero se trata de una tarea personal en la cual se requiere estar dispuesto a enfrentar la posibilidad de curación a través del trabajo con uno mismo. Encontrarse a sí mismo, hallar el amor para sí, sólo de ésta manera será posible una construcción de un amor genuino hacia los demás y de recibir aquél que no puede ser sentido por un corazón que lleno de reclamo, odio, amargura y temor, que en algún momento se cerró al amor.

En correspondencia a la soledad, el resentimiento y el dolor de no sentirse amado o de no poder dar amor a alguien, se encuentra la necesidad del amor como una parte fundamental de la naturaleza humana, germen de nuestros orígenes y de nuestra humanización, a la cual es necesario regresar. Es necesario que los anhelos de bondad, justicia, amor o respeto no sean sólo parte del discurso, al menos en la historia personal. Construir la vida y las relaciones de pareja de maneras más saludables hace ineludible poner de por medio en nuestras decisiones cotidianas el amor por uno mismo y por los demás; anteponer ante cualquier otra circunstancia el propósito de construir y conservar relaciones de cercanía y armonía, enfrentando las múltiples barreras que nos lo impidan.

Uno de los espacios de apoyo al restablecimiento de nuestras capacidades afectivas es precisamente la psicoterapia. Si bien los padres de familia también pueden ser actores clave en la construcción de mejores personas, el compromiso como psicólogos es mantener un espacio clínico y de investigación abierto al descubrimiento y desarrollo de opciones para construir sujetos más cooperativos, más plenos y con mayores posibilidades de amar y ser amados. De inicio, es necesario asumir la trascendencia del amor en la vida y en la muerte humana, reconociendo que es el amor o la soledad en el

vínculo con los demás lo que seguramente inundará nuestros recuerdos más valiosos y las dolencias o fortalezas corporales más profundas en el proceso de muerte que algún día viviremos todos, de la misma manera que ya nos ocupa a cada momento de nuestras biografías.

La aproximación de la psicología a la cotidianeidad puede significar la contradicción con diversas especulaciones teóricas, pero también implica el despliegue de explicaciones y opciones mucho más apegadas a la realidad. Éticamente, estamos obligados a abrirnos a las posibilidades de que la mejor de nuestras teorías caigan sobre tierra si se encuentra de por medio el bienestar de los beneficiarios de nuestro oficio. En el caso particular de éste estudio, las historias cotidianas de las personas confirman la trascendencia del amor, invitándonos a dar a éste sentimiento un lugar similar dentro de las disertaciones y labores psicológicas en sus diferentes áreas.

La ubicación de la experiencia amorosa en un lugar fundamental dentro del desarrollo humano puede abrir un campo de investigación bastante amplio. Clínicamente, el camino por recorrer es largo: examinar la naturaleza de las formas de amar y ser amado en diversos casos clínicos que pueden incluir la depresión, la ansiedad, las adicciones, la violencia; o por el contrario, buscar historias orales de personas cuyas necesidades afectivas y capacidad de amar sean saludables, analizando su trayectoria de vida e inclusive su condición corporal, son algunas opciones de exploración. En este tenor, los cotejos de los procesos corporales entre personas verdaderamente enamoradas, tanto de su pareja como de la vida en general; respecto a aquellas que sienten diferentes insuficiencias afectivas también puede mostrarnos con mayor detalle los procesos corporales y emocionales del amor.

En cuanto a la psicología infantil, sería interesante sondear las implicaciones que distintos métodos de crianza pueden tener en relación con la construcción de un sujeto sano para amar y vivir en armonía, revisando incluso la breve trayectoria de vida del pequeño, su manera de ver el mundo y sus comportamientos y actitudes hacia sí mismo y hacia los demás, siempre teniendo como contexto las características de los vínculos familiares. En el ámbito educativo cabría sopesar el lugar que guarda ésta sensación en los procesos de aprendizaje y hacer un análisis detallado de la calidad de los vínculos en los pequeños abrumados por diferentes problemáticas tales como el déficit de atención,

la hiperactividad, la depresión y las enfermedades psicosomáticas. También sería provechoso documentar el proceso personal de recuperación al seguir alguna de las alternativas disponibles, a manera de estudio biográfico o autobiográfico.

En psicología ambiental el amor también puede hacer historia. Ser más específicos en la relación de los cambios climáticos y geográficos, o de las características ambientales en general, en relación con modificaciones en las maneras de relacionarse, de amar y de vivir, situándose en una localidad o en un periodo de tiempo en particular, puede de hecho dar continuidad a un espacio de investigación psicológica poco explorado. De igual manera, en psicología cultural los retos pueden ser variados. Si bien ya existen una cantidad considerable de estudios acerca del amor en distintas culturas y épocas, es necesario aún adentrarse a sus vidas cotidianas y poner atención a sus probables procesos corporales y emocionales. Estas indagaciones podrían darnos pistas fundamentales de nuestra propia construcción sociogenética acerca de esta experiencia afectiva. Discutir el tema del amor en clase también puede resultar sumamente formativo para construir profesionales aún más comprometidos con la sociedad y con su propio proceso, al generar inquietud por comenzar con su trabajo personal.

Indudablemente, abrirse al amor cuando en algún momento se ha perdido o jamás se ha vivido, no es sinónimo de vivir pasiones tormentosas o de satisfacer deseos a toda costa. También está lejos de transcurrir en la felicidad absoluta que nos pintaron desde pequeños. “Y vivieron felices para siempre” es algo que se construye y algo que se decide. El amor si bien en muchas ocasiones puede iniciar mágicamente, a través de encuentros sorpresivos y de enamoramientos fortuitos, cultivarlo o degradarlo se halla en los alcances de nuestra elección. Saberlo nos da poder para mejorar nuestra calidad de vida en los aspectos más fundamentales, luchando por una integridad personal y un amor por uno mismo, por los demás, por el trabajo y por la vida. Mantener vínculos estrechos con los demás, practicar la tolerancia, el respeto, la cooperación y el amor en nuestra vida cotidiana, día con día, son los cambios locales que pueden promover modificaciones a un nivel macrosocial. Es probable que como psicólogos tengamos un poder adicional que finalmente implica un enorme compromiso: abrir los horizontes de las opciones y posibilidades humanas hacia experiencias amorosas renovadas.

BIBLIOGRAFÍA

Aceves, J. E. (1993) Introducción: Caminos de historia oral. En: Aceves, J. E. (Ed.) *Historia Oral* (7-26) México: Instituto Mora / UAM.

Ackerman, D. (1994) *Una historia natural del amor*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Alberoni, F. (1994) *Enamoramiento y amor*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Alberoni, F. (1997) *Te amo*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Anónimo (2001) *Profecías Hopi*. Disponible en: http://www.buenasiembra.net/cosmobiología/rofecías/indios_hopi

Aron-Schnapper, D. & Ante, D. (1993) De Herodoto a la grabadora: fuentes y archivos orales. En: Aceves, J. E. (Ed.) *Historia Oral* (60-82) México: Instituto Mora / UAM.

Barrick, M. C. (2001) *Psicología Sagrada del Amor*. México: Alamah.

Beinfeld, H. & Korngold, E. (1991) *Entre el cielo y la tierra: Los cinco elementos en la medicina china*. Barcelona: Los libros de la liebre de Marzo.

Berman, M. (1987) *El reencantamiento del mundo*. Chile: Editorial Cuatro Vientos.

Bertaux, D. (1993) Los relatos de vida en el análisis social. En: Aceves, J. E. (Ed.) *Historia Oral* (136-148) México: Instituto Mora / UAM.

Bleger, J. (1985) *La entrevista psicológica*. Argentina: Ed. Nueva Visión, p.p. 9-43.

Brown, N. M. & Amatea, E. S. (2000) *Love and intimate relationships*. E.U.A: Taylor and Francis Group.

Bruner, J. (1991) *Actos de significado*. España: Alianza Editorial.

Burgos, M. (1993) Historias de vida, narrativa y la búsqueda del yo. En: Aceves, J. E. (Ed.) *Historia Oral* (149-163) México: Instituto Mora / UAM.

Campbell, B. (1985) *Ecología humana: la posición del hombre en la naturaleza*. Barcelona: Editorial Salvat.

Capra, F. (1998) *El punto crucial*. Argentina: Editorial Estaciones.

Chang, J. (2000) *El Tao del amor y el sexo*. España: Plaza y Janés.

Chaparro Aguilera, G. A. (2000) *El comportamiento y el aire en la Ciudad de México de 1870 a 1899*. México: El autor.

Cooley, P. M. (1994) *Religious Imagination and the Body*. New York: Oxford University Press. p.p. 3-39.

Coninck, F. & Godard, F. (1998) El enfoque biográfico a prueba de interpretaciones, formas temporales de causalidad,. En: Lulle, T., Vargas, P. & Zamudio, L. (Ed.) *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales II*. (250-292) México: Editorial Anthropos.

Csordas, T. (1994) Introduction: the body as representation and being-in-the-world. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (1-12) United Kingdom: Cambridge University Press.

Daniel, E. V. (1994) The individual in terror. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (229-247) United Kingdom: Cambridge University Press.

Darwin, C. (2002) *El origen del hombre* México: Editores Unidos.

Descartes, R. (1998) *Discurso del Método. Meditaciones Metafísicas*. España: Editorial Boreal.

DeMeo, J. (1991) *Saharasia: The 4000 BCE origins of child abuse, sex repression, warfare and social violence in the desert of the old world*. Disponible en: <http://www.orgonelab.org/saharasia.htm>

De Rougemont, D. (2001) *Amor y Occidente*. México: Cien del Mundo.

Díez de Urdanivia, F. (1998) *Te doy mi palabra de amor*. México: Edamex.

Downing, G. *El libro del masaje*. Barcelona: Ediciones Urano.

Eisler, R. (1996) *Placer Sagrado Vol. 1*. Chile: Editorial Cuatro Vientos.

Eisler, R. (1996) *Placer Sagrado Vol. 2*. Chile: Editorial Cuatro Vientos.

Elias, N. (1979) *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Eng, E. (1998) El cuerpo como conciencia: Los soldados en la juventud, los veteranos en la vejez. En: Rovalletti, M. L. (Ed.) *Corporalidad: la problemática del cuerpo en el pensamiento actual*. (65-72) Argentina: Lugar Editorial.

Esquilo (1961) *Tragedias*. México: Ediciones Ateneo.

Eurípides (1989) *Las diecinueve Tragedias de Eurípides*. México: Porrúa.

Ezquivel, L.(2002) En: López, S. (Ed.) *Lo corporal y lo psicosomático II*. (227-237) México: CEAPAC/ Plaza y Valdes.

Ferrarotti, F. (1991) *La historia y lo cotidiano*. España: Ed. Península.

Fisher, H. E. (1992) *Anatomía del amor: Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*. España: Editorial Anagrama.

Fisher, H. E. (2004) *¿Por qué amamos?* México: Editorial Taurus.

Flowers, J. V., Horsman, J. y Schwartz, B. (1982) *Raising your child to be a sexually healthy adult*. EUA: Prentice-Hall.

Foladori, G. (1992) “Consumo y producción de cultura: dos enfoques contrapuestos en las ciencias sociales”. Anales de Antropología (UNAM), 29. 221-239.

Foucault, M. (2001) *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.

Fridman, W. H. (1991) *El cerebro móvil: de la inmunología al sistema inmune*. México: Fondo de Cultura Económica.

Garibay, A. (1990) *Voces de Oriente*. México: Porrúa.

Goldberg, J. (1999) *Las endorfinas: Anatomía de un descubrimiento científico*. Barcelona: Editorial Gedisa.

González, A. (1989) *La Biblia Latinoamericana*. España: Verbo Divino/ San Pablo.

Guitart, A. (2001) *Cuentos de amor de todo el mundo*. México: Editorial Océano.

Haavio-Mannila, E. y Ross, J. P. (1999) Love Stories in Sexual Autobiographies. En: Josselson, R. & Lieblich, A. (Ed.) *Making meaning of narratives*. (241-271) California: Sage.

Heller, A. (1980) *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Editorial Fontamara.

Hesse, H. (1987) *El caminante*. Barcelona: Plaza y Janés.

Hesse, H. (2001) *Gertrude*. México: Editores Mexicanos Unidos.

Homero (2004) *La Iliada*. México: Ediciones Leyenda.

Homero (2004) *La Odisea*. México: Ediciones Leyenda.

Ibarra, L. (1998) *Las relaciones entre los sexos en el mundo prehispánico*. México: Editorial Porrúa.

Itard, J. M. G. (1982) *Memoria e informe sobre Víctor de L'aveyron*. Madrid: Alianza Editorial.

Jackson, J. (1994) Chronic pain and the tension between the body as subject and object. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (201-228) United Kingdom: Cambridge University Press.

Jenkins, J. H. & Valiente, M. (1994) Bodily transactions of the passions: *el calor* among Salvadoran women refugees. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (163-182) United Kingdom: Cambridge University Press.

Jun, Z. & Jing, Z. (1984) *Fundamentos de Acupuntura y Moxibustión China*. China: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Kawabata, Y. (2004) *La casa de las bellas durmientes*. España: Caralt.

Gibran, G. K. (2002) *El vagabundo. Los secretos del corazón. Los dioses de la tierra. El jardín del profeta*. México: Editores Mexicanos Unidos.

Kingma, D. R. (1997) *El amor como camino: el crecimiento personal a través de las relaciones de pareja*. Madrid: Neoperson.

Kofes, S. (1998) Experiencias sociales, interpretaciones individuales: posibilidades y límites de las historias de vida en las ciencias sociales. En: Lulle, T., Vargas, P. & Zamudio, L. (Ed.) *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales I*. (82-101) México: Editorial Anthropos.

Laderman, C. (1994) The embodiment of symbols and the acculturation of the anthropologist. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (183-199) United Kingdom: Cambridge University Press.

Lario, L. S., Lario, M. & Lario, S. (1996) *El gen del amor*. España: Editorial Bronce, p.p. 103-138.

Le Breton, D. (2002) *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Lewis, T., Amini, F. & Lannon, R. (2001) *Una teoría general del amor*. España: RBA Libros, p.p. 82-119.

Liscano, J. (1991) *Mitos de la sexualidad en Oriente y Occidente*. Venezuela: Alfadil Ediciones.

Londoño, R. (1998) Biografía e historia social: El caso de Juan de la Cruz Varela y la provincia de Sumapaz. En: Lulle, T., Vargas, P. & Zamudio, L. (Ed.) *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales I*. (19-41) México: Editorial Anthropos.

López, O. (1998) *Enfermas, mentirosas y temperamentales*. México: CEAPAC/Plaza y Valdez.

López, S. (2002) *Historia del aire y otros olores en la Ciudad de México (1840- 1900)*. México: CEAPAC y Miguel Ángel Porrúa.

López, S. (2000) *Prensa, cuerpo y salud en el siglo XIX mexicano (1840-1900)*. México: CEAPAC, Miguel Ángel Porrúa.

López, S. (1997) *Sin corazón en casa*. México: Plaza y Valdez.

López, S. (2000) *Zen y cuerpo humano*. México: CEAPAC Verdehalago.

Low, S. M. (1994) Embodied metaphors: nerves as lived experience. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (139-162) United Kingdom: Cambridge University Press.

Lowen, A. (1982) *La depresión y el cuerpo*. España: Alianza Editorial, p.p. 175-231.

Lowen, A. (1990) *El amor, el sexo y la salud del corazón*. Barcelona: Herder.

Lowen, A. (2004) *Bioenergética*. México: Editorial Diana.

Lyon, M. L. & Barbalet, M. (1994) Society's body: emotion and the "somatization" of social theory. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (48-66) United Kingdom: Cambridge University Press.

Madanés, C. (1990) *Sexo, amor y violencia*. España: Paidós.

Marí, E. E. (1998) Cuerpo, poder y ficción: De la sociedad medieval a la sociedad contractual. En: Rovalletti, M. L. (Ed.) *Corporalidad: la problemática del cuerpo en el pensamiento actual*. (73-81) Argentina: Lugar Editorial.

Massolo, A. (1998) Testimonio autobiográfico femenino: un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos urbanos en México. En: Lulle, T., Vargas, P. & Zamudio, L. (Ed.) *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales II*. (9-26) México: Editorial Anthropos.

Mauss, M. (1971) *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos, p.p. 337-355.

Mead, M. (1985) *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. México: Origen/Planeta.

Miller, W. R. & Thorensen, A. E. (1999) Spirituality and Health. En: Miller, W. R. (Ed.) *Integrating spirituality into treatment*. (3-15) EUA: American Psychological Association.

Misztal, B. (1993) Autobiografías, diarios, historias de vida e historias orales de trabajadores: fuentes conocimiento socio-histórico. En: Aceves, J. E. (Ed.) *Historia Oral* (164-180) México: Instituto Mora / UAM.

Molano, A. (1998) Mi historia de vida con las historias de vida. En: Lulle, T., Vargas, P. & Zamudio, L. (Ed.) *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales I*. (102-111) México: Editorial Anthropos.

- Montesinos, R. (2002) *Las Rutas de la Masculinidad*. España: Gedisa, p.p. 71-258
- Morin, F. (1993) Praxis antropológica e historia de vida. En: Aceves, J. E. (Ed.) *Historia Oral* (83-113) México: Instituto Mora / UAM.
- Nelson, K. (1985) *El descubrimiento del sentido. La adquisición del significado compartido*. España: Alianza editorial, p.p. 247-261.
- Niethammer, L. (1993) ¿Para qué sirve la historia oral?. En: Aceves, J. E. (Ed.) *Historia Oral* (29-59) México: Instituto Mora / UAM.
- Nolasco, M. (1979) “La familia mexicana.” Revista Mexicana de las Ciencias Políticas y Sociales, 2 (XXV y XXVI), 14-20.
- Norwood, R. (2003) *Las mujeres que aman demasiado*. México: Punto de Lectura.
- Nozick, (1992) *Meditaciones sobre la vida*. Barcelona: Gedisa.
- Ohashi, W. (1995) *Como leer el cuerpo*. Barcelona: Ediciones Urano
- Parada, R. (1998) El fenómeno de la corporalidad y sus discursos. En: Rovaletti, M. L. (Ed.) *Corporalidad: la problemática del cuerpo en el pensamiento actual*. (133-141) Argentina: Lugar Editorial.
- Paz, O. (1993) *La llama doble*. México: Editorial Seix Barral.
- Pérez, M. I. (1998) Movimiento vivido y proyecto vital. En: Rovaletti, M. L. (Ed.) *Corporalidad: la problemática del cuerpo en el pensamiento actual*. (201-207) Argentina: Lugar Editorial.
- Platón. (2003) *Diálogos II*. México: Grupo Editorial Tomo, p.p. 107-200.
- Porter, R. (1989) *Historia social de la locura*. Barcelona: Crítica..

- Quezada, N. (1996) *Sexualidad, amor y erotismo*. México: Plaza y Valdez.
- Radford, R. (1993) *Gaia y Dios: Una teología ecofeminista para la recuperación de la Tierra*. México: Documentación y Estudios de Mujeres.
- Radley, A. (1991) *The Body and Social Psychology*. USA: Springer-Verlag
- Reich, W. (1985) *La Revolución Sexual*. México: Editorial Artemisa.
- Reid, D. (1989) *El Tao de la salud, el sexo y la larga vida*. España: Urano.
- Rivera, M. (2004) *El adolescente, su cuerpo y la sociedad moderna*. México: CEAPAC.
- Rojas, E. (1997) *El amor inteligente. Corazón y cabeza: claves para construir una pareja feliz*. México: Editorial Temas de Hoy.
- Ruíz, O. J. I. (1996) *Metodología de la investigación cualitativa*. España: Universidad de Deusto.
- Rusque, A. M. (1998) Paradigmas cuantitativos (sociología estándar) y paradigma cualitativo (sociología interpretativa) ¿Un continuo o una polarización? En: Lulle, T., Vargas, P. & Zamudio, L. (Ed.) *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales I*. (297-321) México: Editorial Anthropos.
- Schilardi, M. C. (1998) El cuerpo como “lugar” de sentido. En: Rovaletti, M. L. (Ed.) *Corporalidad: la problemática del cuerpo en el pensamiento actual*. (191-199) Argentina: Lugar Editorial.
- Seguin, C. A. (1980) *Amor, sexo y matrimonio: Un estudio de su historia y su realidad actual*. Venezuela: Monte Ávila Editores.
- Selman, A. (1998) Historia de vida: individualidad y proyectos de desarrollo. En: Lulle, T., Vargas, P. & Zamudio, L. (Ed.) *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales II*. (73-87) México: Editorial Anthropos.

Shedd, M. (2001) *Volver a empezar: quien abandona una relación que no lo hace feliz ha superado el miedo.* Colombia: McGraw-Hill.

Singer, I. (1992) *La naturaleza del amor Vol. 1.* México: Siglo XXI,

Singer, (1992) *La Naturaleza del Amor Vol. 2.* México: Siglo XXI, pp. 35-149.

Sivak, R. E. (1998) Corporalidad y psicósomática. Alexitimia y categorías fenomenológicas. En: Rovalletti, M. L. (Ed.) *Corporalidad: la problemática del cuerpo en el pensamiento actual.* (35-44) Argentina: Lugar Editorial.

Sófocles. (1994) *Las siete Tragedias.* México: Porrúa.

Solomon, R. C. (1989) *About love: reinventing romance for our times.* EUA: Touchstone.

Steiner, G. (1998) *En el castillo de Barba Azul.* España: Editorial Gedisa

Sternberg, R. J. (2000) *La experiencia del amor.* España: Paidós.

Taylor, S. & Bogdan, R. (1987) *Introducción a los métodos cualitativos en investigación.* España: Paidós.

Tenenbaum, S. (1996) *Como mejorar tu vida en pareja.* España: Editorial Mensajero.

Thompson, P. (1993) Historias de vida y análisis de cambio social. En: Aceves, J. E. (Ed.) *Historia Oral* (117-135) México: Instituto Mora / UAM.

Thompson, W. I. (1987) *Gaia: Implicaciones de la nueva biología.* Barcelona: Editorial Kairós.

Tonigan, S. J., Toscova, R. T. & Connors, G. J. (1999) Spirituality and the 12-step program: a guide for clinicians. En: Miller, W. R. (Ed.) *Integrating spirituality into treatment.* (111-129) EUA: American Psychological Association.

Tordjman, G. (1981) *La violencia, el sexo y el amor*. España: Editorial Gedisa.

Torroella, G. (1999) *Aprender a convivir*. México: Ed. Nuestro Tiempo.

Tosio, P. (2000) *Sexo zen*. México: Alamah.

Turner, B. S. (1989) *El cuerpo y la sociedad*. México. FCE.

Turner, T. (1994) Bodies and antibodies: flesh and fetish in contemporary social theory. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (27-47) United Kingdom: Cambridge University Press.

Tyler Miller, G. (1985) *Ecología y Medio ambiente*. México: Grupo Editorial Iberoamérica, p.p. 768-783

Vaughan, (1991) *El arco interno: curación y totalidad en psicoterapia*. España: Editorial Kairós.

Vincent, J. D. (1988) *Biología de las Pasiones*. España: Editorial Anagrama.

Waldman, G. (1979) “La crisis de la familia: una revisión teórica del problema.” Revista Mexicana de las Ciencias Políticas y Sociales, 2 (XXV y XXVI), 78-99.

Winkler, C. (1994) Rape trauma: context of meanings. En: Csordas, T. (Ed.) *Embodiment and experience*. (248-268) United Kingdom: Cambridge University Press.

<http://www.relacionesdestruktivas.com>

Cara de guerra. (1987) Stanley Kubrick. Filme cinematográfico.

Masacre en Columbine. (2002) Michael Moore. Filme cinematográfico.

ANEXO 1

Guión de Entrevista

ANEXO 1

Guión de Entrevista

En general dentro de la entrevista se indagará sobre experiencias, sensaciones, emociones y acciones a través de las diferentes etapas de la vida conforme se escuche al entrevistado.

Se evitarán en la medida de lo posible preguntas cerradas, esto es, preguntas cuyas respuestas posibles sólo sean si o no. Se preferirán preguntas abiertas con el objetivo de dar libertad al entrevistado de proporcionar la mayor información posible sobre sus vivencias respecto al amor.

Presentación de la entrevistadora y justificación del estudio.

- Explicación de los objetivos para realizar la entrevista y el por qué de la elección de esas personas.
- Definición de un horario para realizar las entrevistas de acuerdo a la conveniencia del entrevistado.
- Acuerdos sobre la confidencialidad y el anonimato. Preguntar si preferirían el uso de seudónimos. Aclarar que podrán tener acceso a la presentación y análisis de la información y podrán expresar su opinión.
- La entrevista no será manejada como tal, sino más bien como conversaciones que no sólo representan la oportunidad de un mayor conocimiento del tema, sino, como señala Ruíz (1996), pueden significar un mejor conocimiento de ellos mismos.

Datos demográficos

Se incluyen datos como su nombre, edad, escolaridad, estado civil, años de convivir como pareja, nacionalidad, domicilio, ocupación, actividades académicas, actividades recreativas, y religión. Es recomendable iniciar con preguntas abiertas sobre este tipo de temas para dar confianza al entrevistado, pues son generales y superficiales: ¿En qué escuela vas? ¿Qué edad tienes? ¿(si trabaja)Qué haces donde estas laborando? ¿Qué te gusta hacer? ¿Vas al cine? ¿qué te gusta ir a ver? ¿Tienes alguna relación de pareja? ¿Cómo se llama?, etc.

Nota: Éstos datos no han sido revelados para conservar el anonimato de nuestros entrevistados.

El grupo familiar.

El objetivo es la realización de un genograma completo de las personas que viven en la unidad doméstica, así como de quienes la visiten frecuentemente y/o formen parte importante de la vida de los entrevistados, a pesar de no vivir precisamente en la unidad doméstica en cuestión (abuelos, tíos, primos, etc.). Este genograma debería incluir los nombres completos de los integrantes de la familia, sus escolaridades y sus edades actuales.

Nota: No se realizó la descripción de los grupos familiares de nuestros entrevistados para conservar el anonimato de sus testimonios.

La disposición física de la unidad doméstica.

Se realizará un mapa de la disposición del hogar a lo largo de las entrevistas, teniendo cuidado en tomar notas y estar atenta a los espacios y cosas que puedan ser de interés. Se buscaría la forma de que la entrevista se realizara en la casa de los entrevistados, siempre y cuando pueda controlarse la privacidad que se requiere.

Nota: No se realizó la descripción de las unidades domésticas de nuestros entrevistados para conservar el anonimato de sus testimonios.

División del trabajo dentro de la unidad doméstica.

Se indaga sobre las actividades que se realizan dentro de la unidad doméstica: actividades de limpieza, de alimentación, pagos, compras, provisión de dinero, cuidado de niños (si es que los hay), etc. Se indagará sobre las personas responsables de las actividades y su grado de participación y responsabilidad en ellas, a fin de establecer las maneras de división intrafamiliar del trabajo y conocer algunos patrones familiares de interacción, y el lugar que cada integrante ocupa dentro de la familia.

Se podría conocer esto a partir de una descripción de la rutina familiar, además de preguntas como ¿qué le toca hacer a usted? ¿hay algo que le desagrada hacer? ¿cómo considera la forma en que se han organizado?

Concepciones del amor.

Preguntar a los entrevistados qué es para ellos el amor, será una manera de introducción al tema de una manera más general y superficial. Es posible que se les permita hablar ampliamente para generar mayor confianza y descubrir algunos de sus significados respecto a ésta experiencia.

El amor en la infancia.

- ¿Quiénes eran las personas más importantes?
 - ¿Cómo era el trato de sus padres hacia él (ella) y sus hermanos(as)?
 - Formas de demostrar afecto de sus padres para con ellos.
 - ¿Cómo se sentía respecto a sus padres?
 - ¿La relación era de proximidad o de distancia corporal? ¿Cómo se sentía?
- Principales experiencias.
- Experiencias agradables y desagradables de la relación con los padres.
 - Principales experiencias de amor, abusos, maltratos.
 - ¿Cómo era la vida de pareja de sus padres o tutores?
- Trato entre los padres.
- Experiencias que recuerde de un buen trato entre ellos.
- Experiencias que recuerde de malos tratos entre ellos.
- Formas de resolver problemas.
- Convivencia en el aspecto económico.
- División del trabajo.
- Introyectos sobre la vida de pareja: ¿Hay algo que le dijeran sus padres sobre cómo era el amor? Por ejemplo “Todos los hombres/mujeres son iguales”

El amor en la adolescencia.

- ¿Cómo era la situación en casa?
- ¿Cómo se sentía consigo mismo?
- ¿Cómo se trató el tema de la sexualidad en casa?
- Primeros enamoramientos, noviazgos y experiencias amorosas/sexuales:
 - cómo se conocían y en dónde,
 - qué compartían,
 - formas de demostrar afecto
 - qué les atraía,

cómo se sentían,
 zonas de dificultad,
 resolución de problemas
 razones del término de las relaciones,

- Experiencias significativas que la persona pueda recordar libremente, ya sean agradables o dolorosas anteriores a la formación de pareja.

Formación de la pareja actual.

- Cómo se conocieron, su edad, en dónde, qué sintieron en ese momento.
- Cómo inicia la relación amorosa
- Enamoramiento: cómo se sentían, primeros acercamientos, ¿de qué se enamoraron?
- Diversiones.
- Noviazgo: experiencias satisfactorias significativas.
- Noviazgo: experiencias negativas significativas.
- Formas de demostrar afecto.
- Situaciones que desencadenaban problemas.
- Emociones al ocurrir problemas.
- Formas de resolver problemas.
- Hablar de rupturas o infidelidades si es que las hubo.
- Experiencias sexuales: cómo se sentían al respecto
- Intimidad: cómo fue el trato entre pareja.
- Valores manejados en la pareja: existía confianza, compromiso, lealtad, respeto, admiración.
- ¿Cómo se decide por el matrimonio? Motivos principales.
- Sentimientos al tomar ésta decisión (ilusión, amor, temor, miedo, preocupación, etc.)
- Expectativas y proyectos.

Convivencia en pareja: primeros años.

- ¿Cómo fue al inicio?
- ¿Hubo cambios respecto a su condición anterior? ¿Cuáles?
- Principales experiencias satisfactorias y motivos.
- Principales experiencias conflictivas y motivos.

- ¿Cómo se resolvió esto?
- Cómo se desarrolló el amor en la pareja.
- Características compatibles e incompatibles.
- Aspecto económico: satisfacciones, frustraciones y evolución.
- Aspecto sexual: satisfacciones, frustraciones y evolución.
- Intimidad: cómo fue el trato entre pareja.
- La llegada de los hijos: cambios que se dieron.
- Cómo se sortearon éstos cambios y nuevas responsabilidades.
- Apoyo en pareja
- ¿Cómo se sentía en la pareja? Apoyado, comprendido, intimidado, agobiado, asustado, preocupado, comprometido, etc. e indagar acerca de las experiencias que respaldaban sus sentimientos.

Convivencia en pareja a la fecha.

- Principales experiencias satisfactorias vividas, en orden cronológico.
- Principales experiencias difíciles vividas, en orden cronológico.
- Puntos flacos de la relación.
- Puntos fuertes de la relación.
- Cómo se vivieron los defectos propios y del otro.
- Formas de resolver problemas.
- Actos violentos entre pareja, si es que los hubo.
- Desarrollo y tropiezos en el aspecto económico.
- Desarrollo y dificultades en el aspecto sexual.
- Modificaciones en el trato con la pareja.
- Cómo se vivió la confianza, la lealtad, el amor, la comprensión, la admiración, la responsabilidad, el perdón.
- Cómo se vivió el miedo, la preocupación, el orgullo, la rutina.
- Cómo se manejó la diversión.

ANEXO 2

Entrevista a Marcos

ANEXO 2

Entrevista a Marcos

¿Para usted qué sería el amor?

El amor...bueno, pues para mi hay dos clases de amores, uno es el amor afectivo, el de la convivencia en pareja y otro es el amor pasional.

¿Alguna vez ha sentido los dos?

Sí, por ejemplo, con mi señora, la primera, al principio todo fue muy pasional. La conocí seis meses y ya quise casarme con ella. Pero por lo mismo, por el poco tiempo que nos conocimos, no resultó, ella no me conocía ni yo la conocía realmente. Después del primer año ya empezaron los problemas. No congeniaba con su familia, ni ella con la mía.

Yo duré siete años con ella, pero nos duró un año nada más, ahí es cuando se acabó el amor pasional, empezaron los problemas. Ella quería dominarme mucho, por ejemplo si le decía que iba con mi mamá me decía que no, y ahí es cuando yo le decía “¿qué te pasa?” y me iba, se molestaba. Después, ya ahí si se acabó el amor, porque ya no había ni siquiera atracción, ya ni por los hijos, ya me era indiferente.

Al principio yo me detenía por los hijos. Yo me catalogo que a pesar de todo yo era un buen padre, yo les demostraba más cariño a mis hijos a pesar de que yo sentía que venía de una familia donde eran muy secos.

¿Así eran?

Mi papá, darle un abrazo o un beso...”¿pues qué eres joto o qué?”. Pero yo si los abrazaba, jugaba con ellos; aún estando separados. Ya nomás iba por ellos, pero ya no sentía nada. Ahí fue cuando me dediqué al relajo, al alcohol, a las mujeres, si se puede decir, buscando amor ¿no?. En ese tiempo ganaba bien...

¿Cómo qué edad tenía?

Como 28 años. Había veces que en esa búsqueda que yo tenía no sabía que buscaba. En ese momento tenía dinero, como moverme, puro relajo. Muchas veces tuve que pagar para que me quisieran, y otras veces, tenía quien pero las despreciaba, no me atraían...y lloraban por eso, porque me casara con ellas. Pero yo las convencía y me las llevaba, y luego, a la fregada. Y lo que me atrajo con Claudia yo iba directo, “sabes que, yo quiero

andar contigo”, y si no me las llevaba a la cama ya no las buscaba, pero ella hasta me dio unas cachetadas. Eso como que me hirió mi orgullo. Se me revolvió todo. De ahí empecé a frecuentarla. En su casa no me querían porque era yo casado y porque no he hecho papeles... no quiero hacerlos, no quiero pasar esa bronca, porque yo sabía que sacan muchas cosas a la hora del divorcio.

¿Cómo qué cosas?

De que si groserías, de lo que uno hace en la cama, muchas cosas que hieren al momento, que se puede decir son íntimas de una pareja. Yo por evitar eso y que mis chavos supieran esas cosas, no lo hice. Ya medio a jalones y todo, medio me aceptaron, pero mi cuñado se ponía más reacio. Ella lo convenció. Todavía me dijo “no, pues divórciate pa’ que se casen”, pero yo dije yo no me voy a casar porque el papelito... bueno, eso yo lo experimenté, cuando tienes papeles de casado, haz de cuenta que parece que tienes la factura de la persona como si hubieras comprado un carro, entonces como tienes la factura, piensas “es mío, ya lo tengo” y empieza a causar problemas. Por eso yo decidí ya no casarme.

Pero, entonces, el papelito ¿qué ocasionó en su anterior matrimonio?

Exactamente yo siento que ocasionó la ruptura del matrimonio, ¿por qué? Porque mi ex mujer pensó que ya era de ella, que era de su propiedad, que ya me había comprado. Al pensar eso, ella quiso dominarme y al final de cuentas yo era machista y pues... domina a un macho, está muy canijo. ¿Qué fue lo que yo hice? Pues agarro y me salgo, había veces que no llegaba en toda la noche, salía a tomar. Había veces que me iba con otra mujer, a veces todavía llegaba y con ella; o sea, ya estaba haciendo cosas que estaban fuera de lo que es vivir como una familia realmente.

¿O sea que eso no sería vivir como una familia de verdad?

No, ¿por qué? Porque estás fregando a la mujer pues, psicológicamente. Ella pensando todo el tiempo... ya cuando te ve la mujer cuando llegas de tomar, todas esas cosas, va creando un odio hacia ti, y ahí el amor se perdió.

Y en su caso ¿en qué formas siente que trató de dominarlo a usted?

Pues en todas las formas, o sea, por ejemplo, cuando me decía “ahorita vengo, voy a ver a mi mamá”, pero me decía “tú te quedas en tu casa y la vas a ver cuando puedas o

cuando te diga yo”. Otras veces, como yo tengo mucha familia por aquí, pues los saludaba si me los encontraba. Hubo veces que llegó a salir a buscarme y quería regañarme frente a los demás, pero yo le decía “ a mí no me vengas a hacer esos tangos, yo te deje en tu casa, en tu casa debes estar”. Y agarraba, la dejaba en su casa y me regresaba.

Y posteriormente ¿fue diferente con su pareja actual?

Sí, yo siento, no lo podría asegurar. Siento que Claudia me ha querido mucho, demasiado, porque... yo ya me seguí en el relajo, me quedó la costumbre de imponerme, tomar alcohol, de las mujeres. De hecho, ella me conoció así, y yo pienso que ella dijo “me la voy a jugar, a ver si cambia éste cabrón” o no sé, en realidad, si me quiso mucho, no sé qué pasó. Ya iniciamos la relación y todo, empezaron algunos problemas. Por ejemplo, con mis primos, me decían “oye, esa no es tu mujer, yo veía a tu mujer a la otra”. Lo que hice fue mandarlos a la fregada y les dije “si yo quiero, ella es mi mujer”, “pues ahí como quieras, pero para nosotros es tu amante”. Con mi hermana, tampoco se llevaba bien, ella muy aferrada a que yo había dejado a mis hijos por culpa de ella, no la trataba bien. Le decía que me dejara para que regresara con mi familia, pero yo ya no quería. No convivían bien.

¿Se vinieron a vivir aquí?

Si. Con mi mamá no tuve bronca. Dijo “si es lo que quieres”. Incluso le enseñó a cocinar, le dijo “esto es lo que le gusta a él” y hubo más acercamiento con mi mamá. Mi papá la conoció leve, pero no decía nada. Y de que sí, lo cierto es que Claudia sufrió mucho por mi forma de ser. Pues yo decía, así me conoció, sin ponerme a pensar de que se siente gacho cuando lo engañan a uno. Yo creo que ya llegó un momento en que ya estaba hasta el tope... y pues yo vi que al principio era, ¿cómo te puedo decir?, pues apasionado.

¿Cuándo la conoció?

Sí, pero ahí si me duró más.

¿Cómo cuánto le duró?

Como 5 años. Después yo seguí con el relajo.

¿Usted siguió con el relajo desde el principio o después de esos cinco años?

Desde el principio se puede decir que yo seguía en el relajo, pero seguía aferrado con ella. Duré así como cinco años. Después ya no era tan apasionado con ella como antes, o sea, ni la ocupaba, ni dejaba que la ocuparan.

¿A qué llama que ni la ocupaba ni dejaba...? ¿qué pasaba?

No, es que en la casa siempre era un relajo, llegaba, no llegaba. Llegaba diario, pero llegaba 4 o 5 de la mañana. Mi trabajo siempre lo respeté. Pero salía del trabajo y al relajo, del relajo a la casa y luego al trabajo. Ya no estaba tanto con ella, más bien me volví muy envidioso, celoso.

La celaba mucho... ¿y le hacía ver estos celos?

Sí.

¿Cómo se lo manifestaba?

De cualquier forma. Por ejemplo, si le hablaba a alguien, le decía “no me gusta que le hables a él, y tú vas a hablar con quien yo quiera”. Y siempre tuve la cosa de decir, como no había papelito, “si no te gusta, pues ahí nos vemos”.

Si no quería seguir en esos términos...

Sí, una especie de extorsión... me aceptas como soy, aceptas lo que yo soy o si no, adiós, sin bronca.

¿Y ella...?

Pues ahí estamos, ya llevamos más de 20 años. Ella estaba hasta cierto punto presionada por los hijos, pero siento que también me quería.

Por un lado, la presión de los hijos, pero también había un sentimiento...

Ahora, al final de cuentas, yo creo que si me quería ¿por qué? Porque por un lado, todo lo que yo le hice, lo aguantó. Una persona que te aguanta todo siente algo por ti. Después... yo, ese cariño, ese amor, ya lo hice más ¿cómo se puede decir? Más fraternal. Porque antes, para mi amor era sexo. Ahora trato de demostrarle cariño, con un abrazo, un beso, ya no con ese ímpetu de que te doy un beso y ya te estoy desvistiendo. Es más

calmado, más sereno. O sea, ya no estamos con que a las carreras ni nada. Ya no es de que no importa si la mujer siente o no, con que yo sienta.

¿Usted antes era así?

Bueno, antes, o sea, de lo que yo me jactaba era de que yo con la mujer que me metía, la hacía gozar. Hasta me decía el “alka seltzer”.

¿Por qué?

Porque la que me probaba repetía (ríe). Pero pues digo, si me preocupaba porque la mujer sintiera, pero eso no era amor, nada más era el hacer el sexo, carnal pa' pronto. O sea, me preocupaba porque gozara y todo, yo también, pero yo decía, hace falta algo, esto no es la vida.

¿Qué hacía falta ahí, para que eso no fuera la vida?

Pues el amor, lo que es el verdadero amor. O sea, lo que tenía en la casa realmente no lo estaba notando. Yo seguía dentro de mis pensamientos que tenía, para mí el amor era sexo, el amor se demostraba de esa forma. O sea, hay muchas formas, por ejemplo, por decir, yo le regalaba una flor sólo el 10 de Mayo.

O sea, un día especial...

Sí, sólo en una fiesta. Y no, pues ahora, hay veces que vamos al mercado y le compró un ramito, o sea, lo que cueste, no es eso. Ya es una demostración. O si dice “me hace falta hacer esto”, pues yo lo hago. O sea, el amor es convivencia. No hago tan seguido esos detalles, es que (hace un ademán como de tener una barrera frente a sí mismo).

¿Le cuesta trabajo?

Sí, o sea expresarlo. Lo siento, pero expresarlo es trabajo.

¿Cómo es esa sensación?

Siento que si nunca lo hice, o que si lo doy va a decir, pues... “ya estás viejo, canijo, qué onda” ¿no?

¿Usted siente eso?

Cuando lo doy, pues realmente necesito estar muy concentrado. O sea, nunca me lo ha dicho ¿no?, pero siento que me lo va a decir. Por eso, antes de que me diga mejor no lo hago. Y lo he hecho y no me dice nada, al contrario, me da las gracias. O luego cuando estamos aquí en la cocina los dos, pues pasamos y ya nos abrazamos. Lo hago pero solos, si hay gente no, no sé, son mis ideas.

Cuando hay gente no le gusta hacerlo...

Si estamos solos, la abrazo, la beso, juego con ella... Pero ahora, para mí, el amor, amor, amor, es el que se siente aquí (señala con el dedo índice la zona del corazón) y aquí (señala la cabeza).

En el corazón y en la cabeza...

Sí, porque si se siente sólo en el corazón, hace uno puras tarugadas, no piensa, no nada. Si lo sientes en la cabeza, solo estás pensando como complacerte. Yo pienso que debe ser combinado para que realmente sea amor. Ahorita que, digamos, se va a casar mi hija...

¿Ya se va a casar su hija?

Sí, estás invitada a la fabulosa boda, que yo no quisiera, pero ya ni modo.

Ya lo decidió...

Pues sí.

¿No quisiera?

Pues no, yo quería para ella, pues que terminara sus estudios. O sea, no me quiero aferrar a, como dicen, el que si tu no fuiste doctor, por ejemplo, ahora quieres que tus hijos lo sean. No, pero si yo no pude terminar mis estudios, por equis causa, quería que ella sí, bueno, ¡quiero! ¿para qué? Para que digo, pues a mi no me ha ido tan mal en la vida, a pesar de todo, siendo técnico, pues trabajo no me ha faltado, no me ha ido mal, pero yo quisiera que a ellos les fuera mejor. Por ejemplo, ahorita que ya está este problema, lo llamo problema...

¿A qué problema se refiere?

De que quieren casarse. Yo sé que ya es su decisión...

Pero para usted significa un problema...

Sí, problema en el sentido de que veo frustrados mis anhelos de que ella tuviera una profesión, no sé, digo, ya en el último momento incluso una carrera técnica, o de secretaria, o algo así.

¿En qué se quedó?

Nomás bachilleres (quejándose), iba a entrar a la universidad, pero se la hicieron de mucha bronca. Otra era que estaba escogiendo una carrera saturada. Hizo el intento y falló. Yo le decía, “pues termina de estudiar ¿para qué? Pues ya con eso, con carrera técnica, ya si tienes problemas con tu marido no tienes que estar esperanzada a seguir con él, ya tienes algo”. Según si tenía la idea y todo, pero pues, como dicen, “cuando domina hormona, pierde cerebro” (ríe). Primero me había salido que de en año y medio, como a los tres días me dice que en cinco meses. Me dijo “no he adelantado cosas ni nada, simplemente me quiero casar”. Ahí es donde yo veo el amor apasionado, se apasiona uno y ya no piensa en otra cosa. A ella le ofrecían irse a estudiar al extranjero, sus tíos le ofrecía pagarle todo, que ella nada más arreglara sus papeles, que él la mantenía y todo.

Cosas que usted cree que le convenían...

Pues sí, yo he estado en Estados Unidos y pues la verdad es otra vida. Si hay más degradación, pero hay muchas más oportunidades.

Por eso usted dice que donde manda hormona...

Sí, donde manda hormona pierde cerebro. Es una forma de decir que cuando ya te entra la calentura, ya no...

Lo que usted llama amor apasionado...

Sí, ya no mides nada. Lo que te interesa es nada más estar con tu pareja, todo tu mundo ya va a ser nada más tu pareja, no hay más. Después de eso... bueno, como yo ya lo viví, y se lo pasé a mi hija, le dije “mira, se te va a quitar ese apasionamiento, vas a ver, y te vas a empezar a dar cuenta de otras cosas... pues aquí no te doy muchos lujos, pero no te

falta nada, y después eso lo vas a empezar a notar”. Pero, pues ya lo decidió. Ahora, ella dice que si va a estudiar.

Va a estudiar estando ya casada...

Sí, o sea ella lo que dice es que si se puede porque no va a tener hijos luego luego. Pero la experiencia habla más que la palabra ¿no? Tengo dos cuñadas que se casaron. Por ejemplo, una se casó hace diez años y apenas acaba de terminar su tesis.

Le llevó diez años...

Sí, cuando en ese mismo año que se casó iba a terminar su carrera.

¿Ese año terminaba?

Sí, tuvo muchos problemas. Sus hermanos le decían que terminara, que no se casara, igualito.

Otro ejemplo de lo que usted dice...

Del apasionamiento... La otra cuñada igual, estaba estudiando la carrera y se caso. Luego entró a trabajar, su marido le consiguió trabajo en la Universidad, pero no como catedrática, sino en la rama de “trapeología” (ríe). Y ya ella fue escalando hasta ser prefecta, pero pues, habiendo estudiado Derecho, pues ¿qué haces ahí? Y agarra y por cachitos estudia, pero ya tuvo problemas con el marido y se sale, entra otra vez y ya se le enfermo el niño. Yo he visto cuanto le ha costado, y pues mi hija dice que sí, esperemos que lo cumpla, pero es una cosa muy difícil. Porque en realidad, cuando uno se casa, pues hay un deseo de tener hijos, y pues ya es otra responsabilidad, ya hay que pensar en si se enferman, si uno no duerme, en lo que necesitan.

¿Cómo fue que se dio cuenta de eso?

Pues a través de 5 hijos.

¿Cómo fue su experiencia con su primer hijo?

Yo me casé a los tres meses de embarazo.

¿Cómo se sintió usted?

Pues yo, el más feliz... pero la felicidad no te da para comer, no te da para la renta, no te da para lo que necesita cuando se pone mal, no te da para que duermas cuando sabes que está enfermo y tienes que estarlo cuidando. O sea, si es mucha felicidad, pero también son muchas frustraciones. Yo por ejemplo, pues era mecánico, pero como tenía 18 años no querían darme trabajo, como que decían “¿a poco éste si sabe?” Entonces tuve que bajar mis expectativas para... no quedarme sin comer pa’ pronto. Tuve que vivir de arrimado también. Ese es otro problema. Si es con la suegra, pues te tienes que aguantar muchas cosas, y si es con tu familia, pues no falta de lo que hacen, le dicen, más si no se llevan. Mi mamá y mi primera esposa no se llevaban.

Y ¿si llegaron a vivir aquí?

Si, pero no se llevaban. Mi papá medio la toleraba. Yo creo que por eso fueron muchos de nuestros problemas, de que no quería que viniera cuando nos fuimos de aquí. No sé si era por venganza que me dijera “ahora no vas a verla” o algo así. Siempre hubo un punto en el que teníamos que tronar por algo y ahí se acabó el amor. Ya cuando la relación está tan deteriorada, pues ya ni los hijos ayudan.

¿Y cómo fue esa separación?

Pues ya estábamos hasta el tope los dos. Llegó a tanto nuestro rencor que... bueno, ella entró a trabajar como judicial porque sus hermanos eran agentes, y le dieron chance, la metieron. Y yo, trabajaba, en medio de mi relajo, como madrina.

¿Cómo madrina?

Madrina es el que le ayuda a los judiciales. Un judicial no puede pegarle a nadie, pero el madrina, como no es judicial si puede hacerlo, entonces él es el que hace el trabajo sucio... Y recuerdo que llegábamos al grado de dormirnos con el arma puesta, por miedo a quebrarnos. Llegó a tanto...

¿Tenían que dormir así?

No, o sea, normalmente tú llegabas a tu casa y te lo quitas. Pero había llegado el momento en que creíamos que en cualquier momento nos podíamos quebrar.

¿Quién a quién? ¿Entre ustedes dos?

Sí. Eran tantas las agresiones que ya eso no era dormir, esperando qué podía hacer el otro.

Entonces dormían cada quien con su arma, pensando que en cualquier momento el otro haría algo...

Sí, ya no era amor. También recuerdo que ella llegó incluso a usar brujería y esas cosas. Una vez abrí la vitrina, levanté un vaso, y como le quedaba agua de cuando se levó, pues levantó el hule. Abajo habían como lecturas de que “para que no se fuera tal”. O sea, dentro de todo yo creo que ella quería seguir, pero... Yo le dije “sabes que, yo me voy a salir un día a trabajar y ya cuando veas que no regresé, es porque ya no voy a estar.” Y así le hice, un día me fui y ya no regresé. Hasta el año...

Hasta el año fue a verlos...

Yo pensé que eso era lo mejor, porque pues los hijos finalmente no tienen la culpa. Mejor que digan “qué malo fue mi papá que nos abandonó” a que digan “somos huérfanos de papás, se murió mi mamá y ahora mi papá está en el bote”. Yo ya no sentía nada por ella y ya no quería eso para mis hijos. Ahora ella dice que a la fecha no ha buscado pareja porque quiere que yo regrese.

Todavía está esperando...

Bueno, según ella verdad. Digo, es obvio, una persona no puede pasar tantos años sin tener ninguna relación. Pero realmente yo ya no siento nada por ella. Ahora quiero estar con Claudia, todavía hay algo, y pues aquí estamos, con todo y los problemas que hemos tenido.

¿Qué problemas?

Pues yo andaba en la tomadera, las mujeres, incluso en la droga. Un día en el trabajo – yo era vigilante- me ofrecieron.

¿Qué le ofrecieron?

Cocaína, pero inhalada. Y con ella realmente no me dormía. Aquí en la casa nunca lo hice. Pero todos los problemas en casa yo los iba creando, llegaba a la casa y era muy iracundo.

¿Podría contarme algunas experiencias en cuanto a ser iracundo?

Iracundo en el sentido de que lo que yo decía lo tenía que decir una vez, a la segunda ya era un trancazo.

¿Para quién? ¿Para todos?

A todos.

¿A su esposa e hijos?

Sí, yo era parejito. Por ejemplo, si llegaba y quería un vaso con agua y no me lo daban, yo me paraba y agarraba de las orejas, de las greñas o de lo que fuera y ¡órale, póngamelo aquí! (hace el ademán de poner en la mesa un vaso con agua). O sea, los problemas que yo creaba eran por eso, era cosa nada más de estar buscando pleito, estarle buscando, ya estar buscando pelea. O por ejemplo, si yo llegaba tomado, pues ella se tenía que callar.

Se tenía que callar...

Si decía algo, ya sabía como era. Y más estando tomado, me volvía más broncado, más insolente. Y lo malo es que cuando se me bajaba, llegaba la cruda física, pero también la cruda moral. Me sentía culpable, le pedía perdón, le decía que ya iba a cambiar. Pero otra vez lo hacía, ya era una rutina, ya eran años actuando así. Ahora he tratado de hacer otras cosas. Por ejemplo, esto antes era la sala, comedor y cocina. En un cuarto dormíamos nosotros y en un cuarto mis hijos. La parte de arriba era de mi hermano. Le dije “sabes que, si no la estás usando te la compro”. Hicimos negocio y ya le pagaba mensual. Entonces allá arriba hice sala, dos recámaras para mis hijos. Aquí hice comedor, allá nuestra recámara. Antes, ella nada más tenía una estufa y esa mesa, pero ya tuve la oportunidad de comprarle su cocina. Lo que no hice en muchos años, ahora pude hacerlo.

¿Qué fue lo que le hizo falta en esos años para hacer lo que ahora ha hecho?

Pues en el origen un sentimiento de soledad, esa fue la conclusión a la que yo llegué. Aunque estaba acompañado no me sentía así... por eso el relajo, el alcohol, las mujeres.

¿A qué lo llevó ese sentimiento?

A eso, siempre para quitarme ese sentimiento hacía cosas... A veces compraba la amistad o el amor, y siempre eran propiciados por algo externo, ya sea dinero, alcohol. O sea, la soledad siento que vino desde mis papás. Mi papá era muy seco, no le recuerdo algún abrazo, pues así era antes ¿no? Yo siento que no sabía demostrar su amor. Yo era su consentido, pero a su modo.

¿Cuál era su modo?

De que por ejemplo, más que un abrazo lo demostraba de otras maneras. Por ejemplo, yo le decía que me prestara el carro. Y desde los 15 años él me enseñó a manejar. Esas cosas me hacían ver que si me quiso, pero no sabía expresarlo, no con un abrazo o un beso.

Y ¿usted siente que le hizo falta eso?

Sí, como no, y más porque yo recuerdo que muchas veces veía que los papás de mis compañeros de la escuela los iban a dejar, se bajaban, les daba un beso. Yo sentía que eso era para puñales, así pensaba mi papá.

¿Le había inculcado es? Que el demostrarse cariñoso...

Que eso no era de hombres.

¿Será parecido a lo que usted dice de que le da pena que lo vean ser cariñoso, por ejemplo, con su esposa?

Eso es una secuela, se podría decir, de lo que viví tantos años. Todos esos años viví bajo ese esquema. Con mi familia, yo les demostraba mi cariño de otras formas. Ya ahora, voy a dejar a mi hijo a la escuela y hago lo que antes veía que los otros hacían, y que supuestamente estaba mal. Lo despido, le doy su beso y no me da pena, o sea, con mi hijo. Hay cosas como lo de mi esposa, que me cuestan más trabajo.

¿Qué significa para usted no poder ser así, cariñoso?

Una traba, y aún así muchas veces lo hacemos. Hay veces en que, por ejemplo, estamos viendo la tele en la cama y nos abrazamos y jugamos, y ya llega mi hija y dice “Ya los vi, ¿qué están haciendo pillines?”, o luego llega la mamá de Claudia, y se nos queda viendo como morbosa cuando en realidad lo que estamos haciendo pues es una cosa natural. Pero, pues, todo es una secuela de una vida así...

¿Y su mamá? ¿cómo era con usted?

Ella si me abrazaba y todo. Yo siempre estaba con ella. Por ejemplo, si hacía un negocio de esto, yo ahí estaba, si hacía negocio de lo otro, me buscaba. Siempre se apoyaba en mí, para todas las cosas. Debido a mi complexión (laza los hombros), pues la ayudaba a traer las cosas, me podía traer varios bultos. Tuvo un negocio de muñecos de peluche, también traíamos dulces. Una vez tuvo un negocio de puercos. Estaban pasando a vender puercos en la calle y dijo “vamos a comprar uno”, bueno, ese uno fueron tres, y luego se convirtieron en cien. Y de esos cien ¿quién les lavaba, quién les daba de comer? Pues yo. Y para llevarlos, ahí iba yo, jalando a los marranos en la calle. Era lavar los chiqueros diario, diario, y no me pesaba.

¿Y cómo se sentía?

Pues raro, como que ese era el acercamiento.

Ese era el momento de acercarse a ella...

Sí, siempre andaba con ella, pero con eso también me gané la antipatía de mis hermanos, que porque yo era el consentido, “¿por qué siempre andas tú con ella?”. Yo dije “pues ve tú”. Creo que sólo fueron una vez, pero no...

Ya no quisieron...

Sí, ya no, ya no les gustó ser el consentido. Y pues todo eso me fue creando un carácter. Yo era muy introvertido. De chavo siempre estuve ayudando a mi mamá, solo, solo, solo. Una vez me acuerdo que todos estaban jugando fútbol y yo estaba pegando botones con mi mamá, porque se metió a coser vestidos. O sea, a ella le daban el vestido como en partes y ella los tenía que armar para terminarlos, pegarle botones y todo. Entonces ahí estaba yo ayudándole, y todos jugando fútbol. Hasta mi hermano un año más chico que yo, estaba jugando. Después, un poco más grande, la acompañaba a los tianguis, la ayudaba porque traía bultos grandes, Ahí los andaba yo cargando, como de 12 años, también por mi físico. Y pues mi papá... él quería hacer de mí, se puede decir, un hombre de sapiencia. Era la forma de pensar de él, “hasta que yo vea que tú la armas”, se sentía orgulloso si veía que tenía un hijo fregoncito. Así era en todas las cosas. Por ejemplo, cuando yo todavía no tenía sexo ni nada, mi papá fue el que me llevó.

¿Qué edad tenía usted?

Cumplí los 15 años exactamente, cuando mi papá estaba tomando. Recuerdo que yo ni tomaba y tuve que tomar... y pues ya me llevaron con las prostis. Ya fui esa vez, todo nervioso, todo sacado de onda, y luego ya me regresó con él. Ese día, mi medio hermano, le decía “papá, papá, ¿por qué yo no?”, decía que estaba más grande. Y pues dentro de lo que pienso, creo que estuvo mal, yo digo que esas cosas deben venir, deben irse dando de su cuerpo.

¿En ese momento usted no lo sentía?

No, o sea, si ya miraba a las mujeres de otra forma, pero no estaba buscando eso precisamente.

Y ese día ¿cómo fue? Dice que estuvo con ella y después lo regresó con su papá...

O sea, la señora esta, me llevó con ella y mi papá me estuvo esperando en el carro, tomando y todo.

¿Y cómo se sintió en el momento, ya con ella? Al final de cuentas fue su primera experiencia sexual...

La verdad era más mi miedo que las ganas o el querer saber. Mi mismo miedo no me dejaba pensar. Si lo hice fue porque a esa edad, pues a fuerzas de funciona, el mismo organismo lo hace. Y dentro de todo, la señora esta quiso que entrara en confianza, pero pues...

Nunca entró en confianza...

No, ¿pues cómo?, para mí era una desconocida, no trato, no nada... Nada más llegar y ya te desvistió. Y hasta ahí yo me cotorreaba mucho porque decía “la primera vez ni las manos metí”, no sabía nada. Terminó y ya de ahí me regresaron. Después, yo estaba piense y piense, comencé a tener una sensación, pues se puede decir, placentera. Ya empezó a trabajar mi cerebro y la fregada. Entonces empecé a ir yo solito a buscar, y pues ellas, a lo que van, es su trabajo. Había unas que ni siquiera se desnudaban. Hubo ocasiones en que todo el dinero que llegué a juntar lo gastaba en eso. Una de ellas fue mi maestra.

¿Fue su maestra?

Pues iba cada semana, le pagaba mis clases, pero ya después ni le pagaba, como que se hizo muy cuatita. Ya de ahí, yo buscaba no pagar, sino hacer uso de lo que había aprendido, de buscar que accedieran. Por ejemplo, en ese tiempo yo tenía una moto, y pues tener una... pues es como ahorita ¿no? Les llamaba la atención a las chamacas, y por darse la vuelta, pues les decía “vamos, pero ya sabes...” “sí, no hay problema”, bien aventadotas. Y pues, no pasaban de ahí, o sea, yo no sabía ser novio, no sabía yo enamorar a una muchacha, porque desde el principio no se dio así.

¿Cree entonces, que esa experiencia con su papá fue crucial?

Sí, como no, me marcó. Yo no sabía hablarle a una muchacha, regalarle algo, pedirle que fuera mi novia, lo sentía muy cursi. Yo lo que sabía era lo otro “oye, sabes que, me gustas, vámonos”.

Eso no era cursi...

No, eso era práctico, era lo normal para mí.

¿Era hasta admirado?

Sí. Recuerdo que la primera vez que tuve una novia, un día se me ocurrió darle un ramo de flores y ¡qué pena! Me daba pena llevarlas en el camión, las llevaba tapadas con un trapo. Yo me sentía todo...

¿Avergonzado?

Sí. Y llegué con ella, y todavía poniéndomelas atrás de la espalda y ella “ya dime, le das muchas vueltas”, y yo, “pos, pos, pos” ¡pos total!, ya le di las flores y le pregunté si quería ser mi novia, y más tardé en decirle que en lo que ella me dijo “sí, ándale”, ella ya lo esperaba. Pero, en cambio, ya después para mí era ir a cabarets, ahí luego luego, te echabas tus cubas y pasabas directo al manoseo, o sea, y no es estar platicando, a eso es a lo que me acostumbré. Y cuando conocí a Claudia, pues eso no se dio así...

Fue distinto...

Si, u una vez que la estaba besando y quise tocar más allá, y que me suelta una cachetada, “tranquilo –dice-, vamos poco a poco”. Pero de hecho, ella me conoció así como era. Ahora sí, después de todo, le gustó que yo fuera así. Pero después resultó

contraproducente, yo me hice celoso, me aferré mucho con ella. O sea, el amor yo siento que empieza muy apasionado, después ya es más calmado, con el paso del tiempo, con la convivencia. Pero pues, aún así yo seguía en el relajo, con mujeres.

¿Cómo fue que decidió dejar eso?

O sea, porque ya era muy notorio en mí, ya me conocían tanto que ya sabían cuando yo venía de con otra mujer.

¿Ya se notaba en toda la familia?

Sí, ya era muy evidente. O sea, como si me pusiera esa ropa especialmente para ver a alguien y pues me decían “ya vas otra vez”. Pero yo seguía con el alcohol, con la droga. Todas las amistades que tenía, tenían contacto con eso. Y pues, ahora si ha habido cambios. Simplemente con mi hija, que me dice “papá, ¿me dejas tener novio?”, si fuera como antes, ya le hubiera dado una cueriza. O sea, ya estoy tomando las cosas como son, yo no me gano nada con andar así. Pero, pues a veces me veo tratando todavía de cuidarla, luego me dice “es que no me tienes confianza”, pero no les tengo confianza a ellos, a los de afuera.

¿Quiénes son los de afuera? ¿La gente en general?

Sí, la gente en general. Por ejemplo, aquí el barrio, bueno, nosotros ya tenemos aquí varios años y ya los conozco, pero, por ejemplo, acá vive una familia en la que todos son drogados, otros andan tomando.... El hecho de que tú te niegues, pues ya te crea conflicto.

¿A usted le ha pasado?

Sí, hay veces que te ofrecen y cuando te niegas, te hacen burla. Pero yo les contesto “sabes que, yo ya me tomé todo el alcohol que me tocaba, es más, ya me tomé hasta el que le tocaba a mi hijo”. Son salidas que al final de cuentas me han ayudado a sobrellevar esas situaciones.

Hay mucha crítica...

Sí, pero a mi ya me tocó esa vida. La verdad, yo siempre trabajaba para tener ¿para qué? Pues para tomar, mujeres, echar relajo... quieras o no, tienes que gastar.

¿Eso le afectó económicamente?

Pues no tanto así, finalmente siempre tuve trabajo, no me faltó lo necesario, pero si destinaba parte de mi sueldo a eso. Ahora ha salido para arreglar la casa, simplemente en arreglarla ya me llevó como 30 000 pesos y no he acabado, pero yo creo que ya tomé una nueva visión de las cosas.

¿Cree usted que ha sido mejor así?

Para mí si. Al final de cuentas, lo que me jaló a todo eso fue la soledad. Y si, si fue la soledad porque, con mi papá, pues si estaba un poco con él, pero también le daba por tomar, tenía que estar tomado para que se diera un acercamiento. Y con mi mamá, pues era el acercamiento, pero no es lo mismo que estés con tu mamá trabajando a que también estés con otros de tu edad. Podía estar acompañado por alguien, pero siempre era mucha soledad. Y ahora, pues no. A mi hijo puedo llevarlo a la escuela y darle un beso, ya no hay la pena. Con mi hija, igual, podemos sentarnos y platicar, convivimos. Con Claudia también, y la soledad ya no, solo ya no me siento. Hay un cambio, por lo menos en mí. Aunque hay cosas que aún no puedo, como en lo de ser grosero, me dicen “ya no seas grosero” “¡pues como chingados no!”. Se me salen muchas veces al calor de la platica, pero no porque lo esté preparando así. Cuando veo, digo “ya la regué”. Bueno, no digo “ya la regué”, sino que se me salen y ya. Luego cuando esta el novio de mi hija, ya cuando veo, Claudia ya me está dando el pellizco... No, luego digo “oye, no juegues, qué onda, qué es lo que te da”. Pero tengo que calmarme y ya no ser así, que si lo he hecho como dos o tres veces , pero ya no como antes. Hay veces que están allá afuera y quedamos en una hora, pero se pasan. Luego salgo y digo “ya es noche” “y tú, ya, que no vas a alcanzar camión, órale ya”, pero no agresivo. Hubo un tiempo en que tuve que enfrentar varias cosas.

¿A qué se tuvo que enfrentar?

Lo más canijo a lo que me tuve que enfrentar fue a mi forma de ser, machista, neurótico...

¿Cómo machista y neurótico?

Pues en mandar, en que las cosas se hagan como yo quiero. No sé si esta mal, pero, por ejemplo, hay cosas que no comparto con éste chavo, el novio de mi hija, y siento que lo

tengo que decir para bajarlos a su realidad. A veces siento que es muy soñador. Por ejemplo, ahora que adelantaron la fecha, pues entre el coraje, no sé...

¿Qué fue lo que más le enojó?

Pues yo tenía la esperanza de que ella volviera a sus estudios,. Y el que, cómo te diré, yo estoy tratando... durante cuantos años la regué yo, y cuando ya podemos convivir, llega alguien y deshace todo, así lo siento yo, pa' pronto, como un intruso. Ya todos nos habíamos acoplado, llega éste cuate y ya no es como era antes.

¿Cómo era antes?

Ella salía de trabajar, regresaba del trabajo y ya, llegaba mínimo a comer, jugábamos, convivíamos. Eso fue antes, pero “después de”, sale de trabajar, llega de trabajar, pero va por ella, llega aquí, pero nomás entra, se toma un vaso con agua y se sale con él.

¿Cómo le hace sentir eso?

Me frustra, siento que todos los esfuerzos que estoy haciendo, que lo que me ha costado tanto trabajo, pues ya no. Y ya hasta le dije a mi hija “lo odio, me cae mal”.

¿Qué le cae mal?

Eso nada más.

El hecho de que venga a deshacer todo...

Sí, el hecho de que sienta que viene a deshacer lo que me ha costado tanto construir pues ha generado una antipatía hacia él. Le hablo, lo trato, pero no lo trago, no me da confianza...

¿Tiene que ver con lo que usted vivió como hombre?

Todo, yo siento que lo que yo viví es como estar en sobre aviso. O sea, como uno lo hizo, sabe que puede pasar. Por ejemplo, por eso no me gusta que estén hasta tarde, y menos aquí adentro, imagínate, solos, los papás por allá durmiendo... no quiero ningún “adelanto”...

¿Alguna vez usted llegó a pasar por eso?

Sí, claro, yo buscaba la oportunidad. Si yo tenía la oportunidad, no lo dudaba. Eso era parte de mi machismo también. Digo, ahorita es diferente ¿no?, por ejemplo, hay una chava aquí enfrente que me habla mucho, se me insinúa pues, pero no se puede acceder a toda oportunidad que haya ¿no? Ahorita, igual se me haría fácil, no hay nadie, se van a la escuela, se van a trabajar. Pero ya veo las cosas, porque así como puede ser fácil, así me pongo a pensar ¿y si llegara mi hijo?, que mi hija saliera temprano, o la propia Claudia ¿no?. No, ya no quiero lastimar, ya no quiero hacer más daño.

Y ahora que habla de éste daño ¿cómo podría resumir el daño que esto causó en usted?

Lo que yo aprendí, o sea, mi aprendizaje al entrar a la vida, siento que fue lo que provocó que yo hiciera daño. Al final de cuentas, yo viví ese tipo de relación desde en cómo se llevaban mis papás y los problemas que tenían.

¿Qué tipo de problemas tenían?

Pues mi papá era alcohólico.

¿Usted notaba estos problemas?

Sí, mi papá era “Don Juan charrasqueado”, mi mamá, pues la clásica dejada, sumisa... Tenían pleitos todo el tiempo.

¿Usted escuchaba?

Sí, delante de mí lo hacían. Hubo veces que estábamos con mi mamá, y había que salir por mi papá a buscarlo, el clásico borracho. De ahí creo que se me originaron muchas cosas. Yo mismo pasé gran parte de mi vida en el alcohol, en las drogas. Siento que ya estaba tan fastidiado, que yo quería que ya hubiera algo que me motivara la emoción. Eran mis intentos por sentir. Era una forma de sentir. O sea, llegó un momento en que ya nada me llenaba, hacia una cosa... ya la había hecho tantas veces que ya sabía cómo hacerla al revés y al derecho.

¿Eso mismo ocurrió en el aspecto sexual? ¿Se sentía así?

Claro, no había mujer que me llenara, por más que hicieran lo que yo quisiera. O sea, ya mi vida había sido con tal y tal y tal, ¿por qué? Porque no hallaba en mi mundo esa cosa, ese sentimiento que te hace sentir bien.

Ese sentimiento de estar bien...

Sí, pero para mí era lo más ridículo. “Que quieres ir a tal parte, pues órale, vete”, eso era una forma de demostrar, más que un abrazo o un beso. Para mí eso era de lo más cursi. Al paso de lo que viví, eso fue cambiando, ¿cómo? No lo sé, pero empecé a sentirlo después normal.

Fraternal...

Sí, ya no con ese morbo. Lo vi de otro modo. En estos dos años he cambiado cosas, pero de sentimientos, por ejemplo, para calmar mi coraje o para dejar de fumar, imagínate, yo empecé a fumar a los 12 años y para dejar de fumar... pero ya no fumo. Fue un cambio de sentimientos total.

Pues yo quisiera agradecerle la oportunidad de entrevistarlo y de platicarme su historia.

Pues aunque no lo creas, ésta es una forma de animarme a seguir, de convencerme de que es por aquí. Me hiciste recordar muchas cosas, sentimientos, y me ayuda, me ayuda. Si me acordé, pero ya no lo veo como antes, porque ese daño que yo creía, ya no lo veo pues, con mala onda, ya no, me siento muy relajado y veo que he podido cambiar cosas.

ANEXO 3

Entrevista a Gabriela

ANEXO 3

Entrevista a Gabriela

Para iniciar quisiera que me comentara para usted qué es el amor.

Pues para mí es algo...bueno, puedo hablar del amor a mis hijos, es un sentimiento de querer ¿no?, de amar a los hijos. De amor, no sé, por ejemplo a mis hermanos, a mi madre, a mi esposo, ¿no?, que ese es lo que estoy trabajando.

Podría haber diferentes clases de amor, entonces...

Sí, el amor de pareja, el amor de madre, amor de hija.

El amor de pareja...dice usted que esta trabajando, ¿cómo es eso?...

En eso, porque... es que la raíz de esto es que yo, cuando empecé a vivir con mi esposo, fue algo así medio, igual, es lo que estoy trabajando. Yo cuando me junté con él, yo ni siquiera lo traté, ese noviazgo que yo siempre desee pues no, no tuve noviazgo. No he tenido, como se puede decir, pues esos detalles para sentir yo un amor, no aprendí y es lo que quiero aprender.

¿Cómo esos detalles? ¿A qué se refiere?

No sé, que me demuestre que me quiere, no sé, un apapacho, o detallitos, ¿no? A lo mejor...y se lo he dicho últimamente, un detallito, no sé, una flor, un te quiero mucho, que se preocupe ¿no? por mí. Son cosas que yo si he trabajado y que alo mejor él siente ridículas.

Él las siente así...

Sí, pero para mí no son ridículas. Yo por ejemplo, he llegado a traerle una flor, he llegado a traerle un globo, una carta, una tarjeta, o sea, pero...

Cree que esos detalles son muy importantes...

Sí, para mí si, y yo si los estoy trabajando, quizá para él no, porque él dice no me dieron amor, no me enseñaron. Pero como lo hemos hablado con mis hijos, es lo que yo he pedido. La semana pasada precisamente, fue lo que yo le comenté ¿no? de que por

ejemplo él es una persona que no tiene detalles ¿no?, y pues si es un poquito difícil, y pues si me mucho cuesta trabajo...

¿Qué le cuesta trabajo?

El dar amor. Por ejemplo, con mis hijos, pues ya, últimamente lo estoy trabajando. A raíz desde mi mamá, desde mi niñez, siempre, siempre fue muy desorientada, desunida, no hubo cuidados ¿no? Mi mamá, desde pequeños fuimos hijos dejados, hijos separados ¿no? cada quien por su lado, hermanos con drogadicción, yo la libertad...siempre estar como animalitos, solos, no vivir con amor. Desde ese momento siento que no hubo amor, nunca un beso, un te quiero, nada...mi mamá se dedicó a trabajar.

¿Ella trabajaba?

Sí, de obrera porque no tuvo estudios...De obrera, lavando ajeno, pues si, se puede decir que sin estudios, imagínese ¿no? Y desde ahí yo siento que no me enseñaron nada de amor, nunca recibí amor. Siempre estar sola, siempre buscando el amor en la calle...

¿En la calle? ¿Cómo?

Pues, por ejemplo, con los novios que llegué a tener, con personas ya mayores, por ejemplo, yo viví un tiempo, porque me corrieron de mi casa, viví un tiempo con una pareja, unas personas ya grandes. Yo siempre quise sentir, tener el calor de un hogar, la unión, el apapacho y nunca tuve eso, entonces no aprendí. Últimamente, estado ahí en el grupo pues he aprendido un poco, todavía me cuesta, pero ya lo hago, ya lo hago con mis hijos. Con mis hijos ¿no? porque con mi pareja si nos esta costando, bueno, a mí me ha costado mucho trabajo, demasiado ¿eh?, porque a la fecha yo siento que no me lo demuestra, y si le cuesta mucho trabajo.

Usted mencionaba a su mamá ¿sólo vivía con ella?

Con ella y con mis hermanos...

Su mamá, sus hermanos y usted, ¿su papá no?

No

¿Nunca lo vio?

No, yo nada más recuerdo que de pequeña...bueno, es que mi papá fue alcohólico y terminó en un teporocho de calle, entonces yo lo llegué a ver, me nació volverlo a ver, sentimos que lo quisimos ver cuando yo tenía como diez años. Pero ya lo vi al último, ¿qué sería?, yo creo que ni el año de que lo estuvimos llegando a ver de vez en cuando. Ya cuando supimos, chin, que se había muerto.

¿Dónde lo veía?

En su casa, yo ya sabía donde vivía. Yo iba con mi abuelita a la merced, por ahí pasaba el camión, por su casa. Un día me dijo “mira, ahí vive”, y yo me decidí a verlo. Mi mamá tenía miedo de que nos fuera a robar pero yo dije “no, yo quiero ver a mi papá”. Y a la fecha pues es algo que si me duele demasiado, no tener a mi papá. Siento que me hizo falta el cariño de él, el amor. O sea, por ejemplo, lo que estoy viviendo con mis hijos ¿no?. A veces me dan como celos, de ver a mis hijos que tiene a su papá, como juega con ellos. Si es difícil. Yo siento que todo eso tiene que ver con saber dar amor, no lo tuve, no me enseñaron y es lo que me cuesta mucho trabajo.

Darlo en qué sentido...

En demostrarlo ¿no? Porque ejemplo darlo, porque yo me preocupo por ellos por ejemplo, a lo mejor en la comida, a lo mejor en...preocuparme, que me interesan. Por ejemplo, con mi hija menor es con la que más trabajo porque, pues, la edad de ahorita y casi no había convivido con ella, por el trabajo. Siempre he trabajado, pero ahora me doy cuenta que si necesitan de mi. Luego las ando abrazando, dándoles un apapacho, lo que yo no...si me cuesta mucho trabajo, pero lo estoy haciendo.

Usted mencionaba que de chica la habían corrido ¿qué pasó?

Ah, pues porque cuando yo conocí a mi esposo, yo tenía una pareja anterior, un noviazgo. Pero ese si fue noviazgo, el amor, lo que yo quería, todo esto.

¿Cómo fue ese noviazgo?

Llevaba tres años, habían detalles, lo que yo ahora pido, el apapacho, el te quiero mucho, pero en esto llega mi esposo, me lo presentan, lo conozco... A mi me gustaba mucho la libertad, nunca tuve a mi mamá que se preocupara por mí, nada más a mi abuelita, mi abuelita fue la que nos crió, a nadie le interesábamos. Y, conozco a mi esposo y... estuve con los dos, con mi novio y con mi esposo empecé a andar, pero

porque me invitaba a bailar, a cenar, a tomar. Pero él sabía que yo ya me iba a casar, pero ya después él me dijo que no me casara, y que no sé que. El chiste es que no me casé con mi novio, mi esposo me llevó, entonces ya me fui con él y pues, imagínese ya regresar así, para regresarme, porque yo no lo quería, yo nunca lo quise...

¿A quién?

A mi esposo, yo no lo quería, nada más fue porque ya no me dejó ir a mi casa, este, haga de cuenta, me robó, y ya después regresé a la casa. Regresé y mi mamá reaccionó, ahí si se dio cuenta que yo existía, porque ya no me aparecí como tres días, regreso y que no, que era la vergüenza de la casa. O sea, de hecho yo no me quise ir con mi esposo.

¿Usted no quería?

No, yo no.

¿Y como fue que pasó?

Porque ya en ese momento me corrieron de la casa, pero no me fui a vivir yo con él, o sea yo llegué sola. “No sabes que, que aquí no, vas a ser la vergüenza de la casa, qué va a decir la gente, qué va a decir la familia, los vecinos”, o sea, yo iba a ser la vergüenza y me salgo de la casa. Fue cuando me fui a vivir con éste matrimonio, unos amigos donde yo me iba mucho a bailar, hacían muchos bailes ahí en esa casa y me hice muy amiga de ellos. Fíjate que ellos me apoyaron muchísimo, porque de hecho, mi embarazo lo pasé ahí, con ellos...y me decían que no me fuera, que no me casara, que no me juntara.

Entonces, usted se queda tres días con su esposo, se regresa, y luego se va con éste matrimonio...

Sí, después ahí me iba a ver mi esposo, y entonces me volvió a ver el que era mi novio, pero en ese entonces yo ya estaba embarazada. Y ya de ahí viene la consecuencia de los problemas. Siempre la desconfianza, el rechazar a mi hija, de ahí fueron los problemas...

La desconfianza ¿en qué sentido?

De que si iba a seguir viendo a la pareja esta, al exnovio, de que yo ya me iba a regresar. De hecho, viviendo ya con él me fui, porque el que era mi novio me mandaba llamar

con mi mamá y, pues, yo ahí voy de mensa junto con mi hija, pero no, me volvió a traer mi esposo, fue por mí. Y de ahí ya no.

Y el rechazo de su primer hija, ¿en qué sentido? ¿qué sentía por ella?

Más bien el rechazo de mi esposo hacia mi primer hija. Yo desde ese tiempo empecé a tener problemas con mi esposo, yo le decía “pues tú me aceptaste así, ¿no?”. Nunca nos entendimos. Siempre él rechazando a mi hija, siempre, siempre.

¿Cómo era ese rechazo?

No siente el mismo cariño que, por ejemplo, por mi hijo. O sea, ha estado con ella, porque ha estado conmigo desde que era bebé, pero se ha notado ese rechazo por mi primer hija. A él todo le parece mal, o a lo mejor yo lo veo así, y siempre defendiéndola, y él siempre rechazándola, cualquier cosa la ve mal. Por ejemplo, ahorita ella tomó la decisión de irse de la casa y a mi me da mucho sentimiento, el que no...siento que ella se va a ir y él va a descansar, de que ya no va a estar...

Siente que él va a descansar...

Sí, como de que ya no va a haber problemas. Igual yo ahorita lo siento, ¿verdad? Pero pues tengo que aceptar que es su decisión, y tengo que aceptarla y la tengo que apoyar. Anteriormente, yo le dije “fue tu culpa, porque tú nunca la has querido”. Siempre la regañó, siempre la maltrató, siempre la rechazó, entonces yo le dije “es que es tu rechazo hacia ella, por eso se va”. Él dice que no, pero bueno, de todos modos la decisión de mi hija está tomada.

Entonces esas fueron las circunstancias en las que se unieron ustedes...

Sí, sin amor.

Usted que cree que la llevó finalmente a vivir éstas circunstancias...

Pues el no apoyo de mi mamá...

Cree que hubiera sido diferente de contar con ella...

Sí, de hecho yo he trabajado mucho lo de mi mamá, siempre me dolió demasiado eso, demasiado...

¿Qué es lo que más le duele?

Que no me haya apoyado y que me haya corrido, eso es lo que más me duele. O sea, nunca he tenido el apoyo de ella, y a la fecha, a la fecha mi mamá no, y es lo que trabajo ahorita. Si la siento y es mi madre y todo, pero si me hubiera apoyado, otra hubiera sido mi vida. Porque quizás, sabiendo que estaba embarazada, pues me hubiera apoyado, hubiera estado con ella, hubiera sido otra mi vida, con mi hija, madre soltera, no sé. Yo si acepto que, bueno, la regué mucho, demasiado, pero el apoyo de ella...o sea, yo por ejemplo, si eso pasara ahorita con mis hijas, yo no las rechazaría. O sea, yo estoy en la idea de que yo, ojalá si Dios quiere les vaya muy bien, pero si ellas llegaran a fracasar, yo si las apoyo, porque es horrible que no te apoyen, o sea, que te vean que estás tirada y hasta te patean más.

Así se sintió ¿no?

Sí, sí. Y más me dolió, porque por ejemplo, con las personas que me fui a vivir, no tienes idea de cómo me apoyaron, en todos aspectos, material y...me llegaron a comprar muchas cosas para mi bebé. Yo les ayudaba, de hecho yo les ayudaba, ellos tenía una niña, y de hecho les ayudé mucho, yo se las cuidaba y ellos me protegían, vitaminas, de todo. Ya después se apareció mi esposo nuevamente, y pues ya no me quedó de otra, dije bueno...o sea, mis pensamientos tontos “¿qué voy a hacer sin una pareja?, ¿mi hija cómo va a crecer?” Y creo que fue peor...

¿Fue peor?

Sí porque, ya de ahí en adelante mi vida fue lo más terrible que te puedas imaginar: golpes, siempre el rechazo hacia mi hija, cantaletas siempre...

¿Qué cantaletas?

Sí, ofenderme de lo peor, ofensas de lo peor siempre. Sí, las ofensas y los golpes fueron mi vida durante muchos años.

¿A raíz de que ocurría esto? ¿Cómo empezaba esto?

Por ejemplo, él llegaba tomado, siempre llegaba tomado del trabajo y a ofenderme. Siempre a ofenderme y yo callada, yo nunca me defendí...si me llegaba a defender, pues luego luego los trancazos.

¿Qué sentía?

Mucho coraje, mucho coraje, mucho rencor...

Se detenía...

Sí, yo le tenía mucho miedo, mucho miedo...le contestaba y eran unas tranquizas pero buenas.

¿Si le llegó a contestar, entonces?

Sí, pero siempre con miedo, siempre le tuve mucho miedo, pero demasiado. Yo lo veía llegar que venía tomado, y era una temblorina horrible...eso fue lo que no me hizo también quererlo, ¿cómo vas a querer a una persona que te maltrata?...Pero mi miedo era siempre “yo no voy a poder hacerla”, yo tenía miedo a enfrentarme con mis hijas, o sea, cuando yo las tuve, yo pensaba dejarlo. De hecho hace tres años yo dije ya lo dejo, yo quiero que estén bien mis hijos... yo empecé a trabajar bien y dije “si puedo, ya lo dejo”, pero quisimos darnos otra oportunidad, empezamos otra vez, se puede decir que la nueva vida.

En ésta historia de ustedes dos hubo mucho maltrato y finalmente usted no lo quería...

De hecho nunca lo quise.

¿Y qué sentía por él? ¿No era amor?

No.

¿Qué era?

Pues era la necesidad, de un apoyo, a lo mejor económico. Para mí era eso, o sea, me daba miedo dejarlo y no poder darle a mis hijas de comer. Y ya después, él se empezó a desobligar también un poco, y fue cuando empecé yo a trabajar. Al trabajar ya me empecé a sentir un poquito más...a no sentir tanto la necesidad de él. Pero en eso, empiezan a crecer mis hijas, y yo digo “no, ¿cómo voy a dejar sin su padre a mis hijas?”. Yo siento horrible no tener a mi papá, y es lo que me ha detenido, no quiero ver a mis hijas así solas, como yo estuve.

Y recordando precisamente la relación entre su papá y su mamá, entonces ¿usted nunca vio la relación entre ellos?

No. Las pocas veces que he llegado a recordar, pues mi papá le pegaba a mi mamá.

Las veces que los llegó a ver juntos...

Aha, y nunca vi amor. Te digo, yo nunca aprendí, yo no sabía que era eso. Y por ejemplo, el amor con mis hermanos, yo los protegía, pues yo soy la mayor. Yo los protegía siempre, haz de cuenta que yo era la mamá de ellos. Y desde chica trabajé.

¿Desde chica?

Sí, desde niña, yo me acuerdo que tenía unos siete, ocho años, nueve a lo mucho, pero no más. Yo trabajaba en casas, haciendo el quehacer, y lo que ganaba, pues lo compartía con mis hermanos. Y a la fecha, mi hermano, el siguiente de mí, es con el que mejor me llevo, pues vivimos muchas carencias...

Vivieron muchas carencias...

Sí, demasiadas. Y siempre con él, siempre solos, siempre nos ayudamos...o sea por ejemplo, ahorita a él le va muy bien, y a la fecha luego me ayuda. Cuando recordamos esa niñez, pues...él nos protegía mucho, de hecho hasta a mis hijas, hasta a mi esposo. De hecho yo nunca le dije a mi familia cómo era él, yo siempre tuve miedo...

Nunca lo habló con ellos...

No, porque mi mamá me dijo “jamás me vengas a decir, ya para mí no eres nada...”, esas palabras las tengo bien grabadas “vas a ser la vergüenza de la familia, te pase lo que te pase nunca me vengas a reclamar, yo para ti no existo...”. Y sí, me lo tomé muy en serio y nunca le dije yo eso, la familia nunca supieron que él a mi me pegaba. Ellos lo quieren mucho, pero nunca supieron como me pegaba.

Y a nadie se lo dijo.

No, a nadie...Cuando yo lo conocí, su familia me rechaza.

La rechazaban...

Sí, demasiado. Me humillaban feo, y llegaron a ver que él me pegaba y...él era de quererme ahorcar, de muchas veces, llegó a amenazarme con una pistola, o rompía las botellas y me las quería encajar así en la cara. Y veía su familia como me pegaba y nunca me defendieron. O sea, a mi me fue así, horrible. Y te digo, si me cuesta mucho

trabajo, y ahorita si me siento bien con él, pero...yo quisiera sentir ese amor, quererlo, amarlo, o sea, yo no puedo decir que lo amo porque no, yo no puedo...O sea, a mi lo que me da vida son mis hijas...

Ese amor...

Sí, a mi lo que me da vida son mis hijas y, por ejemplo, ahorita con lo que estoy pasando de mi hija si me siento muy mal, o sea por...(deja salir algunas lágrimas), no la culpo a ella por ésta vida yo que tuve ¿verdad?, o sea, no se lo reprocho, porque no va, o sea, yo fui la que decidí a lo mejor esa vida, el miedo que tuve...Y para mi son mi vida ellas. Para mí, mi esposo no...De hecho, una vez nos dejamos, pero yo vi como sufrieron mis hijas...

¿Qué pasó?

Pues por lo mismo de que ya me pegaba mucho, fue cuando yo empecé a trabajar, y ahí ganaba bien, si me iba muy bien, yo me sentí suficiente, yo dije “si puedo”, y lo deje. Fue de que “sabes qué, ya no te soporto”, y con ofensas y todo nos mandamos a volar. Me acuerdo, fue un domingo, nos fuimos y me fui a la casa...Ahí fue cuando mi mamá según me iba a apoyar. Fue cuando yo le dije que ya no estaba bien, y así como que entre quiso y no dijo “bueno, esta bien”. Y ya llegamos a su casa, él no me dejo llevar nada, y ya me fui con mis hijas, y ellas llore y llore porque no querían que nos dejáramos. Llegando a la casa de mi mamá, según nos iba apoyar, pero nos empezaron a poner condiciones “pues aquí se va a hacer esto y esto, y tú mi hija esto, y tú niña esto, y aquí no se va a hacer esto...”, y bueno, horrible, y yo dije ¿cómo? Esta viendo cómo estamos y pues, me sentí humillada. Y ese mismo día mis hijas llore y llore “no, mamá, vámonos, ya no quiero estar aquí, cómo mi abuelita nos pone a hacer esto si ve como estamos”. Y sí, volví a llamarle a él por teléfono, yo fui la que le dije, y ya regresamos, y ya de ahí para acá. Y fueron como otros dos años más de sufrimiento, se puede decir. De ahí cambiaron las cosas, fue cuando cambió mi vida, pero, o sea, para mis hijos...y para mi pareja también, o sea, lo único es que ya no hubo golpes, más que hace poquito, hace como mes y medio, se volvió a repetir la historia... Pero para mí, el motor de vida son mis hijas, el día que se vayan ellas no sé que vaya a pasar. Por ejemplo, él ha tratado de cambiar para que me sienta yo bien, pero qué crees, si todavía siento un poco de coraje, ya no como antes...pero, o sea, yo siento que, por todo lo que me hizo es como para que ya cambiáramos nuestra forma de vivir. Por ejemplo, a veces esta

malhumorado, a lo mejor su enfermedad, no sé cómo se sienta, porque luego le pregunto y dice “no tengo nada” y se molesta.

¿Su enfermedad?

Sí, por el accidente que tuvo¹ y luego le dio diabetes, le diagnosticaron diabetes y...pero yo luego le pregunto, para tratar de apoyarlo, pero luego se molesta, esta malhumorado, y luego, por ejemplo, ahora me doy cuenta de la diferencia de edades...

¿Siente que afecta también?

Sí, porque para nada los gustos de él y los míos, hasta en eso no...a la fecha a lo mejor a él le gusta una música y a mi otra, a mí a lo mejor me puede gustar hasta la música de mis hijas, pero a él no, pues dónde...Y en todo, hasta en programas de televisión... en el vestir ahora pues porque ha aprendido con nosotras ¿no?, pero, es muy...

Muy diferente...

Sí, demasiado.

Entonces, usted me decía que lo que sintió por él no fue amor desde el principio, pero ¿entonces qué fue?

A lo mejor la protección de querer estar con alguien...

¿Cómo lo conoció?

Me lo presentaron en una fiesta. No lo traté yo creo que ni dos meses siquiera, y me fui a vivir con él...

¿Qué pasó ahí? ¿Qué sintió usted?

Pues como me corrieron de la casa y yo vi lo del embarazo...

Pero anteriormente usted ya había estado con él...

Sí, pero no era amor...Me sentía bien, porque, por ejemplo, me invitaba a bailar, a cenar, a tomar...Pues como yo estaba acostumbrada a que nadie me tomaba en cuenta, siempre

¹ El sr. Soria tuvo un accidente de trabajo en el que se lastimó la pierna. No fue necesaria la aclaración durante la entrevista porque yo ya los conocía en esa época y recuerdo haberlo visto son la pierna enyesada.

anduve yo en fiestas, siempre me han gustado las fiestas, siempre, siempre, el bailar...y en ese aspecto, pues era lo que me hacía sentir bien, pero no así de “ay, es que me abraza, me besa...”. Y a la fecha ¿eh? Si vamos en la calle y yo lo agarro de la mano, es porque yo lo agarro, pero no él, y le digo “a veces vamos y quisiera que nos diéramos un beso”, no sé, y dice “ay, es que así, como que se me hace ridículo”, entonces ya me acostumbré así. Si tengo la necesidad de eso, si la tengo. Y ahora, por ejemplo, yo veo a mi hija, y veo que está muy contenta con su noviazgo. De hecho, luego a veces le digo y me dice “no, es ridículo, nada más están beso y beso”, “pero ¿por qué ridículo?, eso es lo que yo hubiera querido y lo que he querido”. A la fecha si me gustaría, y se lo he dicho a él, pero no.

No lo ha hecho como usted quisiera...

No.

Bueno, y le pregunto todo esto para entender un poco cómo fue qué decidió estar con él...bueno, me comenta que decidió vivir con él por la protección, pero ¿cómo decidió estar con él desde el principio? No sé si le gustó, no sé lo que sintió cuando lo conoció...obviamente tuvieron que tener algún tipo de relación (antes del embarazo). ¿Cómo se sentía usted?

Pues fue la necesidad de estar con alguien.

Y usted estaba con su novio, ya estaba con alguien...

Sí, pero yo dije “hice lo peor que pude haber hecho en mi vida”, y no merecía estar con él.

Ya después de haber estado con su esposo...

Sí, yo dije “ni para dónde irme con él, no se merece lo que le hice”.

Las primeras veces que usted estuvo con su esposo, fue entre la fiesta, el alcohol, estas cosas...

Con mi esposo sí. Sí, con el me iba a bailar y tomábamos, y terminábamos en donde teníamos que terminar.

¿Cree que influyó esto también, éste ambiente?

Sí, porque de hecho las veces que llegábamos a convivir pues eran esas.

Como decía, nunca fue un noviazgo...

No, y pues, imagínate, él ya bien vivido... Yo tenía dieciocho años cuando nació mi hija, él tenía creo veintinueve años, ya pues bien vivido ¿no?

Y hablando de sus dieciocho años, el novio que tenía antes había sido su único novio ¿cómo se llamaba?

Javier.

¿Javier había sido su único novio?

No, tuve más.

¿Cuál fue su primer novio?

Pues ya ni me acuerdo, en la secundaria...También lo que yo tenía es que me gustó mucho el cotorreo, el despapaye...es que la libertad, a mí lo que me pasó es que nunca me dijeron...me decían “aquí tienes que estar...” pero, me brincaba la barda y me salía. A mí me encantó el baile, la libertad...dos ocasiones me llegué a salir de la casa, estando niña, o sea, antes de vivir con mi esposo.

¿Cómo a qué edad?

Cuando fui a la secundaria, a los trece o catorce años...ahí siento que fue el despapaye de mi vida, me gustó mucho el despapaye pero al más no poder...

¿Qué hacía?

Me iba a bailar, andaba con un novio, con otro, tuve muchos novios. A mí me encanta el baile. Yo era de las que escuchaba una tocada allá, y córrele con la bola de amigos. Fue mucho la libertad.

Su mamá...

No se daba cuenta. Luego le llego a platicar cosas que hice y, jamás se dio cuenta.

¿Qué hacía ella?

Llegaba tarde de trabajar, luego también ella andaba con una pareja, con otra, con otra, con otra...

¿A usted le tocó ver eso?

Sí.

¿Cómo fue eso?

Lo más horrible, horrible. De hecho hay un señor, el papá de mi hermano... pues él era casado, creo que mi mamá le hizo un escándalo –hasta después supe-, no vivió con él. El señor si la ayudaba, yo sabía que la ayudaban con dinero. Por ejemplo, Reyes nunca tuvimos, y en una ocasión él nos llevó. Yo me acuerdo el estar viendo a los Reyes, vi cuando nos llevó juguetes...éste señor la ayudó mucho, pero mi mamá al parecer le exigía que se casaran, pero el señor tenía su vida. A lo mejor pudo seguir siempre siendo su amante y vivir bien nosotros, pero no...Ya después conoció al papá...bueno, a otras personas más, y después tuvo a mi otro hermano, y con ese niño fue cuando yo llegué a ver muchas cosas.

¿Cómo qué cosas?

Por ejemplo, teniendo relaciones sexuales y nos dejó, o sea, viviendo con mi abuelita, nos abandonó. Aún así que nunca tuvo cuidado de nosotros, ahí ya nos dejó por ese señor, se fue con ese señor, nos dejó a mis hermanos y a mí. Fue cuando yo más me desaté, me salí de la casa, yo hice peor el despapaye de mi vida.

Todavía iba en la secundaria...

Sí, yo todavía ni cumplía mis 15 años, y de hecho ni me hizo nada, o sea, si no teníamos para comer, pues menos una fiesta. Y fue cuando hice más despapaye...en ese tiempo me llegué a salir dos tres veces de la casa, y nunca les preocupó...

Se salía y ¿qué pasaba?

Me sentía ya que yo podía sola. De hecho viví un tiempo con una amiga en su casa, y peor, me sentía más libre, me iba a tocadas, tomaba...hice mucho despapaye...pero te digo, a mi mamá nunca le importó, más que cuando ya vio que sí, que me salí ese tiempo de la casa y ya no regresé. Cuando se niveló la cosa fue cuando entré a trabajar,

empecé a trabajar. Y ya cuando me junté con mi esposo fue cuando ya, pues no me quedó otra más que tranquilizarme, y luego con las tranquilizas, pues ¿quién no?

Y entre ese despapaye que usted habla, ¿también tuvo sus primeras experiencias sexuales?

Sí.

¿Cómo se sentía?

Pues no sentía nada, más que con Javier, con él si me sentía bien.

¿Cómo bien?

Pues porque nos queríamos mucho. Por ejemplo, antes de Javier, también hubo otra persona, más grande que yo, fue mi primer pareja sexual, una persona casada.

¿Le llevaba muchos años?

Casi la edad de mi esposo, me llevaba nueve o diez años. A él todavía lo quise mucho más que a Javier. Él fue mi primer amor, fue lo más bonito.

¿Cómo lo conoció?

Ahí donde trabajaba. Yo trabajaba en una tienda de ropa, y ahí lo conocí. Él tenía de esos detalles que ahora pido, él era de una florecita, muchos muñequitos, muchas cosas, o sea, era ya más grande que yo, era super detallista, fue lo máximo para mí.

¿Cómo se sentía usted con esos detalles?

Ay, pues muy bien. Me sentía importante.

Por esos son relevantes los detalles...

Sí, sí, demasiado. Con él también me fui un tiempo a vivir a Tlaxcala.

¿Cuántos años tenía cuando lo conoció?

Como dieciséis años, quince o dieciséis años. Yo tuve un embarazo con él y luego un aborto, me regresé, ya después me regresé con mi novio, que también andaba con mi novio, bueno, con Javier y con él.

Al mismo tiempo...

Aha, él supo que me fui a vivir con él, igual le lastimó y todo. Por eso cuando me fui a vivir con mi esposo, dije “no, pues ni para qué regreso”. Ni la cara de vergüenza me quedaba darle.

Y ¿cómo fue su experiencia con ese primer amor, en lo sexual y en lo afectivo?

¿Con Francisco? Se llamaba Francisco.

Sí.

No, pues fue lo máximo...con él aprendí...Era mi todo, mi todo, o sea, yo jamás he sentido ese amor por alguien más que con él.

¿Cómo lo podría describir?

Lo más bonito, lo más bonito...A pesar de que me lastimó por lo que me hizo.

¿Qué le hizo?

De que me llevó allá, me dejó con su hermana, me hizo abortar y ya no lo volví a ver. Supuestamente yo creía que me iba casar con él, que él iba a vivir conmigo, que iba a dejar a su mujer.

Usted sabía que estaba casado..

Sí, pero me sentía protegida, me sentía muy querida con él, te digo, los detalles, él siempre me llevó al cine, a comer...para mí fue lo máximo. Ahí si puedo decir que si lo amaba demasiado, lo quería mucho. Y ya después fue Javier. Con él, te digo, viví un tiempo nada más, poquito tiempo...

¿Con Javier?

Sí.

Y volviendo a Francisco, ¿usted le dijo que estaba embarazada, o cómo fue?

Sí, pero él me dijo que no, que no tuviera hijos, que estaba muy chica y que él tenía a su esposa.

¿Cómo se sintió?

No, pues la derrota total, yo me sentí derrumbada, y...pues ya me regresó a la casa...Pero jamás se lo comenté a mi mamá, que aborté ni todo lo que pasé, nada. Y ya fue cuando me junto con Javier, cuando estoy con Javier y a la vez con mi esposo.

¿Francisco después ya no la buscó?

No, de hecho yo lo buscaba, pues imagínate, era lo más bonito que me había pasado en la vida, en esa corta vida, y de repente sentir que lo iba a perder, pues no, no lo aceptaba yo. Pero ya no, de hecho me dio una carta, y ahí me decía que ya no podía ser lo de nosotros, que él tenía a su esposa, a sus hijos.

Después conoció a Javier...

No, yo ahí andaba con los dos, con Javier y con Francisco a la vez...

¿Los conoció al mismo tiempo?

No, primero estuve con Javier.

¿A él en dónde lo conoció?

Pues en la escuela, en la secundaria, por parte de su hermana. Te digo, a mi me gustaban mucho las tocadas, y ahí nos conocimos. Me encantaba, me superencantaba bailar con él, después un noviazgo, noviazgo, noviazgo...Pero después, ya estando con Francisco, ya andando yo con ambos...Pero para mí mi novio formal fue Javier, porque él iba a la casa, ya nos íbamos a casar, ya habíamos hecho preparativos, y hago ésta tontería de irme con mi esposo...

¿Fue como una tontería?

Sí, porque imagínate, yo teniendo todo, yo estando bien con su familia de Javier, con su mamá, con todos. Él empezó a construir una casa donde íbamos a vivir...

¿Se sentía bien con él?

Pues sí, porque fue así... detallista, muy tierno, muy cariñoso. De hecho, poco después me ofrecía que dejara a mi esposo... me decía que nos juntáramos. Él me ofreció esa ayuda, pero pues no.

Decidió que no...

No, porque a la vez que yo sabía que hacia tonterías, pues no iba a dejar a mi hija, vaya, a separarla de su papá...O sea, para mí siempre ha sido el que yo no quiero dejarlo por mis hijas, no quiero que ellas sufran lo que yo sufrí sin un papá, es horrible, horrible no tener un papá. Es lo que me da fortaleza para seguir adelante.

Entonces ¿cree que ya no es rescatable su relación?

Pues si hubiese ese cambio en mi esposo, de lo que yo necesito, porque pues yo necesito sentirme querida, amada, y de esos detalles y todo eso, yo siento que sí, que a lo mejor me conquistaría y podríamos volver a empezar...A lo mejor querernos de verdad, no esa costumbre, no ese compromiso de que por los hijos.

Quererse de verdad...

Aha, si.

¿Es diferente?

Si, porque la costumbre es que me tengo que estar aquí porque están mis hijas, el que ya es mi hogar se puede decir, de cuantos años. Pero el quererse es que ya vamos estando cada vez más...por ejemplo, ahorita ya se va mi hija ¿no? Al rato quizás mi hija menor, no sé...y vamos a estar solos y...¿nunca voy a sentir ese amor? Eso es lo que a mi me gustaría, porque después de todo es mi pareja de cuantos años, y a lo mejor el reconquistarme si me haría sentir bien. Yo lo que pido es eso, el sentirme amada, querida, que me valorara. Yo si he luchado, he querido hacerlo, pero a él se le hace ridículo. Él dice que a su modo me quiere...

Pero no es lo que necesita...

No, por eso para mí, mi ilusión más grande son mis hijas, porque yo creo que todo esto que me ha pasado es por ellas, ¡no que me aguante!, ni masoquista ni mucho menos, pero... me dan vida mis hijas. A pesar de, igual, de todo el daño que les hice, porque también les hice mucho daño con toda la vida que pasé...siempre amargada, siempre super neurótica, siempre recordar la peor vida que tuve, y todo lo...¿cómo se podría decir?...Me desquitaba a lo mejor con ellas.

¿Qué hacía?

Les pegué mucho, demasiado...A pesar de que yo decía que las quería pero las maltraté...Les pegaba, siempre amargada, siempre estuve amargada, siempre renegando de la vida que tuve...

De alguna forma lo desquitó en ellas...

Sí.

¿En las dos?

Sí, sí. Todavía siento que más con mi hija.

¿Cómo fue más con ella?

Yo que diga “ay que por su culpa lo que pasé”, pues no, pero siento que siempre por quererla defender con mi esposo, siempre me la pasaba peleando, siempre peleando...Y siempre era mi impulso, siempre mi hija...Como que la hice muy rebelde, yo creo que con los tratos que tuve la hice muy rebelde.

¿Qué tratos?

Pues le llegué a pegar muy feo, a lo mejor cachetearla, jalarle los cabellos, gritarle. Con mi hija si fue con la que de plano...

¿Qué sentía por ella? Bueno, no necesariamente que fuera el que ella tenía la culpa, pero ¿qué sensación tenía con ella?

Pues como que...coraje, como que... que siempre estaba peleando por culpa de ella.

Siempre tenía que estarse enfrentado a esas cosas por defenderla...

Sí. Siempre hemos peleado por eso.

¿Y con su otra hija?

Si la llegué a maltratar cuando no querían aprender lo de la escuela, la clásica mamá de que “no aprendes...pues aprendes o aprendes” y si no, el trancazo, el jalón de greñas...Pero yo siento que a la que más lastimé fue a mi hija mayor. Y te digo, ahorita que ya se va a ir, pues llega ese arrepentimiento, ese sentimiento de culpa... Ahora que ya se va pues digo “chin, ya se me va, y no la disfruté”. Si me ha dolido, me duele demasiado (llora), si me duele... cuántos años y no pude lograr su amor hacia mí, porque

a veces si siento ese poquito de rechazo de ella... como si dijera “mamá ¿qué me hiciste? ¿por qué me trataste así?”.

¿Se lo ha dicho?

No, pero yo lo siento. Yo siento que ella no se apega mucho a mí, claro, con todo lo que le hice, pues era ilógico... siento como que no me ha perdonado de verdad, de corazón, como que si siento ese rechazo de mi todavía. Es lo que quisiera lograr, quizá ya no pude lograrlo teniéndola conmigo, pero pienso recuperarlo a lo mejor con el apoyo...Porque mi hija menor si es muy barberilla, se me acerca mucho...No así empalagosa ¿verdad?, pero siempre andamos jugando, convivo mucho más con ella que con mi hija. También siento que mi hija se hizo así porque, la misma vida que yo tuve, como que se lo transmití...ese coraje...

Siente que le transmitió eso...

Sí., porque, por ejemplo, cuando yo le enseñé a hacer de comer, desde bien chiquita, por lo mismo de toda loca que estaba, bien chiquitas las ponía a que “haz esto, haz el otro”. Mi hija, haz de cuenta, fue la mamá... Lo mismo que mi mamá hizo conmigo, pues yo lo hice con ella.

¿Usted se iba?

Yo me iba a trabajar.

Siente que pasó lo mismo...

Sí, porque yo le decía a mi hija “haces de comer”, y si no había comida, pues imagínate como la maltrataba. Ella era la que se quedaba, el quehacer siempre ella ¿no? De hecho, yo le veía sus manos (señala el dorso de su mano) bien maltratadas...yo sentía horrible pero yo decía “pues ni modo, no hay de otra”. Siento que fue a la que más le cargué la mano en muchos aspectos.

¿Ahora siente como culpa?

Sí, porque si le hice mucho daño. Ella se alejó de nosotros...últimamente lala vi bien diferente, muy rebelde...Nosotros le decíamos “convive con nosotros”...pero no, quizás no encontró aquí el amor o la protección...Siento que se va por esa falta de cariño.

¿Aquí no lo tuvo?

Pues es que ella resintió mucho el rechazo de mi esposo, siempre lo ha sentido.

Usted me ha hablado de las infidelidades. ¿Alguna vez sintió infidelidades para usted?

Sí.

¿Y cómo se sintió usted?

No me interesaba, ni así que yo lo cele, pues no. Por lo mismo de que no hay ese cariño que debería de ser en pareja, no. De hecho a él como que le molestaba “es que a ti no te interesa”...”pues es que no los siento”.

¿Pero si llegó a pasar?

Sí llegó a pasar, de hecho varias veces me enteré... Me daba coraje porque se burlaban de mí. Pero así de que “¡ay, me quitas a mi hombre!, pues no.

Más era el sentirse burlada...

Aha, sí, me daba mucho coraje, si se burlaban de mí... y porque ellos también veían como me pegaban. Es lo que no me gustaba, me sentía lastimada, pero no ofendida a mi amor...

¿Y defender a su hija y el alcohol eran lo único que desencadenaban esos pleitos?

Sí, bueno, él siempre se sentía celoso pero porque era el típico macho “¿cómo me va a engañar mi mujer?”, no porque sienta algo hacia mí. De hecho él dice que sí, pero yo digo que no, que no siente algo, o a su modo, o muy a su modo, pero yo no siento que sienta algo de cariño hacia mí, o que me quiera. Te digo que cuando quieres a alguien pues no maltratas, no humillas, no ofendes, no haces daño. O ¿qué es amor indio o amor apache? ¿te pegó y me tienes que querer? o ¿no te quiero si no me pegas?. Pues no...

Siente que eso no sería el amor.

No. Ahora yo veo personas, parejas ya grandes, y van en la calle, se van besando, abrazando...yo quisiera sentir eso. Yo siento que carecí de mucho amor, de mucho amor, demasiado. Por ejemplo, ahora veo que mis hijas me quieren, mi hija mayor es la que siento todavía que un poquito menos, pero mi hija menor... pues siento bonito que me quieran, que estén conmigo. Te digo, yo me siento muy bien como mamá en ese

aspecto, yo no viví eso, no lo tuve, no lo tuve. Para mí, siempre fueron las carencias mi vida, carencias de cariño, de... de todos aspectos.

Por ejemplo, de pequeña, ¿qué recuerdos tiene de su mamá?

Pues no son agradables. Algunos que se podrían decir agradables es que me llegó a llevar a comprar ropa, a comprar un pantalón, una vez un vestido, que alguna vez nos llegó a hacer unas tortas, pero así por ejemplo, de que ahora que tengo a mis hijas y que yo me desvivo por ellas, no. Simplemente hace cuatro días me enojé otra vez con ella, porque es una persona, de verdad... es feo decirlo, pero así que yo diga “ay, mi mamita, la quiero mucho”, no. Es lo que quiero trabajar ahorita. Pero por ejemplo, si hace poquito ¿no?, según está muy molesta porque mi hija se va de la casa, o sea, ¿por qué? ¿por qué se va a enojar?. De que no la tomo en cuenta, ¿por qué la voy a tomar en cuenta si es mi hija?. De que yo no la debo apoyar, ¿cómo no la voy a apoyar?. Y ahí es donde volví a sacar eso ¿no? “Es que yo si la voy a apoyar, porque yo no voy a hacer lo que tú me hiciste a mí”. Yo la voy a apoyar y la tendré que a apoyar le vaya bien o le vaya mal, yo siempre voy a estar con ella. Y así, bien molesta, y pues luego se me sale esto. Pero, pues no, así recuerdos buenos, no.

¿Hay algún recuerdo en especial muy recurrente, además de éste de que no la quiso apoyar?

Sí, el de las parejas que llegó a tener. Me da mucho coraje que por andar con varias personas, o sea... ¡pudo haber estado con nosotros!. Yo me acuerdo que decía “voy a ver a fulano, voy a ver a sultano”, “¿por qué no te quedaste con nosotros?”. Y mi mamá dice “es que yo siempre tuve que trabajar”, pues sí, pero yo también he trabajado. Y por ejemplo, si yo la veía que siempre andaba lavando, pues ¿cuántos éramos?, siempre la vi en la humildad y tratando de... imagínate, ¡cada ocho días nos bañaba!, de chiquitos... o sea ¿qué mamá va querer tener así a sus hijos?

Era un descuido...

Sí, y donde vivíamos no, no... a pesar de que éramos tantos. Yo luego le saco mucho en cara “bueno, si viste que cómo estábamos ¿para qué tuviste más hijos?”. Yo quiero mucho a mis hermanos, para mí son mis hermanos, no mis medios hermanos, yo los quiero mucho, pero, yo le decía “¿para qué los tuviste?, ya nos tenías a nosotros y cómo sufríamos...todavía buscaste con uno, y luego con otro, y todos los demás que tuviste...”.

A mí me dolió mucho eso, no tener buenos recuerdos. Y ya ahora de casada, me ha llegado a ... yo creo que siente culpas, porque me ha querido dar cosas, pero no siento bonito que me las de. De hecho es de las personas que te da algo y luego te lo canta... por decir, hace poco me dio una ropa interior y “ah, pero yo si te di y eres bien ca...nija, pero yo siempre les doy, malagradecidos, y nunca se preocupan por mí, ¿por mí quién ve? Y esa es otra también de las cosas, de que yo quisiera decir “ay, mi mamita”...por ejemplo, ella ahorita vive sola, y así que estar preocupándome por ella y eso, no.

No le nace...

No. A veces he tratado, pero ni para hablarle por teléfono a veces. Ahorita es lo que tengo que trabajar.

¿Cómo lo tiene que trabajar?

Tratar de que con ella, nos vemos y “ay, me da gusto verla”. Pero no, hay veces que llega y dice “esto está sucio, ¿por qué nos has barrido aquí?, ¿por qué no esto?”, y empieza... Pero ahora quiero tratar de que si nos vemos, tolerarla, a pesar de que ella no me va a querer...yo ya acepté que no me va a querer nunca, no se va a preocupar por mí, que ella siempre va a ser así, que no va a cambiar.

Ya quiere aceptar eso...

Sí, aceptar eso, tolerarla cuando estoy junto a ella. O sea, estoy con ella, o de hecho hablamos por teléfono y es para decirnos hasta de que nos vamos a morir. Tengo que aprender a tolerarla, aceptarla como es. Me ha costado mucho trabajo aceptar como es...todo lo que vivimos, por ejemplo mis hermanos se drogaban y todo, y ella nunca...yo como andaba para acá y para allá, y nunca se dio cuenta. A la fecha le preguntas y dice que no es cierto, qué cuándo, y hasta le da risa “pero cómo, ¿a poco tú hacías eso?”.

¿Qué cree que necesitaba usted? ¿Qué le hubiera gustado?

Que se preocupara por nosotros, de que, a lo mejor humildes, pero...estar unidos...Y a la fecha de hecho me quiere echar a pelear mucho con mi hermano. Ahorita con lo de mi hija es un...ay...que a todos les duele. Pero digo ¿ahora por qué? ¿por qué me quieren hacer que yo no deje a mi hija? Ella ya lo decidió, y si yo no la apoyo, de todos modos

se va a ir. Porque ya está bien decidida, y es su palabra “ya lo decidí”, y bueno, nadie la hace cambiar de opinión. Si no la apoyo, se va a ir.

De todas maneras...

Sí, yo digo que si se va, así como está. Mi mamá ahorita ya se da cuenta de que hay muchos errores, se da cuenta de que hay cosas que para ella según no son muy buenas. Es lo que no me gusta, o sea, de que ahorita ella me quiere mandar, decirme qué hacer... pues si nunca estuvo conmigo... Según hasta se puso a llorar de que se va de la casa mi hija... más bien lo que le molesta es que no la tome en cuenta, no le duele que mi hija se vaya. Si fuera esto, pues yo creo que me apoya, pero siempre su costumbre “Es que Gabriela esto, es que Gabriela lo otro...”, “pero, ¿por qué te metes?” y ya le he dicho varias veces que no se meta. Yo si la he lastimado, y digo, si me arrepiento... te digo, tengo que aprender a tolerarla, a aceptarla como es. Yo siento que mi mamá fue la que me hizo mucho daño... o sea, ¡me gustó el despapaye!, sí me gustó, pero yo siempre he dicho si yo hubiera tenido el apoyo de mi mamá, otra cosa hubiera sido. Si yo hubiera tenido el apoyo, no hubiera hecho todo esto, otra cosa hubiera sido mi vida... O sea, es lo que yo no quería, yo no quería esto, pero por el miedo a la soledad, por el miedo a... a esas carencias que yo viví... En ese momento yo me sentí reflejada en mi mamá y yo dije “no quiero que a mis hijas les pase lo que a nosotros”. Ese fue mi miedo... Mis hijas van a estar solos, mis hijas van a hacer lo que yo hice... Y aparte el miedo de las tranquilizas.

Repetir la historia era lo que no quería...

Aha. Yo, te digo, siempre estoy al pendiente de qué les voy a dar de comer, que esto, que lo otro... o sea, todo lo que no hizo mi mamá, yo lo hago. Claro, que te digo, si las maltraté... Porque eso sí, fíjate que mi mamá nunca nos llegó a pegar, una o dos ocasiones...no nos maltrató. Bueno, no nos maltrató físicamente pero, moralmente nos dio en toda la torre.

Fue más el descuido...

Sí. El descuido en todos aspectos. Se preocupaba por irse a trabajar y nos dejaba ahí, con mi abuelita. Yo, por ejemplo, ahí donde estábamos nosotros, yo les hacía de comer a mis hermanos. Mi abuelita, según nos cuidaba, pero la que se hacía cargo de ellos era yo. De hecho, hasta la fecha luego me recuerdan lo que yo les daba de comer...

Sus hermanos...

Sí, pero ¿pues qué les daba?, lo único que nos daban.

¿Qué les daban?

Frijoles y huevo, o sopa. Era lo que comíamos. De hecho que dijeras que una fruta, pues no... que postre ni que nada. Fueron las carencias, pero carencias. Y te digo, ahora que ya estamos grandes, hasta nos da risa. Y fíjate, por ejemplo, mis hermanas pensamos en nuestros hijos, esa pobreza siempre la recordamos... “es que yo no quiero que mis hijos pasen lo que nosotros pasamos”. Siempre estamos recordando eso.

Pero entonces, a sus hijas ¿pudo darles otra cosa?

Sí... por ejemplo, nunca nos hemos quedado sin comer, gracias a Dios nunca. Pero, pues por ejemplo, que yo ahorita pudiera darles que una carrera, a lo mejor de paga, pues no la puedo tener. Tener lujos, pues tampoco. Digo, a lo mejor pudimos haber tenido mejores cosas... Yo ahora me arrepiento de no haber estudiado, y trató de que mis hijos sí... bueno, por ejemplo, ahorita mis hijas si están estudiando. Y luego, siento bonito, porque me pongo a platicar con ellas, de que ellas si quieren seguir estudiando, de que en el futuro. Yo les digo que no me ayuden, digo, “no, yo estoy para ustedes”, pero ellas me dicen “no, tú ya trabajaste mucho, ahora vas a descansar”, y pues si siento muy bonito... Yo hubiera querido que eso me hubiera dicho mi mamá “estudia y supérate, y esto..”. Igual a lo mejor no pudo, o lo que haya sido. Ahorita, por ejemplo, de mis hijas si siento bonito “al rato vamos a tener esto, y el otro”. O sea, piensan en grande, y ahorita que mi hija ya va entrar a la universidad, pues me siento mejor...

¿Ya va a entrar?

Sí, primeramente Dios ya le dan su fecha.

¿Qué quiere estudiar?

Medicina. Siento bonito que ya va a entrar a la universidad... y son cosas que ¿dónde me iba a imaginar? Siento bonito porque tienen muchos proyectos de vida. Ellas son mi motor de vida.

Y en su relación de pareja ¿qué puntos positivos vería?

Pues el hecho de ya no estar peleando, de que ya tengo tranquilidad. Yo sé que a lo mejor él no quiere cambiar o no puede cambiar. El tolerarlo. El simple hecho de ya no estar peleando. Te digo, hace como mes y medio, nos volvimos a pelear, hasta me volvió a pegar, haz de cuenta que el pasado regresó, otra vez empecé a sentir ese coraje. Hubo otra vez ese pasado... Pero te digo, para mí, mi motor son mis hijas...

¿Será eso lo positivo?

Sí, lo positivo de vivir. Como pareja también, a lo mejor aceptarnos tal como somos ¿no? Muchas veces me pregunto cuando mis hijos hagan su vida ¿qué va a ser de mí? Me pongo a pensar... Tal vez si yo sigo así, con esa falta de cariño, si yo no me siento bien y ya no están mis hijos... yo si lo dejaría, si lo dejaría. Me dolería, como ser humano, él, como ser humano, no como pareja. O igual, si llegara a tener nietos, pues a lo mejor ya mi motorcito serían esos niñitos... Pero ya estar sola aquí con él... no sé, no sé que va a ser de mí. O sea, con ése desamor que hay... O sea, si me gusta estar aquí, que poco a poco hemos ido superándonos a como estábamos, si me da gusto... pero ¿si no hay amor y eso?

¿Se deterioró? ¿Nunca existió?

No que se haya deteriorado, pues no lo ha habido. Yo no puedo decir “es que me duele, porque antes si me quería y ahora ya no”. Siempre ha sido así.

Y el amor para usted ¿es algo que se puede construir o que ya se da?

Yo digo que si se podría construir.

¿Cómo?

Pues con esos detallitos, con esa demostración de que me quieren, de preocupación por mí. Por ejemplo, ahorita, estoy pasando éstos días terribles, ahorita sin trabajo. Pues ahorita, el negocito que él tiene... hay días que le va bien, o pasan tres o cuatro días sin trabajo. Por ejemplo, ahorita todavía estoy disfrutando lo de la semana pasada que todavía llegué a cobrar... Ahorita se me viene otra etapa de que sin dinero y todo eso, no sé cómo vamos a estar...y pues son esos detallitos, esa preocupación, ese valor hacia la persona. Yo por ejemplo, tengo cartas que me han hecho mis hijas y ¡cómo me valoran! Ellas han visto el esfuerzo que he hecho, por ejemplo, en la parte económica, aunque gano poco, es para ellas. Vamos a comprar algo, y a lo mejor un pantalón barato, se los

puedo comprar, unos zapatos baratos a lo mejor se los puedo comprar. Por ejemplo, mis hijas, ellas ya solitas ven por sus gastos, pero me valoran así, demasiado, demasiado, las cosas que he hecho por ellas. Yo te lo aseguro que mis hijas, desde pequeñas, recuerdan toda mi vida, cómo fue, de golpes, de maltratos. Todo lo que he pasado, ellas si lo valoran. Por eso es que yo doy todo por ellas.

Con ellos si hay eso que falta con la pareja...

Sí.

Y ¿usted ha hecho algo para construir ese amor?

Sí, he tratado. Luego llego a abrazarlo, le tengo que decir, ¡abrázame!, o ¡dame un beso! Tengo que estarle diciendo. A lo mejor en años pasados, pues sí porque estábamos bien amolados ¿no? Pero por ejemplo, ¿de tres años para acá?... Dice que me quiere, pero no sé de que manera me quiera, o no me lo demuestra. Yo he tratado, por ejemplo, luego le ando trayendo, por ejemplo, el día de los novios. Yo le he dicho, tengo ganas, de que por ejemplo, nos vayamos a bailar, de que me lleves a bailar, de que a lo mejor nos quedemos por allá en un hotel. Disfrutar como pareja, simplemente ir a dar la vuelta... aquí mismo, darnos una vuelta, pero no, siempre está cansado, siempre está fastidiado, está ocupado, se siente mal. Haz de cuenta, así como uno de mujer lo clásico “ay, es que me duele la cabeza”...

Como pretextos...

Y te digo, yo he tratado, “vámonos a caminar” o esto...Pero si no lo agarro yo de la mano, él no me agarra... Si no le digo “abrázame”, él no me abraza. Todo hay que decirle. Y es lo que le he pedido, le he pedido, pero... igual no lo voy a hacer cambiar... yo creo que a lo mejor me vienen cosas peores, porque imagínate, él ya tiene casi 50 años, o sea ¿qué me espero en cinco, seis, siete años? ¿en diez años?

¿Qué le espera?

Pues que si ahorita no ha podido hacer esto, pues imagínate más adelante. Estoy consciente de que ya no... o sea, por ejemplo, hasta en lo sexual...en lo sexual también.

¿Qué pasa?

Es una persona que pueden pasar días, semanas... se puede decir que un mes, dos meses han pasado y para nada. Hasta eso estoy trabajando, que no puedo, no puedo hacerlo cambiar. Por eso digo que mi motor son mis hijas. Que yo sé que al tiempo yo voy a estar sola, que no voy a estar con ellas, sé que no voy a recibir nada de ellas, nada. Puedo jurar que no estoy atendida a que van a crecer, van a estudiar, me van a dar.

Sólo lo da...

Sí, y lo doy de corazón. Eso si te puedo decir, y con mucho amor a mis hijas.

¿Ese sería el amor?

Sí, para mí si. Ahora dar todo. Si realmente amolada lo di, ahora con más razón... ya consciente, si lo doy mucho más.

Me ha hablado mucho del amor a sus hijas. Como que es lo más importante, lo más bonito...

Sí.

¿Cómo se sintió usted cuando iban a venir sus hijas?

Cuando las iba a tener sentía muy bonito, las esperaba con mucho amor. Y fíjate que ni en eso él... o sea, si las quiere, quiere mucho a mis hijas y ellas a él, pero para mí era siempre estar bien ilusionada, haciéndoles ropita, haciéndoles pañalitos como antes eran los pañales, su ropita. Igual, lo que mi mamá no hizo, yo siempre las traía limpios, bien arregladitas. Mis hijas siempre se acuerdan, siempre bien peinaditas, sus trencitas, sus colitas, sus vestiditos. Tejerles, hacerles. Te digo, si así fue aún amolada.. pero ahora, pues también que les voy a poder dar de eso, no las voy a poder vestir (ríe). A lo mejor sólo me dice “ay, ¿cómo se me ve esto?” no pues que bien. Aún antes amolada les di amor, me preocupe por ellas, de que no pasaran lo que yo pasé... de eso no me puede remorder la conciencia.

Y ¿por qué menciona que hasta en eso él no?

Porque cuando iban a nacer... por ejemplo, de mi hija menor, sí fue pronosticada, programada de que naciera, porque pues ya tenía yo a mi hija y él quería a su hijo, a su hijo, un hijo. Y creo es ahora a la que quiere más. A las dos, bueno a las dos entre comillas, a mi hija mayor un poco, a mi hija menor un poquito más que a la mayor.

Como mamá, ¿usted cree que se siente el mismo cariño por los hijos, o hay diferencias?
 Siento que si, si hay diferencias. Siento que a mi hija yo la quise más, o la quiero más que a la menor, o sea, es el mismo amor, pero a mi hija yo la sentía desprotegida, como que le tocó más, como que para ella era un poquito más el amor. Porque yo veo, que por ejemplo, mi otra hija tiene mi amor, pero también el amor de su papá. Y ese amor que le faltó a mi hija mayor, yo quería dárselo todavía más del que yo le daba... Y esa es mi triste historia.

Volviendo a los detalles y la diversión, ¿ya nunca se dio desde que se unieron?

No. De que llegamos a ir a algo, fue de familiares... Y era un miedo ir a una fiesta, porque tomaba, se iba a tomar y ya, con cualquiera yo me iba a ir... O sea, muchos años él sentía que yo lo iba a engañar, que yo lo iba a dejar, o sea, lo mismo que le hice yo a Javier, se lo iba yo a hacer a él. No, y pues para mí eran un miedo las fiestas, porque ya tomaba y nombre... no, era un torbellino cuando tomaba, para mí eran un susto las fiestas, eran miedo. Y a la fecha, pues si vamos a las fiestas, pero bien aburrido...

No como las que a usted le gustaban...

No, no. Él quiere de cha cha cha para allá (ríe), y yo de Parchis para acá... Y te digo, hasta en eso son las diferencias.

Para concluir, que cosas cree usted que serían importantes, aparte de los detalles, para construir el amor?

Pues aparte de los detalles, yo creo que sería la comunicación, para mí también es bien importante eso.

¿La comunicación en qué sentido?

Pues de poder decirnos las cosas. Yo, por ejemplo, a la fecha hay muchas cosas que no le puedo decir porque siento que se va a molestar.

Hay cierta...

Cierta restringencia porque se va a enojar... y la confianza. La confianza también sería muy elemental. Y es algo que tampoco ha habido entre los dos.

Y ¿en cuánto a usted misma? ¿cómo se ha sentido con usted misma?

Pues he cambiado demasiado, madurado... yo maduré muy rápido. Ya cuando me junté con él fue cuando empecé a madurar.

¿Cómo se da cuenta de ésta maduración?

Porque yo iba a fiestas y si me llamaban la atención, pero ya no. el cambio para madurar fueron mis hijas, o sea, ya no me tengo que salir a la calle, menos me iba a poder salir, no iba a poder ir a bailar. Ahí fue cuando empecé a madurar. Y ya de ahí, pues para acá. Ya veintidós años.

Veintidós años.

Sí, se dicen fáciles. Y fíjate que mi ilusión también había sido siempre casarme, y ahora sentir, pues no me voy a poder casar.

¿Cómo se sintió al no poder casarse?

Pues mal, porque mi ilusión era casarme. Por ejemplo, ahora cuando veo las bodas por la iglesia, pues imagínate... pero él nunca quiso que nos casáramos. Esa también fue de las cosas con las que me quedé con las ganas, yo creo que cualquier mujer ha de sentir bonito el casarse.

¿Qué cree que sea lo que más ilusiona de casarse?

Para empezar, el amor, el amor con la pareja con quien te vas a casar... y la ilusión de los preparativos, de la boda, de todo eso... de hecho el no tener boda si me dolió.

Pues no sé si quiera agregar algo más a éste tema del amor...

Pues que estoy dispuesta a dar todo ahorita, estoy dispuesta a tratar nuevamente de revivir, de quererme ya más a mí. Pues talvez no cambie mi esposo, pero pues me voy a seguir queriendo yo. Estoy consciente de que tengo que luchar, realmente tratar de poderlo alimentar, tratar de dar, y pues, si no lo puedo recibir, no dejarme caer nuevamente. Por que si es muy feo, si es difícil el no sentirse querida... A veces la envidia, de por ejemplo, ver a mis hermanas, a parejas y eso, y decir "yo quisiera estar así".

¿Cómo?

Pues veo a mis hermanas que son muy cariñosos en pareja, se van a bailar, se van a esto, se van a lo otro. Llegó un momento en que si me daba envidia. De hecho había veces que aquí decía, que le decía a mi esposo que me iba a trabajar, pero me iba a bailar... Y te digo, estoy dispuesta a luchar, y si no se me da y no lo puedo obtener, quererme a mi misma... luego yo ahí me ando abrazando y yo sola me motivo, no me dejo caer, porque antes sí, antes si me deprimía bien feo.

Acaba de decir algo muy importante, el amor a usted misma. ¿Cómo lo experimentó a lo largo de su vida?

Pues no me daba cuenta que yo existía, porque me deje caer mucho, mucho. Hasta físicamente. No me gustaba arreglarme, no me sentía querida. Ahora ya, pues trato de arreglarme, me siento bon... me siento bien... de hecho hasta mis hijas me valoran mucho en eso, por ejemplo, siempre fui a la escuela por ellas y siempre fui arreglada, nunca me gustó andar desarreglada, y ahora, pues menos. Por ejemplo, luego me cuido la cara, yo trabajé mucho lo de cosmetología de Jafra, y me gusta cuidarme. De hecho de lo que vendo de eso, pues sale para lo mío, me gusta cuidarme. Y yo misma... o sea, yo no digo "voy a andar arreglada para mi esposo", porque yo vi que no me valoró en eso, pero voy a andar arreglada para mí, para sentirme bien yo y para quererme yo misma. Me tengo que querer yo a mi misma y no me dejo caer. Ahorita con ésta situación que estoy pasando del trabajo, pues si me ha costado un poquito volver a encontrar... o sea, tengo que trabajar, porque para empezar, pues él no va a poder con todos los gastos, pero también para tener para mi misma... Porque el día de mañana que ya no tenga, voy a querer para algo, para zapatos y estarle pidiendo como que no... no quiero estar en esa situación. Pero si me quiero mucho yo.

Y ¿por qué dice que no se daba cuenta que usted existía?

Pues de la mala vida que tuve. Como que me olvidé de mi, como que... yo por ejemplo, por él yo me desvivía, no por quererlo, sino para que no se enojara. Por ejemplo, su ropa bien planchada, le llegué a bolear los zapatos, le ponía los calcetines, la ropa superplanchadísima, así como de tintorería... Ahorita que ya no estoy trabajando, yo creo que lo voy a tener que volver a hacer, pero trabajando él se hacía sus cosas. Me he preocupado por mí, no así del ego, ni de vanidad como mujer, sino que no me dejo vencer.

Y dice que ya lo va a tener que hacer. ¿Cómo?

Pues ahorita si ya no estoy trabajando, voy a estar aquí en la casa. Se supone que él se hacía sus cosas y eso porque yo estaba trabajando, pero ahorita voy a tener que estar aquí en la casa, al pendiente de todo.

Usted mencionaba que anteriormente se había olvidado de usted. ¿Cuál cree que fue el origen de olvidarse de usted?

Todo lo que pasé con mi esposo, no me valoraba. Me dejé caer hasta moralmente y físicamente. Me sentía muy deprimida. Había veces que me la quería pasar durmiendo y... me olvidaba de todo. Siempre me sentía bien infeliz, bien desprotegida, olvidada...

Pero me llama la atención que usted menciona que se va a querer a usted misma...

Sí, voy a luchar por mí, no me pienso dejar caer. Tengo que salir adelante. Y si en algún futuro, ya no están mis hijas conmigo y él sigue así, yo si me decidiría a dejarlo, ya no estando mis hijas, si. Hace poquito que me peleé, pensé en dejarlo, y me decía mi hija menor “es como tú veas, mamá, no sientas que por nosotros”. Pero no, yo siento que sufrirían mucho ellas. Y por ejemplo, a la edad que ahorita tiene mi hija, yo siento que le haría muchísimo daño, muchísimo. Porque cuando pasó esto, yo hasta le dije a mi hija menor “yo me voy a ir, ¿te vas o te quedas con tu papá?” “yo me quedo con mi papá”. Fue así como si me diera una pedrada, “¿cómo, si yo estoy dando todo por ustedes?”, pero luego dije “no, pues es su decisión”.

Así es como ve que si es importante para ella...

Si, yo creo que si, mi hija se quedaría con él... Ella esta apegada a él, y como papá, pues nada que ver a lo que era antes... Y pues, pienso en lo que se me viene, pues sin trabajo, tengo que trabajar... pero bueno, quiero recuperar todo eso que ya se estaba perdiendo porque siempre estuvo olvidarme de mí misma, como que todo el tiempo me estaba dejando caer, o por ejemplo, de que me volvió a pegar, de esto que tengo con mi mamá.

Y esa vez que le volvió a pegar ¿cómo fue?

Por defender a mi hija mayor. Él dice que me enfoco mucho en ella y me olvido de la menor. Yo he hablado mucho con mi hija menor, y ella me entiende. Y tuvimos muchos problemas, muchos problemas y yo sigo defendiendo a mi hija, pero a la vez vi como que ella se empezó a encajar, abusó de esa sobreprotección en que yo la tenía. Después

yo me empecé a dar cuenta que yo me peleaba mucho con él o con mi hija menor por mi ella, que al final de cuentas pues ella ya se va a ir y pues no me gustó así mucho.

¿Pelear con él?

Sí. Y no me gustó eso y dije ¿qué estoy haciendo?, la estoy defendiendo y todo, y ya volví a tener problemas. Volvimos a pelear y a discutir. Estaba yo de malas y todo me molestaba.

¿Usted estaba de malas?

Sí, porque mi esposo le había dicho muchas cosas a mi hija, y al otro día, como ya no estaban ellas, se habían ido a la escuela, pues me empezó a hablar con groserías, empezamos a hablar, a hablar y empezó a subir el...

El tono...

El tono y todo, y en una de esas me aventó así, me agarró y me empezó a apretar el cuello, no me dejaba respirar. Como que se fue prendiendo más y más y más y hasta que ya me dio una santa patiza pero bien buena. Fue como ya me iba a ir otra vez, ahora si ya me pensaba ir de la casa. Hablé con mi mamá y me dijo que me apoyaba y todo. Y te digo, nada más de ver así a mis hijas dije no, voy a luchar por ellas.

Entonces a la conclusión que llegó es que tiene que quedarse por ellas...

Pues por ellos y también porque, yo sé que no cuento con el apoyo de mi mamá y que, yo siento que si podría sola, pero yo quiero luchar, haz de cuenta que así como que mi meta es, bueno, ya crecieron mis hijas, ya se saben valer por si mismas, me voy a hacer a un lado y me voy a ir. Si se da recuperar todo lo que yo he dado, pues que bueno, y si no seguir así, seguir así, nada más esperar a que mis hijas ya se sepan valer por ellas mismos... Yo sé que mis hijas me comprenden, de que no es necesario que yo este para que ellas estén bien, pero no me gustaría estar sin ellas, quiero aprovecharlas al máximo, no sé si sean muchos o pocos los años que yo pueda disfrutarlas, pero lo quiero hacer.

Entonces creo que usted siente que la vida en familia es importante...

Sí, sí. A lo mejor aunque no haya ese amor por mi esposo como yo quisiera, pero, pues el hecho de que los dos estemos con ellas, y luego ellas ven que jugamos y todo eso y que estemos unidos, ya no con ese pleito de antes.

Y no hay ningún tipo de amor con él.

Pues, tal vez sea costumbre, pero así que yo te pueda decir “¡ay, es un amor que yo lo quiero mucho!” no, no así como yo quisiera. Puede ser cariño, pero quererlo como... como una costumbre... como, no sé, el que a lo mejor esté a mi lado. Pero de que lo amo, lo quiero, no... Y si, me gustaría hacerlo, a lo mejor... Bueno, tampoco puedo decir que no lo quiero porque ya son muchos años, tiene muchas virtudes también, el que es muy trabajador, cuida de la casa, cualquier detallito que se tiene que arreglar lo hace, está para ayudarme a hacer de comer, él es de que lo hace todo, a lo mejor que una mesita que ya necesita arreglo, es muy detallista en eso, son esas las virtudes que tiene. Pero, yo creo que la más grande, la que yo necesito, él no la puede tener. Pero sí, no puedo decir, no lo quiero, pero así decir ¡ay, lo amo, sin él no sería nada!, pues no, y espero que algún día se pueda dar.

Está dispuesta a construirlo, pero si no, pues ya...

Sí, hacerle la lucha.

¿Qué cree que sería importante que usted diera para alcanzar ese amor?

Pues creo que es olvidar, olvidar ese rencor que tenía. Yo quisiera trabajar todo ese pasado que viví yo de niña, olvidarme de todo eso para volver a empezar.

Lo que hablaba de la aceptación de su mamá o de olvidar ese pasado en pareja...

Sí, de hecho yo he trabajado en el perdón, si no, imagínese, ahorita estuviera más amolada, pero me gustaría olvidarme de eso y empezar. De hecho, yo creo que es un avance lo que hemos, es un avance porque ya no estamos peleando como antes es una ganancia. El ver que mis hijas están totalmente diferentes también es otra ganancia. El que sigamos ahorita, el disfrutarlas, por muchos años que tengan, disfrutarlas. Imagínate, ahorita con lo de mi hija mayor... la tengo que apoyar.

No sé si quisiera agregar algo más...

Pues no...

Pues yo quiero agradecerle haberme dado la oportunidad de hacerle ésta entrevista.

Al contrario, gracias, porque yo sé que a lo mejor dentro de su trabajo, a lo mejor algún día nos pueda dar un consejo. A lo mejor haya algo, me gustaría que a lo mejor, si hubiese alguna ayuda que tal vez yo no pudiera darme o no saber como orientarme a mí misma para poder ser feliz como yo quisiera, te lo agradecería. No sé, algún detallito o algo que yo no pudiera ver, si me gustaría...

Pues podría ser que el trabajo final sea una manera de encontrar cosas en lo que usted me ha contado, quizá se pueda encontrar alguna respuesta... Pues creo que sería todo, muchas gracias por compartir su historia...

No, al contrario, por preocuparse por nosotros. Es de mucha confianza, por eso también acepté...